

TEORIA GENERAL DE PSICOLOGIA

- El proceso que dio origen al psiquismo humano; la evolución biológica aplicada a la especie
- La lógica básica del psiquismo, su estructura y funcionamiento; el sistema de necesidades y tendencias esenciales, sus leyes y relaciones
- La transformación de la sociedad y su adecuación a las necesidades naturales del hombre

LAS LEYES DEL PSIQUISMO

Alberto E. Fresina

F
Editorial Fundar



ARMAR LIBRO

Se recomienda la impresión completa del libro para proceder a su lectura. El texto está dispuesto de un modo que facilita su impresión y encuadernación. Se deben imprimir primero las páginas impares en orden ascendente; luego, en la reversa, y en el mismo orden, las páginas pares. Los textos de ambas caras quedarán enfrentados y ubicados en el mismo rincón de la hoja. Finalmente se efectúa el corte en la línea de puntos señalada arriba, quedando el libro en su tamaño original para su encuadernación.

INTRODUCCION

Este libro contiene el desarrollo de una teoría del psiquismo, centrada en las leyes y mecanismos que rigen la motivación humana. El método general que la sustenta es el de la dialéctica materialista, el empleo de la lógica surgida de los descubrimientos de Marx y Engels. Las leyes y categorías universales del materialismo dialéctico, y su aplicación consciente, constituyen un valioso instrumento para el conocimiento científico, especialmente cuando se trata de dar explicación a fenómenos que se alejan de la posibilidad de manipulación práctica, como es entre otros el caso del psiquismo y sus funciones esenciales.

Los temas que aquí se tratan constituyen problemas centrales de la psicología, y han sido objeto de muchas teorías y controversias entre las distintas posturas y corrientes de pensamiento. Pero el presente trabajo, a excepción de los casos expresamente indicados en que se toma como base conocimientos e ideas anteriores como punto de partida, no está dedicado mayormente a reproducir o cuestionar las afirmaciones de otros autores, lo que requeriría un extenso tratado aparte, sino que tiende fundamentalmente a mostrar la nueva teoría en su forma afirmativa.

El libro consta de diecisiete capítulos, divididos en tres partes.

PARTE I

Abarca los primeros cuatro capítulos. Estos son de carácter relativamente introductorio, aunque tienen la mayor importancia teórica, y tienden a presentar el marco y los principios generales en los que se basa el posterior desarrollo. Dentro de esta primera parte, el primer capítulo contiene lo que podría considerarse una teoría antropológica independiente sobre la evolución del hombre, que incorpora nuevos elementos para la explicación del proceso que dio origen a la especie. Tales nociones, a su vez, significan una importante fuente de argumentos para la explicación de las funciones esenciales del psiquismo humano. En el segundo capítulo se muestra la lógica interna del psiquismo, sus leyes básicas, que constituyen lo más esencial y universal de la motivación y de toda conducta intencional. En el tercero hay un avance sobre las tendencias particulares o impulsos, como un adelanto de la forma en que se manifiestan las leyes generales. Por último, el capítulo cuarto se refiere a las consideraciones sobre el método para abordar el estudio más específico sobre los mecanismos del funcionamiento psíquico,

según los distintos niveles de complejidad en los que se encuentran organizados.

PARTE II

Comprende los capítulos cinco al quince inclusive, y es el tratamiento específico sobre la estructura y el funcionamiento psíquicos. En esta parte se analizan en forma particularizada los mecanismos y funciones esenciales de la estructura motivacional humana, comenzando con el nivel más elemental, que es el de los reflejos del sistema nervioso, para ir subiendo gradualmente el enfoque, hasta terminar en las leyes que sostienen el movimiento de las tendencias superiores.

PARTE III

La integran los capítulos dieciséis y diecisiete. Aquí se desemboca en el campo de la sociología y en la estructura de las relaciones económicas de la sociedad. Es el tratamiento sobre las conclusiones generales y la posible aplicación de los conocimientos. Es decir, en base a haber determinado lo que serían las necesidades esenciales del hombre, así como las condiciones naturales para su normal satisfacción, se desprende cómo debería organizarse la vida social, especialmente el trabajo, así como las diversas actividades educativas, recreativas, artísticas, etc., para que el psiquismo funcione saludablemente. Esto se trata en el capítulo dieciséis.

Pero tal modificación general de la vida laboral y de las distintas actividades sociales, como se podrá imaginar, sólo es posible bajo la condición de la previa transformación de las relaciones económicas de la sociedad. En última instancia, y esto se analiza en el capítulo diecisiete, es indispensable la premisa del socialismo científico, del predominio de los intereses y el criterio de los propios trabajadores, para que los cambios en la organización del trabajo no se vean obstaculizados por intereses económicos contrarios al mejoramiento de la vida y de la sociedad.

Alberto E. Fresina

INTERNET

El texto completo del presente libro está disponible en la dirección: www.fresina.ndh.com.ar y en <http://ar.geocities.com/albertofresina> . El reintegro sugerido por esta entrega es el aporte voluntario del lector, que desde ya se agradece. Opciones:

1- Envío de un valor por vía postal, a nombre del autor, dirigiendo correspondencia a Casilla de Correo N° 270, Correo Central, Mendoza, Argentina, código postal 5500.

2- Depósito o transferencia a la Caja de Ahorro N° 356000171-7 de Alberto Fresina, en el Banco de la Nación Argentina, sucursal Mendoza.

Comentarios sobre el contenido: albertofresina@yahoo.com.ar - fresina@ndh.com.ar

PARTE I

DESARROLLO DEL MARCO TEORICO

- La evolución biológica y la formación del psiquismo humano
- Leyes psicológicas generales y tendencias particulares
- Los niveles del funcionamiento psíquico

LA SELECCIÓN NATURAL Y EL ORIGEN DEL PSIQUISMO HUMANO

Darwin explicó ya las leyes generales de la evolución biológica. En su exposición contempla una diversidad de factores en juego, que en su interacción van produciendo la lenta evolución y transformación de las especies*. Entre esos factores repasaremos algunos de los más importantes, y que son los que dan forma a la idea central de la teoría de la evolución de las especies.

Uno de estos hechos es que toda especie tiende a generar una gran cantidad de descendientes en una progresión geométrica. En caso de no tener límites esa multiplicación ininterrumpida de sus miembros, cada especie debería cubrir la superficie de la Tierra en poco tiempo. Sin embargo el límite existe y principalmente es el alimento; es decir, nacen más individuos de los que se pueden alimentar. Así, aquellos que tengan una mejor capacidad innata para el logro del alimento sobrevivirán, mientras que el resto será eliminado. Tales sobrevivientes llegarán a la época de reproducción y darán hijos con similar capacidad. Por lo tanto, la especie quedará constituida por miembros que poseen los rasgos útiles para el logro del alimento. Al quedar únicamente los aptos, y al reproducirse éstos en una progresión geométrica, se rebasa nuevamente el límite del alimento, produciéndose una nueva selección más exigente.

Dicha selección ocurre bajo la premisa del factor: **variabilidad**. Esto quiere decir que cada generación de la especie da origen a una cierta cantidad de descendientes, de los cuales la mayoría hereda prácticamente la misma capacidad que los progenitores, pero en algunos aparecen mínimas **diferencias innatas** de capacidad. Esa diferencia será a favor de unos pocos y en contra para otros. Así, dada la siguiente lucha por el alimento limitado, sobrevivirán con más frecuencia los que heredaron alguna mínima diferencia innata a favor y el resto irá quedando eliminado. Nuevamente, la siguiente reproducción tendrá a esos sobrevivientes como punto de partida y

* Darwin Charles. **El origen de las especies**. Editorial EDAF. Madrid 1985

el proceso se repetirá una y otra vez, transformándose poco a poco la especie.

Sabemos que a partir de investigaciones posteriores, especialmente las de Mendel y De Vries, se arribó al conocimiento de los genes, con su capacidad de combinarse de distintas maneras y de experimentar mutaciones. Estos nuevos conocimientos daban la explicación de lo que Darwin ignoraba sobre los mecanismos concretos por los que tenía lugar la variabilidad de los individuos. Pero tales descubrimientos, así como los más avanzados conocimientos actuales sobre genética, no alteran en absoluto las nociones básicas de la teoría de la selección natural. En su planteo, Darwin se limita a decir: se da la **variabilidad**; y poco importa, en ese enfoque general, cuáles son los ultramecanismos que actúan para permitirla, ni tampoco si son cambios pequeños o a veces relativamente grandes (macromutaciones).

La idea básica, surgida un siglo antes en la teoría de R. Malthus sobre la población humana* , y que Darwin trasladó al resto de las especies, es que en todos los casos se da una tendencia reproductiva en una progresión geométrica. Ello implica que de no haber límites u obstáculos, se generaría una cantidad de descendientes que llegarían a cifras astronómicas en poco tiempo, sobrepasando toda posibilidad de alimentación. Si a esto se agrega el hecho simple formulado por Darwin de que “se da la variabilidad”, entonces debe ocurrir necesariamente un proceso de selección natural, haciendo que sobrevivan con más frecuencia o probabilidad los organismos que experimentan las variaciones positivas para ese fin, y que se extingan los que varían en sentido contrario, al igual que los que no presentan modificaciones, por ser aventajados por los primeros. Dicho proceso, operado ininterrumpidamente durante millones de años, termina necesariamente transformando las especies.

Claro que hay muchos otros factores a considerar, además del alimento limitado, como condiciones a las que se deben adaptar los organismos, ejemplo: los cambios de clima, la capacidad de defensa ante los depredadores naturales de la especie, la inmunidad ante agentes infecciosos, y muchos más. Pero la limitación del alimento es el factor al que siempre se le dio una importancia especial, por ser el más adecuado para entender las leyes de la selección natural, y sobre todo por su enorme y permanente influencia sobre la evolución de las especies.

Un elemento al que Darwin presta especial atención es el hecho de que la lucha fundamental se plantea entre los miembros de la misma especie.

* Malthus Robert. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997

Como ellos comparten una misma región, el mismo medio ambiente e igual género de alimentos, al ser éste limitado, quienes eliminan a los que no logran alimentarse son los propios compañeros de especie. Sin embargo, según se podrá deducir, la lucha entre los miembros de la misma especie no debe concebirse como expresa o directa, sino que se trata de una lucha pacífica y objetiva. Cada animal trata de comer, pero no “sabe” que al lograr alimentarse priva de alimento a algún compañero de especie. Tampoco éste “deduce” que su fracaso se debe a que los otros comieron todo lo que había.

Otro hecho a tener en cuenta es que, en general, las diferencias innatas de capacidad entre los miembros de una especie son siempre ligeras. Si hacemos un “corte transversal” de la evolución de cualquier especie, veremos que los vástagos de cada camada son prácticamente iguales. Si nos detenemos en ese enfoque transversal y observamos una generación de cualquier especie, encontraremos que en realidad el azar es lo más determinante de la sobrevivencia de uno u otro individuo. Por ejemplo, entre el animal que tiene uñas de 2 cm. más “un micrón” y su compañero que posee uñas de 2 cm. exactos, y donde la mayor longitud es el rasgo útil, no hay prácticamente diferencia de capacidad. Si se excluye la sobrevivencia entre uno u otro, sólo podemos afirmar que el primero tendría, por decir, un 50,001% de posibilidades de sobrevivir contra el 49,999 del segundo. Sólo cuando ha transcurrido una considerable cantidad de tiempo y el azar ha dado una “vuelta completa” en su influencia, repartiéndose en forma homogénea para todos los tipos de rasgos, allí aparece el desequilibrio y los sobrevivientes serán, en el ejemplo, los que tengan uñas de más de 2 cm.

1. La selección natural aplicada al hombre

Los principios vistos sobre la evolución de las especies son indudablemente correctos. Pero cuando Darwin intenta aplicar esas leyes a la evolución humana incurre en algunos errores*. Entre los hechos que debe omitir o desconocer para aplicar ese esquema a la evolución del hombre, encontramos en primer lugar la naturaleza social del trabajo, así como el equitativo reparto, en el interior del grupo, del producto del trabajo común. Estos hechos son de por sí contradictorios con la suposición de una lucha y selección natural de individuos aislados. Engels demostró ese error, a la vez

* Darwin Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo**. Editorial Albatros, Colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires. 1943

que aportó el descubrimiento de que el trabajo fue el factor principal que orientó la transformación del mono en hombre.*

De todas formas, faltaría aún la conexión definitiva entre las leyes de la evolución biológica y el papel fundamental del trabajo, que en su entrelazamiento dieron como producto la transformación progresiva de cierto grupo de simios antropoides en sociedad humana. La corrección de un solo error, pero importante, de Darwin, será lo que hará posible la integración de sus leyes generales con la decisiva influencia del trabajo social. Dicho error radica en que Darwin abordó el tratamiento de la evolución de la especie humana acentuando el enfoque en el sujeto individual, y concibiendo a la tribu sólo secundariamente, como si se tratara de una simple agrupación física de individuos con ligeras relaciones entre sí, sin observar lo que en cambio vio con claridad en las hormigas, abejas y otros insectos, esto es, la existencia de una comunidad organizada funcionalmente alrededor del **trabajo común**, de cuyo producto vive el conjunto, y sin el cual se extingue el organismo social en su totalidad. La tribu es un único sistema vivo, con una compleja organización interna, que cuenta con la propiedad de persistir con vida, e inclusive de mantener su identidad, a pesar de la reiterada renovación de sus miembros. Se trata de un verdadero organismo social en el que, al igual que en otros organismos sociales, el trabajo común es el elemento central de su organización funcional. El producto global de ese trabajo tiene, en estado natural, una equitativa distribución en el interior del grupo. Por ello, la sobrevivencia de todos y de cada uno depende del éxito o fracaso del conjunto, o sea, sobrevive el organismo social o perece según los resultados del trabajo común. Por lo tanto, desde las leyes de la evolución biológica, el individuo de la especie humana no es un sujeto aislado, sino un organismo social. La **tribu** es aquí el verdadero individuo de la especie.

Deteniendo ahora el enfoque a medio camino del proceso de transformación del grupo de simios en organismo social humano, nos encontramos con la tribu de hombres-mono. Pero advertimos además un importante hecho: no existe una sola tribu singular, sino que en la región hay cientos o miles de tribus similares, es decir, nos encontramos con la especie de organismos sociales. Supongamos como hipótesis que existen simultáneamente mil tribus, que se distribuyen ocupando una región en la que el alimento no alcanza para todas. Si consideramos constante el resto de condiciones y la anulación del azar con el tiempo, no hay dudas de que sobrevivirán las tribus mejor capacitadas para el logro de los medios de subsistencia, y las

* Engels Federico. **Dialéctica de la Naturaleza**. Editorial Cartago. Buenos Aires. 1987. Pág. 138 (art.: El papel del trabajo en la transición del mono al hombre)

restantes serán eliminadas. La característica que marca la capacidad de una tribu para lograr los medios de subsistencia no puede ser sino la eficiencia laboral en su conjunto. Con esto estamos en condiciones de afirmar que la selección natural, en cada paso de la evolución humana, actuó directamente sobre tribus enteras. Las tribus con mejor funcionamiento en el trabajo lograban sobrevivir, mientras que las menos eficaces en su funcionamiento laboral conjunto eran gradualmente eliminadas por la selección natural.

Veamos cómo se reafirman las leyes generales de Darwin en el hombre, con un solo arreglo. El mismo consiste en corregir la mira que antes apuntaba acentuadamente al individuo “arrancado” de la tribu y tomado en abstracto, y ahora la hacemos enfocar de lleno hacia la tribu concreta u organismo social, como el auténtico “individuo” de la especie.

Teníamos como primer postulado que nacen más individuos que los que podrán sobrevivir, a causa del alimento limitado. La reproducción de las tribus que sobrevivieron en la hipótesis responde a nuevas leyes. Está por un lado la reproducción y renovación de los miembros de cada tribu, a la que podemos llamar **reproducción primaria**. Pero la nueva forma de reproducción de ese raro individuo que es el organismo social es la que llamaremos **reproducción secundaria**. Esto significa que cuando una tribu es eficiente en el logro de los medios de subsistencia, comienza a “engordar” en número de miembros, hasta que por determinadas circunstancias se divide en dos grupos que se separan, formándose dos tribus nuevas. Las tribus hijas, surgidas de esa división, llevan consigo el mismo tipo de caracteres genéticos, así como la misma cultura en su integridad (idioma, conocimientos, costumbres, técnicas de trabajo). Luego de la división, y al sucederse unas pocas generaciones de reproducción primaria, veremos que aún persisten las dos tribus, pero encontraremos que son otros sus miembros. Cada tribu ha renovado completamente sus integrantes y quizá ya nadie se conoce entre ambos grupos.

Este mecanismo de reproducción secundaria tiene lugar una y otra vez durante la larga evolución de la especie. La tribu cuya eficiencia laboral sea la mejor de todas mostrará una tendencia a crecer y reproducirse geométricamente. Las tribus hijas heredan igual eficiencia laboral, tanto a nivel genético como cultural, por lo que también “engordan” y se reproducen en forma secundaria. Si ya hay cuatro tribus hijas eficaces, al ser las mejor capacitadas para el trabajo productivo, como la tribu madre, se reproducen nuevamente. De ese modo tendremos 8 tribus aptas, luego habrán 16, 32, 64, 128, 256, etc. Así, el nuevo tipo de tribus se adelanta en la obtención del

alimento de la región, haciendo que las otras, con menos eficiencia laboral, se vayan extinguiendo paulatinamente.

Supongamos que ya se extinguieron todas las tribus menos capaces. La especie se compone ahora de mil tribus que son las más aptas para el logro de los medios de subsistencia; todas son descendientes de aquella tribu eficaz que comenzó la reproducción geométrica. Sin embargo, el alimento de la región sigue siendo insuficiente para ese número de tribus. Si consideramos constante el azar y el desarrollo cultural de cada tribu, encontraremos que siempre habrá alguna mínima diferencia genética a favor de los miembros de alguna de ellas. Tal diferencia determinará que con el transcurso de los muchos años, la tribu que la posea, y sus tribus descendientes, se impongan sobre el resto y terminen cubriendo el espacio alimentario del que dispone la especie, desplazando a las tribus que antes eran aptas, pero que fueron convertidas en ineficientes por la mayor eficiencia de las nuevas.

Uno de los hechos que observó Darwin es que la lucha fundamental se plantea entre los miembros de la misma especie. Efectivamente, la contradicción o lucha fundamental está dada entre las tribus que compiten en forma objetiva por el alimento. Aquí es necesario evitar suposiciones erróneas con el concepto de lucha. En condiciones naturales, prácticamente nunca es mortal o de efectos graves la lucha o pelea directa entre individuos de la misma especie. La explicación de ello está dada en que toda especie cuyos individuos tiendan a combatir entre sí hasta morir o hasta inutilizar al rival, tiende rápidamente al autoexterminio. Ninguna especie sobreviviente puede tener individuos normales con un “interés innato” en esas luchas internas mortales. Hay que admitir en cambio las posibles riñas y hostilidades esporádicas entre las tribus; inclusive la probable muerte del enemigo de la misma especie. Pero será siempre la excepción y algo accidental. Al hablar de lucha por el alimento, se trata de que si nuestra tribu vuelve frustrada al anochecer por no haber encontrado ninguna presa, lejos estará de suponer que las presas que allí no había son las que fueron atrapadas por la tribu que está “detrás de la colina”. Del mismo modo, si somos miembros de esta última tribu y volvemos felices de la cacería por el excelente resultado, no sabremos que con ello “vencimos” a una tribu que ni siquiera está a la vista, en la lucha por el alimento limitado de la región. Lo fundamental es esa disputa objetiva y ajena a la subjetividad entre los organismos sociales, por el alimento siempre limitado de la región. Siempre limitado, porque aunque aumente la cantidad bruta de alimento, igualmente aumenta el número de tribus, dada la reproducción geométrica, que hace rebasar constantemente el espacio alimentario.

El otro de los factores contemplado por Darwin es el de la gran influencia del azar como determinante de la sobrevivencia ocasional de uno u otro individuo. Nuevamente, al hacer un “corte transversal” de la evolución humana, veremos cientos o miles de tribus y sus miles o cientos de miles de seres humanoides. Todos estos seres son prácticamente iguales, todos provienen de un mismo tipo de organismo social que algún tiempo atrás inició la rama evolutiva ahora vigente. Si bien existen minúsculas diferencias genéticas a favor de algunas de esas tribus, sería imposible detectarlas. La diferencia sólo se hará manifiesta con el pasar de los miles de años, cuando el azar y la multiplicidad de los otros factores se anulen entre sí, imponiéndose entonces la tribu que presenta el rasgo genético favorable, y marcando el nuevo rasgo de la especie.

2. La selección sexual

A Darwin* corresponde también el descubrimiento del importante papel que la selección sexual tuvo en la evolución y transformación de las especies, incluyéndose el hombre, en el cual ese papel fue sin dudas muy significativo.**

La forma de obrar de la selección sexual, en términos generales, consiste en que la sola preferencia hacia los individuos que poseen determinados rasgos, lleva a una mayor reproducción de dichos individuos. Ello hace que luego de mucho tiempo de sucesivas generaciones, la totalidad de los nuevos miembros de la especie contenga por igual el rasgo en cuestión, extinguiéndose paulatinamente los que no lo poseen.

Un hecho en el que Darwin no hizo suficiente hincapié está dado en que los rasgos de atracción sexual, en toda especie, tienden a ser siempre correlativos a los caracteres útiles para la sobrevivencia en general. De lo contrario, si como producto de la selección sexual, ciertos individuos de una especie desarrollan caracteres inútiles o perjudiciales para la sobrevivencia, obviamente serán eliminados por la selección natural. Por ello, las modificaciones provocadas por la selección sexual, que prosperan,

* Darwin, Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo**. Albatros. Colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires 1943.

** Corresponde reconocer también a A. R. Wallace, contemporáneo de Darwin, quien había desarrollado por su cuenta ideas similares a las de éste, motivo por el cual ambos decidieron presentar de manera conjunta sus descubrimientos.

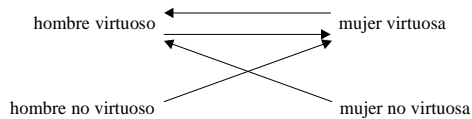
son aquellas que a la vez implican una condición favorable para la adaptación global a las exigencias generales de la supervivencia. La selección natural va controlando lo que “hace” la selección sexual, de modo que la tarea de ésta sea paralela y complementaria a la de aquélla, favoreciendo siempre todo lo que sea de utilidad para la supervivencia individual y de la especie. Solamente quedaría lugar a la selección sexual a que promueva el desarrollo de caracteres neutros, o que no son favorables ni perjudiciales. Pero ello tendría lugar sólo hasta ciertos límites, puesto que siempre se verán favorecidos en la lucha por la vida los organismos que hagan de la selección sexual un “acelerador” del desarrollo de rasgos útiles para la supervivencia en general.

En el hombre, uno de los rasgos de atracción sexual está dado en el grado de virtudes personales o cualidades positivas en general. Esto no sólo ocurre en el hombre “civilizado”, como creyó Darwin, sino en todos los seres humanos, incluyendo en primer lugar a los primitivos de los cuales heredamos esa tendencia. Casi todas las virtudes personales absolutas, o universalmente reconocidas y apreciadas como tales, son de utilidad para la eficiencia del trabajo común, ejemplo: habilidad, valentía, creatividad, lealtad, inteligencia, capacidad de rendimiento, abnegación, etc. Tales cualidades, aunque se valoren en general hacia sujetos de ambos sexos, también influyen al momento de preferir sexualmente. Si dos sujetos del sexo opuesto son iguales en todo lo demás, habrá una mayor atracción o simpatía hacia quien se valora más por sus virtudes. Lo que resulta de aquí, es que los más virtuosos tenían, en términos generales, una mayor frecuencia de actividad sexual, lo que llevaba a una mayor reproducción. En realidad, la mayor atracción hacia el sujeto del sexo opuesto, a causa de sus virtudes, no siempre es sexual directamente, sino también hacia la persona toda. Pero en condiciones naturales eso lleva igualmente a la mayor actividad sexual.*

Tomemos en una tribu pre-humana dos hombres y dos mujeres con iguales condiciones generales, similar atractivo físico, etc., pero donde uno de los hombres y una de las mujeres son más virtuosos que los otros dos. La mujer con cualidades positivas será más frecuentada tanto por el hombre virtuoso como por el no virtuoso; a la vez, el hombre con mejores virtudes será más solicitado por ambas mujeres.

* Un elemento que contribuye a acelerar estos mecanismos es el fenómeno del **enamoramamiento**, el cual tiende a desencadenarse, precisamente, ante individuos del sexo opuesto que son percibidos como poseedores de las mejores cualidades o virtudes.

Esquemáticamente:



La mayor o menor virtuosidad, que influye en la preferencia sexual, es fundamentalmente adquirida. Pero tomando un gran espacio de tiempo de evolución de la especie, el factor adquirido, con toda su abundancia, se va anulando a sí mismo. En otras palabras, las virtudes personales están determinadas en su grado casi totalmente por el factor adquirido. Pero si todos tienen la misma práctica o experiencia, e igual influencia del azar, cualquier rasgo genético subyacente que favorezca una mejor calidad del desempeño social implicará un desequilibrio a favor de su poseedor. Como los demás factores que hacen al azar y al desarrollo de virtudes por medio de la práctica o experiencia se equilibran con el tiempo, es evidente que terminará asomando la minúscula diferencia genética. De tal modo, al considerar constante aquel universo de elementos, nos queda la mayor virtuosidad determinada por las premisas innatas o genéticas.

Supongamos que en una tribu determinada aparece por casualidad un rasgo genético favorable en alguno de sus miembros. Este sujeto será preferido sexualmente con una imperceptible mayor frecuencia. Por lo tanto, sus genes se reproducirán más que los otros.

Observemos el proceso resumidamente y acelerándolo en muchas veces de modo que se haga perceptible: aquel sujeto, a causa de su ventaja genética, genera por ejemplo 10 hijos, mientras que otro da sólo 9. Los 10 hijos con el mismo rasgo favorable darán 100 más, y los 9 del otro sujeto tendrán 9 cada uno = 81. Luego, aquellos 100 darán 10 hijos cada uno = 1.000; los otros tendrán 9 cada uno: $81 \times 9 = 729$. En la siguiente reproducción la relación será: 10.000 con el rasgo en cuestión y 6.561 sin él. Esta separación creciente, combinada con la muerte natural o accidental de un porcentaje regular de cada grupo, hace que terminen imponiéndose con el tiempo los rasgos genéticos positivos con la sola selección sexual.

3. Selección natural de tribus y selección sexual

Cuando en una tribu aparece por casualidad un rasgo genético favorable en uno de sus miembros, dicho rasgo se irá imponiendo con el tiempo a través de la selección sexual, hasta que luego de muchas generaciones todos

los nuevos sujetos de la tribu cuenten por igual con él. Esa tribu, donde sus integrantes comparten el rasgo genético positivo, es seleccionada en **conjunto** por la naturaleza. Se trata de un organismo social con una ventaja genética generalizada en sus miembros; toda la tribu ahora es más eficaz en su funcionamiento que cualquier otra.

De esta manera, la tribu en la que aparece una característica genética útil en uno de sus miembros tiene un mecanismo interno que permite que ese rasgo se generalice con el tiempo a todos los nuevos sujetos de la tribu. Luego, la selección natural termina la tarea, seleccionando a todo el organismo social, por ser más eficaz que el resto.

El mecanismo interno de selección sexual está presente en las “mil tribus” que existen en un momento dado. Por esa razón, el rasgo genético favorable que aparece en uno de los miles o cientos de miles de individuos de las mil tribus marca el rasgo que tendrán los nuevos miles o cientos de miles que existirán luego de muchos años. La característica innata que aparece en un individuo se generaliza primero a toda la tribu por medio de la selección sexual. Ello hace que la tribu sea más eficiente, siendo seleccionada por la naturaleza. Luego, dicha tribu se reproduce en forma secundaria, dando dos organismos sociales hijos que se separan, llevando cada uno en sus integrantes aquel rasgo genético positivo. Por lo tanto, al ser tribus eficaces lograrán sobrevivir, reproduciéndose nuevamente en forma secundaria, resultando así 4 tribus más, que luego darán 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, hasta cubrir el espacio alimentario de la especie, desplazando al resto. De esa forma, todos los nuevos sujetos de la especie contarán con el mismo rasgo que alguna vez apareció por casualidad en un sujeto singular.

4. Subordinación de la selección sexual a la selección natural de tribus

El mecanismo de selección sexual interna, basado en la preferencia hacia las virtudes personales, es algo “creado” por la selección natural de organismos sociales. Si una tribu no cuenta con él, no podrá generalizar en sus futuros miembros el rasgo genético útil que aparece en uno de sus individuos. En cambio, si una tribu cuenta con el mecanismo interno de selección sexual, aprovechará el rasgo positivo que aparece, generalizándolo a sus futuros miembros y logrando con ello una ventaja sobre el resto en la lucha por la existencia. Así, sobrevivirá la tribu que posee el mecanismo, extinguiéndose la que no lo tiene. En base a esto, podemos decir que la existencia

del mecanismo de selección sexual es producto de la selección natural de tribus; sobrevive la que lo posee y se extingue la que no cuenta con él.

Pero una vez que apareció y se desarrolló el mecanismo interno de selección sexual, el mismo se generaliza a todos los nuevos organismos sociales. Cuando la tribu que lo posee se divide en dos organismos sociales similares, ambos lo heredan por igual, y así con las siguientes reproducciones secundarias. Por ello, las “mil tribus” que existen en cada momento cuentan por igual con él.

La naturaleza no sólo seleccionó las tribus con ese mecanismo interno, sino que además se “aseguró” de que los rasgos a escoger en la preferencia sexual sean precisamente aquellos que favorezcan la efectividad laboral de la tribu. De nada serviría el mecanismo de selección sexual si se prefirieran caracteres que son inútiles para la eficacia laboral de la tribu y por tanto perjudiciales para su sobrevivencia. Únicamente sobrevivieron las tribus en que no sólo había selección sexual de rasgos, sino donde además tales rasgos eran los que servían a la efectividad del trabajo común y a la sobrevivencia del organismo social. Por eso las virtudes que se aprecian universalmente son por ejemplo: habilidad, inteligencia, creatividad, responsabilidad, compañerismo, lealtad, sapiencia, eficiencia; o sea, cualidades personales que son favorables para el trabajo social y la sobrevivencia de la tribu.

5. Conclusiones

De lo que hemos tratado sobre los mecanismos de la evolución humana, se desprende en primer lugar la reafirmación de las leyes generales de Darwin en el proceso evolutivo de la especie. Pero no en la forma que él supuso, al creer que lo fundamental era la selección de individuos aislados, sino ampliando el enfoque y tomando un conjunto de organismos sociales o tribus como los verdaderos “materiales” sobre los que actuaron las leyes de la selección natural. Cada organismo social es un auténtico animal gigante, del tipo territorial, con una compleja organización interna, que funciona integradamente como un único sistema vivo que lucha por la sobrevivencia.

La costumbre de enfocar de manera individualista la historia de la evolución humana ha sido siempre un obstáculo para comprender el proceso que llevó a la aparición del hombre. Inclusive entre quienes reafirman la naturaleza social humana, ha existido siempre una tendencia a imaginar al hombre primitivo como un ser aislado, movido por instintos egoístas, que deambuló durante cientos de miles de años de evolución,

hasta que un cierto día decidió juntarse con otros para vivir en sociedad. Nada puede ser más erróneo. Ese “hombre primitivo” no existió nunca, es una fantasía. Lo que hubo fue un proceso ininterrumpido de transformación y evolución desde una **manada de monos** hasta la **tribu humana**, donde siempre se trató de un organismo social, de un grupo cuyos integrantes se hallaban fuertemente unidos e interrelacionados. El hombre se fue formando y estructurando como parte de un organismo social. Esa es su naturaleza, su esencia social más básica, que está dada ya biológicamente.*

Por otro lado, lo tratado hasta aquí confirma los conceptos de Engels en relación al papel fundamental del trabajo, como orientador y “moldeador” de la transformación del mono en hombre. Las tribus cuyos miembros se iban adaptando de la mejor forma al trabajo lograban sobrevivir y reproducirse, mientras que el resto se extinguía gradualmente. Por ello, la efectividad laboral del organismo social y de todos sus miembros era el criterio rector que iba decidiendo sobre qué tribus sobrevivían y cuáles no. Este proceso se repitió una y otra vez durante el largo desarrollo de la especie, resultando así la lenta transformación del mono en hombre. La adaptación del hombre a la sobrevivencia era prácticamente sinónimo de adaptación al trabajo, como medio imprescindible para la segura alimentación de la tribu. Los que mejor se iban adaptando a él, tanto en lo anatómico-fisiológico como en lo psicológico-social, lograban la sobrevivencia y el resto se extinguía paulatinamente.

Con respecto al psiquismo humano, se hace evidente que sus funciones esenciales (las que serán objeto de nuestro estudio) son producto de aquella orientación social de la evolución. Al seleccionarse las tribus que mejor funcionaban en el trabajo común, obviamente se seleccionaban también los psiquismos individuales que mejor venían adaptados para ese funcionamiento grupal eficaz. Por eso, las distintas funciones psicológicas propias del hombre son producto de aquel proceso de selección natural; existen sólo por haber sido útiles a la sobrevivencia de la tribu. En otras palabras, dada la

* El elemento que determinaría que un grupo pase a ser un organismo social sería el trabajo común. Por eso la tribu humana, al igual que ciertos insectos que se caracterizan por el trabajo social, como es, por ejemplo, el caso de las hormigas, se adaptan más al concepto de organismo social, que los grupos de animales sin ese factor. En éstos sólo se trataría de grupo o manada, horda, etc., donde las ventajas de la unión son muy limitadas, ejemplo: protección frente a los peligros, o el mayor éxito en la cacería. Pero para hablar de organismo social, se impone la idea de una mayor organización funcional del conjunto, y en tal caso el trabajo común es un elemento central, es el engranaje principal alrededor del cual se organiza toda la vida social.

rigurosidad de la selección natural, que deja solamente lo útil a la vida y elimina lo inútil, las diversas funciones psicológicas esenciales, compartidas por todos los hombres, no podrían existir sino sólo por haber significado un apoyo para el mejor rendimiento laboral del organismo social, como condición para la regular obtención de los medios de subsistencia. Así como no hay órganos que no cumplan (o hayan cumplido) alguna función en el organismo, del mismo modo, no pueden haber funciones psicológicas propiamente humanas que no hayan tenido una clara utilidad para la tribu, en cuanto ventaja a su favor en la lucha por la sobrevivencia del conjunto.

Para que se comprenda mejor lo que hasta aquí se ha expuesto, valdría la pena hacer una reconstrucción ordenada del proceso que llevó a estas conclusiones. Olvidemos por un momento lo dicho hasta ahora. En principio, uno de los fenómenos que más ha llamado la atención a la investigación sobre la historia de la evolución del hombre ha sido el inusitado desarrollo del cerebro y de la inteligencia, como elementos sobresalientes respecto al resto de animales. El interrogante concreto era porqué se produjo un fenómeno que “teóricamente” no tendría que haber sucedido; esto es, porqué, de acuerdo a los cráneos fósiles hallados, el cerebro humano se desarrolló tanto y relativamente tan rápido en los últimos cientos de miles de años, hasta alcanzar un volumen de unos 1.400 cm³, cuando aparentemente con 1.000 cm³, por ejemplo, era ya suficiente para la sobrevivencia si tenemos en cuenta que la inteligencia dada por esa capacidad cerebral era ya superior a la de cualquier animal. Ninguna otra especie podía significar un competidor serio. Tampoco los compañeros de tribu podían ser competidores, ya que, fuera de alguna competencia o emulación en el plano moral, es indiscutible la tendencia a la cooperación dentro del grupo, así como el reparto del producto del trabajo común.

Entonces, en apariencia, el cerebro humano se habría desarrollado más allá de lo necesario para la sobrevivencia. Ese desarrollo parecía haberse producido por fuera de las leyes de la selección natural. Se habría tratado, aparentemente, de una carrera insólita de desarrollo del cerebro y la inteligencia, que no podía ser encuadrado en el esquema de aquellas leyes.

Pero alguna explicación había que darle al fenómeno. Así surge, en principio, la idea, ya planteada por Darwin, de la **selección sexual**. La explicación que se obtenía era que los sujetos más inteligentes (y correlativamente con mayor volumen cerebral) tenían un mayor atractivo y eran preferidos sexualmente con más frecuencia, reproduciéndose más que los otros. Tal mecanismo habría provocado, entonces, ese desarrollo del cerebro en la especie. De esa forma, no era indispensable la selección natural. No

hacía falta la muerte de unos para que vivieran otros, sino que todos terminaban sus vidas sin mayores sobresaltos, y la selección era sólo genética, según las leyes más benévolas de la selección sexual. Esto contemplaba el trabajo social y las tendencias fraternales del hombre, y explicaba aquel fenómeno tan curioso.

Se trataba, sin duda, de una explicación bastante satisfactoria. Su única consecuencia era tener que aceptar la idea de que la evolución del hombre habría ocurrido sin la intervención de la selección natural, o al menos con su participación secundaria, mientras que el papel principal correspondía a la selección sexual.* Tal situación terminaba siendo aceptable en definitiva, ya que la selección natural, después de todo, no era una idea religiosa para creer en ella ciegamente como causa suprema de las transformaciones de las especies. El mismo Darwin terminó resignándose a esto, y se encargó de rebajar de rango a su selección natural. Parecía oportuno decir: pues bien, si ya no hay competidores, y sobra capacidad para la sobrevivencia, todo nuevo desarrollo de las cualidades podía tranquilamente producirse por medio de la selección sexual y sin las severas leyes de la selección natural.

Sin embargo, algo no andaba bien. Si se miraba con atención esta solución, enfocándola desde distintos ángulos, en todos los casos daba la impresión de que algo le faltaba. Ciertamente parecía un despropósito dejar afuera a la selección natural como fuente explicativa de un proceso tan importante como era el de la formación del hombre, y por lo tanto del psiquismo humano, objeto de nuestro interés. La selección natural fue siempre muy activa y constante en su influencia para el desarrollo de todas las especies, y algún papel de primer orden debía desempeñar en la nuestra.

Pero era difícil darle “ubicación”. En el intento se chocaba con las tendencias fraternales y la cooperación, con la tendencia al reparto igualitario del producto del trabajo común. Eso era contradictorio con la selección natural. Porque una de dos: o se daba la selección natural, a través de la competencia desconsiderada entre los individuos, donde a cada uno sólo le importara lo suyo, o bien había interés por el bien común y reparto de los bienes obtenidos, y en consecuencia no podía haber selección natural.

El propio desarrollo de esta contradicción entre dos hechos que parecía que debían estar presentes, pero que se mostraban excluyentes (por un lado el trabajo común con el reparto de los bienes, y por otro la selección natu-

* Sin intervención de la selección natural en su forma directa o “tradicional”. Porque es obvio que la selección sexual, en términos absolutos, es una forma, una derivación indirecta de aquélla. Es un mecanismo igualmente natural, por el que se opera la selección genética sin ningún plan preestablecido.

ral), encontró su resolución en la **selección natural de tribus**. Resultó que sí había competidores serios para aquellos seres de inteligencia superior. Pero no eran las otras especies menos inteligentes, ni los inocentes compañeros de tribu, sino los otros organismos sociales. Al concebir una cantidad de otras tribus como organismos sociales independientes, cada uno con su cooperación y fraternidad internas, que se esforzaban en el trabajo tendiente a lograr los medios de subsistencia, siempre limitados, volvía con todo el peso de su influencia la selección natural.

Sin embargo, lo más importante, aquí, no era solamente representarse otros organismos sociales, ni tampoco alcanzaba con concebir a cada uno como un sistema vivo independiente, o como un individuo de la especie. Para que todo esto pudiera encuadrar en el marco de las leyes de la selección natural hacía falta el elemento clave; esto es, la capacidad de reproducción de esos “individuos”: la **reproducción secundaria**. Había que imaginar las tribus como “amebas gigantes” con la capacidad de engordar y experimentar la mitosis o división en dos células nuevas. Al concebir una cantidad de organismos sociales que se empeñaban en obtener los medios de subsistencia limitados, y que los que tenían éxito poseían la propiedad de reproducción secundaria, y en una progresión geométrica, allí quedaba claro, por un lado, que las tribus cuyos miembros tuvieran un gran cerebro de 1.300 cm³, con una inteligencia correspondiente, no podían competir de ningún modo frente a la generalización de organismos sociales cuyos integrantes tuvieran un cerebro más desarrollado. Por lo tanto, se trataba de una dura y renovada lucha ante competidores de altísimo nivel. Por su parte, también quedaba claro que en el interior de la tribu funcionaba la fraternidad de las relaciones y la equidad en el reparto de los productos del trabajo.

De todas maneras, la selección sexual, que parecía toda la “explicación satisfactoria”, no pierde su valor, ya que actuó efectivamente como “seleccionadora de cerebros”, aunque ya ubicándose en su lugar de “ayudante” de la selección natural. Pero fue sin dudas el factor que aceleró el desarrollo de la capacidad cerebral, generalizando cada mejora a toda la tribu en principio, y ésta a sus tribus hijas, las cuales, al imponerse junto con sus tribus descendientes, la generalizaban a toda la especie. Pero en términos generales era la selección natural de organismos sociales (más precisamente el resultado de la lucha excluyente por la existencia) la que actuaba con todo el rigor de su presencia en cada paso de la evolución, siendo ella la que definía lo que quedaba o no. La selección natural, sin distraerse un momento, debía dirigir y controlar de cerca lo que hacía la selección sexual, ya que ésta, sin ese control, podía promover líneas de desarrollo que no respondieran a las exi-

gencias, siempre renovadas, de la lucha por la sobrevivencia; máxime ante el hecho de la continua reproducción en escala geométrica de la propia especie, y la consiguiente limitación del alimento. Ante tal situación, la menor diferencia genética, promovida o no por la selección sexual, ingresaba como elemento en la disputa por la supervivencia.

En el caso de la tribu humana, la línea de desarrollo que la selección natural fomentó y controló fue, ante todo, la de la eficiencia laboral del conjunto. Por eso, la selección sexual sólo prosperó en su orientación de promover cualidades y funciones psíquicas que servían para apoyar y mejorar el trabajo social de la tribu, donde la inteligencia (y correlativamente el desarrollo del cerebro) fue una de ellas, junto al resto de funciones psicológicas esenciales del hombre, que analizaremos en este trabajo.

La historia de la evolución humana, por lo tanto, no fue nada benévola, sino un proceso muy duro y en el marco de un penoso panorama. Claro que con muchas épocas buenas, pero que en casi todos los casos, tarde o temprano, se terminaba en la desolación y la extinción del organismo social. Sólo nos queda el consuelo de ser los “únicos sobrevivientes”. Somos los descendientes de la única línea evolutiva, entre muchísimas líneas truncadas por la extinción de las tribus, que, con buenas capacidades, más la suerte siempre a favor, superó con éxito, y sin una sola excepción, todas las dificultades.

6. Consideraciones complementarias

La selección genética promovida por la preferencia hacia las virtudes personales es algo imperceptible para el dominio subjetivo. Solamente cuando transcurren grandes cantidades de tiempo va teniendo efecto la mínima diferencia genética. En un momento dado son los otros múltiples factores los que influyen en la preferencia. La afirmación de que se prefiere al sujeto que tiene un rasgo genético favorable a alguna de las virtudes, se hacía considerando constante el resto de innumerables condiciones. Pero las mismas jamás son constantes en un momento dado, sino que son siempre éstas las que más influyen. Sólo el transcurso de muchos años hace que se equilibren y anulen entre sí los factores adquiridos y la infinidad de condiciones azarosas, apareciendo la mínima diferencia genética como determinante de la lenta transformación de la especie. En otros términos, las diferencias genéticas respecto a las funciones psíquicas no se “notan” en una comparación subjetiva. Los múltiples e innumerables rasgos adquiridos son los que llenan el panorama. El cerebro del que elige puede distinguir qué

cosa es mejor o qué sujeto tiene más virtudes, pero no sabe si la diferencia es plenamente adquirida o si se suma una “milésima” de influencia genética.

Por otra parte, es evidente que la selección sexual interna y la selección natural de tribus no actúan alternadamente, o una vez cada una, como puede parecer según se mostraba a los fines de facilitar la explicación, sino que funcionan paralelamente. La selección natural de organismos sociales no “espera” hasta que todos los miembros de la tribu sin excepción cuenten con el rasgo genético positivo, sino que va actuando según las ventajas globales que tiene un organismo social, sin importar cuántos sean sus miembros que poseen el rasgo favorable.

Con respecto al número de integrantes de una tribu, habría tenido lugar, durante el proceso de la transformación del grupo de simios en organismo social humano, un progresivo aumento del promedio de individuos de una tribu. El propio desarrollo de la capacidad de organización en el trabajo y en las demás cuestiones de la vida social va permitiendo ese progresivo aumento de individuos capacitados para funcionar adecuadamente como un organismo social. Así, de unas pocas decenas de antropoides, como promedio de miembros de una manada, habrían pasado a ser alrededor de un centenar de hombres-mono a la mitad del proceso evolutivo, para llegar, al final de la evolución biológica de la especie, a varios centenares de homo sapiens, con las naturales proporciones de hombres y mujeres, niños, adolescentes, adultos y ancianos, tratándose ya de una auténtica comunidad o sociedad humana.

Por otro lado, la formación de nuevos organismos sociales no siempre sería producto de la división de una misma tribu madre. Puede ocurrir que sujetos de tribus distintas den lugar a una nueva. De todos modos, el mecanismo básico de la reproducción secundaria sería la división de una tribu que aumenta en forma creciente el número de sus miembros, gracias a su eficiencia general, donde el progresivo aumento comenzaría a deteriorar el funcionamiento integrado del organismo social. Esta situación favorecería la formación de agrupamientos según cercanía afectiva y afinidad entre los sujetos, a modo de “remolinos afectivos” independientes, cada vez más diferenciados, que terminarían en la “macro-mitosis” que da lugar a dos organismos sociales hijos.

Lo que hemos tratado en relación a la selección natural de tribus, complementada por la selección sexual, sería sólo el mecanismo central del proceso. Pero indudablemente hay muchos otros elementos que no merecerían ser dejados de lado, ejemplo: la cantidad promedio de tribus; la extensión de las regiones pobladas por la especie durante su evolución; el alcance

de las migraciones en busca de nuevas posibilidades; la influencia de los “intercambios genéticos” entre organismos sociales, a través del contacto sexual entre sus individuos; las posibles variedades o ramas evolutivas de la especie, ya extinguidas; la poligamia, o la ausencia de mayores restricciones sexuales, como premisa para que funcione el mecanismo de selección sexual; el papel de los animales domésticos en el organismo social; etc.

Digamos finalmente, que aquel “alimento limitado” para los organismos sociales tuvo lugar durante el proceso del desarrollo de la especie, cuando era escasa la productividad del trabajo y mínima la acción transformadora de la naturaleza por parte del hombre. En ese entonces, la construcción de herramientas, armas y útiles en general, así como las distintas técnicas o métodos de trabajo, debían desarrollarse principalmente alrededor de la cacería, la pesca y la recolección de productos vegetales como actividades básicas. Sólo podían haber formas rudimentarias de ganadería y agricultura, que no podían implicar un reemplazo definitivo de aquellas actividades básicas. Por ello, existía siempre una dependencia en relación a lo que la naturaleza pudiera ofrecer, lo que debía ser limitado para un conjunto de organismos sociales que buscaban lo mismo, y con una tendencia unilateral a multiplicar su número en una progresión geométrica.

Pero el proceso de la selección natural dejó prácticamente de funcionar en el hombre, a partir del momento en que el desarrollo de la productividad del trabajo, de su capacidad transformadora de la naturaleza, sobre todo con el desarrollo de la agricultura y la ganadería, llegaron a un punto en que se superaron las limitaciones que generaba el ritmo de crecimiento poblacional de la especie. Ese mismo factor, material, objetivo, como es el progreso ininterrumpido de las fuerzas productivas, y como ya lo explicaran Marx y Engels, fue a la vez el que posibilitó la dominación y el sometimiento de unos grupos sobre otros, originándose las clases sociales, y formalizándose la situación con el Estado esclavista. En otros términos, todo esto fue posible por el hecho de que apareció el **plusproducto**, es decir, la posibilidad de producir más de lo que se consume. Antes no podía surgir tal situación, porque la productividad media del trabajo sólo daba, a lo sumo, para la mera subsistencia de los propios productores.

Estos hechos novedosos, más los nuevos factores económicos, políticos, etc., que surgieron con la nueva sociedad, trastocaron radicalmente las condiciones en que funcionaba el mecanismo de la selección natural. Por eso, exceptuando quizás unos pocos casos de tribus que aún viven en condiciones primitivas, nada de lo tratado puede ser aplicable a nuestros tiempos. Por un lado, porque el ritmo de crecimiento de la población tiende a dismi-

nuir o equilibrarse con el propio desarrollo de las sociedades, a causa del progreso científico y cultural, y la capacidad de planificar el número de hijos; sobre todo por las facilidades para la utilización de los distintos métodos que evitan la procreación, antes inexistentes. Inclusive en la época de Malthus (siglo XVIII) no se conocían métodos muy eficaces al respecto. El veía en la abstinencia sexual, por cierto poco confiable, la única solución posible, por lo que en cierta manera se justificaba su pesimismo acerca de un probable control de aquella tendencia creciente.* Pero la nueva realidad hace que sea normal limitarse a tener dos o a lo sumo tres hijos por pareja, lo que significa una tendencia a la estabilización poblacional de la especie. Y si así no fuere, no sería algo tan difícil de lograrse, siempre y cuando las transformaciones sociales y políticas sean hacia adelante, hacia el mejoramiento de la vida social y la igualdad de las condiciones materiales para todos los seres humanos, y no hacia el retroceso de las mayorías, como es la tendencia que se observa en la realidad del capitalismo de este cambio de milenio. Por otra parte, en los tiempos actuales, debido al gran desarrollo de la ciencia y la tecnología, se presentan, como se sabe, condiciones materiales y de potencial productivo no sólo para la alimentación normal de toda la humanidad, sino para abastecer de alimentos y demás bienes elementales a una cantidad de seres humanos varias veces superior a la actual. Es por ello que el hambre y la miseria de millones en la actualidad, no responden a la fatalidad de leyes “naturales” o biológicas, como afirmaría un malthusiano “distráido”, sino a causas económico-sociales, históricas y políticas, inherentes al sistema vigente, que fomentan las desigualdades sociales y obstaculizan el aprovechamiento racional y equitativo de ese enorme potencial productivo.

* Malthus R. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997

LEYES GENERALES DEL PSIQUISMO

Lo visto en el capítulo anterior será de utilidad en los diversos temas a desarrollar en este libro. Pero por ahora dejaremos de lado la historia de la evolución de la especie, hasta que sea el momento de recurrir a los importantes fundamentos que ella nos ofrece en relación a la explicación del psiquismo humano. El presente capítulo estará dedicado al tratamiento sobre las leyes más generales y esenciales del funcionamiento psíquico.

1. El concepto de lucha

Lo que define el concepto de lucha es la presencia de dos fuerzas que tienden a producir efectos contrarios y excluyentes. Los resultados básicos alrededor de los cuales se plantea toda lucha son el **sí** o **no** de algo. Una fuerza tiende a la afirmación de un efecto y la otra a su negación. Tanto la afirmación como la negación en este caso son **objetivas**. Ello implica que no consisten en “decir” sí o no, sino que la afirmación y negación objetivas son respectivamente la existencia o el ser concreto de algo y su no ser.

La **lucha de contrarios**, como una ley de la lógica dialéctica, no debe entenderse como un enfrentamiento entre cualquier par de elementos contrarios, sino que siempre se trata de la oposición entre dos **fuerzas** que tienden a producir uno u otro resultado. Por ejemplo, cuando un animal depredador procura atrapar una presa, mientras que ésta trata de huir y quedar a salvo, estamos en presencia de una lucha. Pero la misma no está dada entre los efectos excluyentes: captura y huida, sino entre las fuerzas enfrentadas que tienden a producir uno u otro hecho. Es evidente que la afirmación de alguno de esos efectos es automáticamente la negación del otro. En este caso, el efecto central, o de lo que se trata, sería la captura. Una fuerza, el accionar decidido del depredador, tiende a que se produzca la captura, y la otra procura su negación.

Llamaremos **fuerza activa** a la tendencia orientada a afirmar un hecho que aún no ocurre; mientras que la fuerza que tiende a impedir que se

produzca el efecto, o a mantener su negación, es la **resistencia**. Supongamos que se produce un terremoto bajo el edificio en el que nos encontramos. Los efectos excluyentes que consideramos aquí son el derrumbe o su negación: el “no derrumbe”. La fuerza activa que tiende a la afirmación del derrumbe es sin dudas el terremoto. Sin embargo, no tiene vía libre para provocar el efecto. Para ello debe vencer la resistencia que el edificio ofrece. Tal resistencia es la fuerza que tiende a la negación de ese hecho o, lo que es lo mismo, al mantenimiento en pie del edificio. La lucha se desarrolla entonces alrededor de los dos posibles resultados: afirmación del derrumbe - negación del mismo, es decir, se plantea entre la fuerza que tiende al **ser** del derrumbe y la que tiende a su **no ser**.

Sabemos que el concepto: fuerza, es un tanto oscuro y su uso en un contexto científico muchas veces es inadecuado. Pero si hacemos exacto su significado, lo transformamos en una útil categoría científica y lógica. En primer lugar, dicho concepto será siempre relativo a un **efecto** considerado. Una vez que enfocamos un hecho al que concebimos como efecto, de allí en más debemos observar qué factores de la realidad ejercen algún tipo de influencia a favor o en contra de su afirmación. Así, todo aquello cuya influencia sea a favor de la afirmación del efecto pasará a formar parte del bloque de la fuerza activa, y todo lo que ejerza alguna influencia en contra de dicho efecto, o a favor de su negación, caerá bajo el bloque de la resistencia. De esa manera, en base a los posibles resultados considerados previamente: afirmación o negación de un hecho, ordenamos en dos bloques de fuerzas a todo lo que influya a favor o en contra de su aparición. En tal sentido, todo lo que se entiende por factores, variables, motivos, condiciones, pasan a ser “reclutados” o repartidos en esos dos bloques de fuerzas, según su influencia sea a favor o en contra del efecto. Así por ejemplo, si el efecto considerado es una revolución social, tendremos que en caso de producirse, la **causa** será siempre, y como algo genérico, el mayor poder de la fuerza activa sobre la resistencia. Mientras que en caso de no llegar a producirse, la causa, en lo genérico, será el mayor poder de la resistencia sobre la fuerza activa. Es evidente que los factores, variables, motivos, o condiciones que pueden influir a favor o en contra de ese efecto, son muchos y bastante complejos. Sin embargo, jamás se desencadenará si la suma total de las influencias parciales a favor, y el bloque de la fuerza activa que forma su conjunto, no supera en poder al total de factores, condiciones, etc., que forman el bloque de la resistencia o fuerza negadora.

Los ejemplos que hemos visto hasta ahora se refieren a luchas simples y únicas entre dos fuerzas o dos bloques de fuerzas que tienden al sí o no de

un efecto. Pero la lucha simple es sólo la “unidad de medida” o la “célula” de las sucesivas luchas de contrarios que sostienen la dinámica de los procesos en desarrollo. En éstos tiene lugar un acople coordinado de reiteradas luchas simples entre fuerzas que tienden a producir efectos contrarios y excluyentes, dándose el repetido pasaje de uno al otro. El mejor ejemplo al respecto lo tendremos ingresando al fenómeno psíquico.

2. La contradicción psicológica básica

Los elementos contrarios que expresan la contradicción psicológica básica o fundamental son el **placer** y el **displacer**. Pero la lucha de contrarios no se plantea entre esos efectos pasivos excluyentes, sino entre las **fuerzas** que tienden a producir uno u otro. Una de las fuerzas en lucha es la **intencionalidad** del individuo (o animal), su propósito básico, su motivación esencial, que tiende a los efectos de afirmar el placer y negar el displacer. La otra fuerza, o el otro bloque de fuerzas, por el contrario, tiende a afirmar el displacer y a negar el placer. Esa fuerza contraria, al igual que el terremoto, es una fuerza completamente objetiva. No debemos creer que se oculta en nuestro interior un ente subjetivo a modo de “espíritu enemigo”. Simplemente la naturaleza limitó las pretensiones de la intencionalidad activa, de modo que la lucha sea pareja o equilibrada, asegurándose el pasaje de uno a otro de aquellos contrarios, lo cual permite el movimiento de la actividad psicológica y la conducta.

El bloque de la fuerza contraria está constituido por todo aquello de la realidad que ejerce alguna influencia a favor de la afirmación del displacer y en contra del efecto de placer. Entre esas fuerzas encontramos una diversidad de elementos, ejemplo: las condiciones ambientales adversas que se oponen constantemente a nuestros propósitos, haciendo de resistencia ante aquellos resultados a los que aspira la intencionalidad. Pero lo más importante de las fuerzas contrarias estaría dado en los mecanismos neurofisiológicos autónomos responsables de la forzosa aparición del displacer, a los que se agregan los mecanismos neurofisiológicos autónomos inhibidores de la actividad nerviosa generadora del placer, y que oponen a la intencionalidad del organismo una resistencia interna y objetiva, radicada en nuestro propio cerebro.

Tenemos así, que el desarrollo de la vida psíquica, en lo esencial, no es más que el desarrollo de una contradicción o lucha de contrarios, donde la intencionalidad es una de las fuerzas en lucha; mientras que la fuerza contraria es un bloque de factores puramente objetivos o inanimados, pero que

tienen un poder similar o mayor a la fuerza de la intencionalidad, en relación a su capacidad de producir los efectos de su tendencia.

En el movimiento de esta lucha o contradicción psicológica fundamental, nos encontramos con cuatro efectos y no sólo con dos. Los cuatro efectos o resultados posibles de la lucha son: 1- afirmación del placer. 2- negación del mismo. 3- afirmación del displacer. 4- negación de éste.

La intencionalidad tiende a afirmar el placer y a negar el displacer. Por ello, tal motivación esencial está formada por dos fuerzas complementarias. En relación al placer, la intencionalidad del organismo es en principio la fuerza activa que trata de lograr el placer como efecto; y en relación al displacer, es la resistencia que procura impedir el efecto de displacer. Por tanto, la intencionalidad, en su esencia, es la unidad de dos tendencias parciales que cooperan en la lucha contra las fuerzas contrarias.

La tendencia parcial de la motivación que trata de afirmar el placer será llamada **tendencia parcial afirmadora**, y **tendencia parcial negadora** será el nombre de la subtendencia intencional que trata de negar el displacer. En cuanto a las fuerzas contrarias a la intencionalidad, no hace falta la distinción, sino que basta concebirlas e identificarlas como **fuerzas contrarias**, donde ya sabemos que tienden a producir el displacer y a negar el placer.

Las dos tendencias parciales de la intencionalidad se hallan fuertemente unidas en una misma fuerza. Son respectivamente el “ataque” y “defensa” del mismo equipo. A esta doble tendencia le llamaremos: **ley general del psiquismo**. Es decir, la ley general, como esencia de la intencionalidad y de toda motivación, es la fuerza constante que tiende a producir como efectos la afirmación del placer y la negación del displacer.

Si esos efectos buscados por la intencionalidad fueran muy fáciles de conseguir, o por el contrario imposibles, el movimiento de la conducta perdería todo su vigor. Para que ello no suceda, la lucha debe ser equilibrada, dándose el pasaje de un contrario a otro. Por eso la naturaleza impone el displacer y dificulta la obtención del placer, de modo de mantener el vigor del movimiento de la actividad psicológica y la conducta. En realidad es intensísima y turbulenta la lucha que la intencionalidad libra continuamente contra las fuerzas naturales contrarias, que accionan en nuestro propio cerebro. Sólo que venimos adaptados para que no se note mayormente.

3. Leyes derivadas

A partir de la ley general se derivan dos importantes leyes. Una es la ya conocida **ley del efecto**, formulada por Thorndike. Esencialmente nos dice que existe una tendencia a repetir las conductas que llevaron al efecto de

placer y se tiende a evitar la repetición de las que concluyeron en el displacer.* A lo que se debe agregar, que el poder de la tendencia a repetir o evitar la repetición de la conducta es aproximadamente proporcional a la magnitud del placer o displacer que la misma tuvo como consecuencia.

En el hombre, la cuestión del efecto de la conducta tiene mayor riqueza que en el resto de animales, dado que el sujeto humano no siempre necesita haber vivenciado el efecto concreto de placer o displacer para luego repetir o no su conducta, sino que puede imaginar o deducir en su representación mental el efecto que puede tener cada conducta, y decidir según ello. Esto nos lleva a formular otra ley más abarcativa, que llamaremos **ley de la decisión**. Su enunciado sería el siguiente: “en toda decisión se opta por la conducta que promete más placer y/o menos displacer”.

Debemos tener en cuenta que el quantum de placer o displacer que la ley de la decisión trata (grado de ventaja-desventaja o de conveniencia-inconveniencia de cada posibilidad a elegir) es el producto de los cálculos (gigantescos y a veces instantáneos) que realiza el cerebro, basándose en el análisis de tres factores:

1-Intensidad del placer y/o displacer previstos.

2-Duración.

3-Probabilidades estadísticas de presentarse el placer o displacer. Esto significa que ante dos placeres iguales en intensidad y duración se preferirá aquella conducta en que su logro es más probable; y cuando lo que está en disputa son dos displaceres, y tenemos constantes las demás condiciones, se preferirá la conducta en que su aparición es menos probable.

Los tres factores son de orden cuantitativo. En nada afecta el matiz o el tipo cualitativo de placer o displacer. Cuando un sujeto se vuelca en su elección por cierto tipo cualitativo de placer o displacer, es sólo aparente, es decir, lo prefiere porque a él le produce **más** placer o **menos** displacer ese tipo cualitativo.

Puede pensarse que habría un cuarto factor a considerar en la ley de la decisión: la **inmediatez**. Esto es, que ante dos placeres iguales en intensidad,

* El enunciado formal de Thorndike es el siguiente: “*todo acto que en una situación dada produce satisfacción, se asocia con esa situación, de modo que cuando la situación se reproduce la probabilidad de una repetición del acto es mayor que antes. A la inversa, todo acto que en una situación dada produce displacer se desliga de la situación, de modo que cuando la situación recurre la probabilidad de repetición del acto es menor que antes*”. (Citado en Marx M. H. y Hillix W. A. **Sistemas y teorías psicológicas contemporáneos**. Traducción castellana de Jorge Colapinto. Paidós México 1992 pág. 70).

duración y probabilidades de presentación, se preferiría el más cercano, y viceversa con el displacer; frente a dos displaceres iguales en el resto de condiciones se elegiría el más lejano. Sin embargo, parecería tratarse, en rigor, de un caso de manifestación del factor probabilidad. Lo más cercano es naturalmente sentido como más seguro, más realista, más probable; mientras que lo más lejano en el tiempo tiende a ser vivenciado como más inseguro, improbable o incierto, y de allí que muchas veces se manifieste una cierta tendencia espontánea a desear con más fuerza el placer más cercano, y a rechazar o temer en mayor grado el displacer inmediato, prefiriéndose postergarlo.

De todas formas, puede tenerse en cuenta si se quiere este cuarto factor de la inmediatez, ya que su agregado no alteraría la esencia de la ley. Se trataría solamente de un elemento más de ese quantum global de ventajas-desventajas, en términos de placer-displacer, de cada posibilidad a elegir.

4. Objeciones a la ley de la decisión

Cuando un sujeto se somete intencionalmente a un sacrificio muy displacentero, parece contradecir la ley de la decisión. Para responder a ello hay que aclarar primero que los conceptos: placer-displacer no se limitan a lo corporal o material, sino que abarcan todo tipo de placer o displacer, sean de naturaleza estética, moral o espiritual. Hablamos del sentirse “bien” o sentirse “mal” y del quantum de esos estados anímicos básicos, sin importar su tipo cualitativo. Tanto el placer de ingerir alimentos como el placer moral o espiritual más elevado son producto de la actividad neuronal del mismo cerebro. Otra aclaración es que la ley sólo funciona en el marco de la **intencionalidad**. Si alguien se pincha un dedo accidentalmente, por ejemplo, el efecto displacentero obtenido no corresponderá al campo funcional de la ley de la decisión, por ser un hecho imprevisto y ajeno al dominio intencional.

Para entender las conductas o decisiones que parecen contradecir la ley, el método es siempre el mismo. Consiste en preguntarnos: ¿qué ocurriría si el sujeto no decide lo que decidió?. La respuesta es que cualquier otra posibilidad ha sido descartada en su cerebro, por ser concebida como más desventajosa o menos ventajosa que lo que finalmente decidió. Cuando alguien decide someterse a un sacrificio, encontramos que en caso de no hacerlo ocurriría un displacer más doloroso, o se perdería la posibilidad de un placer intenso, el cual sólo se logra por medio del sacrificio. Si un individuo, por ejemplo, se somete a un displacer o renuncia a la posibilidad de placer con el propósito de beneficiar a otro, y sin pretender ninguna retribución, aquí el

método es el mismo: ¿qué ocurre si no lo hace?. A saber: sentiría un displacer moral o culpa por no ayudarlo. También significaría someterse al dolor propio de la pena o lástima que produce el sufrimiento del otro. En cambio, al hacerle un bien se evita por un lado ese sufrimiento moral, y por otro se logra el placer moral por haber hecho algo bueno, más el placer fraternal por percibir el bienestar de aquél.

Como no es posible demostrar la ley en cada uno de los miles de casos imaginables, escogeremos unos pocos ejemplos, pero que son los que más hacen “tambalearse” la veracidad de la ley. Uno de los casos es el de aquellas conductas que el individuo se siente impulsado irresistiblemente a cumplir, aunque objetivamente tendrán una consecuencia displacentera, lo que es sabido claramente por el sujeto. Aquí la ley de la decisión está presente con todo su rigor por lo siguiente: en primer lugar, admitamos que la consecuencia de la conducta, en el ejemplo, será muy displacentera. Pero nos preguntamos nuevamente: ¿qué pasa si no la cumple?. La respuesta es que sentiría un displacer más intenso, que es el de la **fuerte necesidad compulsiva**, la cual es un estado de displacer insoportable y peor que lo que “venga” después. Por ello, el sujeto prefiere el otro displacer: el de la consecuencia de la conducta, que continuar en ese estado de agudo displacer. A esto se agrega que en caso de negarse a realizar la conducta, el fuerte displacer de la necesidad compulsiva se intensificaría más todavía.

Es indudable que en ese ejemplo habría un cierto trastorno psíquico. Pero la aparición del doloroso sentimiento compulsivo escapa a la **intención** del sujeto, es ajena a ella. Por lo tanto, escapa al dominio de la ley de la decisión, que comprende la intencionalidad como condición. Porque de un modo similar, el displacer de la sed, cuando no se ha bebido por un tiempo, es una necesidad que puede ser un deseo compulsivo, insoportable e irresistible de beber. Pero la aparición de tal necesidad o displacer, por más que sea producto de un proceso psicofisiológico ocurrido en el propio cerebro, nada tiene que ver con la intención. (Para que sea más preciso, esos dolorosos sentimientos son efectos promovidos por las **fuerzas contrarias** en la contradicción psicológica básica; por los factores objetivos e inanimados que tienden a producir displacer y negar el placer).

Con respecto a las conductas compulsivas de suicidio, el mecanismo es el mismo. Si la intensidad del displacer de la necesidad compulsiva es superior al displacer del temor, el sujeto intentará suicidarse. La aparición de esa intensa necesidad compulsiva de autodestruirse tampoco es obra de la intencionalidad. Lo que es intencional es la conducta que **responde** a un deseo o necesidad que aparece, pero la **aparición** de un deseo o necesidad es algo

ajeno al dominio intencional. Por ello, el sujeto no contradice con su acción la ley de la decisión. Sólo está obedeciendo a la sugerencia compulsiva. Trata de salir del intenso displacer de la necesidad compulsiva, cuya aparición es ajena a la intencionalidad.

En otros casos el suicidio no es compulsivo, sino algo reflexivo y elaborado. Pero en ningún caso se viola la ley. Por ejemplo, si un sujeto experimenta intensísimos displaceres, y su vida es un círculo vicioso, una continua amenaza de dolor, y no ve salida alguna, es preferible la neutralidad afectiva de la muerte: ni placer ni displacer, que un displacer continuo y seguro.

Cuando se decide morir por el honor, generalmente se está **evitando** vivir bajo una constante humillación, que implicaría someterse al displacer de un eterno desprecio social y autodesprecio, lo que es captado como más horroroso que la muerte.

Quién procura quitarse la vida por sentir que es un estorbo para el resto del grupo, lo hace para poner fin al constante displacer de ver que su presencia no contribuye sino al malestar de los seres queridos, más el displacer moral de sentirse inútil, inservible, etc.

Un último ejemplo es el de aquellos casos en que se entrega la vida o se la arriesga en grado extremo en un acto de gran arrojo y altruismo. Aquí tampoco se viola la ley como puede parecer. La conducta del sujeto, en tales casos, responde a la **necesidad** que impulsa a cumplir con ese acto, buscando poner fin al sentimiento displacentero que define a toda necesidad. No nos debe interesar ahora el porqué de la presencia de esa necesidad en su vivencia (esto tendría su explicación desde la utilidad del fenómeno para la sobrevivencia de la tribu). Sólo debemos tener en claro que la aparición de todo deseo o necesidad es producto de mecanismos ajenos a la intencionalidad. Por eso, debemos centrar siempre el análisis en el momento de la decisión del sujeto, y con el supuesto de la fuerte necesidad ya aparecida en su vivencia, sin ser buscada. Dicho análisis consiste como siempre en averiguar lo que ocurriría en caso de negarse a cumplir aquella conducta que sugiere la necesidad. En primer lugar, se intensificaría el sentimiento displacentero de ésta, llegando según el caso a tornarse insostenible. Luego, aparecería el displacer moral o sentimiento de culpabilidad por no cumplir con lo que el propio individuo concibe que es su deber, junto al displacer del sentimiento de cobardía y autodesprecio por no ser capaz de realizarlo. También, si ese acto tiende, como suele suceder, a evitar que ocurra algo trágico a un ser querido, se produciría, al no cumplirlo, un profundo dolor espiritual ante lo que significaría por ejemplo la muerte de aquél. A eso se sumaría el agravante de la peor humillación de sentirse responsable de ello. Así, el enorme

temor y horror que genera la imagen de todo el dolor que significaría esa posibilidad trágica para el ser querido contrarresta y supera el temor hacia la propia muerte.

En conclusión, cuando se lleva a cabo un acto de esa naturaleza, se debe a que en el momento de la decisión no queda ninguna alternativa más ventajosa o menos desventajosa en términos de placer-displacer. Tales actos se cumplen por tratarse de la mejor de las alternativas que ve el sujeto, o más exactamente de la “menos peor” entre lo que queda para elegir.

5. La esencia de la elección

La elección o selección no existen en términos absolutos. Así como la “selección natural”, en la evolución biológica, es sólo una noción que refleja el resultado de la lucha por la sobrevivencia, de igual forma, la elección o selección de la subjetividad es la expresión del resultado de la lucha entre conductas u opciones posibles. Si una conducta ofrece un placer “5” y la otra un placer “6”, y consideramos constante el resto de condiciones, al ser excluyente la decisión, y dado que sólo cabe una conducta, se trata de una lucha entre ambas opciones, donde al igual que en toda lucha vence la fuerza que tiene más poder. El poder, aquí, está expresado en la oferta del mejor producto anímico para la ley de la decisión. Por tanto, en la hipótesis, se elegirá necesariamente la segunda opción (placer 6).*

6. Recuento de las leyes fundamentales

Tenemos en resumen cuatro importantes leyes del psiquismo. La primera es la ley de la unidad y lucha de contrarios, que es la manifestación en un caso particular como es el psiquismo, de la ley universal de la contradicción dialéctica, como fuerza motriz que posibilita el movimiento y desarrollo de cualquier fenómeno. Esta ley, por tanto, es el **motor** de la actividad psíquica, y consiste en la eterna lucha entre la intencionalidad, que procura afirmar el placer y negar el displacer, y las fuerzas naturales contrarias que tienden a afirmar el displacer y negar el placer. La segunda es la ley general

* Si alguien, contrario a aceptar este punto de vista, supone que en la hipótesis podría elegir la otra opción (placer 5), aunque más no sea con la sola finalidad de desacreditar el postulado, veremos que para hacerlo deberá “romper” la constancia del resto de condiciones, ya que al agregar el placer de la satisfacción moral que sentirá por contradecir la ley, se sumará a los cinco puntos superando los seis de la otra opción.

del psiquismo, que desde el enfoque subjetivo puede llamarse tendencia general. Tal ley es la referencia a una de aquellas dos fuerzas en lucha, es simplemente definir la fuerza constante de la intencionalidad y los destinos necesarios de su orientación.* Las dos últimas son la ley de la decisión y la del efecto. Estas son ya especificaciones de la forma en que actúa la ley general. La ley de la decisión se refiere a las luchas ocurridas en el interior de la intencionalidad, donde hay que elegir entre dos o más posibles caminos para lograr el placer y/o negar el displacer. El triunfo en la lucha interna es siempre de la alternativa que tiene, según los cálculos del cerebro, la mejor oferta anímica. La ley del efecto es la expresión de la memoria afectiva, y significa que se actúa según los datos sobre los efectos de placer o displacer, y su quantum, que ha tenido cada conducta en el pasado, lo cual se traduce a la tendencia a repetir lo asociado al placer y a evitar la repetición de lo que llevó al displacer.

* A Epicuro correspondería atribuir el haber sido el primero en comprender con claridad la existencia de esta tendencia general y absoluta de la motivación (véase, por ejemplo, Nizan Pablo. **Los materialistas de la Antigüedad**. Editorial Hemisferio. Buenos Aires 1950).

LAS TENDENCIAS PARTICULARES

La ley general del psiquismo, que es la doble tendencia a afirmar el placer y negar el displacer, es compartida por todos los animales que tengan intencionalidad. Ello implica que aquel interés necesario de la motivación fue “inventado” por la naturaleza hace muchos millones de años. Las ulteriores transformaciones que la naturaleza fue produciendo en los animales se realizaron suponiendo ya la existencia y el vigoroso funcionamiento de la ley general. Es decir, los animales, en lo esencial, únicamente buscan el placer y negar el displacer. Por esta razón, si un animal siente placer por comer por ejemplo “barro”, morirá en poco tiempo sin reproducirse. En cambio, si siente placer por ingerir una sustancia que será provechosa para su fisiología, logrará sobrevivir y reproducirse, dando hijos con similar tendencia adaptativa. Ese animal logra sobrevivir, pero en ningún caso busca intencionalmente la sobrevivencia por medio del alimento. Como no “sabe” de fisiología, sólo busca el placer que le produce esa sustancia. Pero por casualidad siente placer por algo que a la vez es indispensable para la vida.

La selección natural, en la evolución de las especies, fue eliminando con perfecta sistematicidad a todos los animales que eventualmente encontraran el placer en hechos perjudiciales a la vida. Solamente sobrevivieron aquellos organismos que encontraban el placer (y la supresión del displacer) en hechos saludables o útiles a la sobrevivencia individual y de la especie. Todo animal que sienta placer por algo perjudicial para la sobrevivencia se extinguirá rápidamente, porque, dadas las leyes psicológicas, insistirá en ello con toda naturalidad. Inclusive, aunque encuentre el placer en situaciones biológicamente neutras (ni indispensables ni perjudiciales), es algo inútil, una pérdida de tiempo y energías, por lo que igualmente se extinguirá, siendo aventajado por los que sólo logran el placer (y la anulación del displacer) en lo que es indispensable a la vida. Por eso, la selección natural hizo que quedara una completa correspondencia, donde lo que es perjudicial

a la sobrevivencia provoca displacer, lo útil a la vida produce placer, y lo biológicamente neutro es anímicamente neutro.

Si enfocamos la actividad de la ley general como único interés esencial, debemos concluir que sólo sobreviven los organismos que por casualidad van encontrando el placer y la anulación del displacer en hechos indispensables para la sobrevivencia. La selección natural, por tanto, fue produciendo en su accionar una verdadera “limpieza”, dejando vivos únicamente a los que hicieron coincidir el placer con lo útil a la vida.

De aquí resulta la siguiente ley: “en condiciones naturales no puede producir placer algo que no sea útil a la sobrevivencia individual y de la especie. Tampoco puede producir displacer, en términos naturales, aquello que no esté relacionado a un hecho perjudicial para la sobrevivencia”.

Con estos datos nos encontramos en condiciones de deducir cuáles son las necesidades primarias del hombre, o lo que se entiende por impulsos, instintos, pulsiones, motivos, tendencias. Simplemente debemos identificar los hechos que producen placer universalmente, y tendremos así el total de tendencias particulares o necesidades primarias del hombre. Pero antes de ello es preciso una breve consideración sobre la relación de los conceptos: general y particular. Por ejemplo, los “mamíferos en general” sólo existen **en** los mamíferos particulares: liebre, perro, jirafa, etc. Podemos recorrer una por una las especies de mamíferos, pero jamás veremos a los “mamíferos en general”. Igualmente con respecto a la ley general o tendencia general; existe **en** las tendencias particulares, ejemplo: comer, beber, sexo. Las tendencias particulares son, pues, donde existe la tendencia general, o donde se manifiesta. En otros términos, son las vías de entrada al placer.

Una regularidad de las tendencias particulares es que llevan unidas a las dos tendencias parciales de la ley general. Como recordaremos, la ley general es la unidad de las tendencias parciales afirmadora del placer y negadora del displacer. Tomando como ejemplo la tendencia alimenticia, encontramos que son inseparables ambas tendencias parciales. Simultáneamente se busca poner fin al displacer del hambre y lograr el placer de la ingestión. El mismo hecho de comer es lo que pone fin al displacer y hace aparecer el placer.

Otra constante que vemos en las tendencias particulares es que el displacer se presenta como **necesidad** y el placer en forma de **satisfacción**.

Dado que el concepto: necesidad, tiene diversos sentidos, utilizaremos la abreviatura: **nec.** para referirnos a ese estado displacentero caracterizado por un sentimiento de carencia del objeto de satisfacción. Así, el hambre, la sed, como **vivencias**, son ejemplos de **necs**.

Además de la nec. y satisfacción, encontramos un elemento intermedio al que llamaremos: **tendencia dirigida**. Este es el elemento activo de la tendencia particular. La tendencia dirigida es lo que va desde la nec. particular, ejemplo: el hambre, hasta la satisfacción particular: comer.

Tenemos entonces tres elementos, cuya configuración total forma lo que llamaremos **impulso: nec. - tendencia dirigida - satisfacción**. Si bien identificaremos como impulso al conjunto de los tres elementos, la T.D. (tendencia dirigida) es el verdadero elemento activo del impulso, es la fuerza **impulsora** que responde a la nec., empujando hacia la satisfacción.

1. El detalle de los impulsos

En base a lo visto, y como ya se anticipara, para saber cuáles son los impulsos o necesidades primarias del hombre sólo debemos responder a la siguiente pregunta: ¿qué “cosas” producen placer en forma incondicional en todos los miembros de la especie, y cuáles son las necs. correspondientes?. De ello se deducen los siguientes impulsos: *

impulso	Displacer particular o nec.	T.D. →	Placer particular o satisfacción
1 - Alimenticio	hambre		comer
2 - Sexual	nec. sexual		acto sexual, orgasmo
3 - De bebida	sed		beber
4 - De defecación	nec. de defecar		defecar
5 - De micción	nec. de orinar		orinar
<hr/>			
6 - De comodidad corporal	molestia corporal, posición incómoda		comodidad
7 - De rascado	picazón, comezón		rascado
8 - De calefacción	frío		calefacción corporal
9 - De refresco	calor		refrescarse

* No es la pretensión establecer un listado de carácter definitivo o inmodificable. Se trata solamente de los impulsos que “quedaron”, que se estabilizaron luego de mucho tiempo de revisión en base al método general descrito para su determinación.

10 - Recreativo	aburrimiento	ingreso a la situación de entretenimiento
11 - De variación	tedio, hartazgo, hastío, nec. de cambio	cambio de la situación responsable, variación
12 - De agresión	rabia, ira, enojo, nec. agresiva	perjuicio para el objeto o sujeto
13 - Fraternal	lástima, piedad, nec. benefactora	beneficio para el objeto o sujeto
14 - Mediador	nec. del logro de una meta que sirve a otro impulso interesado en ella	alegría por el logro de la meta
15 - De recuperación	sentimiento de carencia de lo habitual, "extrañar" lo que falta, "echar de menos" lo perdido	recuperación de lo perdido, restablecimiento, reencuentro
16 - De conservación	intranquilidad, preocupación, temor, miedo, terror	tranquilidad, sensación de seguridad por la evitación del riesgo o peligro
17 - De alivio	dolor o sufrimiento	alivio
18 - De continuación	"tristeza del fin", disgusto por ver aproximarse el fin de la situación placentera, nec. de reafirmarla	reinicio, continuación o reafirmación de la situación placentera
<hr/>		
19 - De gozo	deseo, anhelo, ansia	disfrutar el hecho deseado, satisfacción del deseo (este impulso actúa sobre las vías de entrada al placer de los otros impulsos, superponiéndose a éstos)
20 - De descanso	cansancio, fatiga	descanso, reposo
21 - De curiosidad	sentimiento de curiosidad, "interés", inquietud, intriga, nec. de saber	asimilación de la información, tomar conocimiento, hecho novedoso, interesante; asombro

22 - De comunicación	nec. de comunicar, de transmitir la información, de expresar un contenido, de ser escuchado y comprendido, dar algo a conocer	hacer saber, muestras del receptor de haber comprendido, mostrar algo curioso o sorprendente, asombro del receptor
23 - De aprobación	nec. de aprobación, de reconocimiento, de estima, de autoconformidad	recibir aprobación, felicitación, muestras de estimación, reconocimiento, orgullo, autoconformidad

Como se habrá notado, en el esquema aparecen dos líneas que separan tres grupos de impulsos. Los primeros cinco son de naturaleza **creciente**. Esto quiere decir que el tiempo transcurrido desde la última satisfacción (en rigor, los sucesos fisiológicos que ocurren) es determinante de la aparición y aumento progresivo de la nec., y por tanto de las exigencias de satisfacción. El segundo grupo es el de los impulsos **no crecientes**. Únicamente se activan cuando aparece un estímulo movilizador específico y esporádico, el que puede no presentarse por un tiempo sin ser necesaria una supuesta “descarga”. Por ejemplo, si pasa un determinado tiempo sin motivos de temor, el impulso de conservación se mantendrá inactivo, sin que el sujeto tenga una necesidad “postergada” de lograr tranquilidad o de huir. Lo mismo sucede con el impulso de agresión. Se puede vivir mucho tiempo sin “necesidades agresivas” si no ha habido estímulos movilizadores del impulso (principalmente frustraciones muy intensas y frecuentes). Igualmente con el impulso de refresco si no aparece el estímulo movilizador del “calor”. El tercer grupo es el de los impulsos **mixtos**. Por un lado, el tiempo transcurrido desde la última satisfacción provoca el aumento progresivo de la nec. Pero tienen la propiedad de quedar “abiertos” para la reaparición total de la nec., aunque acabe de darse una satisfacción completa. Esto último no sucede en los cinco impulsos crecientes. En ellos, luego de ocurrir la satisfacción total (hasta la saciedad), la nec. no se puede activar nuevamente en forma inmediata. Los mixtos en cambio, aunque exigen satisfacción con el solo transcurrir del tiempo, pueden reaparecer con todo su vigor ante el nuevo estímulo movilizador, y con independencia de la anterior satisfacción. Más adelante volveremos sobre este punto (cap. 6).

2. Vías secundarias que llevan al placer

Las vías de entrada al placer recién detalladas son las fundamentales, son los **núcleos** de satisfacción de los impulsos. Pero además existen otras vías secundarias que llevan al placer, las cuales son muy numerosas pero poco

significativas desde el punto de vista de la motivación, y en general es muy leve el placer que producen, ejemplo: el bostezo, el estornudo, la percepción de estímulos sensoriales agradables (olores, sonidos, imágenes). Estas vías secundarias no se ajustan a las condiciones que nos permitan considerarlas impulsos particulares o necesidades primarias, motivo por el cual no son incluidas en la lista de impulsos presentada. Además de su utilidad para la sobrevivencia, y de ajustarse a la ley general, habrían dos requisitos más a cumplir por una función de la motivación para ser un impulso:

1- La más básica de esas condiciones es la presencia de una **nec.** particular, como sentimiento displacentero con un matiz específico y regular; una **T.D.** que movilice la conducta activa del organismo, como respuesta a la nec.; y un objeto o situación productores de placer correspondiente, que se presenten como la **satisfacción** de la nec. específica, poniendo fin a ésta.

2- El segundo requisito es el grado mínimo de significación de esos tres elementos desde el punto de vista anímico y motivacional.

Hay algunos mecanismos que cumplen la primera condición (nec. específica - T.D. - satisfacción) pero no la segunda dada su escasa importancia motivacional. A dichos mecanismos les llamaremos **microimpulsos**. Entre éstos encontramos: el llanto, el estornudo, el bostezo, el despezarse, la tos, la eliminación de gases por vía oral o anal, más algún otro. Los microimpulsos son como automatismos reflejos, pero con una clara regulación intencional, dotados de una nec. específica, T.D. y satisfacción. Sin embargo la nec. se presenta casi siempre en forma naturalmente compulsiva, haciendo extremadamente corta la actividad de la T.D. que procura la satisfacción. Tal actividad consiste básicamente en facilitar la realización de un mecanismo prácticamente invariable en su secuencia refleja; la nec. - T.D. - satisfacción son consecutivas, dándose los tres elementos casi simultáneamente.

Si ubicamos a los microimpulsos en aquella clasificación de los tres tipos de impulsos, corresponderían por lo general al grupo de los **no crecientes**, es decir que se activan como respuesta a un estímulo movilizador o situación estimulante de aparición esporádica o eventual.

La distinción entre impulsos y microimpulsos no se basa en un estricto límite que los separe, puesto que habría una continuidad en el grado de importancia anímica y motivacional entre el más insignificante microimpulso y los impulsos más desarrollados. Pero el elemento que establecería la diferencia cualitativa, y en el que se basa la separación, es la presencia o ausencia de un cierto “espacio” entre la aparición de la nec. y el acto de la satisfacción. Los impulsos son aquellos que cuentan naturalmente con ese espacio, dentro del cual la T.D. puede “hacer algo”, fuera de facilitar la

realización de un mecanismo compulsivo, relativamente automático e invariable, como es el caso de los microimpulsos.

Tenemos hasta aquí, que la ley general del psiquismo, como esencia de la intencionalidad, se ramifica en el hombre en algo más de una veintena de impulsos y cerca de una decena de microimpulsos, como las formas constantes, necesarias y regulares en que se manifiesta la tendencia absoluta a afirmar el placer y negar el displacer. Toda conducta motivada se hallaría siempre, en definitiva, orientada a poner fin al displacer de alguna de aquellas necs. y lograr el placer de su satisfacción.

Además de los microimpulsos, se encuentran muchas otras vías secundarias que llevan al placer (olores, imágenes, representaciones mentales, etc.). Pero ninguna de ellas se ajusta a las condiciones que definen al impulso. A estas vías secundarias les llamaremos **placeres de orientación**, y las dividiremos en dos grupos: 1-placeres de orientación de los impulsos. 2-placeres de orientación general.

1- Los **placeres de orientación de los impulsos** son reacciones placenteras que rodean a los núcleos de satisfacción de aquéllos, y sirven para orientar la conducta dirigida hacia el núcleo, ejemplo: el agradable olor de una comida, o el placer de los pasos preliminares del acto sexual. Gráficamente:



Cuando el organismo se encuentra con los placeres de orientación de los impulsos (puntos pequeños) se ve más motivado para insistir en esa dirección, y llegar así más fácilmente, o con más probabilidad, al núcleo de satisfacción.

La distribución e importancia de esos placeres de orientación es muy variable según el impulso del que se trate. Aquí se hace adecuada la analogía con los planetas y satélites del sistema solar. Si hacemos equivaler los núcleos de satisfacción con los planetas y los placeres de orientación de los impulsos con los satélites, veremos que así como algunos satélites de Júpiter o Saturno tienen un tamaño similar o mayor al de algunos planetas, y no obstante son satélites, así, ciertos placeres de orientación del impulso sexual, por ejemplo, son tan o más intensos que los núcleos de los impulsos de micción o de rascado. Sin embargo son placeres de orientación o “satélites” del núcleo de satisfacción del impulso sexual.

No sólo a nivel concreto o material se presentan los placeres de orientación de los impulsos. El placer que se produce junto a la representación mental de los objetos o situaciones de satisfacción (fantasías, etc.) tiene también una función orientadora.

En realidad los placeres de orientación que rodean a los núcleos son mayormente satisfacciones parciales del impulso, al igual que cuando se logra solamente un “trozo” del núcleo.

2- Los **placeres de orientación general** son similares a los anteriores, pero no se hallan rodeando a los núcleos, sino que se distribuyen como “vías libres” de entrada al placer. Lo que orientan tales reacciones placenteras es el acercamiento a situaciones útiles a la vida en general. Como ejemplo encontramos: el agrado por contemplar el fuego, el gusto por la prolijidad, la limpieza, el presenciar un acto de destreza, la armonía de las formas, y muchas otras situaciones similares, productoras de un placer casi siempre de leve intensidad. Tales vías productoras de placer no son impulsos, sino sólo vías abiertas al placer, que no cuentan con una nec. específica previa. Solamente son precedidas por la nec.: **deseo**, es decir, son tomadas por el impulso de gozo (deseo - T.D. - hecho placentero o satisfacción del deseo). El impulso de gozo no tiene especificado o delimitado su objeto de satisfacción, sino que tiene a cargo todo aquello que produce placer. El deseo puede surgir orientado hacia cualquier cosa capaz de provocar placer. Entre esas “cosas” se destacan los núcleos de satisfacción de los otros impulsos, que son los que despiertan el deseo en la forma más intensa. Pero todas aquellas vías libres productoras de leves placeres son también alcanzadas por el funcionamiento del impulso.

Aunque el de gozo es el principal impulso que sostiene la conducta orientada a aquellas vías secundarias, también se encarga de ellas el impulso de continuación, que procura mantener, reafirmar o hacer persistir toda situación placentera, cualquiera sea su forma.

3. Vías libres productoras de displacer

Además de los estados displacenteros de las necs. de cada impulso, hay una diversidad de canales abiertos al displacer. Pero todos esos displaceres quedan librados al manejo dinámico de los impulsos de alivio y de conservación; es decir, constituyen la nec. del impulso de alivio y lo que el de conservación teme y evita. El impulso de alivio tampoco tiene especificada la forma de displacer que hace a su nec., sino que cualquier tipo de displacer puede constituir la nec. del impulso, el que se orientará a ponerle fin,

logrando el placer del alivio como forma particular de su satisfacción. Por su parte, el temor, como nec. del impulso de conservación, responde siempre a la amenaza de displacer. Así, cualquier vía productora de displacer puede despertar el temor, el que es seguido por el empuje de la T.D. que se orienta hacia el placer de la tranquilidad, dada por la evitación del riesgo de dolor, como satisfacción del impulso.

Entre las numerosas vías libres de entrada al displacer (fuera de las necs. de los otros impulsos), hay algunas que llevan a un intenso dolor, ejemplo: sufrimiento somático, frustración, dolor moral. Estos constituyen los displaceres más importantes que tratan de negar los impulsos de alivio y de conservación. Pero hay también muchos displaceres leves, que cumplen una función complementaria con respecto a los placeres de orientación general, ejemplo: suciedad, desprolijidad, malos olores, sonidos o imágenes desagradables, etc. A esas vías “periféricas” de entrada al displacer les llamaremos **displaceres de orientación general**. Tales displaceres son tomados también por aquellos dos impulsos especializados en la negación del displacer. Si bien éstos se encargan principalmente de los displaceres más intensos, alcanzan todo displacer (a evitar el de conservación y a ponerle fin el de alivio).

En base a lo que hemos tratado, y dejando por ahora de lado los microimpulsos, podemos decir que todas las vías que llevan al placer y al displacer, a pesar de su gran cantidad y de la complejidad de su distribución, se hallan comprendidas bajo la mecánica funcional de los impulsos vistos, los cuales constituyen verdaderas leyes de la motivación humana. Más adelante analizaremos detenidamente la lista de impulsos presentada. (cap. 6).

4. Los impulsos y su peso diferencial en la motivación

Sabemos que la magnitud del poder motivador de cada impulso es **rotativa**. Así por ejemplo, el impulso de bebida puede pasar mucho tiempo desapercibido, o transformarse en el más poderoso, dominando todo el psiquismo. Por ello, la intensidad de la nec. movilizada determina el poder eventual del impulso. Sin embargo, tomando como referencia un día “tipo” de la tribu humana primitiva, encontramos que hay impulsos que son más difíciles de satisfacer que otros. Por eso, tanto la intensidad del displacer de la nec. como del placer de la satisfacción serían aproximadamente proporcionales a la dificultad natural de satisfacción. También, a la mayor importancia adaptativa de lograr con más frecuencia la satisfacción.

5. Los impulsos y la contradicción psicológica básica

La esencia del funcionamiento psíquico no es más que una continua lucha entre dos fuerzas que tienden a producir efectos contrarios. Una es la fuerza absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general del psiquismo, que empuja hacia la afirmación del placer y la negación del displacer; y la otra está constituida por el total de condiciones o factores externos y neurofisiológicos internos que tienden objetivamente a que se produzca el displacer y a negar el placer. Sin embargo, aunque ambas fuerzas experimenten una constante lucha, se hallan **cooperando** con gran firmeza para permitir la sobrevivencia del organismo. En otras palabras, los fenómenos de lucha y cooperación se encuentran unidos en el mismo hecho, y son relativos a los efectos considerados. Cuando dos fuerzas tienden a producir resultados contrarios y excluyentes están luchando; y cuando tienden a producir el mismo efecto se hallan cooperando. Así, en relación a los resultados de placer o displacer aquellas fuerzas se hallan en lucha. Pero en relación a los efectos de la sobrevivencia o extinción del organismo se encuentran cooperando. Ambas fuerzas contribuyen para el efecto de la sobrevivencia. La lucha continua entre la ley general y las fuerzas contrarias a la intencionalidad es a la vez la más estrecha cooperación de ambos contrarios, para posibilitar el movimiento de la conducta y la sobrevivencia del organismo.

Así como la ley general se manifiesta en las tendencias primarias o impulsos, la contradicción básica del psiquismo también se manifiesta en la contradicción o lucha que experimenta cada impulso con la respectiva "fracción" de las fuerzas contrarias. Ejemplo, el impulso alimenticio trata de suprimir el displacer del hambre y busca el placer del alimento. Las fuerzas contrarias, aquí, tienden a generar y a hacer persistir el estado displacentero del hambre y a negar o limitar la posibilidad de placer del impulso.

La misma lucha está presente en cada impulso, y se hace evidente la complementariedad de las fuerzas opuestas para concluir en la obtención, por parte del organismo, del objeto o hecho útil a la vida. La conducta se paralizaría si sólo hubiese placer permanente. También se frenaría si hubiera sólo displacer sin existir ninguna posibilidad de salir de ese estado. Igualmente paralizadora sería la situación de ausencia de placer y de displacer, o bien la simultaneidad constante y equivalente de ambos estados. Únicamente el pasaje de uno a otro es lo que permite el movimiento de la vida psíquica y la conducta.

CONSIDERACIONES METODOLOGICAS

1. Los niveles del psiquismo

El accionar de la ley general, como esencia de la intencionalidad, tendría cuatro niveles cualitativos en el hombre, donde el nivel de los impulsos es uno de ellos. Para explicar lo que debe entenderse por “niveles cualitativos” en la organización de la materia, y en este caso en lo que hace a la estructura motivacional humana, tomaremos como ejemplo la fisiología y la organización en niveles de los componentes anatómicos del organismo.

Un primer nivel que encontramos aquí es el celular. Las células rellenan todo el organismo. Si queremos ver la composición estricta de un organismo, sin contar ciertas sustancias accesorias, sólo encontraremos células. Sin embargo, aunque “todo” es célula, “no todo” es célula. Todo es célula porque podemos recorrer con microscopios la totalidad del organismo y no encontraremos otra cosa que células. A la vez, no todo es célula porque también están los **órganos**.

El órgano no es más que la organización de las células que lo componen, es el conjunto organizado de células. Del mismo modo, cada célula es el conjunto organizado de los organoides celulares, y éstos de las moléculas que los forman, y así sucesivamente.

Lo que importa por ahora es atender el hecho de que el órgano sigue siendo células, y que los mismos átomos que forman a las células son los que forman al órgano. Tenemos así, dos niveles cualitativos: el celular y el de los órganos.

Si pretendemos explicar el funcionamiento del organismo y lo enfocamos sólo desde el nivel celular, quizás demos explicación a muchos fenómenos. Pero llegará un momento en que ya nada más podremos decir. Aparecerá una barrera que nos impedirá progresar en la explicación del funcionamiento del organismo. Esa barrera es la que separa el nivel de las leyes celulares del nivel de los órganos y sus leyes. Una vez que pasamos al nivel de los órganos estaremos ante un mundo nuevo. Aparecerán muchos fenómenos y

relaciones que estaban vedados al enfoque citológico, por ejemplo: los mecanismos del funcionamiento global del hígado, del páncreas, de los riñones, etc., que son imposibles de entender si sólo enfocamos la actividad de cada célula aislada.

En el psiquismo, el nivel equivalente al celular es el nivel reflejo. En esencia todo es reflejo. No puede haber fenómeno psíquico que no se base en la actividad refleja del sistema nervioso. Luego, los impulsos son los “órganos psíquicos”; es decir, los reflejos se hallan organizados en su secuencia y relaciones, dando forma a una configuración global como por ejemplo: el impulso alimenticio. El funcionamiento de dicho impulso no es más que el producto del funcionamiento organizado y coherente de los reflejos que lo sustentan.

Los reflejos pasan a integrar la base del movimiento de los impulsos cuando caen bajo el orden de la ley general. En el nivel reflejo, el funcionamiento de la ley general radicaría en mecanismos de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas, que orientarían a los reflejos en forma coherente, dando como producto global la T.D. (tendencia dirigida) de un impulso.

Los reflejos del sistema nervioso, desde el enfoque que traemos, se pueden dividir en dos clases: 1- los que subyacen la actividad intencional, a los que daremos el nombre de **reflejos dirigidos**. 2- los ajenos a la intencionalidad, o **reflejos autónomos**. Los dirigidos son los que caen bajo el orden de la ley general. Esta funcionaría en el nivel reflejo valiéndose de un mecanismo selectivo que facilita o dificulta la activación o excitación de reflejos, según el placer-displacer con que se asocia cada vía nerviosa. De esa forma, se produciría la secuencia refleja coherente que aparece en lo psicológico global como la T.D. de una conducta igualmente coherente.

Ese “mecanismo selectivo” nadie lo ha visto nunca. Pero como en última instancia todo acto psicológico es producto de los reflejos del sistema nervioso, y dado que los reflejos sólo se mueven en su propia contradicción: excitación - inhibición, y como además sabemos que existe la ley general, no puede haber duda sobre la existencia de aquel mecanismo selectivo, que va determinando el curso de las vías reflejas.

Estos problemas del nivel reflejo serán tratados más adelante (cap.5). Por el momento la intención es solamente transmitir la noción de los niveles o “estratos” del funcionamiento psíquico. En este caso, recalcar que los impulsos son producto de la organización de la actividad refleja. No pueden existir flotando en la nada, al igual que los órganos respecto a las células.

Siguiendo con la analogía fisiológica, habíamos pasado desde el nivel celular al de los órganos, acompañando el pasaje cualitativo de uno a otro

nivel de la materia orgánica. Así, comenzábamos a explicar la fisiología del organismo desde el nivel de los órganos, pero sin olvidar lo visto en el nivel celular. Una vez que conocemos todo lo que nos ofrece el nivel de los órganos, y cuando creíamos que con éste ya estaba todo dicho, encontramos una nueva barrera que nos obliga a pasar a otro nivel cualitativo de mayor complejidad: el de los aparatos, ejemplo: el aparato digestivo, respiratorio, reproductor, etc. Los datos que nos ofrece el tratamiento del nivel de los aparatos es algo que no podríamos lograr desde el enfoque de cada órgano particular.

En el psiquismo también pasaremos del nivel de los impulsos u “órganos psíquicos” al de los “aparatos”. Así como los aparatos fisiológicos no son más que grupos de órganos integrados coherentemente en una o más funciones globales, los “aparatos” del psiquismo surgen de la organización y combinación de los impulsos. A modo de ejemplo tenemos la función moral; esto es, la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo. Tal mecanismo se forma de varios impulsos, pero los dos “cabecera” son los impulsos de aprobación y de conservación. El primero motiva al sujeto a hacer lo **bueno** para lograr la aprobación social (y/o la autoaprobación). Por otro lado, como la conducta **mala** produce el displacer del rechazo social (y/o autorrechazo), aparece el temor de hacer algo malo. Entonces, el impulso de aprobación empuja a hacer lo **bueno**, y el de conservación (temor - T.D. - tranquilidad) motiva a evitar lo **malo**. El acople de esos impulsos da forma al mecanismo moral. Aunque dicho mecanismo no sea más que impulsos organizados, tiene no obstante autonomía funcional y de leyes. Por ello es de un nivel cualitativo superior en relación a los impulsos.

Lo de “superior” no es en este caso una valoración subjetiva. Se trata de algo auténticamente superior en cuanto al nivel de complejidad en la organización de la materia. Cuando se dice que las tendencias superiores no existen, afirmando que “en realidad” son sólo las tendencias primarias, esto es incorrecto, ya que del mismo modo tampoco existirían las tendencias primarias, porque son sólo reflejos, y éstos tampoco porque son sólo átomos en movimiento. Así como no podemos decir que el aparato respiratorio no existe, con el argumento de que “en realidad” se trata de un grupo de órganos, tampoco podemos hacer eso con las funciones superiores del psiquismo humano. Cada nivel cualitativo que resulta de la organización de la materia tiene su propia existencia objetiva y sus leyes exclusivas.

Otro ejemplo de mecanismos superiores es la función estética: bello-feo. Tales valores reúnen, entre otros elementos, a los placeres y displaceres de orientación. También está la función intelectual: entender - no entender. Sobre estas funciones o mecanismos hablaremos luego en detalle (cap. 8).

Hasta ahora hemos visto tres de los cuatro niveles de la estructura y el funcionamiento psíquicos: 1- reflejo. 2- impulsos. 3- mecanismos superiores. Cada uno de los niveles en los que actúa la ley general tiene su contradicción fundamental, o sus pares de contrarios organizadores. En el nivel reflejo los contrarios son: excitación-inhibición; en el de los impulsos: nec.-satisfacción; y en el siguiente: valor positivo - valor negativo o disvalor. El cuarto y último nivel de la estructura motivacional humana sería, en la analogía, el equivalente a los grandes sistemas fisiológicos, como por ejemplo: el sistema nervioso, endócrino, inmunológico, etc. Los elementos contrarios organizadores son los valores **virtuales** positivo y negativo. Este es el nivel de los ideales y los más altos intereses. Los valores virtuales se refieren a situaciones estables en el tiempo. Son condiciones que se busca o evita **ser**, **poseer**, o **que “haya”**, ejemplo: poseer virtudes o defectos personales, condiciones de bienestar o malestar sociales, etc. Este nivel del funcionamiento de la intencionalidad y de la ley general, que es el más elevado, se forma con la organización compleja, pero específica y definida, de los impulsos y mecanismos del tercer nivel.

Desde un enfoque más general, los niveles vistos serían **subniveles**, cuyo conjunto forma el nivel psicológico. Porque cuando enfocamos un grupo de individuos “psicológicos” en sus interrelaciones funcionales, estamos en presencia de un orden superior de fenómenos, que es el nivel social o sociológico.

Esta analogía con la fisiología no es algo meramente metafórico, ni tampoco un “modelo fisiológico” del psiquismo. Se trata de las mismas leyes universales de la relación entre los niveles cualitativos de la organización de la materia. Tales relaciones son comunes en todos los órdenes de fenómenos.

PARTE II

DESARROLLO ESPECIFICO

- La estructura y el funcionamiento psíquicos

EL NIVEL REFLEJO

Si bien trataremos un nivel por vez, lo presentado en el capítulo anterior sobre los niveles del psiquismo nos servirá para saber en qué lugar del “mapa psicológico” se ubica aquello de lo que hablemos. En el presente capítulo el nivel reflejo o neuronal será la transitoria “base de operaciones” desde donde observaremos los fenómenos psíquicos.

1. Substrato neurofisiológico del placer y displacer

Aunque el sistema nervioso central es bastante complicado como para de limitar en él la base de determinadas funciones psicológicas, encontramos en la neurofisiología un dato que es de gran importancia. Esto es la existencia, en la base del cerebro, de áreas neuronales que al entrar en actividad producen como efecto vivencial estados placenteros o displacenteros. En pacientes eventualmente sometidos a intervenciones quirúrgicas, que se ofrecen para la prueba, se observa que la aplicación de estímulos eléctricos (de muy baja intensidad) en determinadas áreas de la base del cerebro (sistema límbico) tiene como efecto estados placenteros o displacenteros en el sujeto según la zona estimulada. Tales efectos vivenciales se repiten cada vez que el estímulo se presenta con la misma intensidad y en la misma zona.* Por lo tanto, a diferencia de otras funciones psicológicas, la actividad neuronal responsable de las vivencias placenteras o displacenteras parece ser localizada.

Esto es factible de ser así, puesto que no se trata de las complejas funciones superiores de la corteza cerebral, donde en general se hace arbitrario hablar de localizaciones, sino de las reacciones anímicas básicas, compartidas por los diversos animales, y cuya base neurofisiológica parece encontrarse en las zonas más arcaicas o primitivas del sistema nervioso, en las cuales sí habría cierta tendencia a la localización de funciones.

* Best y Taylor. **Bases fisiológicas de la práctica médica** 10ª edición. Editorial Médica Panamericana. Buenos Aires 1982. Pág. 1508

En otros experimentos con animales se habría logrado localizar, inclusive, núcleos neuronales particulares responsables de las necesidades más primarias, o sea, núcleos neuronales localizados que al entrar en actividad producirían hambre, sed, etc. Por ejemplo, al estimular con cierta continuidad el “núcleo del hambre”, el animal no para de comer y engorda rápidamente, a diferencia de otros animales de igual camada que se hallan en condiciones normales. Luego, si se impide la actividad a ese núcleo del hambre, el organismo pierde todo interés por el alimento. También, en similares experimentos se comprueban claras reacciones displacenteras o placenteras en el animal según la zona estimulada, lo cual se observa en las manifestaciones externas que evidencian uno u otro estado anímico.*

Estos datos no son suficientes para creer que las neuronas responsables de las vivencias placenteras o displacenteras tengan una localización muy marcada. Es probable que sólo muestren una tendencia a la localización, distribuyéndose en áreas difusamente diferenciadas. De todas formas, tomaremos como hipótesis de trabajo lo que estos datos nos sugieren, y en adelante hablaremos, resumidamente o para simplificar, de **neuronas del placer y del displacer**.

2. El sistema nervioso y la contradicción psicológica básica

Estamos en condiciones ahora de mirar la contradicción básica desde un plano diferente. La lucha, en rigor, se plantearía entre la fuerza que tiende a producir la estimulación de las neuronas del placer e inhibir la actividad en las del displacer, contra las fuerzas contrarias, responsables de la estimulación de las neuronas del displacer y de la negación del trabajo en las del placer. Se trata de los respectivos “objetivos” de las fuerzas en lucha. Este sería el mecanismo esencial del funcionamiento psíquico. La naturaleza creó una serie de complejos mecanismos neurofisiológicos, que en su funcionamiento autónomo se encargan de estimular las neuronas del displacer e inhibir la actividad en las del placer; mientras que las fuerzas neurofisiológicas “leales” a la ley general tienden a producir la estimulación de las neuronas del placer y a negar dicha estimulación en las del displacer.

Sabemos que las vías fundamentales de entrada al placer están dadas en los núcleos de satisfacción de los impulsos. Por ello, las vías nerviosas esti-

* Whittaker James O. **Psicología**. Nueva Editorial Interamericana. México 1984. Pág. 150

muladas por los objetos de satisfacción de los impulsos son las únicas que tienen una “afluencia” significativa en las neuronas del placer. Por ejemplo, en la cavidad bucal se encuentran los receptores o terminales nerviosos que son estimulados durante la ingestión del alimento o en el acto de beber. La actividad nerviosa comenzada en la cavidad bucal asciende hasta el cerebro, y según las condiciones tiene vía libre para terminar desembocando en las neuronas del placer, a las que hará activar.

Las vías nerviosas de acceso a las neuronas del placer se hallan especialmente restringidas y solamente abiertas a la estimulación nerviosa producida por los objetos adaptativos y en condiciones adaptativas o útiles a la vida. Esto no sólo sucedería con las vías nerviosas que ascienden desde determinadas zonas del cuerpo. Cuando el objeto de satisfacción es un hecho ocurrido en el plano simbólico o de la abstracción (satisfacción del impulso de curiosidad por ejemplo), se produciría, según las condiciones, un descenso de la actividad nerviosa desde la corteza hasta la base del cerebro, donde se hallan las “neuronas anímicas”.

Los objetos de satisfacción de los impulsos no sólo producen la estimulación de las neuronas del placer, sino que a la vez son las únicas vías que concluyen en la inhibición de la actividad de las neuronas del displacer o nec.

En la contradicción o lucha continuas entre la ley general y las fuerzas contrarias, la actividad de la corteza cerebral que subyace la intencionalidad inteligente se encuentra siempre al servicio de la ley general. Toda la actividad **intencional** del cerebro tiende a lograr los objetos-situaciones que son las vías de entrada a las neuronas del placer, y que a la vez inhiben la actividad de las neuronas de la nec. o displacer. Sin embargo, por más poderosa que sea la fuerza de la intencionalidad inteligente, nunca puede lograr un triunfo absoluto contra el enemigo, es decir, nunca puede conseguir que se dé sólo placer y se extinga totalmente el displacer. Al respecto cabe una pregunta: ¿qué sucede si alguien sólo tiene motivos de placer y ha logrado suprimir completamente todos los motivos de displacer?. Es muy común que los individuos que se aproximan a esas condiciones de vida excepcionalmente favorables presenten cuadros de frecuentes y duraderos estados de displacer, que aparecen sin motivo justificable para el dominio subjetivo, ejemplo: ansiedad, angustia, disconformidad general, etc. Este fenómeno de la ansiedad “sin motivo” ha desconcertado a la psicología y a otras ciencias ocupadas del tema, además de desconcertar “más seriamente” al sujeto que la vive.

3. El sistema de mantenimiento autónomo

La explicación de ese raro fenómeno compensatorio estaría dada por lo que sigue. Una de las leyes más generales de la fisiología, y que es un axioma de dominio popular, nos dice que todo órgano que no funciona con normalidad tiende a atrofiarse o degenerar. Las neuronas no están exentas de esta ley. Por el contrario, son de las más propensas a degenerar con la falta de actividad normal. Por lo tanto, si un sujeto no tiene ningún motivo productor de displacer por mucho tiempo, esto quiere decir que las neuronas del displacer estarían durante todo ese tiempo sin actividad alguna. A causa de ello comenzarían a atrofiarse hasta degenerar. Esto parece un peligro. Pero la naturaleza está siempre “atenta” a tales situaciones. Por eso, existiría en los organismos un sistema homeostático especial, cuya función sería la de asegurar el buen mantenimiento de la capacidad estructural y funcional de todos los órganos. En aquellos órganos que no hayan tenido un adecuado monto de actividad por estímulos externos o normales, dicho sistema actuaría promoviendo la estimulación autónoma de esos órganos, a fines de su mantenimiento. De tal modo, en el caso que nos ocupa, este sistema sería el responsable de la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo cual tendría efecto en la vivencia, siendo éste la **ansiedad** o angustia “sin motivo”.

El sistema de mantenimiento autónomo se hallaría generalizado en el organismo, controlando que todos los órganos se encuentren en buenas condiciones. Ejemplo, las contracciones estomacales que se producen cuando el organismo lleva mucho tiempo sin ingerir alimento serían controladas por este sistema, que sometería a la musculatura del estómago a su obligatoria “sesión de entrenamiento”. Si esa musculatura se mantuviera en reposo absoluto durante los muchos días que el organismo eventualmente puede estar sin comer, quedaría en malas condiciones de rendimiento. El estómago no se encontraría preparado para cuando el animal logra ingerir gran cantidad de alimento. Aquí la digestión supone un estómago en buenas condiciones, y para ello debe entrenarse, entretenerse con contracciones de mantenimiento mientras espera el alimento. También encontramos la presencia del sistema de mantenimiento autónomo en la fase del sueño llamada sueño paradójico (momento en el que se vivencian los sueños), caracterizada por una actividad eléctrica del cerebro similar a la de vigilia, y que cumpliría la función de impedir que sea muy prolongado el reposo de la formación reticular y demás áreas del sistema nervioso central que se hallan prácticamente sin actividad durante el sueño profundo.

Habría más para decir sobre el sistema de mantenimiento autónomo, pero significaría un viraje hacia la fisiología general, y ese no era el “trato”. Lo que nos interesa aquí es que en el caso visto más arriba, de aquel que no tiene motivos de displacer, este sistema sería el responsable de la estimulación forzosa de las neuronas correspondientes, a fines del mantenimiento de su buen estado, lo que tendría como efecto aquella “ansiedad autónoma” en la vivencia.

Es evidente que esa no sería la única causa de la ansiedad. Pero sí lo sería en los casos como en el ejemplo visto, dado que si un sujeto logra evitar todo motivo de displacer, ejemplo: come ante el menor indicio de hambre, bebe sin sentir sed, descansa sin cansarse antes, no tiene motivos de preocupación o temor, y así con todas las necesidades, las neuronas responsables de producir con su actividad: hambre, sed, cansancio, temor, no pueden estar mucho tiempo sin trabajo. Por tanto, llegará un momento en que el sistema de mantenimiento autónomo provocará la actividad conjunta de todas esas neuronas, dando forma a la ansiedad (nec. indiferenciada), o a la angustia (ansiedad intensa matizada con temor).

Con respecto a las neuronas del placer, ocurriría algo parecido. Cuando alguien se encuentra en una situación muy problemática que lo lleva a vivir tres o cuatro días seguidos de continuo displacer, llegará un momento en que las neuronas del placer ya no “soportarán” la situación de un reposo tan prolongado y darán comienzo a su “agradable” sesión de entrenamiento. Por su parte, las neuronas del displacer, que han tenido una actividad intensa e ininterrumpida, deben pasar al reposo para restablecer sus energías. Es aquí el momento en que el individuo cambia de actitud ante sus dificultades; comienza a ver que todo se aclara y que no es “para tanto”; aparece una sensación reconfortante y de gran tranquilidad, cuando sus problemas siguen siendo objetivamente los mismos, o quizá más graves aún. Una vez que las neuronas del placer cumplieron su sesión de entrenamiento, y cuando las del displacer recuperaron sus energías, estas últimas reinician su dolorosa tarea y vuelve la oscuridad de la situación a la conciencia del sujeto.

La conclusión que obtenemos por el momento es que los núcleos o áreas neuronales responsables del placer y del displacer tendrían siempre aproximadamente el mismo monto global promedio de actividad, a pesar nuestro. Quizás no sea exactamente constante el promedio de actividad de cada grupo de neuronas; pero debe ser cercano a ello, puesto que un trabajo a “media máquina” produciría una atrofia parcial, y el organismo necesita tener siempre a punto y en buen estado esos órganos nerviosos si pretende sobrevivir.

Aunque el volumen global promedio de trabajo de cada grupo de neuronas no sea exactamente el mismo, al menos lo sería en relación al efecto de su mantenimiento estructural y funcional. La prueba de ello es que jamás se deteriora la capacidad de tales centros nerviosos de producir placer o displacer como efecto de su trabajo.

La situación es bastante curiosa. La intencionalidad o ley general busca que trabajen solamente las neuronas del placer y que no trabajen las del displacer, cuando eso es imposible y una “pérdida de tiempo”.

Este es un aspecto que muestra la contradicción objetiva del psiquismo. Pero es claro que no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sino que profundizaremos en los pormenores de esta situación “psicoabsurda”.

4. La constancia del trabajo neuronal

Un argumento en contra de la hipótesis sobre la constancia objetiva del promedio de trabajo de aquellas áreas neuronales lo da el hecho de que a veces se viven épocas de felicidad y otras de infelicidad. Tal objeción es importante, ya que la hipótesis de la constancia es que en tres o cuatro días se emparejaría el total de actividad promedio de cada grupo de neuronas. Por tanto, si vivimos dos meses con un cierto bienestar promedio y otros dos meses con malestar promedio, esto contradice la hipótesis de la constancia. Pero hay una respuesta a la objeción, y consiste en la consideración de los factores: intensidad y duración, como componentes de la masa total y constante de trabajo neuronal. Así por ejemplo, si el total del trabajo neuronal tiene una magnitud: 100, su composición puede ser: intensidad 10 - duración 10 ($10 \times 10 = 100$), o bien intensidad 20 - duración 5, o intensidad 5 - duración 20, etc. En todos los casos el volumen global de trabajo es 100 por igual.

Tomemos un espacio de tres días en los cuales tendría lugar necesariamente ese total de trabajo de cada grupo de neuronas; o sea, en cualquier “corte” de tres días seguidos que tomemos la cantidad global de trabajo neuronal es la misma. El sistema de mantenimiento autónomo procuraría sólo mantener el monto global promedio, pero no le “interesa” la relación duración - intensidad, puesto que ello no afectaría el resultado del adecuado mantenimiento de las neuronas. Sin embargo, el efecto vivencial no sería el mismo con una u otra distribución de duración - intensidad de ese trabajo neuronal. Para la vivencia resultaría mejor cuando el monto necesario del trabajo de las neuronas del displacer se reparte en la máxima duración y

mínima intensidad. Mientras que en relación al placer sería a la inversa; habría un mejor resultado anímico cuando las neuronas del placer tienen la máxima intensidad y mínima duración consecuente en su actividad.

Esto parece erróneo, es decir, con una u otra distribución el total vivenciado tendría que ser el mismo también. La explicación de que no sería lo mismo para la vivencia es algo intrincado pero finalmente claro de comprender. En principio, para que aparezca el efecto vivencial hace falta un mínimo de intensidad de la actividad nerviosa que lo haga surgir. En otras palabras, si se estimula una sola neurona, ínfima e invisible, por ejemplo del displacer, no habrá efecto vivencial alguno. Si se estimulan diez o treinta neuronas tampoco habrá efecto vivencial. Si seguimos aumentando el número de neuronas estimuladas, de modo que sumen mil, diez mil, tampoco tendremos efecto. Pero en algún momento el efecto aparecerá, ejemplo arbitrario: el efecto displacentero surgirá cuando las neuronas del displacer estimuladas superan el número de un millón. (En realidad la intensidad no surge sólo de la cantidad de neuronas que trabajan, sino del producto de la cantidad de neuronas más la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada una. Pero supongamos constante la frecuencia de los impulsos nerviosos de cada neurona, de modo que la intensidad sólo esté dada por el número de neuronas estimuladas.)

Tenemos entonces que la actividad de un millón de neuronas solamente sirve para alcanzar el umbral vivencial, pero no tiene ningún efecto. Sólo tiene efecto en la vivencia el trabajo de las neuronas que exceden la cifra de un millón. Ello significa que mientras más tiempo trabajen las neuronas del displacer, será mayor la pérdida del efecto de ese trabajo constante equivalente a un millón de neuronas, siendo poco lo que asome al efecto vivencial en relación a todo lo que se pierde en lo subumbral. En cambio, si la masa global constante del trabajo de las neuronas del displacer se distribuye en la máxima intensidad y mínima duración, será poco lo que se perderá en lo subumbral y la mayoría de ese trabajo pasará al efecto vivencial. Gráficamente:

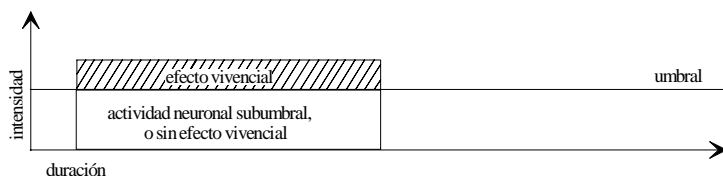


Gráfico 1 : actividad de las neuronas del displacer en la máxima duración y mínima intensidad

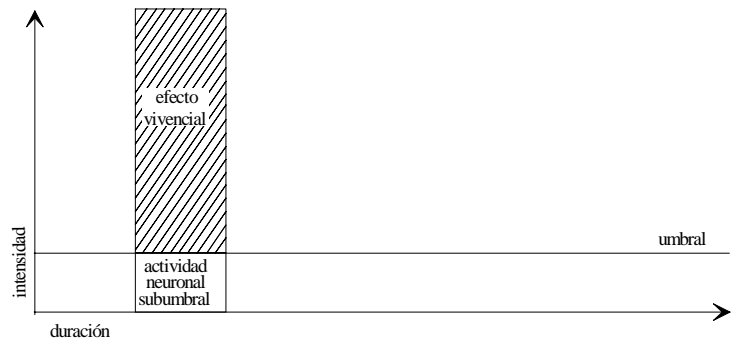


Gráfico 2 : actividad de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración

En ambos gráficos encontramos la misma masa global de trabajo neuronal, representada por la superficie total de la figura. En el gráfico 1 vemos que el efecto de placer vivencial es mucho menor que el quantum de placer vivencial del gráfico 2. Sin embargo, en ambos casos es el mismo total de trabajo neuronal. Toda la diferencia reside en la mayor pérdida, en el primer caso, del trabajo subumbral de un millón de neuronas en cada instante sucesivo. Esto por el hecho de distribuirse la masa de trabajo en la máxima duración y mínima intensidad.

En el caso de las neuronas del placer se da la misma situación. Claro que en vez de obtener una barra horizontal que haga perder todo el efecto, deben presentarse numerosas y frecuentes barras verticales altas y finas.

Veamos una analogía sencilla de otro campo de la realidad, que nos demostrará la universalidad de estas relaciones y nos ayudará a comprender mejor la naturaleza del fenómeno. Supongamos que tenemos un gran camión estacionado y contamos con treinta hombres de la misma fuerza muscular cada uno para empujarlo. El efecto que consideramos es el movimiento del camión y el quantum de su movimiento. Supongamos que el vehículo ofrece una resistencia cuyo poder es equivalente a la fuerza de empuje de 13 hombres. Por tanto, la fuerza de 13 sujetos aplicada al camión sólo sirve para equilibrar la resistencia, pero no es suficiente para provocar el efecto del movimiento. Sin embargo, en esa situación de equilibrio el menor soplo ya lo mueve. Establezcamos que cada uno de los 30 sujetos sólo puede aplicar sus fuerzas máximas durante 5 segundos. Así, la fuerza o energía total con que contamos es la fuerza máxima de 30 hombres aplicada durante 5 segundos.

Observemos dos formas posibles de distribuir ese total de energía. En la primera prueba dividimos en 2 grupos de 15 cada uno. Hacemos empujar los

5" al primer grupo, y medimos la energía dinámica transmitida al vehículo, como expresión de la cantidad de su movimiento. Hacemos lo mismo con el otro grupo de 15 y volvemos a medir la energía dinámica transmitida, que será la misma. Finalmente sumamos los dos productos parciales y nos dará un producto x como resultado de la primera prueba. Luego, en la segunda prueba hacemos empujar a los 30 juntos durante los 5". No hay dudas de que la energía dinámica transmitida al camión, en la segunda prueba, será mayor que la suma total de la primera. Esto por lo siguiente: la resistencia del vehículo equivale a la fuerza de 13 hombres. Por ello, en cada uno de los dos intentos parciales de la primera prueba, la fuerza de 13, de los 15 que empujaban, sólo sirve para equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de la fuerza de 2. Por lo tanto, en el total de la primera prueba se pierde el efecto de la fuerza de 26 hombres en equilibrar la resistencia del camión y solamente se aprovecha el efecto de la fuerza de 4. En cambio en la segunda prueba, al empujar los 30 juntos, sólo se pierde el efecto de 13 sujetos en equilibrar la resistencia, aprovechándose el efecto de los otros 17.

Vemos entonces que en ambas pruebas se utilizó la misma cantidad de trabajo muscular. Pero en el primer caso su distribución fue: intensidad 15 (hombres) \times duración 10" (dos tandas de 5") = 150; y en el segundo: intensidad 30 \times duración 5" = 150. Sin embargo, el efecto logrado es muy distinto en uno y otro caso.

Traduciendo esto a lo que ocurre con el trabajo de las neuronas del placer o displacer en relación al efecto vivencial, encontramos que así como la fuerza de 13 hombres se pierde en equilibrar la resistencia del camión, la energía del millón de neuronas en actividad se pierde sólo en alcanzar el umbral de la vivencia, o bien en equilibrar la resistencia que se opone al efecto vivencial.

Entonces, si el volumen total de trabajo de las neuronas del displacer es constante en aquellos 3 días, será mejor repartirlo todo lo posible, para que la energía del trabajo subumbral equivalente a un millón de neuronas se pierda durante el máximo tiempo posible, y sea poca la proporción que asome como efecto vivencial displacentero. En cambio con respecto a las neuronas del placer, lo mejor es que empujen reiteradamente todas las neuronas juntas para aprovechar al máximo el efecto vivencial, y no haya pérdida subumbral inútil de ese monto de actividad asignado.

Existen algunas razones para creer que el área ocupada por las neuronas del displacer es mayor que en el caso del placer. En principio, la experiencia subjetiva nos muestra que el placer casi nunca es más que irrupciones esporádicas y breves, mientras que el displacer suele ser muy duradero y no

menos intenso. Luego, según el criterio de adaptación para la sobrevivencia sería más útil que fuera así, de modo que el organismo se vea más obligado a conseguir lo que necesita. Por otro lado, los datos experimentales que proveen los sondeos realizados por la neurofisiología en las distintas áreas del cerebro, parecen demostrar también que sería mayor el área ocupada por los centros neuronales responsables de las vivencias displacenteras. Por último, podemos agregar el hecho conocido por todos, de que ser infeliz es algo de lo más “fácil”. Supondremos entonces que las neuronas del displacer son el doble que las del placer. Por ejemplo, si en aquellos 3 días seguidos el total de la energía generada por el trabajo de las neuronas del placer es 100, el total en las del displacer es 200. Por supuesto que es una relación arbitraria, pero aceptemos la hipótesis y recordemos que hablamos del trabajo de las neuronas sin tener en cuenta la vivencia.

En base a esa diferencia de magnitud, podemos suponer que aunque esos 200 de trabajo de las neuronas del displacer se distribuyan en la máxima duración y mínima intensidad, igual asomaría en forma de efecto vivencial displacentero una proporción; es decir, si durante aquel espacio de 3 días las neuronas del displacer trabajan con la máxima duración y mínima intensidad, se perdería el efecto de 150 por ejemplo, de ese trabajo, y 50 de displacer es lo que se registraría en total en la vivencia. Luego, si las neuronas del placer, cuyo trabajo total es 100 en esos 3 días, se estimulan con la máxima duración y mínima intensidad, prácticamente se perdería todo, sin asomar nada o casi nada al efecto vivencial. Esto porque al ser menos, y al “estirarse” todo ese trabajo en la máxima duración, la intensidad no alcanzaría el efecto vivencial. Por eso, las neuronas del placer deben tener la máxima intensidad y mínima duración en su trabajo. En tal caso, del total de 100 de la energía del trabajo de las neuronas del placer, asomaría a la vivencia, por decir, el efecto de 90, perdiéndose sólo 10. Por su parte, si las neuronas del displacer trabajan con la máxima intensidad posible y la mínima duración consecuente, del total de 200 se “sienten” en la vivencia unos 180 y se pierde el efecto de sólo 20.

De tal manera, la máxima felicidad objetiva, o sea el trabajo de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración, y las del displacer a la inversa: máxima duración y mínima intensidad, implicaría un producto vivencial total de placer 90 y displacer 50. Pero la máxima infelicidad, que es el hipotético monto invariable del trabajo de las neuronas del placer en la máxima duración y mínima intensidad, y las del displacer en la máxima intensidad y mínima duración, daría un producto vivencial de displacer 180 y placer 0. Obsérvese que esa diferencia abismal entre la máxima

felicidad y la peor infelicidad no afectaría en absoluto el hecho de que tanto unas neuronas y otras tengan, cada grupo, la misma masa total de trabajo en cualquier distribución. Ello les permitiría su adecuado mantenimiento estructural y funcional, que es lo que a las neuronas les “interesa”. Pero si a ellas les da lo mismo una distribución u otra, para nosotros, que somos los destinatarios del efecto vivencial, es muy distinto una forma de distribución u otra, es la diferencia entre el paraíso y el infierno.

Si relacionamos esto con la contradicción básica del psiquismo, veremos que aunque sería fatal una resolución absoluta de la lucha, donde uno de los contrarios anule totalmente al otro, puede no obstante haber una resolución relativa de la contradicción. Se trata de una lucha más amplia y abarcativa, donde está en juego el promedio general del dominio en la vivencia. Así, si triunfa la ley general logra como efecto: la felicidad, y negar obviamente la infelicidad; mientras que el triunfo de las fuerzas contrarias, en este nivel, significa la afirmación de la infelicidad como efecto y la negación de la felicidad. En otros términos, se da un dominio promedio de una de las fuerzas sobre la otra, sin por ello detenerse la lucha, ni las victorias esporádicas del contrario.

Es probable que el volumen global de trabajo promedio de cada grupo de neuronas no sea exactamente constante. Por ejemplo, la masa total de 100 del trabajo promedio de las neuronas del placer tal vez pueda agrandarse o comprimirse un poco, o sea, quizás pueda variar entre 90 y 110, y no obstante lograrse el adecuado mantenimiento neuronal. Sin embargo, no podría alejarse mucho del promedio. Probablemente nos cueste creer que exista una tendencia homeostática al automantenimiento del promedio de actividad de las neuronas por el hecho de que las miramos desde la manifestación vivencial, que es lo que nos afecta. Pero si olvidamos la vivencia y observamos el cerebro material, focalizando dos grupos de frías neuronas, viéndolas como **células** sometidas a todas las leyes fisiológicas, se hace más aceptable la existencia de un simple mecanismo regulador que tienda a promediar su actividad.

Aunque el total de trabajo de cada grupo de neuronas pueda comprimirse o agrandarse más de lo que recién suponíamos, sin afectar el buen mantenimiento neuronal, encontraríamos de todos modos un mínimo y un máximo del total de actividad. En el caso de las neuronas del displacer, por ejemplo, aunque sea solamente ese mínimo, saldrá en forma de ansiedad, etc., cuando las neuronas del displacer han tenido un reposo absoluto. Por ello, aunque fuera más variable el promedio total del trabajo neuronal, sería igualmente válida la consideración de los factores duración - intensidad, al menos como

elementos parcialmente determinantes del mayor o menor placer o displacer vivenciales. En tal caso, la “fórmula” para la felicidad objetiva sólo tendría un agregado: “para la máxima felicidad objetiva, las neuronas del placer deben trabajar con la mayor intensidad posible y la mínima duración consecuente, a lo que se agregaría que el volumen global, así distribuido, sea el máximo posible; y las neuronas del displacer deben trabajar en la máxima duración y mínima intensidad, agregando que la masa de trabajo sea la mínima posible”. Por supuesto que sería preferible la posibilidad de una amplia variación del volumen de trabajo neuronal. Pero es bastante más probable que de existir alguna diferencia en la masa total de actividad neuronal, la misma no se alejaría significativamente del promedio. Todo alejamiento del promedio sería acercarse a la degeneración neuronal (cuando se acentúa el reposo), o a la fatiga neuronal y el consumo de las reservas energéticas (cuando tiene lugar la sobreactividad).

5. La forma de actuar el sistema de mantenimiento autónomo

El placer o displacer “autónomos”, como efectos de la actividad neuronal de mantenimiento, casi nunca surgirían por sí mismos, separados de los motivos psicológicos. Lo que sucedería con más frecuencia es que a medida que se aproxima la estimulación autónoma, que responderá al reposo muy prolongado de las neuronas, se van requiriendo estímulos externos o psicológicos internos cada vez más leves para desencadenar el efecto de la actividad neuronal; es decir, los estímulos leves, que en otro momento no tienen efecto, cuando aumenta la proximidad de la estimulación autónoma estarían en condiciones de desencadenar lo que ya viene empujando solo. Esta situación sería comparable a lo que sucede en relación a la causa de la muerte. Si no se presenta ningún motivo desencadenante del deceso, igual llega la muerte natural por ley. Pero a medida que se aproxima ese momento, motivos cada vez más pequeños en poder, que en otros casos no producirían el efecto, aquí lo desencadenan. Por ello, cuando un solo motivo insignificante nos angustia, y ese mismo motivo en otra oportunidad no nos afecta, entonces, la **causa** de aquella angustia no es tanto el motivo, sino que muchas veces sería el eventual estado de las “mareas fisiológicas”, que hacen necesario el trabajo de las neuronas responsables, con o sin motivos. Un ejemplo de esto estaría dado en la conocida “angustia del domingo”. El motivo desencadenante no diferiría mayormente con respecto a lo que sucede en cualquier otro día de la semana. Dicho motivo (en aquellos lugares donde se

descansa sábado y/o domingo) sería básicamente el fin del descanso o la proximidad de la jornada de trabajo del día siguiente. Pero la diferencia consiste en que las neuronas del placer tuvieron durante muchas horas el máximo trabajo posible, mientras que las del displacer prácticamente suspendieron su actividad desde el viernes o sábado al medio día. Por lo tanto, llegado el domingo al atardecer las neuronas del placer caen “agotadas” luego de su sostenida tarea, y las del displacer comienzan a “empujar las puertas” exigiendo entrar en actividad como respuesta a su prolongado reposo. Tales condiciones neurofisiológicas serían las responsables de que el menor motivo psicológico desencadene con facilidad el estado displacentero.

Por otra parte, es evidente que si la presencia de estímulos o motivos externos, o psicológicos internos, es adecuada o se adapta al volumen promedio del trabajo necesario de las neuronas, el sistema de mantenimiento autónomo, aunque esté virtualmente presente, no interviene en absoluto.

Con respecto a la actividad anímica ocurrida durante el sueño, se produciría cierta acentuación compensatoria de la actividad de las neuronas del placer o del displacer, según el grupo de neuronas que necesite actividad. El trabajo más pronunciado de unas u otras tendría su manifestación en los contenidos placenteros o displacenteros del sueño. Sin embargo, el papel del sueño como equilibrador del trabajo promedio de las neuronas anímicas sería sólo parcial, dado que es escaso el tiempo total en que hay “sueños”. Por su parte, el estado de sueño profundo muestra un acentuado reposo en la base del cerebro, por lo que habría ausencia de actividad vivencial. Por ello, la actividad autónoma de mantenimiento tendría lugar principalmente durante la vigilia.

Para finalizar, la ansiedad autónoma no sería solamente un mero efecto vivencial derivado del trabajo de mantenimiento de las neuronas del displacer o nec., sino que tal ansiedad sería aprovechada naturalmente para mantener en movimiento al organismo durante las épocas de ocio, empujándolo al juego o a la práctica de cualquier actividad. Si no existiera esa ansiedad autónoma, y donde aquellas neuronas tuvieran otra forma de mantenimiento de su buen estado, sin efecto vivencial, en las buenas épocas, donde todo está al alcance de la mano y no hay prácticamente motivos externos de displacer, el animal o el hombre primitivo estarían mucho tiempo sin movimiento, produciéndose el deterioro de las capacidades y habilidades globales. Y así, cuando cambia la suerte y hace falta la aplicación de las máximas capacidades, el organismo se hallaría desentrenado y torpe, siendo exterminado en la lucha por la vida. En base a esto, vemos que ese tipo de ansiedad

sería un refuerzo para la función del impulso recreativo. Tanto el aburrimiento (nec. del impulso recreativo) como la ansiedad autónoma empujan naturalmente a “hacer algo” para salir de allí, lo que termina en la seguridad de la continua actividad del organismo.

6. Formas de vida y actividad de las neuronas

Nos dedicaremos ahora a observar la relación entre lo dicho acerca de las neuronas, y la actividad de los impulsos. Hasta ahora tenemos que la tendencia absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general, se ramifica en los impulsos ya presentados (más unos pocos microimpulsos), que son las formas o vías particulares en que se manifiesta en el hombre esa tendencia general a afirmar el placer y negar el displacer. Por otro lado, vimos que la felicidad objetiva tendría un fundamento psicofisiológico definido. El criterio subjetivo de lo que implica la felicidad puede variar infinitamente de un sujeto a otro, pero el criterio objetivo está dado en el promedio favorable de placer-displacer vivenciales. Como hemos observado, el promedio favorable al placer dependería, en última instancia, de una relación específica de duración-intensidad de la actividad de las neuronas del placer y del displacer.

La satisfacción regular de todos los impulsos o necesidades primarias sería una condición necesaria para la felicidad, aunque no suficiente. Necesaria porque la insatisfacción prolongada de un impulso, cuando está movilizadas su necesidad, produce frecuentes e intensos estados dolorosos surgidos de esa frustración, así como estados de angustia y ansiedad, atribuibles en este caso a dicha insatisfacción que somete fácilmente a la infelicidad. Luego, la satisfacción regular de los impulsos, decíamos, no sería condición suficiente, porque si alguien tiene todo “a mano”, tiende a satisfacer las necesidades antes de que aparezcan, es decir, no alcanza a desarrollar el estado de nec., previo a la satisfacción. Así, al no lograrse el placer intenso, se insiste repetidamente en la búsqueda de objetos o situaciones placenteros, lo que lleva a vivir horas enteras con placer casi continuo pero de muy poca intensidad. Paralelamente, el trabajo postergado de las neuronas del displacer va comenzando a “pedir turno”, asomando poco a poco. Esto hace que se busque contrarrestarlo con otros objetos y situaciones placenteros. Con ello se lograría mandar nuevamente al reposo a las neuronas del displacer, mientras se consume todo el volumen de trabajo de las neuronas del placer que queda. Una vez que ya nada produce placer, al sucumbir las neuronas correspondientes al reposo obligado, comenzarían a subir lentamente las

aguas de la ansiedad. El sujeto usará todas sus estrategias personales para huir de ella, pero ya está derrotado. Es el momento en que la profunda angustia, la disconformidad general, los temores y la ansiedad dominarán su estado de ánimo. La duración de tal situación anímica depende de los requerimientos de “práctica” de las neuronas del displacer, pero en general sería de dos a tres horas.

Hasta ahora vimos dos modelos de actividad de los impulsos que llevan a la infelicidad como promedio anímico. El tercer modelo de infelicidad es la combinación de los dos anteriores. El primero era el sufrimiento promedio a causa de la prolongada frustración de los impulsos. Allí no se logra el placer por no lograrse los objetos de satisfacción. En cambio se obtiene el displacer de la dolorosa nec. insatisfecha, más los picos del sentimiento de frustración. En el segundo modelo, si bien están presentes los objetos de satisfacción, no aparece el placer intenso al no haber nec. previa que lo haga posible; pero sí se hace presente el displacer intenso, que es causado por la estimulación autónoma de las neuronas del displacer, en forma de ansiedad, depresión, angustia. El tercer modelo, que es la mezcla de esto, sería el más común y generalizado. Consiste en que algunos impulsos se hallan indefinidamente insatisfechos y frustrados, mientras que en los otros, donde hay satisfacción, no hay desarrollo previo del estado de nec. En otros términos, en algunos impulsos la satisfacción es demasiado fácil y en otros es extremadamente difícil. Por un lado, el placer de los impulsos insatisfechos obviamente no tiene lugar. Por otro, el placer de los que son fáciles de satisfacer no tiene la menor intensidad al no desarrollarse el estado de previa nec. En cambio, el displacer tiene vía libre por los dos flancos: 1-el sufrimiento por los impulsos insatisfechos o frustrados. 2-la ansiedad causada por la actividad de mantenimiento de las neuronas del displacer, que reemplaza a las necs. no sentidas de los impulsos prematuramente satisfechos.

Los tres modelos vistos serían los esenciales, y marcarían las “fórmulas básicas” para la infelicidad. En resumen, la infelicidad se logra con estados de pronunciada insatisfacción de las necesidades o impulsos y/o con una excesiva comodidad que libre de todo esfuerzo o problema.

Habrían también tres modos generales de lograr un mejor promedio anímico, y los tres suponen primero que nada la **satisfacción regular de todos los impulsos**. Al hablar de satisfacción o insatisfacción de los impulsos, se trata de una noción grosera de toda la “nube” de impulsos, descontando que se entiende la noción global que se intenta transmitir. Por ello, seguiremos con este modo de concebir “los impulsos”, hasta que sea el momento de entrar en detalles sobre sus diferencias y particularidades.

La primera forma de lograr un mejor promedio anímico se refiere a la situación de tener todas las facilidades, agregando la “administración” de ello. Consiste en permitir que se desarrolle el estado de nec. de cada impulso antes de darle satisfacción abrupta y con sabor a saciedad. De tal forma, la actividad total de las neuronas de la nec. o displacer se repartirá durante gran parte del día, cubriendo aproximadamente el monto necesario de actividad neuronal, por lo que no haría falta la intervención del sistema de mantenimiento autónomo y su estimulación sobre esas neuronas. También ello permitiría que la satisfacción de los impulsos provoque un placer más intenso.

La segunda forma se basa en tener una mediana dificultad para la satisfacción de cada impulso. Habíamos dicho que es perjudicial, a fines del promedio anímico, tener una excesiva facilidad o excesiva dificultad para lograr la satisfacción de los impulsos. Pero si se da una mediana dificultad en todos, de manera que “cueste” pero que se logre finalmente la satisfacción regular, ello hará que mientras el sujeto se ocupa de satisfacer un impulso, ya ha comenzado el desarrollo de la nec. de otro. Al lograr la satisfacción de éste, ya ha crecido la nec. de otro, y así sucesivamente. Tal situación hace que la satisfacción de cada uno sea intensa, a lo que se agrega la frecuente e igualmente intensa alegría anticipatoria por el logro de las metas parciales que preceden al placer concreto de la satisfacción. Por otro lado, no aparece el displacer autónomo, al haberse consumido aproximadamente la totalidad del trabajo de las neuronas del displacer o nec.

Por último, la tercera forma, que rescata en cierta manera lo positivo de las dos anteriores, sería la mejor de todas. Las dos anteriores en realidad sólo aliviarían la infelicidad, o bien rondarían la neutralidad. En cambio este último modelo permitiría la felicidad o el promedio favorable en la vivencia. Consiste en tener en principio todas las facilidades materiales para la satisfacción de los impulsos, pero el interés se vuelca a actividades sociales tales como el juego, el deporte, el trabajo cuando es entretenido, campamentos, excursiones, actividades artísticas, etc.; es decir, actividades o situaciones con una gran variedad de estímulos, que mantengan durante todo el tiempo un constante tono emocional y **entusiasmo**, esto es, un continuo estado de expectativa, incertidumbre, suspenso, deseo, concentración, interés, más la presencia de frecuentes e intensas reacciones placenteras. *

* En tal sentido, además de aquellas actividades y de algunas otras situaciones, habría que agregar, por ejemplo, lo que significa el estado de enamoramiento, que también promueve en buen grado el característico tono emocional del entusiasmo.

El estado de **entusiasmo**, traducido al sistema nervioso, sería aquel donde auténticamente se daría el trabajo de máxima duración y mínima intensidad de las neuronas del displacer. El deseo, expectativa, suspenso, en realidad son estados de nec. o displacer, pero tan leves en intensidad, que se hacen sumamente livianos para el sujeto. Aquí la intensidad del trabajo de las neuronas del displacer sería la mínima, asomando apenas a la vivencia. Pero la duración, cuando aquel estado anímico es sostenido, haría consumir el monto de trabajo necesario de esas neuronas. A la vez, durante el entusiasmo promovido por aquellas actividades o situaciones es cuando se producen los estados de placer más intensos y frecuentes, que se manifiestan en profundas alegrías o estados de júbilo y gozo, y que tienen lugar a través de la satisfacción intensa y reiterada de los impulsos que participan en la actividad y la sostienen. Luego, una vez finalizada la larga jornada de diversión y entusiasmo, encontramos que se han desarrollado la sed, el cansancio, el calor, el hambre. Así, además de haber disfrutado el largo lapso de la entretenida actividad, se encuentra vía libre para la intensa y saludable satisfacción del resto de impulsos.

Esta tercera forma, que se basa en la actividad, principalmente de carácter social, no sólo permitiría el mínimo displacer vivencial, sino también el máximo placer, ya que además de los frecuentes e intensos placeres de los impulsos que participan en la actividad, se suman los del resto de impulsos, cuyas necs. se fueron movilizando con el desarrollo de las actividades.

El hecho de ser esta forma la mejor, no sería algo casual. Se trata de la forma esencial de vida de los hombres primitivos. La casi totalidad del día de la tribu primitiva era sin duda actividad conjunta, sea laboral o de entretenimiento. Es evidente que dado lo útil a la sobrevivencia, de la unidad y actividad del grupo, debía ser la condición de vida en que los primitivos se sentían más a gusto. Así como, en términos naturales, sólo produce placer concreto lo útil a la vida, de la misma forma, en un plano más abarcativo, las condiciones o situaciones de vida concebidas en extensión de tiempo que fueran útiles a la sobrevivencia de la tribu debían provocar en sus miembros un promedio anímico favorable al placer. Es por ello que la selección natural, en base a esas situaciones de actividades sociales, indispensables para la sobrevivencia grupal, "moldeó" la distribución del trabajo de las neuronas del placer y displacer, para que tales situaciones fueran, en el balance, del agrado de los miembros de la tribu. De lo contrario, la ley general haría evitar dichas actividades, pereciendo la tribu toda a causa de los efectos negativos que tal inactividad tendría. Por esa razón, los mecanismos más generales del funcionamiento psíquico se encuentran adaptados para que el psiquismo se despliegue de la mejor manera en el marco de actividades

sociales con gran riqueza de estímulos y matices, entre las que se destaca fundamentalmente el trabajo en su forma natural, es decir, cuando la actividad laboral de los primitivos, dadas sus condiciones generales de vida, era para ellos, además de trabajo, un juego, un deporte, una escuela, un arte, una aventura al mismo tiempo.

Como se podrá deducir, la felicidad supondría, entre otros elementos, la transformación del contexto social, de modo que posibilite el desarrollo de actividades sociales capaces de provocar un estado de profundo entusiasmo por ellas. La pasión por las actividades a realizar (junto a cierta seguridad de satisfacción para todas las necesidades primarias o impulsos) es la base de la felicidad. La actividad, y en especial el trabajo, es el marco que envuelve la vida normal del hombre. Si no existe entusiasmo por la actividad que se realiza, o si no se realiza actividad alguna, es prácticamente sinónimo de infelicidad.

Como conclusión, serían dos las condiciones generales para la felicidad social, y en el orden en que aparecen:

- 1 - Seguridad material para la satisfacción de todos los impulsos o necesidades primarias en todos los individuos.
- 2 - Condiciones adecuadas para el entusiasmo general por el trabajo y las actividades sociales.

7. Lo psíquico y su relación con el sistema nervioso

Antes de abandonar el nivel reflejo, para entrar de lleno en el tratamiento de los impulsos, nos detendremos en el análisis de la relación entre el fenómeno subjetivo o conciencia, vivencia, idea, espíritu, y la actividad del sistema nervioso.

Lo psíquico, entendido como contenido subjetivo (idea, vivencia, imagen mental, reacción anímica, sensación de “voluntad” en el empuje de la conducta, etc.), es en principio, y como definición más elemental y “segura”, **efecto de la actividad neuronal**. Luego, al ser un efecto que sólo puede surgir de la actividad eléctrica de las neuronas, es indudable que se trata de algo material o físico en su esencia. Sin embargo, cada ente de la realidad tiene dos aspectos unidos e interpenetrados: uno es la síntesis, el compuesto, el todo, la **calidad**; y el otro el análisis, las partes, las relaciones **cuantitativas** de sus componentes. Así, un hecho subjetivo, como puede ser una imagen mental concreta, es un fenómeno psíquico y físico a la vez; psíquico en su **síntesis cualitativa** o en su manifestación global, y físico en su **análisis cuantitativo** o en cuanto a las particularidades del movimiento de los

átomos que participan, sus propiedades electromagnéticas y el conjunto de sus relaciones, que forman la cara material o física del mismo fenómeno.

La unidad de esos dos aspectos en un mismo hecho no es una “rareza” del psiquismo. Si tomamos como ejemplo una célula, veremos que se trata de un hecho biológico y físico simultáneamente. La cualidad: vida, o célula viva, es la síntesis surgida, que convive con el analítico “remolino de átomos” que la sustenta.

De todas formas, en adelante olvidaremos la diferencia de los dos aspectos, y a aquel fenómeno lo consideraremos sólo como efecto **psíquico** de la actividad neuronal (sobrentendiéndose que simultáneamente es físico o material en su esencia). Lo psíquico tendría una influencia en el sistema nervioso, pero una influencia **pasiva**. Veamos cómo puede suceder esto.

Así como los órganos de los sentidos tienen receptores nerviosos que captan los estímulos ambientales físicos, mecánicos, químicos, en el sistema nervioso central existirían también los **receptores de lo psíquico**. De la misma forma que los conos y bastoncillos (células nerviosas receptoras de la visión, ubicadas en el ojo) están especializados para activarse como respuesta a una medida definida de la longitud de las ondas electromagnéticas de la luz, así, los fenómenos psíquicos surgidos de la actividad del cerebro, al ser simultáneamente físicos en su esencia y consistencia material, emitirían determinadas ondas que llevarían contenido algo así como el reflejo integral de su imagen, lo que sería **receptado** o captado por aquellas células especializadas (receptores).

El mecanismo básicamente sería el siguiente. La actividad de una primera vía nerviosa genera un efecto psíquico pasivo. Antes de que éste se “esfume”, es receptado o captado por las células receptoras especializadas, las que inician una nueva vía nerviosa como respuesta al estímulo receptado. La segunda vía nerviosa emitirá otro efecto psíquico, que será captado por otros receptores, y así sucesivamente. (Probablemente la concavidad craneana sea el “radar” que facilita la recepción de tales ondas).

8. Pasividad de lo psíquico

Lo psíquico, como tal, es siempre efecto pasivo. No obstante, influiría en el curso de las vías nerviosas siguientes. El papel de lo psíquico en relación al sistema nervioso sería del mismo tipo que el de los estímulos externos ambientales en relación al sistema nervioso y al curso de su funcionamiento. Por ejemplo, si en nuestro camino aparece un farol que nos llama la atención, ese farol influye en la orientación de la actividad de nuestro sistema nervioso. Sin embargo es una influencia pasiva. Dicho farol no se entromete

en el sistema nervioso, ordenándolo o controlando su actividad. Solamente influye en él, puesto que en caso de no haber estado el farol, otro hubiera sido el curso de los reflejos cerebrales. Así, lo psíquico es como un conjunto de estímulos pasivos externos al sistema nervioso. Su influencia en el curso de la actividad nerviosa sería equivalente a la del farol, donde lo único activo es el sistema nervioso. El efecto de la actividad nerviosa (lo psíquico) influiría sólo por el hecho de ser receptado por aquellas células especializadas.

Lo psíquico, como dijimos, es siempre efecto pasivo de la actividad nerviosa. Cuando cesa la actividad de las neuronas que lo generan, desaparece el efecto psíquico. Es imposible que éste pueda hacer algo más que servir de estímulo pasivo para ser captado por los receptores del sistema nervioso.

Algo que surge como deducción es que un hecho psíquico no puede ser seguido directamente por otro, a modo de relación “aire-aire”, sino que el primer hecho psíquico, surgido de la actividad neuronal, es captado por los receptores nerviosos, los cuales ponen en movimiento otra vía refleja neuronal que emite como efecto un segundo hecho psíquico. Lo que sí tiene lugar junto a esto es el trabajo “tierra-tierra” de las sinapsis neuronales y los reflejos integrales. Se trata de una compleja combinación de sucesos; pero lo que no puede existir de ninguna manera es la relación directa de una idea a otra sin la mediación de la actividad nerviosa, puesto que la “segunda idea” no puede aparecer si no se activan las neuronas que la hagan surgir como efecto.

El proceso, analizándolo en su conjunto, consistiría en una relación de influencia recíproca entre el sistema nervioso y su producto psíquico. Se trata de un turbulento “zig-zag” de actividad nerviosa con el efecto psíquico emitido. Tal efecto es receptado en otro sector por el sistema nervioso, que vuelve a emitir otro efecto psíquico, el cual vuelve a ser receptado. Esto tendría lugar con tanta frecuencia y abundancia que jamás hay un instante sin que hayan varios hechos psíquicos en existencia. Los fenómenos subjetivos cubren constantemente el panorama psíquico o de la conciencia, vivencia, etc. Pero si detenemos de golpe la “rueda”, paralizando todo el conjunto, veremos que de “este lado”, del lado activo, está el sistema nervioso y su actividad; y del otro encontraremos el panorama de efectos o hechos psíquicos pasivos, y que no hacen otra cosa que **ser**. Lo psíquico, como tal, siempre es sólo efecto, es una seguidilla de efectos. El sistema nervioso es la máquina expulsora y receptora de efectos psíquicos. La secuencia coherente de los sucesivos hechos psíquicos no sería más que el producto de la coherencia del trabajo del sistema nervioso. Ello porque los

hechos psíquicos no serían captados por cualquier receptor nervioso, sino por aquellos que tengan la sensibilidad especial para cada tipo de hecho psíquico particular. Por eso, el segundo efecto psíquico será el que corresponda a la secuencia coherente de las ideas (o demás contenidos subjetivos).

Las relaciones vistas serían equivalentes a las que se observan en el proceso de producción industrial. En la analogía, los productos industriales constituyen el elemento pasivo; son los **efectos** del trabajo activo realizado por las fábricas, las que equivalen al sistema nervioso en cuanto elemento activo del proceso. Si contemplamos el aparato industrial en su conjunto, encontraremos que simultáneamente existen miles de fábricas trabajando y generando productos. Los productos salen de una fábrica y, según el caso, son “receptados” por otra, la cual los utiliza para emitir otros productos, que son tomados por otra, y así sucesivamente. Aquí, lo único activo que encontramos son las fábricas; mientras que los productos, aunque cumplen el importante rol de ser los materiales a utilizar, son siempre elementos pasivos. Sin embargo, si miramos sólo los productos pasivos y su movimiento, veremos que la secuencia, distribución, traslado, y demás relaciones entre ellos, es algo coherente. Así ocurre con la coherencia de la secuencia de las ideas; es la manifestación pasiva de la coherencia del trabajo concreto del verdadero elemento activo que es el sistema nervioso.

9. Las células receptoras de lo psíquico

Las células de la **neuroglia** serían “candidatas” a ser las receptoras de lo psíquico. Tales células no son neuronas, sino un tipo especial de células nerviosas que se hallan distribuidas en el sistema nervioso. Su número es similar al de neuronas (miles de millones), y en general se hallan rodeando a las neuronas, delimitando y contactando con ellas.

Digamos que aunque los receptores no sean las células de la neuroglia, sino neuronas especializadas en esa función receptora, en nada variaría la situación esencial; es decir, lo importante, aquí, es el hecho de que habrían necesariamente, en el sistema nervioso, células receptoras de lo psíquico. Esto es lo único que explicaría el sentido y función del hecho psíquico. Si desconocemos la existencia de receptores nerviosos que capten los estímulos psíquicos pasivos, sólo nos quedaría elegir entre el puro idealismo, que concibe un espíritu separado de la materia, burlándose del hecho de que en el interior del cráneo hay un cerebro en actividad, o un materialismo reduc-

cionista, no dialéctico, limitado a la actividad nerviosa, y que debe negar todo sentido y función al efecto psíquico del trabajo neuronal.

10.- Influencia del placer y displacer en el sistema nervioso

Supongamos que hay células receptoras especiales que captan el placer y otras el displacer. Así, cuando trabajan las áreas neuronales responsables del placer o displacer, y generan el efecto vivencial correspondiente, esos efectos (o aquello físico específico que implican) serían captados por los receptores especializados, los que al activarse transmitirían una determinada influencia sobre las neuronas en actividad que tienen a su lado. Las células receptoras del placer, una vez activadas, transmitirían una influencia facilitadora de la actividad futura sobre los reflejos que se encontraban en actividad cuando se produjo el placer. Por su parte, los receptores del displacer provocarían un efecto inhibitorio, o de ruptura de la secuencia refleja, sobre las neuronas vecinas que se hallaban en actividad en el momento previo a producirse el displacer.

Las neuronas activas, al estar siempre en contacto con los receptores, provocarían con su actividad una especie de **habilitación** en éstos para que recepten el efecto de placer o displacer. Una vez captado el placer o displacer por los receptores correspondientes, éstos provocarían la respectiva influencia sobre las neuronas que se encontraban en actividad en los momentos previos a la recepción del correspondiente efecto anímico.

Aquí habría que ordenar los datos antes de continuar. Más arriba habíamos dicho (cap. 4) que el funcionamiento de la ley general y de los impulsos no puede ser otra cosa que el producto global surgido de la actividad de los reflejos, los cuales sólo se mueven según excitación-inhibición. Por su parte, los reflejos que caen bajo el orden de la ley general eran los que habíamos llamado **reflejos dirigidos**. Por último, entendíamos que la coherente secuencia de los reflejos dirigidos sólo podía resultar del control de un mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas. Tal mecanismo selectivo consistiría, entonces, en la distribución, en todo el cerebro, de células receptoras del placer y del displacer, las que estarían capacitadas para ejercer aquel control sobre el curso de las vías nerviosas. Las células receptoras del placer, al activarse con la aparición del placer, provocarían una facilitación de la actividad futura en las neuronas vecinas que forman parte de un reflejo activo, quedando grabada o condicionada la facilidad de la actividad ulterior de esa secuencia refleja. Y las células receptoras del displacer, al recibir el displacer, dejarían grabada en la

estructura del reflejo una mayor resistencia a la actividad, de modo que no se repita la misma vía nerviosa, es decir, provocarían una desarticulación virtual de la secuencia refleja cuya actividad concluyó en el displacer.

Estos mecanismos se extenderían inclusive a los reflejos que subyacen la actividad intencional en el plano de las ideas o de la abstracción. Los razonamientos y representaciones mentales, en general son acompañados por reacciones concretas de placer o displacer de acuerdo a la naturaleza del contenido representado. Tales reacciones de placer o displacer serían también captadas por los receptores correspondientes, los que orientarían, en base al mecanismo descrito, el curso de los reflejos cerebrales que sostienen las ideas. En todos los casos, la secuencia refleja que terminó en el placer se fortalecería por medio de un grabado consolidador, iniciado por las células receptoras del placer que rodean la estructura del reflejo; mientras que las células receptoras del displacer, igualmente distribuidas, iniciarían el “desarmado” de los reflejos que llevaron al displacer, o al menos elevarían su resistencia, dificultando su activación futura.

Este sería el mecanismo que subyace el **aprendizaje** de la conducta intencional, el cual, como sabemos, consiste básicamente en la consolidación de lo que lleva al placer y la supresión de lo que se asocia al displacer.

Teníamos que la ley general, en el nivel reflejo, consiste en el conjunto de reflejos dirigidos. Estos se encontrarían encauzados, como dijimos, por el mecanismo selectivo de facilitación-obstaculización según el placer-displacer con que se asocia cada vía refleja. Los receptores del placer y del displacer serían los **ejecutores** de esa asociación o condicionamiento. Se trata de un automatismo por el que los reflejos serían “premiados” o “castigados” según lleven al placer o al displacer. El premio es el condicionamiento facilitador de la excitación futura, promovido por los receptores del placer, y el castigo la inhibición u obstaculización de la repetición del reflejo que llevó al displacer, a cargo de las células receptoras del displacer que circundan el reflejo.

Todo esto está inmerso en una de las fuerzas en lucha; corresponde a la tendencia general y esencial de la motivación a afirmar el placer y negar el displacer. El otro ejército de reflejos, que forman las fuerzas contrarias, radica en la parte de la actividad del sistema nervioso que no cae bajo el control de ese mecanismo selectivo. Las fuerzas contrarias estarían basadas en trenes reflejos ya establecidos en su secuencia de excitación-inhibición, más los nuevos condicionamientos autónomos inevitables. Constituyen una gran maquinaria de reflejos que tiende automáticamente a generar el displa-

cer y a inhibir el placer. Contra esta maquinaria es contra la que lucha la intencionalidad y el sistema total de reflejos dirigidos que la sostienen.

11. Los reflejos dirigidos

Lo que hemos tratado hasta ahora sobre los receptores del placer y del displacer, y su influencia sobre el curso de los reflejos dirigidos, se refiere sólo al **mecanismo orientador** del curso de los reflejos, al **sí** o **no** como condicionamientos estables para las vías reflejas, según lleven al placer o al displacer. Pero aún no hemos visto a qué responde el empuje original del movimiento y actividad de los reflejos dirigidos que subyacen la intencionalidad activa. Más allá de aquel mecanismo orientador de la dirección de los reflejos, faltaría ver cuál es el **motor** de los reflejos dirigidos.

Sabemos que la tendencia dirigida de los impulsos responde al estado de nec. Luego, como la tendencia dirigida está formada por los reflejos dirigidos, éstos se movilizarían o se pondrían en actividad como respuesta al estado de nec. Por tanto, el “primer impulso” de los reflejos dirigidos consistiría en la activación de determinados receptores del displacer o nec., los cuales una vez activados pondrían en movimiento el ejército de reflejos dirigidos, subyacentes a la intencionalidad, que se perfilan hacia la satisfacción. A su vez, esa fuerza impulsora, prácticamente ciega en sí misma, se vería encauzada por el mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas (aprendizaje), que ya ha trazado el camino a los reflejos y lo sigue haciendo sobre la marcha.

Es probable que los reflejos dirigidos se movilicen también como respuesta al efecto **subumbral a la vivencia** del trabajo de las neuronas del displacer o nec.; es decir, aunque la actividad de las neuronas que generan el estado de nec. no tenga la suficiente intensidad como para que llegue a sentirse la nec. en la vivencia, habría no obstante un efecto físico (seudopsíquico) surgido de ese trabajo neuronal, que sería captado por aquellos receptores, los cuales pondrían igualmente en movimiento los reflejos dirigidos, anticipándose a la propia vivencia de nec.

Por otro lado, es también factible que los reflejos dirigidos respondan directamente a las propias sinapsis de las neuronas del displacer o nec., en combinación con aquello.

Pero aquí surge necesariamente el interrogante “último” acerca de porqué, o cómo, los reflejos dirigidos que subyacen la intencionalidad activa tienden automáticamente a la afirmación del placer y a la negación del displacer, y porqué “gusta” el primero y “disgusta” el segundo. En primer lugar, no hay

que olvidar que todo esto es producto de la evolución biológica y de las leyes de la selección natural. Ello quiere decir que tales fenómenos, funciones o mecanismos, significaron elementos útiles a la sobrevivencia para los organismos en los cuales se originaron. Y tan útiles fueron, que se mantuvieron y se desarrollaron en los diversos animales, alcanzando lo que se manifiesta como la intencionalidad humana.

En cuanto al porqué “gusta” el placer y “disgusta” el displacer, el interrogante en sí, como es de notar, contiene una trampa. Es como preguntarse porqué la sensación o percepción del color rojo aparece “rojiza”, o “verdosa” la verde, o porqué se escucha lo que se “oye”, o, también, porqué los huesos son “óseos”. Es decir, es casi como preguntarse porqué es real la realidad. Estas cuestiones, sin embargo, están bastante esclarecidas por la concepción del materialismo dialéctico. Sencillamente hay que aceptar que aquellos son fenómenos, funciones, elementos o cualidades, que antes de su surgimiento ya existían potencialmente en las **propiedades de la materia**. Y por haber resultado útiles a los organismos en los que se dieron las condiciones y combinaciones por las que aparecieron, la selección natural promovió su mantenimiento y desarrollo.

Con respecto al automatismo de los reflejos dirigidos, en cuanto a los destinos necesarios de su orientación, aunque el hecho en sí es realmente asombroso, no es algo tan “extraordinario” si se lo compara con otros complejísimo e increíbles mecanismos y sistemas fisiológicos, también “automáticos” en su funcionamiento. Pero aquí la explicación última del fenómeno, es decir, el porqué tales reflejos se encuentran orientados necesariamente en una dirección definida, se puede equiparar a la razón de ser de la atracción y la repulsión como fuerzas elementales de la materia. Se trata del carácter necesario de una contradicción dialéctica, de una unidad y lucha de contrarios como condición básica para que resulte posible el **movimiento**; en nuestro caso el movimiento de la conducta. Por eso hacía falta algún par de contrarios que se presenten como lo positivo y lo negativo; que se manifiesten a nivel global como “**atractivo**” uno y “**repulsivo**” el otro, de modo que los reflejos subyacentes a la intencionalidad activa se desenvuelvan como una de las fuerzas en lucha.

El comprender lo imprescindible que se hace la presencia de una contradicción motriz básica para el dinamismo funcional del fenómeno, tiene su importancia teórica. Así por ejemplo, si en otros mundos hay vida inteligente, si hay seres con subjetividad que actúen en forma intencional, deben moverse también en el marco de una contradicción o lucha de contrarios, deben contar necesariamente con un automatismo similar al nuestro, que se

manifieste como tendencia esencial y absoluta a lograr el efecto positivo y/o a suprimir el negativo. De lo contrario, simplemente no serían seres intencionales, no tendrían “interés” ni motivación.

De aquí se desprende, también, que si se pretende desarrollar un androide o un ser con inteligencia artificial que simule la mente humana (o animal en principio), es decir, que tenga motivación, intencionalidad, capacidad de aprendizaje, y “motor propio” en sus elaboraciones, deberá tenerse en cuenta primero que nada esa condición básica.

En definitiva, lo que se rescata, aquí, es el hecho de que el cerebro trae preparado un sistema de reflejos dirigidos orientado (y guiado por aquel mecanismo selectivo) automáticamente hacia la estimulación de un sector de neuronas y/o la inhibición de otro; y esto se manifiesta a nivel global, o de la **síntesis subjetiva**, como intencionalidad, como vivencia de voluntad en el empuje de la conducta. Todo esto, ya sea que se lo mire desde el funcionamiento objetivo de los reflejos, o desde su manifestación subjetiva como fuerza intencional vivenciada, son dos caras de lo mismo, son “las células y el órgano”; son dos maneras de enfocar la misma tendencia absoluta e “**inevitable**” hacia la afirmación del placer y la negación del displacer, y es a lo que llamamos ley general del psiquismo.

12. La tendencia dirigida

El impulso es el compuesto de tres elementos: nec. - T.D. - satisfacción. La tendencia dirigida es la parte activa del impulso, es la “flecha en movimiento” que subyace a todo el colorido de la conducta manifiesta que busca la satisfacción.

La T.D. del impulso y la conducta manifiesta tienen una relación de esencia y fenómeno, o contenido y forma, respectivamente. La T.D. es la fuerza impulsora que tiende a poner fin al displacer de la nec. y lograr el placer de la satisfacción; y la conducta manifiesta es la forma de ocurrir esto, es todo lo que el organismo “hace” para lograr la satisfacción. Ejemplo, la T.D. del impulso de bebida es sólo la fuerza que empuja a poner fin al displacer de la sed y lograr el placer del acto de beber; y la conducta manifiesta es, por ejemplo, llenar de agua un vaso y proceder a beber. Ambos aspectos se hallan unidos. Sólo que la T.D. es el contenido o esencia subyacente, y la conducta concreta es la forma, el fenómeno manifiesto.

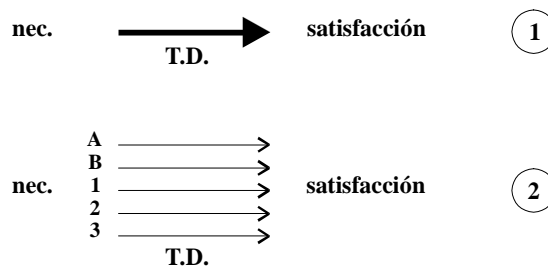
La T.D., según habíamos dicho, es la unidad de las dos tendencias parciales (negadora del displacer y afirmadora del placer). Pero además de eso, es

la unidad de otros elementos. Uno de ellos es el instinto. Entendemos por instinto, aquella parte de la T.D. basada en secuencias fijas e innatas de reflejos dirigidos, que no requieren del mecanismo de facilitación-obstaculización selectivas, sino que ya traen establecida la secuencia: excitación-inhibición. El instinto es la dotación innata de secuencias fijas de conducta, que es compartida por todos los miembros de la especie, y que se encuentra orientada desde la nec. hacia la satisfacción. En la conducta humana es relativamente poco lo que hay de secuencias reflejas fijas o invariables, ya que el espacio librado al aprendizaje ha abarcado la casi totalidad de las secuencias de reflejos dirigidos que forman la T.D.. No obstante, existe la parte instintiva; ejemplo, la secuencia de los movimientos de la masticación, o el agazaparse ante un peligro sorpresivo, son conductas predominantemente instintivas y comunes a todos los hombres.

La otra parte de la T.D. corresponde a la inmensidad de lo aprendido, a la infinidad de secuencias de conducta que están perfiladas también desde la nec. hacia el objeto de satisfacción, pero que pueden variar infinitamente de un individuo a otro según su diferente experiencia. Esta parte adquirida de la T.D. se puede dividir en dos clases. Una es el aprendizaje a nivel de la conducta práctica, donde la realización de una secuencia de actos que llevó al efecto del placer de la satisfacción queda grabada, repitiéndose con regularidad mientras siga siendo efectiva para el impulso. Se trata de una especie de "instinto aprendido". Por ejemplo, cierto tipo de conducta realizada durante la relación sexual se asocia al placer con más fuerza que otras, quedando grabada y repitiéndose espontáneamente luego. El aprendizaje de esas conductas, que consiste en el grabado de una secuencia de actos que tiende a repetirse por haber sido efectiva para los fines del organismo, fue llamado por Skinner: **condicionamiento tipo R**, también conocido como condicionamiento operante.* Por último, la otra clase de la conducta aprendida corresponde al accionar de la inteligencia abstracta y creadora. La actividad de la representación mental va incluida en la T.D., dado que abarca todas las estrategias, elaboraciones, planes, etc., que sintetizaremos con el concepto: **ideaciones dirigidas**, y que se orientan también hacia la satisfacción del impulso. Por ejemplo, una vez aparecido el hambre se comienza a **pensar** sobre la forma posible de conseguir alimento.

Reuniendo todo lo visto, encontramos los siguientes elementos que integran la T.D.:

* Skinner B. F. **La conducta de los organismos**. Editorial Fontanella. Barcelona 1979



En el esquema superior (1) tenemos la T.D. del impulso como el total indiferenciado de acontecimientos que ocurren en el organismo tendientes a satisfacer la nec. En el segundo, encontramos la descomposición de ese conjunto activo en cinco elementos:

- A : tendencia parcial negadora del displacer de la nec.
- B : tendencia parcial afirmadora del placer de la satisfacción.
- 1 : instinto, o parte innata y fija de reflejos dirigidos.
- 2 : operantes, o parte aprendida, en el nivel concreto, de reflejos dirigidos.
- 3 : ideaciones dirigidas, o parte aprendida y creativa, en el nivel abstracto, de secuencias de reflejos dirigidos.

Los últimos tres componentes de la T.D. no se excluyen entre sí, sino que actúan en forma complementaria. Son los tres géneros de reflejos dirigidos que cooperan para poner fin al displacer de la nec. y afirmar el placer de la satisfacción. En el hombre, la parte de instinto es la más insignificante, siguiendo en importancia el condicionamiento operante, mientras que la porción más significativa de la conducta humana está guiada por el pensamiento o ideaciones dirigidas.

Si bien las ideaciones dirigidas hacen al plano creativo del pensamiento, responden esencialmente al mismo mecanismo por el que se fijan los operantes: consolidación de lo asociado al placer y supresión de lo ligado al displacer (ley del efecto). La diferencia sólo está dada en que los operantes se consolidan o suprimen en base al placer o displacer concretos a nivel de los hechos y como resultado de la conducta práctica, mientras que las ideaciones se van consolidando o suprimiendo según el placer o displacer que generan los propios contenidos del pensamiento (comúnmente reacciones de placer o displacer **anticipatorios** de lo que implicaría poner en práctica una u otra idea).

Con respecto a las dos tendencias parciales de la T.D. (afirmadora del placer o satisfacción y negadora del displacer o nec.), tienen una unidad indestructible. Es la misma conducta la que sale del displacer y se dirige al placer.

Tal unidad es como si alguien atravesara una puerta, dirigiéndose desde un pasillo a una habitación. Simultáneamente está **saliendo** del pasillo y **entrando** a la habitación. Por ello, la negación de la nec. y la afirmación de la satisfacción son dos aspectos unidos en el mismo hecho. La entrada a la satisfacción **es** la salida de la nec., y viceversa, la salida de la nec. **es** la entrada a la satisfacción. No obstante, la nec. (hambre, sed, temor, deseo, etc.) es la que pone en movimiento a la T.D. Así por ejemplo, cuando se procura lograr un placer se está respondiendo a la aparición del **deseo** como nec. Por otro lado, cuando se intenta evitar el dolor, se debe a que previamente ha surgido el **temor** al estímulo doloroso. Cuando se evita el dolor se está respondiendo a la nec.: temor. Si no surgiera el temor como nec. no se evitaría el dolor. Tampoco se buscaría el placer o goce si no apareciera el deseo como nec.

Más allá del análisis de los elementos que forman la T.D., rescataremos por ahora los componentes esenciales del impulso: nec.-T.D.-satisfacción. Sólo recordaremos que la T.D. es la parte activa del impulso, y que es la **fusión** de aquellos cinco elementos.

13. Clasificación de los reflejos

Resulta necesario ordenar las distintas clases de reflejos. Habrían dos clasificaciones válidas, que son transversales una a la otra:

1- El conjunto total de reflejos del sistema nervioso se divide en **autónomos** o ajenos a la intencionalidad, y **dirigidos** o subyacentes a la intencionalidad.

2- Ese mismo conjunto total de reflejos del sistema nervioso, como lo estableciera Pavlov,* se divide en **incondicionados** o innatos, y **condicionados** o adquiridos.

Esquemáticamente :

reflejos autónomos incondicionados	reflejos autónomos condicionados
reflejos dirigidos incondicionados	reflejos dirigidos condicionados

* Pavlov Iván. **Reflejos condicionados e inhibiciones**. Ediciones Península. Barcelona 1975

Ambas clasificaciones, combinadas en cruz, surgen por el hecho de existir simultáneamente dos importantes pares de cosas: lo innato- adquirido, y lo intencional - no intencional. Lo innato corresponde con los reflejos **incondicionados**, y lo adquirido con los **condicionados**. Luego, lo intencional corresponde con los reflejos **dirigidos** y lo no intencional con los **autónomos**.

La ley general se basa en el conjunto de **reflejos dirigidos**, tanto incondicionados como condicionados. Las fuerzas contrarias están basadas en reflejos **autónomos**, tanto incondicionados como condicionados.

De los cuatro espacios que deja la cruz del esquema, el instinto se ubica en el cuadro inferior y de la izquierda. Lo instintivo es el conjunto de reflejos dirigidos incondicionados. Los operantes e ideaciones dirigidas cubren, entre ambos, el total de reflejos dirigidos condicionados, o sea el cuadro inferior de la derecha.

El condicionamiento de estos últimos reflejos tendría lugar, como ya vimos, a través del mecanismo de facilitación y obstaculización selectivas de vías nerviosas, según lleven al placer o al displacer (ley del efecto), y en base al accionar de las células receptoras de esos efectos, como ejecutoras de tal asociación.

EL SISTEMA DE IMPULSOS

1. Los microimpulsos

Los microimpulsos se hallan junto a la “frontera” que separa los actos intencionales de los meros reflejos globales como el hipo, el vómito, etc. Estos últimos mecanismos reflejos están del otro lado de la “frontera”, por no ser alcanzados por el empuje y control de la ley general o intencionalidad. El leve placer de la satisfacción de los microimpulsos, así como el displacer de no cumplir con la sugerencia compulsiva, implican pequeñas “terminales” de la ley general.

Todas las vías que llevan al placer y a la negación del displacer tienen una función determinada para la sobrevivencia individual y grupal. Es únicamente por ello que la selección natural permitió la existencia de esas vías absolutas, de modo que la actividad de la ley general se vea siempre orientada hacia lo que es favorable a la vida. Veamos cuáles serían las funciones que cumplen algunos microimpulsos.

La utilidad del estornudo es la expulsión de agentes nocivos del interior de las vías respiratorias.

El desprezarse y el bostezo tendrían la función del mantenimiento de la musculatura esquelética. Consisten por igual en una combinación de estiramiento y contracción musculares, que favorecen el mantenimiento de capacidades musculares tales como flexibilidad, elasticidad, fuerza muscular. Dichas capacidades a su vez evitan desgarros, contracturas, calambres.

El llanto tiene la utilidad de movilizar el impulso fraterno en los demás, asegurándose la asistencia a quien se halla en dificultades.

La función de la eliminación de gases es algo que se deduce con sólo imaginar lo que ocurriría en caso de acumularse más y más gases en el interior del aparato digestivo, sin tener salida alguna.

La tos cumpliría dos funciones importantes. Una es la compartida por muchos animales, y consiste en expulsar el alimento atragantado. En el hombre la tos está mucho más desarrollada, y difiere notoriamente con res-

pecto a la forma de tos compartida con otros animales. Es sólo del hombre inflar los pulmones y expulsar bruscamente el contenido. Esa tos, exclusivamente humana, tendría como función principal la expulsión de las sustancias tóxicas del humo. Como desde hace cientos de miles de años nuestros antecesores simiescos ya convivían con el fuego,* debían desarrollarse algunos mecanismos que pudieran contrarrestar el efecto tóxico de aspirar humo cotidianamente. En efecto, el pulmón humano tiene una gran capacidad de recolectar partículas nocivas en la mucosidad de sus vías respiratorias. Los mecanismos fisiológicos de esas vías van expulsando con regularidad la cargada mucosidad en dirección ascendente, siendo generalmente deglutida al llegar a nivel de la faringe. La tos es un importante acelerador del proceso. A su vez, la agitación producida por la actividad física normal favorece esos mecanismos y contribuye a estimular el microimpulso de tos.

Como se podrá imaginar, no puede ser pura coincidencia que el hombre constituya la única especie con tos propiamente dicha, y a la vez la que tuvo al humo como elemento regular de su medio ambiente inmediato. Si alguien afirma que la aspiración de humo es antinatural, sólo tiene razón si se refiere a otros animales. Si nos ubicamos en las condiciones de vida de los primitivos, encontramos que la eventual hostilidad del medio ambiente los obliga a procurarse la protección de un lugar cerrado, lo que los asegura ante los peligros y la severidad de las condiciones climáticas. Por su parte, el fuego es lo que soluciona las bajas temperaturas, y constituye la única fuente de luz cuando ha caído la noche. Por lo tanto, más allá de contarse o no con alguna forma relativamente eficaz de ventilación, debía ser frecuente pasar noches enteras en medio de grandes humaredas.

2. Vías no naturales de intenso placer

Algo que se deriva de las leyes vistas más arriba, entre las que contamos que sólo produce placer, en términos naturales, lo útil a la vida, es que el placer de aspirar cierto tipo de humo no es un error de la naturaleza en su severo control de las vías al placer, sino que en esencia es un placer de orientación general, al igual que el leve placer de contemplar el fuego y la melodía de su movimiento.

Esa sería la premisa del placer de fumar. Pero el humo del tabaco, en relación a la intensidad del placer que provoca, es como un “perfeccionamiento”

* Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988. Pág. 130

de la calidad del humo a aspirar. Esto se desarrolló tanto, que lo que era un leve placer de orientación general se transformó en una especie de impulso adquirido. Dada la dependencia que genera, no sólo produce placer el fumar, sino que provoca el displacer de la nec. la falta del tabaco. El fumar es un invento que no estaba “previsto” por la naturaleza cuando terminó de formar al hombre. De lo contrario hubiera impedido esa vía de entrada a un placer tan intenso como innecesario para la sobrevivencia. Esto es válido para el caso del alcohol y la droga.*

Las nuevas vías productoras de intenso placer, a las que consideramos no naturales por el hecho de ser ajenas a la vida del primitivo, e innecesarias para la sobrevivencia, no escapan a la órbita funcional de los impulsos. El de gozo es el principal impulso que sostiene la conducta orientada hacia esos objetos placenteros, al fijar allí su deseo. Luego, el impulso de recuperación es el responsable de hacer funcionar la dependencia; o sea, la falta de tales objetos, y de las sustancias químicas que contienen, las que se han tornado regulares en el organismo, provoca la sensación de “carencia de lo habitual” como nec. específica del impulso de recuperación. A ello se suma el impulso de alivio, que trata de poner fin al sufrimiento de esa carencia. Sin embargo, la regularidad en el matiz específico de la nec. por esos objetos, así como la peculiaridad del placer de la satisfacción, hacen surgir nuevos componentes de la motivación, los que aparecen como “impulsos adquiridos” del tipo de los crecientes.

Esta situación sólo se presenta en los casos de dependencia fisiológica. Cuando la misma no está desarrollada, no aparece la intensa nec. del impulso de recuperación, ni significa un sufrimiento la falta de aquellos objetos. En tales casos, la conducta orientada hacia el tabaco, el alcohol, etc., sólo está movida por el impulso de gozo, lo que se manifiesta en el deseo eventual de “darse un gusto”; es decir, aquí no se trata de una necesidad propiamente dicha, como sucede en los casos en que hay dependencia, sino de algo ocasional y dentro de la rutina funcional del impulso de gozo.

Entre las vías no naturales que llevan a un intenso placer, quedaría contar, además del hábito de fumar, el alcohol y las drogas, la estimulación directa, experimental, de ciertas zonas del cerebro. Pero por ahora es preferible no

* Aquí se trata fundamentalmente de la acción directa del alcohol desde la sangre (donde al igual que en el caso de ciertas drogas provocaría una influencia estimuladora sobre la actividad nerviosa generadora del placer) y no tanto del placer del acto de beber. Este último, similarmente a lo que sucede cuando se bebe un vaso de leche o un jugo de frutas, sería sólo el producto de la activación combinada de las vías al placer de los impulsos alimenticio y de bebida.

especular sobre las derivaciones que puede tener la intervención directa en el cerebro. Este es un campo muy propicio para la imprudencia, en el que probablemente no tardarán en proponerse métodos “fáciles” y “rápidos” para mejorar la calidad de vida, a través de diversas manipulaciones de lo que se considere que son los centros neuronales del placer y del displacer, y que seguramente no podrán prever los efectos negativos de distinto orden que puede tener la alteración de lo que la naturaleza construyó cuidadosamente durante millones de años.

3. Los impulsos particulares

Habíamos identificado más de veinte impulsos en el hombre, clasificados en tres grupos: crecientes, no crecientes, y mixtos. Lo creciente significa dos cosas: 1- el sólo transcurrir del “tiempo fisiológico” es el estímulo movilizador del impulso. 2- una vez satisfecho en forma total, su nec. no puede volver a mobilizarse en forma inmediata, sino que debe pasar un tiempo de sucesos fisiológicos regulares. Los cambios fisiológicos paulatinos son los únicos estímulos movilizadores de los impulsos crecientes (en realidad son influidos también por los estímulos externos, pero siempre sobre la base de esas condiciones fisiológicas internas). Los impulsos no crecientes son contrarios en ambas propiedades: 1- en nada los influye el transcurrir del tiempo sin satisfacción, sino que se activan únicamente cuando se presenta un hecho concreto, esporádico y distinguible, a modo de estímulo movilizador que provoca la aparición de la nec. 2- aunque acabe de darse la satisfacción total, la nueva presentación del estímulo movilizador genera nuevamente la nec. como si nada hubiera sucedido. Por ejemplo, la disminución de la temperatura (estímulo movilizador) provoca la nec.: frío. Ante esto la T.D. busca y logra el placer de la calefacción, haciendo desaparecer la sensación de frío. Pero la nueva disminución de la temperatura vuelve a generar el displacer o nec.: frío como si nada hubiera ocurrido antes. Como se puede notar, ello no sucede con los impulsos crecientes. Por último, tenemos el grupo de los impulsos mixtos. En estos hay una parte de creciente y otra de no creciente. Por un lado, el sólo transcurso del tiempo sin satisfacción provoca la aparición de la nec. y su progresivo aumento (parte creciente), y por otro, luego de producida la satisfacción total, puede activarse completamente la nec. del impulso ante la aparición de un estímulo movilizador del tipo de los no crecientes (hecho o situación concreta y ocasional). Por ejem-

plo, la falta prolongada de algo novedoso pone en movimiento al impulso de curiosidad, sintiéndose la nec. por encontrarse con algo nuevo, desconocido, distinto. Sin embargo, aunque el sujeto haya satisfecho su impulso, si se presenta una nueva situación incierta, “incompleta” o misteriosa, se generará la más intensa curiosidad.

Más allá de la naturaleza del estímulo movilizador, cuando la nec. de cualquier impulso ha sido movilizada, se activa por igual la T.D., que se orienta hacia el objeto de satisfacción. El logro de dicho objeto es lo que produce el placer particular y simultáneamente la extinción del displacer de la nec. Tomemos como ejemplo el impulso de conservación, para ver la secuencia estricta del mecanismo. Primero, el estímulo movilizador: percepción de un peligro, produce la estimulación neuronal generadora de la nec. particular: temor. Esa actividad neuronal, así como el efecto generado, hacen que se ponga en movimiento el complejo de reflejos dirigidos que subyacen la T.D. Por último, el logro de la seguridad provoca la estimulación de las neuronas del placer, junto con ciertas conexiones reflejas que permiten que el placer logrado tenga el matiz propio de la tranquilidad. Ese hecho paralelamente provoca la inhibición de la actividad nerviosa responsable del temor.

La secuencia: nec. - T.D. - satisfacción no es una sucesión cronológica lineal. La puesta en movimiento de la T.D. no significa que la nec. o displacer particular cese inmediatamente, dejando lugar a la T.D., sino que la nec. o displacer persiste acompañando en el tiempo a la actividad de la T.D. Sólo la satisfacción total hace detener la actividad tanto a la T.D. como al estado de nec. La presencia continua del estado de nec. es lo que hace a la sostenida actividad de la T.D. Si decae la nec. decae la T.D. Esta responde al estado de nec. Para que no se detenga la T.D., o para que no disminuya su poder, tampoco debe detenerse la nec.

El paralelismo en el tiempo del estado de nec. y de la actividad de la T.D. es lo que nos lleva a decir que la necesidad es la que mueve o empuja la conducta. Si bien esta noción sería correcta en un contexto que no requiriera de mayores especificaciones, para nosotros la nec. es sólo el estado de displacer continuo, al que responde continuamente la T.D., que es lo único activo. Por otro lado, el orden: nec. - T.D. - satisfacción sería siempre válido como secuencia, dado que lo primero que aparece es la nec., más allá de que ésta persista luego acompañando en el tiempo a la T.D.

En base al orden en que fue presentada aquella lista de impulsos (pág. 39), iniciaremos un breve análisis de cada uno, en relación a sus funciones y demás particularidades.

1-Imp. alimenticio 2-sexual 3-de bebida 4-de defecación 5-de micción

Ninguno de los cinco necesita explicación sobre su utilidad para la vida. Solamente sería necesario analizar el porqué de su naturaleza creciente; esto es, que sería perjudicial que esos impulsos queden abiertos a la posibilidad de una nueva movilización inmediata, una vez dada su satisfacción total. En el caso de los de defecación y de micción, es evidente la utilidad de que la nec. se movilice sólo cuando el requerimiento fisiológico lo sugiere. Los impulsos sexual, alimenticio y de bebida, también dependen de los cambios fisiológicos continuos. Si bien la percepción del objeto de satisfacción provoca la acentuación de la nec., ello ocurre cuando la satisfacción no ha sido total, ya que cuando esto ha sucedido, sería perjudicial que la sola percepción del alimento, agua u objeto sexual, movilice nuevamente al impulso desde “cero”. Esos tres tipos de objetos de satisfacción pueden presentarse en forma continua a la vista del sujeto. Si la sola percepción de tales objetos despertara siempre la nec., el organismo no pararía de satisfacerlas, es decir, no pararía de comer, de beber ni de copular. Esto tendría muchos perjuicios; uno de ellos es que se perdería tiempo, energías e interés, útiles para otras cuestiones vitales.

De los cinco impulsos crecientes, el sexual es el que más se aproximaría a los mixtos; es el que en mayor grado puede movilizarse ante un nuevo estímulo especial luego de la satisfacción total. Pero siempre será decadente el poder de esa movilización. Así, llegará un momento en que ya no responderá ante nuevos estímulos externos. Esa propiedad del imp. sexual, de poder reactivarse ante ciertos estímulos externos, fue seleccionada por la naturaleza, puesto que hacía aumentar la frecuencia de reproducción. Pero el límite es la cantidad de tiempo y energías globales que exigen las otras motivaciones. En otros términos, quien tiene un mayor interés sexual se reproduce más que el resto, pero pasado un punto determinado en cuanto al grado de interés sexual básico, ya comienza a ser perjudicial para los otros asuntos indispensables a la vida de los que el organismo se debe ocupar. Por ello, la naturaleza sólo permitió la sobrevivencia a quienes rondaron por ese nivel medio de interés sexual, o sea, murieron, genéticamente hablando, los que tenían menos o más interés sexual básico que ese grado. Esto en general es válido para todos los impulsos.

6- Imp. de comodidad corporal

A partir de aquí iniciamos la serie de los impulsos no crecientes. El de comodidad corporal abarca, dentro de su nec., al displacer causado por

varios tipos de molestias corporales, ejemplo: posición incómoda , dolores por presión muscular, incomodidad a causa de la vestimenta, suciedad corporal excesiva, etc. Todo ello, y otras reacciones anímicas similares, caen bajo el encuadre de **incomodidad corporal**. En tales casos, la anulación de los hechos incómodos provoca el placer de la comodidad. Ese placer no es continuo, sino sólo la reacción agradable que se produce en el acto de poner fin a la situación de incomodidad o molestia corporal. Pero una vez lograda la posición o condición cómoda, y sentido el leve placer, se restablece la neutralidad anímica, es decir, ni placer ni displacer en relación al impulso.

La utilidad del impulso es también evidente; permite la autoprotección ante agentes o situaciones perjudiciales que accionan sobre el cuerpo. También es evidente la utilidad del hecho de ser no creciente, y que sólo responda a la presentación ocasional del estímulo movilizador.

7- **Imp. de rascado**

Es una derivación del anterior. Pero se puede considerar independiente, dado que la picazón como nec. es una vivencia peculiar, al igual que el placer del rascado. Otra razón de su autonomía es su función. La función del impulso se desprende de imaginar su ausencia. Los organismos que no cuenten con él, entre otras cosas, son consumidos por todo tipo de insectos o parásitos. Ante esa situación era necesaria alguna respuesta del organismo. También era necesario que el impulso fuera no creciente, de modo que se movilizara cuando está presente el estímulo productor de la picazón y no por el tiempo transcurrido “sin rascarse”.

Hay que recalcar que la función adaptativa o útil a la vida de los impulsos es algo objetivo, y casi siempre ajeno al dominio subjetivo o a las intenciones del organismo. Por ejemplo, el impulso sexual, en esencia, sólo tiende al placer y negar el displacer particulares y no a la reproducción, la cual es una consecuencia objetiva derivada. Ningún animal busca intencionalmente reproducirse, excepto el hombre que logró relacionar en su razonamiento la implicancia de la actividad sexual con la reproducción. Sólo se trata de que los organismos que sintieron placer por la actividad sexual lograron reproducirse gracias a ello. Del mismo modo, nadie se rasca “para contrarrestar determinados agentes perjudiciales que accionan sobre la piel”, sino por el placer del rascado y poner fin al displacer de la picazón. Sólo que los organismos que contaban con el impulso lograron contrarrestar, sin suponerlo, los agentes nocivos que accionan sobre la piel, mientras que los que carecían de él se extinguieron por dejar vía libre a esos agentes nocivos.

8- Imp. de calefacción 9- de refresco

Estos no requieren mayores comentarios; es obvia su utilidad vital. En ambos el estímulo movilizador consiste en cambios respectivos de la temperatura, que generan el displacer del frío o del calor. A esas necs. responde la correspondiente T.D. buscando el placer particular y poniendo fin al displacer correspondiente. También es evidente la utilidad de su naturaleza no creciente.

10- Imp. recreativo

La nec. es el aburrimiento, y la satisfacción el ingreso a la actividad o situación entretenida. Lo que debemos considerar aquí como objeto de satisfacción es solamente el hecho concreto de ingresar a la actividad y el placer que se produce en el momento de introducirse en la situación. Ese hecho es el que a la vez hace desaparecer el displacer del aburrimiento. Una vez que se ha ingresado a la actividad, ésta se mantiene por sí misma; es decir, el abandono o suspensión de la situación entretenida provoca displacer. Por tanto, se prefiere continuar en ella, hasta que el displacer del cansancio, el tedio o el hambre, llegan a un nivel en que la ley de la decisión lleva a abandonarla. Pero mientras ello no suceda está asegurada la continuidad de la actividad.

La función vital del imp. recreativo es la de asegurar el mantenimiento de las capacidades y habilidades globales. Si suponemos que la tribu está pasando por días afortunados en cuanto a facilidades excepcionales para lograr los medios de subsistencia, implicaría que no hace falta trabajar u ocuparse de actividades que requieran gran dedicación. Si el organismo mantuviera una prolongada pasividad, iría perdiendo paulatinamente su nivel de rendimiento general. Por eso, el aburrimiento se encarga de rellenar la vida de actividad, lo que permite estar siempre preparado para responder con eficiencia ante la adversidad, que en cualquier momento aparece. En el niño tiene además la utilidad de favorecer el desarrollo en todos los aspectos. La constante práctica de actividades es lo que asegura la capacidad integral de rendimiento frente a las exigencias de la naturaleza.

Cuando tratábamos el sistema de mantenimiento autónomo (cap. 5), veíamos que era el sistema fisiológico homeostático encargado de asegurar el buen estado de todos los órganos. El imp. recreativo cumple con esa función de mantener el buen estado, pero a nivel global. La práctica de actividades con fines recreativos tiene la utilidad de mantener en movimiento la maquinaria psicofísica del organismo.

El imp. recreativo es no creciente, porque el estado normal de la vida humana es la actividad. Si transcurren varios días cubiertos de actividad, el aburrimiento no aparece. Sólo cuando se presenta la situación en que no hay actividad a realizar, allí se moviliza el impulso, apareciendo el aburrimiento.

11- Imp. de variación

Su nec. es el tedio, hartazgo, hastío, sensación de monotonía, saciedad, “cansancio psíquico”. El objeto de satisfacción es el cambio, renovación, variación de la situación, incluyéndose el abandonar o poner fin a algo tedioso. Las circunstancias en que actúa el impulso son muy diversas, pero no aparece en cualquier situación que se repita con insistencia, sino en aquellos aspectos de la vida en los cuales es útil que el organismo varíe sobre el particular.*

Por otro lado, también interviene el imp. de variación cuando se debe suspender lo que es perjudicial continuar. La saciedad es el displacer que se presenta en este último caso, y es una forma especial del displacer o nec. del impulso, que motiva a poner fin a la conducta cuando la satisfacción de otro impulso ha sido total, y donde sería nociva su continuación.

El imp. de variación tiene su rol en la actividad. Es el responsable del pasaje de una actividad a otra, sin que tenga “tiempo” de aparecer el aburrimiento. También, trabaja en “equipo” con el de curiosidad, encargándose de rechazar la inútil repetición de la información. Lo útil a la vida es llenarse de información y recordarla inclusive una o dos veces, pero no perder el tiempo en asimilar varias veces lo mismo. El hartazgo es el displacer que se produce en tales casos. La T.D. busca el placer de la variación y poner fin al displacer de la situación monótona y tediosa.

La máxima satisfacción del imp. de variación se da al encontrarse con el “nuevo colorido de lo diferente”.

* Uno de los campos donde la variación era lo útil a la sobrevivencia de la tribu era el de la vida sexual. La ausencia de restricciones en las relaciones sexuales era una condición indispensable para que funcionara el mecanismo de la selección sexual; mecanismo éste por el cual se aprovechaban los cambios genéticos positivos, favoreciéndose su generalización a los futuros miembros del organismo social (véase cap. 1). De todas maneras, también existe una cierta tendencia monogámica. Es decir, lo natural en la especie humana sería una situación de básica poligamia (y poliandria), combinada con una temporaria y relativa tendencia monogámica, sostenida no por imposición alguna, sino esencialmente por el natural fenómeno del enamoramiento.

En realidad, el de variación es en gran medida un “híbrido”, derivado de los impulsos de curiosidad, recreativo y de descanso. El hartazgo, tedio, sensación de monotonía, como nec. del impulso, en muchos casos puede considerarse como un compuesto formado por la combinación del aburrimiento, cansancio y curiosidad. A veces se acentúa la presencia de uno u otro de esos componentes. La acentuación del imp. de descanso se presenta en los casos en que se trata de abandonar la situación monótona que provoca el “cansancio psíquico”. Aquí, el hartazgo se manifiesta en la sensación del sujeto de haberse “cansado” de algo, por lo que tratará de cambiar la situación o simplemente abandonarla. Luego, la acentuación del imp. recreativo estaría dada cuando la situación se torna “aburrida”. En tal caso el hartazgo se ve matizado por la nec. de algo más entretenido. Por último, la presencia acentuada del imp. de curiosidad estaría expresada en las situaciones donde el tedio o hartazgo adoptan la forma de nec. de algo nuevo, de “probar” algo distinto.

12- Imp. de agresión

El estímulo movilizador es básicamente el displacer intenso. En general, la nec. agresiva, o la rabia, ira, etc., se movilizan como respuesta a un agente productor de intenso displacer. La frustración, como intenso displacer, es uno de los estímulos movilizadores más importantes. Otro caso es el disgusto causado por la simple amenaza de displacer por parte de un objeto, situación o sujeto. También la ofensa o ataque producen un displacer intenso que moviliza el impulso. Es frecuente que la acumulación de disgustos vaya “preparando el terreno” para que luego el menor estímulo (hecho displacentero) sea el desencadenante. En tales casos, la nec. agresiva (enojo, rabia, ira) tiende a volcarse desproporcionadamente hacia ese último estímulo de la serie, aunque el mismo haya incidido sólo en una pequeña proporción como agente movilizador del impulso. En cuanto al objeto de satisfacción, consiste, en principio, en infligir un mal a un objeto o sujeto, especialmente cuando es atribuido como causal del dolor propio. Ese “mal” puede ser la destrucción del objeto, o bien provocar un displacer al sujeto. También se incluye el placer por ocurrir algo negativo al objeto o sujeto, aunque no sea producto de la propia conducta.

Hay varias funciones importantes del impulso. Una es dar más énfasis a la lucha por el logro de la meta. La agresión puede estar presente en el trabajo más pacífico cuando, por ejemplo, la conducta tendiente a solucionar

un problema se ve reforzada por la rabia hacia el obstáculo. La destrucción del obstáculo, o su desarticulación, se agrega como placer al de los otros impulsos interesados en el logro de la meta. En tales casos, la fuerza motivacional del imp. de agresión se suma a la del resto de motivos, dando más energía a la conducta.

Otra función es la destrucción de agentes causales de displacer en general, o que amenazan con ello (objetos o animales peligrosos o molestos). Como el displacer siempre anticipa algo perjudicial para la vida, es útil que se destruyan o desarticulen tales agentes.

Una tercera función es la defensa concreta, que supone la respuesta agresiva de la lucha. Si bien esto se da a nivel personal, lo fundamental estaría dado en relación al organismo social. La tribu debía contar con el impulso en sus miembros, aunque no se movilice si no hay motivo. La falta de capacidad de agresión sería perjudicial para la tribu. Ante un abuso, agravio o ataque externo, debía ser capaz de responder con contundencia. Esa capacidad del organismo social podía permanecer indefinidamente inactiva durante muchas generaciones, sin alterar en absoluto la normal vida psicológica de sus miembros. Pero en algún momento se haría necesaria, y por eso debía estar siempre presente como capacidad virtual o latente en la estructura psíquica de los sujetos.

Por último, encontramos la función ética-moral de la agresión. Cuando un miembro de la tribu tiene una conducta mala o perjudicial para el grupo, provoca un disgusto en los compañeros, los que responderán desaprobando con ira su conducta. Tal castigo moral provoca displacer en el destinatario, por lo que evitará la repetición de esa conducta negativa.

El imp. de agresión, como se habrá notado, va incluido en el grupo de los impulsos de naturaleza no creciente. El tiempo transcurrido sin ocurrir la satisfacción no afecta su saludable inmovilidad. Sería perjudicial para la convivencia interna de la tribu, y su sobrevivencia, que sus miembros posean una necesidad "fisiológica" de agredir, sólo porque "hace mucho" que no agreden.

13- Imp. fraterno

La nec. tiene diversos matices según el contexto, pero la satisfacción es siempre lo bueno o favorable para el otro o para el grupo. El placer se produce al percibir un hecho positivo para un ente con el que existe identificación.

Aunque siempre es útil buscar lo bueno para el grupo, no hizo falta que el impulso tuviera la propiedad de los crecientes de activarse con el solo trans-

curso del tiempo. Al ser continua la identificación fraternal con los seres queridos, ante cada situación se busca lo bueno para ellos como si se tratara de sí mismo.

El imp. fraterno es lo opuesto al de agresión. Este último busca que suceda lo malo para el objeto, y el fraterno procura que ocurra lo bueno para él.

Las funciones del impulso son varias. En primer lugar, la conducta maternal está movida por este impulso. El llanto del bebé provoca el displacer de la nec. benefactora en la madre; la T.D. empuja a restablecer el bienestar del niño; cuando ello se logra, y el niño da muestras de sentirse bien, se produce el placer del impulso en la madre. Luego se repite el llanto, reproduciéndose el ciclo. El zig-zag de nec.- satisfacción del imp. fraterno es una constante de la conducta maternal.

Otra función es la ayuda mutua. Aquí la lástima, compasión o piedad, aparecen como nec. ante la dificultad ajena. La T.D. mueve a ayudar al otro. Cuando se percibe el restablecimiento del bienestar en éste, se produce el placer del imp. fraterno en el que ayudó.

Otra es la función ética-moral. Dijimos que una de las funciones de la agresión era la condena moral o desaprobación, como forma de provocar un “mal” al autor de la conducta negativa. El imp. fraterno rellena la otra parte; es el que aprueba o gratifica al autor de una conducta buena o beneficiosa para el grupo, es el que premia y felicita la conducta. Si miramos unidos a los impulsos de agresión y fraterno en quienes son observadores de la conducta ajena, veremos que estos últimos aprobarán gratificando moralmente al autor de la conducta buena, y desaprobarán causando un mal moral al autor del acto malo (además del eventual premio o castigo materiales, como formas extremas de aprobación o desaprobación hacia los actos). Luego, como al autor de esas conductas le produce displacer la desaprobación y placer la aprobación, tratará de evitar hacer mal las cosas, procurando hacerlas bien. En esta función ética-moral del imp. fraterno suele presentarse una nec. algo compulsiva de gratificar. La T.D. mueve al sujeto a acercarse espontáneamente al autor de la conducta buena, y la satisfacción se produce al abrazarlo y felicitarlo.

El placer del imp. fraterno se puede calificar como placer espiritual. Aquí no hay más beneficio que ver bien al otro. Es un “interés desinteresado”. Aunque el placer se produzca en el cerebro del propio individuo, es sólo el producto de ocurrir algo bueno a otro ser. Es por ello que se trata del placer más puro en relación a la ausencia de connotaciones personales.

Para que funcione el impulso, la identificación es una condición básica. La identificación fraternal es como un dispositivo del sistema nervioso que

hace sincronizar las reacciones anímicas en cuanto al placer y displacer. Si el ser querido, o el objeto de la identificación fraternal, se encuentra mal, el sujeto identificado siente displacer; y cuando aquél se halla bien, éste responde con placer. Por otro lado, en el funcionamiento del imp. de agresión se produce una sincronización inversa. Si el enemigo se halla bien, el psiquismo del sujeto responde con displacer; y viceversa, cuando al enemigo le va mal, aquél responde con placer. A esos mecanismos de sincronización (correlativa e inversa) de los estados anímicos les llamaremos: **M.I.F.** (mecanismo de identificación fraternal) y **M.A.F.** (mecanismo de anti-identificación fraternal). El M.I.F. es la disposición que se produce en el psiquismo por la cual el objeto o contenido de ese mecanismo es concebido como si se tratara de sí mismo. Así, el bienestar del O.M.I.F. (objeto del mecanismo de identificación fraternal) producirá un placer fraterno o espiritual, y el malestar del O.M.I.F. provocará un displacer espiritual. Luego, el M.A.F. es la disposición del psiquismo que hace que el bienestar del objeto del mecanismo (O.M.A.F.) provoque displacer al sujeto, y el malestar del O.M.A.F. produce un placer que tiene lugar a través de la vía del impulso de agresión.

La actividad del imp. fraterno tiene lugar siempre sobre la base del M.I.F. ya funcionando en el psiquismo, o bien existiendo virtualmente en relación al objeto; mientras que la actividad del imp. de agresión supone la base del M.A.F. en relación al objeto de la agresión. Los objetos de ambos mecanismos pueden ser estables u ocasionales. Por ejemplo, un enemigo puede haberse convertido en el objeto estable del M.A.F., pero ocasionalmente se puede sentir piedad por él y ayudarlo en una situación pasajera. Aquí el enemigo es por un momento el O.M.I.F.; pero luego continúa siendo el O.M.A.F. También, el hijo puede ser un O.M.I.F. estable, pero cuando comete un acto incorrecto se transforma en un O.M.A.F. ocasional, cuando el padre se enoja con él. Sin embargo el hijo continúa en el “fondo” siendo el O.M.I.F. estable.

En la vida de la tribu primitiva no hay necesariamente objetos estables del M.A.F., es decir no existen objetos a odiar en forma estable. El M.A.F. es naturalmente ocasional. En cambio, se presenta constantemente como O.M.I.F. la tribu y cada uno de sus miembros. Siempre hay interés en que ocurran hechos favorables a la tribu, y a cada momento se trata de evitar que se produzcan hechos perjudiciales para ella. De aquí se deriva otra importante función del imp. fraterno: el trabajar constantemente para el bien de la tribu. Cada hecho favorable para ésta será un placer o satisfacción del imp. fraterno. Ello hará que se realicen todos los esfuerzos en procura del bienestar de la tribu.

En el hombre, el imp. fraterno tiene un gran desarrollo. El objeto de satisfacción del impulso no se limita a la percepción directa del bienestar de otro individuo, sino que también se hace extensivo a entes “abstractos”. En la actualidad, los objetos del M.I.F. se extienden a entes como el club deportivo, la familia, la agrupación social, el partido político, la patria, o bien toda la humanidad. El sujeto se ve motivado para trabajar en todo lo que tienda a provocar hechos favorables a esos entes, en los que se fijó la identificación fraternal.

Debe tenerse en cuenta que las dimensiones de tales objetos del M.I.F. no alteran la mecánica esencial del impulso: nec. - T.D. - satisfacción. Sólo que esta secuencia se carga con el contenido de aquellos entes gigantes. Pero el sujeto individual, en su vivencia, siente la nec. benefactora o displacer espiritual cuando el O.M.I.F. se encuentra mal. También, el propio individuo en su psiquismo siente el placer fraterno o espiritual cuando ocurre un hecho bueno para aquél. En estado natural todo ello se vuelca a la tribu, al organismo social. La tribu es el más importante O.M.I.F. Una gran parte de la motivación de cada sujeto está volcada a buscar lo bueno para la tribu. Esta es la más “gruesa” de las funciones del impulso fraterno; favorece directamente la sobrevivencia grupal. La tribu que cuente en sus miembros con una poderosa tendencia concéntrica al autobeneficio del conjunto se encuentra a “años luz” con respecto a otra que no cuente con ello. Para tener una noción de la fuerza de esa tendencia a beneficiar a la tribu, debemos reunir los distintos objetos posibles del M.I.F. de un sujeto en la actualidad. La magnitud del poder del interés del primitivo por los hechos positivos para su tribu sería la suma de ese conjunto de motivaciones parciales. Sin dudas, se trata de una de las fuerzas más poderosas de la estructura motivacional.

14- Imp. mediador

La nec. es el sentimiento de carencia de un objeto o hecho cuyo logro sirve como medio a cualquier otro impulso interesado en él. La satisfacción es el placer de la alegría por la obtención de lo buscado. El imp. mediador está presente en el siguiente ejemplo. Supongamos que un sujeto se encuentra solo y hambriento en su casa. Se le ocurre salir a comprar un pan cuyo precio es de un peso. Cuenta su dinero y sólo tiene 90 centavos. Todo lo que le falta es una moneda. En ese momento aparece en su vivencia la nec. de encontrar una moneda. Comienza a recorrer todos los rincones de su casa, y en la mente sólo tiene la imagen de la moneda más el displacer de su caren-

cia; es decir, la nec., como displacer o sentimiento de carencia, tiene el “matiz” de la moneda. Al cabo de un determinado tiempo de búsqueda ve algo que lo llena de alegría: la moneda. Instantáneamente se extingue la nec. de ese objeto.

Lo que vemos aquí, es que el imp. alimenticio era el interesado en la moneda. Pero el sujeto, durante su búsqueda, casi no sentía hambre en su vivencia, sino **nec. de moneda**. El imp. mediador se halla siempre al servicio de los otros. Viene preparado para responder con nec. ante todo aquello que sirva a los fines de los otros impulsos y para sentir placer por su logro; es el ejecutor de los intereses de sus compañeros. El papel mediador significa que su actividad es un “puente” entre la nec. y la satisfacción del impulso al que sirve. Así, la nec. de moneda, la T.D. y el placer de la satisfacción o alegría por su hallazgo, se hallan a medio camino entre la aparición del hambre y el acto de comer.

El imp. mediador es un apoyo general para los otros impulsos. Su nec. es un “fondo común” de nec. inespecífica para uso de todos los otros. El mecanismo por el que se moviliza el impulso sería el siguiente: el imp. alimenticio, en el ejemplo, comienza a activarse con la aparición de su nec. hambre. Inmediatamente, la T.D. de este imp. alimenticio se pone en movimiento y apunta al alimento. Pero al ver que sin moneda no hay alimento, se fija el logro de la primera como medio. La imagen del objeto-medio (moneda) es el estímulo movilizador del imp. mediador. En otras palabras, cuando la T.D. de cualquier impulso se fija un objeto-medio, surge en forma refleja y automática la nec. de ese objeto sin importar su naturaleza. Esta es la nec. del impulso mediador. El mismo se encuentra adaptado para responder con nec. ante los objetos-medio que se fijan los otros.

La nec. del impulso mediador es una nec. indiferenciada en sí misma, es un sentimiento de carencia que no tiene matiz ni forma; sólo tiene como elementos constantes el displacer y el sentimiento de carencia. La imagen del objeto-medio que sirve al impulso interesado (o a los impulsos interesados) es lo que provee el matiz definitivo a la nec. Luego, el logro del objeto-medio produce la “alegría del logro” como placer o satisfacción del imp. mediador.

La naturaleza permitió la intensa reacción de placer en la alegría del logro, pero a la vez se “aseguró” de que ese placer no ocurra sino solamente por el anticipo de un hecho útil: satisfacción del impulso interesado en el objeto-medio. El imp. mediador es sólo un refuerzo general para el resto de impulsos, que son los auténticos “dueños” de las vías de entrada al placer. Tales vías o núcleos de entrada al placer son los que le dan orientación. Por ello, la naturaleza no necesitó darle mayores “indicaciones” al imp. mediador. Bastó

que limitara las vías de entrada directa al placer, para que dicho impulso aplique toda su fuerza movilizada en el embudo de lo útil a la vida.

15- Imp. de recuperación

Su nec. es el sentimiento de carencia de lo habitual o de lo acostumbrado. El placer o satisfacción es la reacción anímica provocada por el acto de recuperar lo perdido, o lo que estaba “faltando”. Ese objeto o condición, que primero se pierde y luego se recupera, es en muchos casos algo anímicamente neutro que habitualmente está presente y pasa desapercibido, sin producir placer ni displacer, pero que al faltar provoca el displacer de su carencia.

Hay muchos campos sobre los que actúa el imp. de recuperación. Por ejemplo, la respiración es una función anímicamente neutra; no produce placer ni displacer respirar. Sin embargo, cuando dicha función se interrumpe y falta oxígeno, se siente una fuerte nec. de respirar. Al recuperar la normal incorporación de oxígeno se produce el placer de la satisfacción del impulso. Pero de allí en más continúa la neutralidad anímica de la respiración.

Además de tener a cargo funciones exclusivas, este impulso suma con frecuencia su poder al de los otros. Por ejemplo, la falta prolongada de incorporación de agua no sólo movilizaría al imp. de bebida, sino que la homeostasis fisiológica vería disminuida la proporción de líquidos, por lo que aparecería, junto con la sed, la nec. del imp. de recuperación, sumando sus fuerzas al de bebida y satisfaciéndose junto a él. Lo mismo, por ejemplo, en relación al imp. recreativo. Lo habitual es la actividad. Por ello, junto al aburrimiento puede aparecer la nec. de volver al estado de actividad.

El imp. de recuperación suele chocar naturalmente con el de variación, el cual motiva a abandonar algo por haberse tornado tedioso, pero luego se siente la nec. de volver. Tales conflictos naturales casi siempre son solucionados por los intereses de los otros impulsos, que desequilibran a favor de la permanencia o el cambio.

Como se podrá observar, hay dos campos generales en los que actúa el impulso. Uno es más fisiológico, y se refiere a la reincorporación de sustancias o al restablecimiento de condiciones naturales o habituales del organismo. En esta función, el imp. de recuperación es el “representante psicológico” más directo de la homeostasis fisiológica. El otro campo es el que se vuelca hacia contenidos puramente psicológicos, donde la recuperación

significa el reencuentro con objetos, situaciones, personas, imágenes, recuerdos, la vuelta a la realización de hábitos, etc.

Hay casos en que aquello que se recupera es algo que nunca se tuvo, pero que al tratarse de una condición natural o habitual de la vida de la especie, el placer que provoca su adquisición correspondería igualmente al impulso de recuperación; ejemplo: verse inmerso por primera vez en un medio ambiente natural, al aire libre y rodeado de vegetación; encontrarse bajo un ambiente social nutrido de afecto y estimación con el que nunca se contó antes; adquirir por primera vez un estado de salud general que por determinado problema jamás se había tenido; etc. Si bien esto no sería estrictamente recuperación, por el hecho de adquirirse lo que nunca se tuvo, de todos modos podríamos considerarlo como una forma especial de satisfacción del impulso. Es decir, la vuelta a una situación natural, normal o habitual para la vida de la especie, aunque nunca haya sido vivida por el individuo, produce en general un estado anímico placentero, que el propio sujeto inclusive suele vivenciar como un acto de recuperación.

El fenómeno de esa orientación especial del impulso, por la que el objeto, situación o condición a recuperar trascendería la propia experiencia de vida de un individuo, tendría la función de contribuir a que los organismos no se mantengan apartados del contexto general de las condiciones de vida que son normales o naturales para su especie, por constituir éstas aquello para lo que viene mejor adaptada la estructura y funcionalidad globales del organismo. Pero una limitación que tendría este mecanismo es el hecho de que no siempre se puede saber cuál es la condición natural que está faltando, cuando el individuo nunca pudo vivirla y por tanto conocerla. Por eso, el elemento principal del que se valdrían los organismos para orientarse objetivamente hacia la posesión de las condiciones que son naturales o normales para la vida de su especie sería la capacidad inmanente de sentir placer por encontrarse eventualmente con ellas, en un acto de seudorecuperación de lo que es natural e inherente a la vida de ese organismo. Tal reacción anímica placentera por esa adquisición, así como el displacer o nec. concreta de recuperación que producirá a partir de ese momento su eventual ausencia futura, aseguran relativamente que dicho organismo se mantenga bajo esas condiciones naturales de vida, correspondientes a su especie.

16-Imp. de conservación 17-de alivio 18-de continuación 19-de gozo

Tales impulsos tienen como necs.: el de conservación: temor; el de alivio: dolor o sufrimiento; el de continuación: “disgusto del fin”; y el de gozo:

deseo. Los cuatro, son aquellos cuyas necs. serían cuestionables como tales. No obstante, se ajustan a las mismas leyes del nivel de los impulsos. Así como la sed es la nec. de beber, el temor es la nec. de tranquilidad o seguridad. Luego, el dolor es automáticamente y en sí mismo la nec. de alivio; quien siente dolor o sufrimiento sólo quiere alivio, es todo lo que le hace falta. El disgusto o tristeza del fin es la nec. de continuar con la situación productora de placer. Por último, el deseo o ansia es un sentimiento displacentero de carencia del objeto de su satisfacción.

El **imp. de conservación** es el que responde con temor ante toda amenaza de algo displacentero. Si bien hay algunos hechos o situaciones que generan un temor automático o reflejo, el campo general del funcionamiento del impulso es la amenaza de dolor o displacer de cualquier tipo. El riesgo de displacer provoca la preocupación (temor leve), o el miedo, terror, según la magnitud del riesgo o peligro. La intensidad del temor, y por tanto el grado del poder motivacional del imp. de conservación en su conducta evitativa, dependen de tres factores: 1- intensidad del displacer que amenaza. 2- duración del mismo. 3- grado de probabilidades de tener lugar. A mayor intensidad, duración y probabilidad de presentación del displacer, mayor será la intensidad del temor y más poderosa la fuerza motivadora del imp. de conservación, que procurará su evitación. También la intensidad del placer de la tranquilidad, como satisfacción del impulso, será aproximadamente proporcional a aquello. El nombre dado al impulso no responde solamente al hecho de ser el que tiende directamente a conservar la vida al evitar los peligros. En realidad todos los impulsos tienden directa o indirectamente a conservar la vida. El sentido fundamental del concepto: conservación es, para nuestro encuadre, el hecho de ser el impulso que tiende a conservar el estado anímico de ausencia de displacer. Al ser el encargado de evitar la aparición de todo hecho “malo” o displacentero, es por ello el que tiende a mantener o conservar la situación anímica, tratando de impedir que aparezca el displacer. Hace de resistencia negadora del displacer.

El **imp. de alivio** es el que se moviliza cuando el displacer ya está presente, tratando de eliminarlo o ponerle fin. Cuando el imp. de conservación no pudo evitar la aparición del dolor, la tarea queda en manos del imp. de alivio, que hará todo lo posible por extinguirlo para lograr su satisfacción. Este impulso trata de poner fin a todo estado de displacer. Por ello, su actividad se puede superponer con la de cualquier otro impulso, al buscar el alivio del fin del estado displacentero de cada nec. Así por ejemplo, se puede unir al propio imp. de conservación, al buscar el alivio del displacer del temor, haciendo que el placer de la tranquilidad, como satisfacción de

ese impulso, sea simultáneamente el alivio producido por el fin del displacer del miedo. De ese modo, el placer que se produce al evitar un peligro puede tener al mismo tiempo matices de tranquilidad y alivio como dos componentes de una sola vivencia placentera.

El **imp. de continuación**, similarmente a lo que sucede en el caso del de variación, es en gran parte producto de la regular combinación de otros impulsos. La tristeza del fin, angustia y nec. semicompulsiva de que continúe la situación placentera, o que no finalice, forman una vivencia única compuesta, en gran medida, por las necs. de otros impulsos. En primer lugar, la parte de angustia de esa vivencia displacentera muestra la presencia del imp. de conservación, que responde con temor hacia la situación anímicamente peor que significa la finalización de la situación agradable. Luego, la parte de tristeza o sentimiento de pérdida está sustentada por el imp. de recuperación, con su nec. característica, que procura la reafirmación de la situación que se está perdiendo. El mediador está también presente con regularidad en la nec. de continuar con la situación, así como en la alegría ante el anuncio o indicio de la prolongación de la misma. Por último, el imp. de gozo responde con el deseo de los hechos placenteros implicados en esa situación que no se quiere perder. Al ser constante y regular esta combinación, se da estructura y movimiento a un impulso nuevo, con sus peculiaridades anímicas, y su función: favorecer la continuidad de la situación en que ocurre la satisfacción de los otros impulsos, asegurando que la misma sea total (hasta la saciedad), así como mantener o impedir que se extingan las situaciones placenteras en general, las cuales en condiciones naturales significan siempre hechos positivos para la sobrevivencia.

El **imp. de gozo** es el encargado de afirmar todos los hechos placenteros. El deseo, como nec. del impulso, es el sentimiento de carencia que se presenta junto a la imagen de un objeto o situación cuyo logro será algo placentero. Así como el imp. de conservación reacciona con temor ante la amenaza de algo “malo” o displacentero, el de gozo es el que interviene con el deseo ante la posibilidad de algo “bueno” o placentero. Cuando hablamos de deseo, no debe entenderse como un frío concepto, utilizado a veces como sinónimo de “preciso” determinada cosa, o “necesito” tal otra. Estas últimas expresiones generalmente se refieren a la nec. del imp. mediador, es decir al interés por aquello que es un medio para otro fin. El **deseo** será considerado sólo como la nec. del imp. de gozo, y se perfila en general hacia los núcleos de satisfacción de los otros impulsos. Al igual que la nec. del imp. mediador, el deseo es inespecífico en sí mismo, y adquiere el matiz definitivo con la imagen del objeto a disfrutar en que queda fijado. El placer que se produce

al disfrutar ese objeto o hecho deseados constituye el objeto de satisfacción del impulso de gozo, lo cual hace desaparecer el estado displacentero del deseo. Por otro lado, la intensidad del deseo, y consecuentemente el grado del poder movilizador del imp. de gozo, dependen también de tres factores: 1- intensidad del placer que promete el objeto o situación. 2- duración. 3- grado de probabilidades de tener lugar ese placer. Mientras mayor sea la intensidad, duración y probabilidad de presentarse el placer, mayor será la intensidad del deseo y más poderosa la fuerza motivadora del imp. de gozo.

Si reunimos esto último con lo que vimos en relación al imp. de conservación, encontramos los elementos fundamentales que hacen al funcionamiento de la ley de la decisión. Como se recordará, dicha ley consiste en que “en toda decisión se opta por la conducta que promete más placer y/o menos displacer”. Según decíamos, ese quantum de placer o displacer es el producto sintético del análisis de aquellos tres factores, que son de orden cuantitativo. También observábamos que el mecanismo por el cual se obtiene la decisión final estriba en una lucha entre las opciones, donde vence siempre la que presenta la mejor oferta anímica. Entonces, al ser los impulsos de gozo y de conservación los que tienen a cargo la evaluación del grado de placer-displacer que ofrecen los diversos hechos o situaciones, surgiendo deseos y temores con una intensidad proporcional a ello, estos impulsos son, por tanto, los que al combinarse, sumando y promediando el conjunto de deseos y temores, proveen los principales materiales de la ley de la decisión. Las luchas entre las diversas posibilidades a elegir son, básicamente, luchas entre el conjunto de temores y deseos en relación a cada opción. También, esos impulsos son los elementos fundamentales que hacen funcionar la ley del efecto, es decir, son los principales impulsos que sostienen la tendencia a repetir lo que llevó al placer (de gozo) y a evitar la repetición de lo que concluyó en el displacer (de conservación).

Una característica común de los cuatro impulsos que estamos analizando (de conservación, de alivio, de continuación y de gozo) es que, al igual que los de recuperación y mediador, se superponen regularmente con los fines de los otros. Así por ejemplo, en el caso del imp. de gozo, si está la posibilidad de un sabroso alimento, dicho impulso responderá con el deseo hacia él, mezclándose el **hambre** con el **deseo** de comer. Inclusive puede estar prácticamente ausente el hambre y la conducta de ingestión estar a cargo del imp. de gozo. Lo mismo se puede decir del imp. de alivio, por ejemplo, cuando se suma al alimenticio procurando el alivio del displacer del hambre. Incluso aquí también puede no haber apetito, y la conducta de ingestión estar motivada por el impulso de alivio, cuando, por ejemplo, se intenta

contrarrestar o atenuar un mal estado de ánimo por medio del placer del alimento.

Los impulsos de gozo y de continuación actúan fundamentalmente valiéndose de las vías de entrada al placer de los otros. La función que cumplen dichos impulsos es la de reforzar el interés por los objetos de satisfacción de los impulsos “dueños” de las vías al placer (además de encargarse de los placeres de orientación). Los de conservación y de alivio, en cambio, no sólo suman su interés al del resto de impulsos, sino que además tienen a cargo otras “vías libres” que llevan al displacer. Es decir, además del displacer del resto de necs., hay una serie de situaciones o hechos que provocan intenso displacer. Tales displaceres sólo constituyen la nec. del imp. de alivio y lo que el de conservación teme, ejemplo: dolor somático, frustración, rechazo afectivo, vergüenza, etc. Esos displaceres son estados a evitar por parte del imp. de conservación y de los que procura salir el de alivio.

Los cuatro impulsos que estamos tratando se ocupan del aspecto **cuantitativo** del placer y displacer, siendo sumamente inespecíficos en relación al aspecto cualitativo de los objetos sobre los que pueden actuar. Ello se debe a que son los representantes más directos de la ley general. Para explicar esto, recordaremos las dos tendencias parciales de la ley general. Una es la tendencia parcial afirmadora del placer, y la otra la tendencia parcial negadora del displacer. Los impulsos de conservación y de alivio son los que representan en forma directa a la tendencia parcial negadora del displacer. El de conservación trata de evitar que se produzca el displacer, y el de alivio tiende a ponerle fin cuando ya está presente. Los impulsos de gozo y de continuación representan en la forma más pura a la tendencia parcial afirmadora del placer. El de gozo trata de lograr el placer, y el de continuación procura mantenerlo o impedir que se extinga. Como se ve, los cuatro impulsos tienen una disposición simétrica y complementaria. Cada uno toma un sector de la lucha de la ley general contra las fuerzas contrarias.

Esta situación, por la cual la ley general se encuentra con cuatro “frentes” en su lucha contra las fuerzas contrarias, es la adaptación del funcionamiento psíquico a la dialéctica de la realidad, a la lógica de su movimiento. Ello se explica por lo siguiente. En principio, los conceptos objetivos de **afirmación** y **negación** pueden entenderse en dos sentidos: estático, o dinámico. Desde el enfoque estático, la afirmación-negación significan respectivamente ser, existir, haber - no ser, no existir, no haber. Pero en sentido dinámico o funcional, dialéctico, a modo de reproducción del movimiento real, encontramos dos formas objetivas de afirmación y dos de negación. Los dos modos de afirmación son: 1- generación o aparición de

algo que no existía. 2- conservación o mantenimiento de lo ya presente. Y las dos formas activas de negación son: 1- extinción o eliminación de lo existente. 2- evitación o impedimento de lo que aún no ha surgido. Tomemos separadamente el placer por un lado y el displacer por otro. Analizando aisladamente el placer como efecto, como fenómeno, tenemos que cuando el mismo se encuentra ausente, el **imp. de gozo** constituye la fuerza activa que tiende a producirlo, y las fuerzas contrarias hacen de resistencia objetiva que tiende a impedirlo. Luego, cuando el placer ya se ha logrado, allí interviene el **imp. de continuación** que procura mantenerlo o impedir que se extinga, ante el “acoso” de las fuerzas contrarias que tienden a eliminarlo o extinguirlo. Por su parte, alrededor del efecto de displacer se presenta otra continua lucha similar. Cuando el displacer está ausente, el **imp. de conservación** hace de resistencia negadora del mismo, trata de evitar o impedir que se produzca, frente al accionar de las fuerzas contrarias que tienden objetivamente a generarlo. Una vez que vencieron las fuerzas contrarias, y el displacer se halla presente, entra en acción el **imp. de alivio** que procura ponerle fin o extinguirlo, ante la resistencia de las fuerzas contrarias que tienden a mantenerlo.

Tales relaciones nos muestran la adaptación de los cuatro impulsos a las funciones centrales de la intencionalidad o ley general en su lucha contra las fuerzas objetivas contrarias. Es una distribución perfecta, que se ajusta con notable precisión a la dinámica esencial del fenómeno.

De todas maneras, cabe recalcar que aunque el imp. de conservación esté especializado en la evitación del displacer y el de gozo en la consecución del placer, en ambos se hallan presentes las dos tendencias parciales (afirmadora del placer y negadora del displacer). El de conservación tiende a suprimir el displacer del temor y lograr el placer de la tranquilidad, y el de gozo trata de poner fin al displacer del deseo y lograr el placer de su satisfacción. Lo mismo con relación a los impulsos de alivio y de continuación. Por ello, más allá de esas especializaciones, todos los impulsos tienden simultáneamente a afirmar el placer y negar el displacer.

Por otra parte, el gozo y el dolor (o sufrimiento) son cualidades surgidas de lo cuantitativo de la intensidad del placer o displacer. Si la intensidad de tales reacciones anímicas varía de cero a diez, comenzarían a ser goce o dolor respectivamente a partir de un determinado grado, ejemplo: a partir del grado 6 ó 7 aproximadamente. Por tanto, el gozo o dolor surgen cuando el placer o displacer alcanzan esa intensidad, y cuando no llegan a ese punto son sólo agrado-desagrado. Algo similar sucede con los grados de magnitud de los movimientos sísmicos. Si la escala es de 10 grados, el sismo es ade-

más terremoto cuando supera los 6 ó 7 puntos, mientras que es sólo temblor (agrado-desagrado) cuando no alcanza esa magnitud. Aquellos cuatro impulsos especiales son precisamente los que se ocupan de lo “grande”; se movilizan en forma notoria cuando se trata de “terremotos anímicos”. El de alivio se moviliza significativamente cuando el displacer llega al nivel de sufrimiento. El de conservación responde con un perceptible temor cuando el riesgo es de un displacer con intensidad de dolor o sufrimiento. El de gozo suma su decidido apoyo cuando “vale la pena”; se moviliza considerablemente cuando el objeto promete un placer-goce. Por último, el de continuación experimenta con cierto énfasis la nec. reafirmatoria y el disgusto del fin cuando la situación que se está extinguiendo es productora de gozo. Estos impulsos también se movilizan cuando el placer o displacer son sólo agrado o desagrado. Pero aquí es insignificante su poder movilizador. Tales impulsos se activan con cierta presencia en cuanto al peso de la motivación cuando el asunto es “importante”.

De los cuatro, los de conservación, de alivio y de continuación corresponden al grupo de los no crecientes. Sólo se movilizan (al menos en forma notoria) cuando aparece el estímulo correspondiente: riesgo, estímulo productor de displacer, e interrupción de la situación que se disfruta, respectivamente. En cambio el de gozo es el que inicia la lista de los mixtos. La parte creciente significa que el solo pasar del tiempo sin tener nada para disfrutar moviliza el deseo indiferenciado de algún placer intenso. Por su parte, la propiedad no creciente implica que aunque se acaben de vivir situaciones de intenso placer, la presentación de una nueva oportunidad de gozar movilizará el deseo con toda intensidad.

La utilidad de la parte creciente está dada en que, en la vida primitiva, todo lo que produce placer es siempre útil a la sobrevivencia. Por ello es positivo que el solo pasar del tiempo movilice al impulso, de modo que motive continuamente a lograr lo que es bueno a la vida. La parte no creciente tiene la función de mantener al sujeto constantemente dispuesto a gozar cualquier hecho, dado que en estado natural siempre será algo útil.

La insatisfacción de este impulso tendría gran parte de la “responsabilidad” en las perversiones en general y en las adicciones y excesos que deterioran la salud fisiológica. Al estar bloqueadas la vías naturales que llevan al gozo, se busca cualquier camino que pueda llevar a él. Así, se fuma con exageración, se come sin hambre hasta la gula, se practican diversas perversiones sexuales, se bebe hasta el alcoholismo, etc.

20- Imp. de descanso

Su función no requiere mayores comentarios, y consiste, como sabemos, en permitir el restablecimiento de las energías. Veamos su naturaleza mixta. Como la actividad es lo normal en el día, el tiempo transcurrido sin descansar va provocando cambios fisiológicos continuos que hacen aparecer el estado de cansancio general o “agotamiento” (parte creciente). El sueño puede incluirse en el imp. de descanso, en esta parte creciente. Hablamos del estado anímico de “sentir sueño”, y del placer de ceder ante él al momento de dormirse. La situación posterior de permanecer dormido varias horas se mantiene por sí misma. Si el sujeto se despierta y aún no es el momento fisiológicamente adecuado, sentirá nuevamente el displacer del sueño. Sólo cuando las horas dormidas sean suficientes para los requerimientos fisiológicos, el nuevo acto de despertarse no será seguido por la nec. del sueño, y no habrá obstáculos para levantarse. La parte no creciente del imp. de descanso está dada en que si se acaba de descansar completamente, pero se realiza un gran esfuerzo muscular, se producirá nuevamente el cansancio específico.

21- Imp. de curiosidad

La parte creciente significa que la ausencia prolongada de algún contenido nuevo hace movilizar de por sí la nec. indiferenciada del impulso. La utilidad de esta propiedad creciente consiste en que la información recogida por la sola nec. de enterarse de alguna novedad hará más abundante la información. La condición no creciente implica la movilización del sentimiento de curiosidad ante un hecho que no es comprendido en su naturaleza o que no “encaja” con los antiguos esquemas, o bien ante la presencia de un fenómeno misterioso, sorprendente, increíble. Ello despertará la más intensa curiosidad, con independencia de la anterior satisfacción.

La función del impulso, tomado en su totalidad, es la de proveerse de información, lo que es siempre útil para la sobrevivencia individual y grupal.

22- Imp. de comunicación

Su utilidad es la difusión de la información. Es algo útil para el grupo que lo que sabe uno lo sepan todos. Este impulso se complementa con el de curiosidad. Es bilateral el interés en que se produzca el acto de la transmi-

sión de la información. Por un lado el emisor, a través de su imp. de comunicación, se ve motivado a expresar lo que tiene para decir; mientras que el receptor, en base a su imp. de curiosidad, muestra interés por escucharlo. En tal sentido, el mecanismo por el que ocurre el acto de la transmisión de la información sería comparable, por ejemplo, al acto de compraventa, el cual no puede tener lugar si no se juntan el interés del vendedor y del comprador.

El imp. de comunicación suele “cooperar” con el fraterno, cuando se trata de enseñar algo, o de transmitir un conocimiento que será útil al compañero.

La parte creciente del impulso consiste en que si el sujeto está incomunicado con los potenciales receptores, igualmente experimentará en su vivencia una sucesión de hechos que lo afectan, los que se irán acumulando en su interior y cada vez será mayor la nec. de comunicarlos. La característica no creciente está dada en que aunque el sujeto haya dicho “todo a todos”, si aparece algo significativo en su dominio psíquico, sentirá el peso de su carga y reaparecerá la nec. de transmitirlo.

El impulso tiene muchas veces una utilidad para la sobrevivencia grupal que es imprevisible. Por ejemplo, si un miembro de la tribu se alejó del grupo y es atacado por un animal peligroso, del que logra huir, cuando se reúna con sus compañeros sentirá la nec. de relatar lo sucedido. La conducta de comunicar el hecho sólo busca que los compañeros se “enteren” de lo que le pasó. Pero es probable que el sujeto no sepa que gracias a ese conocimiento el grupo tendrá cuidado y estará preparado para evitar el peligro.

Los impulsos de comunicación y de curiosidad se alternan en el mismo individuo durante la conversación de rutina, y son los que sostienen la continua comunicación entre las personas (además del resto de motivos que utilizan la información y su transmisión como medio). El fluir de la comunicación es tan habitual que el placer o displacer de tales impulsos es prácticamente imperceptible y de mínima intensidad. Pero cuando el que está hablando se ve interrumpido por determinada causa, el receptor sentirá la nec. de seguir escuchando, despertándose su curiosidad por lo que sigue. A su vez, el que hablaba sentirá la nec. de continuar con lo que estaba diciendo.

El imp. de comunicación tiene diversas formas de manifestarse. Una es la comunicación de contenidos íntimos que tienen cierta significación anímica para el sujeto. Aquí la satisfacción concreta consiste en percibir que el receptor ha escuchado y que da muestras de haber comprendido y asimilado. Esto hace sentir bien y es lo que extingue la nec. de comunicar ese contenido. Otra forma consiste en comentar algo curioso, o contárselo a otro, o bien mostrarle algo. Por ejemplo, si alguien ve algo raro o sorprendente,

sentirá la nec. de transmitirlo. Así, llamará a otro para que “venga a ver” lo que él vio. Por último, está la nec. espontánea de expresar una opinión o un sentimiento.

En general, la satisfacción del impulso es más completa cuando hay cierta cercanía afectiva con los receptores.

23- Imp. de aprobación

Al igual que en otros impulsos, su utilidad se debe ver desde la tribu y sus requerimientos objetivos para la sobrevivencia. Lo que permite la sobrevivencia al organismo social es ante todo su productividad global en el trabajo. Esto es lo que provee regularmente los medios de subsistencia a la tribu. La aprobación por parte del grupo hacia uno de sus miembros no ocurre por cualquier motivo, sino principalmente cuando el sujeto tiene una conducta buena o eficaz en el trabajo común. Si comparamos dos tribus que son iguales en el resto de condiciones, pero en una sus miembros se ven motivados para tener un buen rendimiento con el agregado de la fuerza de este impulso, la tribu en su conjunto será más eficaz que la otra y sobrevivirá.

Aunque parezca que el impulso tiene una orientación individualista, en realidad es un refuerzo para la cooperación. Como la aprobación se logra al realizar una obra beneficiosa para el grupo, o cuyo producto sea del agrado de los potenciales aprobadores, dicho impulso es, por consiguiente, sinónimo de tendencia a beneficiar al grupo. Cuando un individuo realiza una obra egoísta o perjudicial para el conjunto, el grupo responde con un rechazo o condena moral espontáneos. Tal desaprobación social produce un displacer incondicional en el autor. En términos generales, el imp. de aprobación no puede lograr satisfacción sin implicar la realización de una conducta favorable para el grupo. Esa condición para la aprobación viene dada en la propia “mecánica” del impulso. Por eso, el de aprobación se funde con el imp. fraterno y entre ambos empujan al beneficio de la tribu.

Cuando observábamos, más atrás (cap. 5), que la felicidad humana supone la seguridad de la regular satisfacción de todos los impulsos, más el entusiasmo por el trabajo y las demás actividades sociales, se trataba de algo sintético y sin mayores distingos. Pero ambas condiciones se hallan fuertemente relacionadas. Hay varios impulsos que se satisfacen naturalmente en el marco de la actividad social. Uno de éstos es el de aprobación; es decir, la aprobación se produce con cierta significación como respuesta a una

conducta destacada en la actividad social. Por eso, cuando el trabajo es monótono y no es valorado socialmente, el impulso se ve frustrado y correlativamente disminuye el interés por la actividad. Tal situación no se presentaba en la vida primitiva. Allí la naturaleza objetiva del trabajo social daba todas las oportunidades para que a cada uno le tocara realizar un acto destacado, valorado y merecedor del espontáneo reconocimiento.*

Una de las funciones del imp. de aprobación es la de favorecer el aprendizaje social. Dada la gran dependencia del hombre hacia el aprendizaje cultural, era necesario un sistema ágil de premio y castigo que sirviera para orientar el rápido y seguro aprendizaje de los nuevos miembros de la tribu. Si el niño en desarrollo recibe el placer de la felicitación por lo bueno que hace, y el displacer de la desaprobación social por lo malo, la ley del efecto hará que repita lo que llevó al placer de la aprobación y evite repetir lo que terminó en el displacer de la desaprobación. Además, por medio de la anticipación de la representación mental deducirá qué conductas son buenas o aprobables y cuáles desaprobables. Este mecanismo facilita la adquisición de todo el caudal cultural de la tribu (técnicas de trabajo, normas de conducta, etc.).

El imp. de aprobación tiene un “núcleo accesorio” de satisfacción; esto es el placer de la autoaprobación. Por otro lado, y complementariamente, está el displacer de la autodesaprobación ante el propio acto malo (culpa, vergüenza). El placer de la autoaprobación (orgullo, honor) surge en forma automática e instantánea como reacción anímica ante un acto propio concebido como bueno; mientras que la autodesaprobación es un displacer reflejo y automático asociado a la propia conducta mala (por lo que el imp. de conservación trata de evitar todo aquello concebido como malo para evitar así el doloroso sentimiento de culpa consecuente).

Veamos cómo se originaría la capacidad de experimentar la autorrespuesta ética-moral sobre la propia conducta. De tanto repetirse la aprobación y desaprobación sociales hacia un niño según lo bueno o malo de su comportamiento, se produciría la asociación o condicionamiento de la conducta buena con el placer de la aprobación, y de la mala con el displacer de la desaprobación. Esto llevaría a que luego la sola realización de la conducta

* No sólo la monotonía y la poca valoración social de muchos trabajos impiden la satisfacción normal del impulso. En los sistemas o regímenes basados en la explotación por parte de una clase social del trabajo realizado por otra, se suma el hecho de que la propia condición de tener que trabajar generando un producto que se destina al beneficio de un grupo minoritario, más que al bien común, constituye

buena, aunque no haya nadie que lo apruebe, provoque igualmente la reacción de placer (autoaprobación); y la realización de la conducta mala, aunque nadie lo “vea”, producirá igualmente el displacer de la autodesaprobación. Esas reacciones de placer-displacer, en origen, serían **anticipatorias** de la aprobación-desaprobación sociales concretas. Cuando el niño realiza un acto bueno aparece instantáneamente la alegría que se anticipa al placer incondicionado o directo de la aprobación social que vendrá; y la conducta mala produce en el acto el displacer y temor anticipatorios de la condena social venidera. Estas reacciones de placer-displacer, que en principio serían reacciones anticipatorias, se volverían relativamente autónomas, produciéndose luego en forma refleja ante la propia conducta buena o mala.

No todo hecho neutro que se asocie al placer o displacer incondicionados se vuelve autónomo en su capacidad de producir tales reacciones anímicas. Por ejemplo, si un sonido especial anticipa la comida con regularidad, producirá un placer anticipatorio el oírlo. Pero si luego se cambia el sonido y se escoge otro para anticiparla, el primero dejará de producir placer, al perder la conexión que antes tenía con respecto al alimento. La rápida extinción de la reacción de placer ante el estímulo que ya nada anticipa es algo que la naturaleza controló, de modo que no se vuelva autónoma la capacidad de sentir placer por cualquier hecho; es decir, sólo permite la posibilidad de placer ante estímulos neutros, cuando se hallan rodeando algún núcleo de satisfacción. Tal capacidad se pierde cuando el estímulo neutro se separa del núcleo. Esa separación no siempre debe ser sólo espacial y temporal con respecto al núcleo. En el hombre debe alcanzar también la relación causal entre el estímulo neutro y el placer (o el displacer si esto es lo que anticipa el estímulo neutro), ya que aunque el dinero, por ejemplo, esté separado espacial y temporalmente del núcleo o placer concreto, tiene una relación de implicancia directa con él. Por ello, sólo cuando el dinero rompe ese vínculo deja de interesar y se transforma en un papel molesto.

En cuanto a la autoaprobación y autodesaprobación, sería como si aquel sonido, el dinero, o cualquier otro estímulo neutro, se volvieran autónomos en su capacidad de producir placer o displacer, a pesar de romperse el vínculo con el placer o displacer incondicionados que anticipaban. Aunque no esté el placer de la aprobación social ni el displacer de la desaprobación social concreta, de todas formas, la conducta buena o mala propias (sonido análogo) siguen produciendo placer o displacer. La naturaleza permitió una relativa autonomía del placer de la autoaprobación y del displacer de la

también un importante factor que obstaculiza el natural sentimiento de orgullo y satisfacción moral por tener un destacado rendimiento laboral.

autodesaprobación, por la utilidad especial que ello tiene. Gracias a esto, el sujeto tenderá por sí solo a hacer lo bueno una vez aprendido, y evitará hacer lo malo. Lo bueno y lo malo, en origen, son lo favorable y desfavorable a la tribu respectivamente.

Si bien la autoaprobación y autodesaprobación pueden adquirir una considerable autonomía, continúa no obstante la dependencia con respecto a la aprobación-desaprobación de las personas valoradas. Tales respuestas sociales, o la “idea” de ellas, a su vez contribuyen a mantener y “recargar” la capacidad de sentir autoaprobación y autodesaprobación. Así como al imp. sexual no lo conforma mayormente la masturbación, al de aprobación tampoco lo conforma del todo la autoaprobación. Ambos hechos constituyen lo secundario o la satisfacción parcial del respectivo impulso. Esto debía ser así, porque la selección natural eliminaría tanto a las tribus cuyos miembros tuvieran “autosuficiencia sexual”, como a aquellas cuyos individuos fueran indiferentes con respecto a la respuesta social hacia la propia conducta.

Hay dos formas generales de la aprobación. Una es la felicitación concreta por un acto bueno, y la otra las muestras de aceptación, valoración, aprecio, como forma global de aprobación hacia la persona toda. Lo mismo con respecto a la desaprobación: desaprobación concreta por un acto, y desaprobación global hacia la persona en forma de desestima o desprecio. Todo eso se repite en relación a la autoaprobación y autodesaprobación: autoaprobación por un acto, o autoestima global; y autodesaprobación por un acto, o autodesestima.

En realidad, por “aprobación” se entiende generalmente la respuesta espontánea hacia un acto, siendo tal vez inadecuado dicho concepto para hacer referencia a la estima estable o valoración hacia el sujeto. Pero ante la ausencia de otro término que englobe ambos contenidos, haremos extensivo el concepto **aprobación** a toda respuesta anímica o afectiva positiva hacia un sujeto (o grupo). Tal noción global es lo que “maneja” en definitiva el imp. de aprobación. Dicho impulso motiva a lograr el placer que produce la **respuesta afectiva positiva hacia sí**, cualquiera sea su forma.

Tanto la aprobación como la desaprobación sociales son eficaces en su capacidad de producir placer o displacer en el destinatario cuando hay alguna cercanía afectiva entre los sujetos; especialmente cuando el que aprueba o desaprueba es valorado por quien recibe tales respuestas. El “aprobador” o “desaprobador” puede ser otro individuo, pero siempre afecta más cuando es el grupo en su conjunto, que es naturalmente lo más valorado.

La parte creciente del imp. de aprobación significa que el solo transcurso del tiempo sin aprobación social o sin percibir muestras de estima hacia la propia persona, o el carecer de motivos de orgullo, etc., moviliza la nec. del impulso. Así, la T.D. empujará al sujeto a hacer algo bueno, o a realizar obras positivas para el grupo. La condición no creciente implica que aunque todos hayan dado muestras de estima, o hayan felicitado afectuosamente al sujeto por una importante labor personal, aparecerá nuevamente la nec. de quedar bien, o de salir airoso, ante una nueva situación que se presenta como desafío moral.

FUNCIONAMIENTO DE LOS IMPULSOS

Aunque no se revele con mucha nitidez en la superficie psíquica, la conducta está siempre sostenida por las tendencias dirigidas de los impulsos. Lo que impide ver con claridad ese hecho es que el imp. mediador tiene a cargo casi todo el colorido de metas de la intencionalidad. Pero se encuentra siempre sirviendo a los intereses de los otros impulsos. Los intereses de las personas son tan variados que se hace imposible delimitarlos. Pero ninguno de ellos persigue otra cosa que la satisfacción de los impulsos. Esto es así porque los intereses del sujeto son los intereses de sus impulsos.*

Hay una gran diferencia entre los intereses y necesidades de una persona y otra. Pero es una diferencia de **forma** y no de “fondo” o de **contenido**. Así, en determinada sociedad las personas tienen interés por conseguir dinero, mientras que en una tribu primitiva nadie tiene interés en ello, sino por ejemplo en construir buenas armas para la caza. El contenido común es el interés y nec. por objetos-medio; la forma diferente es nec. de dinero o de armas. Ambos coinciden en interesarse en objetos-medio que serán útiles a los fines de los impulsos. Tenemos en cada caso la unidad de lo común y lo diferente. Lo común es que el imp. mediador buscará siempre lograr los objetos-medio que se fijan los otros impulsos. Lo diferente es la naturaleza de esos objetos-medio. Esto último depende de las diversas circunstancias sociales, históricas, culturales y ambientales en general.

No solamente a nivel de medios se encuentran unidos lo común y lo diferente. A nivel de fines de los impulsos también se da la unidad del contenido común y la forma diferente. Por ejemplo, el contenido común de lo que persigue el imp. alimenticio es ingerir alimento; la forma diferente es comer pan, carne o tallarines. Esas formas diferentes de tener lugar la satisfacción

* Las expresiones referidas a que un impulso “usa” a otro, “coopera” con su compañero, o “se interesa” en algo, es obvio que deben entenderse en sentido figurado. Los impulsos no son entes subjetivos ocultos en las “tinieblas de la mente”. Son sólo leyes objetivas del psiquismo.

del imp. alimenticio encierran por igual el contenido común: comer o ingerir alimento.

Los elementos: nec. - T.D. - satisfacción, de cada uno de los impulsos que hemos analizado, se refieren al contenido común, a la esencia constante que subyace al cambiante colorido de los fenómenos manifiestos, o de las posibles formas de tener lugar la satisfacción.

En base a los dos aspectos de los objetivos a los que tiende la conducta (contenido común o esencia y forma diferente o fenómeno), utilizaremos conceptos correspondientes para cada uno de ellos. El concepto: **meta** será usado en general para lo diferente o variable, sean medios o fines. Así, habrán **metas-medio** y **metas-fin**. Las metas-medio son por ejemplo: dinero, armas. Las metas-fin son: comer pan o carne. Las metas-medio son los infinitos y variables objetos o hechos en que los impulsos se pueden interesar como **medios**. Las metas-fin son las igualmente infinitas y variables **formas de dar satisfacción concreta** a los impulsos.* Estos conceptos servirán para referirse a la gran variedad de metas que se fijan las personas, a la gran riqueza de propósitos manifiestos de los sujetos. Y por otro lado, cuando hablemos de lo esencial o del contenido común siempre constante, utilizaremos el concepto: **objeto de satisfacción**. Tal concepto hará referencia a lo común que contienen las diversas metas-fin, a la esencia de lo que busca el impulso. Los objetos de satisfacción son los que forman la lista de “cosas” que producen el placer de cada impulso, ejemplo: comer, acto sexual, beber, etc. En el ejemplo del sujeto que buscaba la moneda para comprar el pan, encontramos claramente los tres elementos:

Meta-medio: moneda

Meta-fin: comer el pan

Objeto de satisfacción: comer

De tales elementos, sólo lo último es lo esencial y compartido por todos.

La búsqueda de la meta-fin es inseparable de la búsqueda del objeto de satisfacción. Sólo que la primera es particularizada, es el fenómeno manifiesto; y el objeto de satisfacción es lo general, esencial y subyacente. La meta-fin es lo variable o casual; mientras que el objeto de satisfacción es lo constante y necesario. Pero ambos aspectos conviven en el mismo hecho. Comer el pan, por ejemplo, es la meta-fin, pero simultáneamente es el objeto de satisfacción: comer.

* En el caso del impulso mediador, dada su especial naturaleza, lo que es meta-medio para cualquier otro impulso sería siempre meta-fin para él.

El objeto de satisfacción puede tener una variación estructural en un impulso. Por ejemplo, la aprobación, como objeto de satisfacción, tiene dos formas generales de ocurrir: 1- felicitación por un hecho concreto. 2- muestras de estima y aceptación hacia la persona por sus cualidades globales. A esas formas estructurales del objeto de satisfacción, y que corresponden al plano de lo común y esencial, les llamaremos: **objeto de satisfacción especificado**. No todos los impulsos tienen estos objetos de satisfacción especificados, ejemplo: el imp. alimenticio tiene sólo objeto de satisfacción: comer, y no tiene más especificación. En cambio el imp. de descanso, por ejemplo, tiene: el descanso que responde al agotamiento general del organismo, el ceder ante el sueño, y el descanso particularizado luego de un esfuerzo ocasional.

Los objetos de satisfacción especificados forman parte de la estructura del impulso. Están en el mismo plano que el objeto de satisfacción, o sea, corresponden a la esencia, o a lo común y compartido por toda la especie.

Los objetos de satisfacción (y sus especificaciones) son los fines esenciales de la intencionalidad, son las vías de entrada al placer y simultáneamente las vías de salida del displacer. Como la intencionalidad responde a la ley general, en esencia, no puede buscarse otra cosa que eso. Luego, en la motivación manifiesta encontramos una infinidad de metas-medio y metas-fin diferentes, que expresan la flexibilidad y capacidad de adaptación de los impulsos a las cambiantes circunstancias ambientales.

1. El impulso mediador y las metas-medio y metas-fin

Este impulso tiene por objeto de satisfacción: el logro de la meta. Dicho logro es lo que produce placer, generalmente en forma de alegría, y lo que pone fin a la nec. del imp. mediador. Como ya dijimos, las metas (medio y fin) son fijadas por los otros impulsos, y el mediador es el que ayuda a lograrlas. Volviendo al ejemplo anterior, cuando el imp. alimenticio se fija en la moneda como meta-medio, es ayudado por el imp. mediador, y entre ambos tienden a lograr su hallazgo. Aunque tales impulsos se hallen fuertemente unidos, se pueden distinguir por el matiz del displacer de la nec. y por el del placer de la satisfacción. La parte de hambre que acompaña la búsqueda nos muestra la presencia del imp. alimenticio, y la parte de “nec. de moneda” marca la presencia del imp. mediador. Luego, la “alegría del logro”, como forma de placer, es la satisfacción característica del imp. me-

diador. Pero tal alegría tiene todos los matices de lo que está anunciando, es decir, se ve matizada por la representación mental del alimento y el comienzo de su disfrute en la fantasía. Estos elementos muestran la presencia de ambos impulsos. También notamos la total dependencia del imp. mediador con respecto al impulso al que sirve.

No sólo en el logro de las metas-medio se da la ayuda del imp. mediador, sino que también brinda su apoyo en el logro de las metas-fin. En el ejemplo que traemos, el imp. alimenticio se fijó el hallazgo de la moneda como meta-medio, pero también se fijó comer el pan como meta-fin. El imp. mediador se suma aquí nuevamente al alimenticio, y además del hambre aparece la nec. de lograr “comer el pan”. O sea, el ingerir ese alimento es una meta compartida por ambos impulsos. Para el alimenticio es una meta concreta, por cuanto ese hecho contiene la esencia de su objeto de satisfacción; y para el mediador el acto de comer el pan es una meta “abstracta”, es algo que se quiere lograr tal como si fuera la moneda. Así, en el acto de ingerir dicho alimento se produce una simultánea satisfacción de ambos impulsos. Por un lado tiene lugar el placer propio de la ingestión, y por otro la satisfacción de verse a sí mismo comiendo el pan, como logro de la meta. Este placer es del imp. mediador, cuyo objeto de satisfacción es siempre el logro de la meta cualquiera sea.

La capacidad del imp. mediador de acompañar hasta el final a los otros es un refuerzo general para éstos. Se trata de un apoyo incondicional hasta las últimas instancias. Por consiguiente, el placer del imp. mediador no es sólo la reacción anticipada a la satisfacción, por el logro de la meta-medio, sino que también es conjunta a dicha satisfacción, en cuanto logro de la meta-fin.

El impulso mediador suele fijarse grandes cadenas de metas-medio. Se fija el logro de un medio para lograr otro medio, y así sucesivamente. Ejemplo, la moneda es un medio para lograr otro medio: **comprar el pan**. También, la satisfacción concreta de un impulso puede ser un medio para otro. Por ejemplo, asimilar la información es la satisfacción concreta del imp. de curiosidad, pero puede ser a la vez un medio para otro impulso. Así, el mediador, si está sirviendo a ese otro impulso, se acopla al de curiosidad y entre ambos motivan a asimilar la información. Lo mismo cuando se mata una presa para alimentarse. Aquí, el imp. alimenticio se fija como meta-medio la muerte del animal. Pero dicha meta implica a la vez la vía de entrada al placer del imp. de agresión. Por tanto, el imp. mediador, que sirve al alimenticio (o al fraterno si lo que se procura es alimentar a los seres queridos), se puede acoplar al imp. de agresión, y entre ambos empujar la conducta por la que se da muerte a la presa.

2. El aprendizaje y los impulsos

Sabemos, en base a la ley del efecto, que el organismo tiende a repetir lo que produce placer y a evitar la repetición de lo que genera displacer. También sabemos que, en general, para que se repita la conducta que llevó al placer, o para que no se repita la que concluyó en el displacer, debe haber cierta cercanía en el tiempo entre la conducta y el placer o displacer consecuentes. De lo contrario el organismo no podrá relacionar los hechos. Si un animal realiza determinada acción, y al día siguiente le damos un alimento como premio, no “sabrá” que la comida se logra con esa conducta. En cambio, si al momento que la realiza le damos el alimento, y sólo lo hacemos inmediatamente después de ello, cada vez que siente hambre repetirá aquella conducta asociada al placer de la ingestión.

En el hombre, como es evidente, la cercanía en el tiempo entre la conducta y el premio o castigo no es imprescindible. Si un niño realiza una acción determinada y a los cinco días le damos un premio, recordándole porqué lo hacemos, puede ser suficiente para que tienda a repetirla.

Aunque el aprendizaje humano no dependa de la cercanía temporal como condición exclusiva, no obstante, el poder determinante de esas consecuencias anímicas de la conducta (premio y castigo) es máximo cuando se juntan las dos circunstancias, esto es, cuando el premio o castigo, además de ser interpretados por el razonamiento como consecuencias de la propia conducta, se presentan en forma inmediata. Por ello, dada la lucha por la sobrevivencia, la naturaleza seleccionó las tribus donde el premio y castigo, además de ser atribuidos correctamente por el intelecto, eran predominantemente inmediatos a la conducta correcta o incorrecta.

Esa sería la función de las respuestas espontáneas de aprobación y desaprobación. Hacía falta un sistema ágil de premio y castigo, que permitiera que el placer o el displacer consecuentes a las conductas buenas o malas fueran predominantemente inmediatos a su realización. En la tribu primitiva sería muy dificultoso tener que dar un inmediato trozo de carne a cada sujeto que realiza una conducta buena, o someterlo a tormentos físicos por cada error que cometa. Si bien este tipo de medidas extremas se acumulan y siguen coexistiendo con lo nuevo, lo fundamental del sistema de premio y castigo es la aprobación-desaprobación sociales en todas sus formas. Se trata de un “invento magistral” de la naturaleza, por el que basta un gesto sobre la marcha para producir placer o displacer en el destinatario según la calidad de su conducta. Tal sistema es un soporte fundamental del aprendizaje propiamente humano: el aprendizaje social y cultural.

Además de favorecer el aprendizaje social, este mecanismo es un importante incentivo para la eficiencia en el desempeño de toda actividad social. Por todo ello, la tendencia a hacer lo bueno (o aprobable) y evitar lo malo (o desaprobable), como valores absolutos del mecanismo moral, tiene la más vital importancia para una tribu.

Sin embargo, traemos acumulado también un sistema más primitivo de premio y castigo que es compartido con otros animales. Consiste en la alegría por el logro de la meta y la frustración como displacer reflejo ante el fracaso en el intento de ese logro. Las reacciones espontáneas de placer o displacer por el éxito o fracaso en el logro de la meta son premios y castigos naturales en relación a su función para el aprendizaje. La conducta que falla en el propósito es generalmente una conducta inútil que debe modificarse o reemplazarse. Por eso, el intenso disgusto de la frustración tiene la utilidad de motivar al organismo a no repetir la conducta y a cambiar su estrategia.

De ello se deduce que el imp. de conservación es también un apoyo general para las metas de los otros impulsos; es decir, como dicho impulso tiene por consigna la evitación de todo displacer, y dado que la frustración es una vía libre de entrada al displacer, aparecerá entonces el temor ante el posible dolor del fracaso. Por lo tanto, el imp. de conservación, al evitar constantemente el displacer de la frustración, se convierte en un apoyo general de la T.D. de los otros impulsos; es el responsable de evitar los errores.

Las instantáneas reacciones de placer o alegría del logro y displacer o frustración, que responden a la conducta acertada o errónea, tienen la importante función de orientar el aprendizaje del organismo. Esto nos muestra nuevamente que la naturaleza siempre “coloca” el placer y el displacer donde hacen falta, y la ley general hace el resto.

Tenemos, así, que los impulsos mediador y de conservación son los que van rodeando la T.D. del impulso en actividad, colaborando firmemente con él; el mediador buscando la alegría del logro y el de conservación evitando el disgusto de la frustración.

Este sistema primitivo de premio y castigo, junto a los placeres y displaceres concretos del resto de impulsos, más la imitación espontánea, es lo que compartimos con otros animales en cuanto a elementos orientadores del aprendizaje. Pero en el hombre se agrega aquel nuevo sistema de premio y castigo de la aprobación-desaprobación sociales.*

* Una buena parte de la imitación humana está sostenida también por el interés en la aprobación. Sobre todo en la niñez y adolescencia, se da el fenómeno por el cual tiende a concebirse como bueno (aprobable y por tanto imitable) lo que hacen las personas valoradas.

A pesar de la gran ventaja que este nuevo sistema significaba para una tribu, la lucha objetiva entre los organismos sociales por la mayor eficiencia del funcionamiento global era tan exigente que no fue suficiente ello, sino que se desarrolló un nuevo sistema complementario de premio y castigo, consistente en la autorrespuesta ética-moral; esto es, la capacidad de sentir placer o displacer ante la propia conducta buena o mala aunque nadie juzgue al sujeto. Dicho sistema complementario está sustentado también por los impulsos de aprobación (autoaprobación) y de conservación (evitación del dolor de la autodesaprobación por el propio acto malo). Todo esto hace que los miembros de la tribu desarrollen un sistema de valores (clasificación de las acciones en buenas y malas, o aprobables y desaprobables) regulador de sus conductas y actitudes.

Durante el desarrollo de la especie, la moral jamás podía oponerse a la satisfacción regular de todos los impulsos. Como dicha satisfacción era siempre útil a la vida, ninguna tribu sobreviviente podía tener una moral cuyo contenido fuera opuesto a ello. Por el contrario, las tribus sobrevivientes, que terminaron en la aparición final del hombre, eran aquellas cuyos contenidos morales (normas y valores) significaban siempre un apoyo y fortalecimiento para la satisfacción de los impulsos en todos sus miembros.

Por otra parte, es incorrecto concebir a la moral separada de los impulsos. No están de un lado los impulsos y del otro la moral. Lo que sucede es que algunos impulsos se organizan en su funcionamiento, llevando “encarnada” la función moral. Así, el imp. de aprobación se satisface a través del acto bueno, y el de conservación, en una de sus partes, evitando la conducta mala.

3. Lucha entre los impulsos

Si alguien, en base a su moral, impide la satisfacción a su imp. sexual, tendremos que este último buscará unilateralmente la satisfacción. Pero se encontrará con una fuerza que se le opone. Dicha fuerza no es más que el imp. de conservación. Dado que el sujeto concibe la conducta sexual como un mal moral, y como el mal moral lleva al dolor de la desaprobación social y de la autodesaprobación o culpa, el imp. de conservación, que es el encargado de evitar el dolor, tratará de evitar el dolor de la culpa y del rechazo social. Por tanto, evitará el mal. Como el mal, aquí, es la actividad sexual, esto es entonces lo que debe evitar el imp. de conservación. De tal modo, se produce una intensa lucha entre dos poderosas fuerzas del psiquismo: el imp. de conservación y el sexual. Aunque la lucha entre esos impulsos

puede ser suficiente para trastornar el psiquismo, cada uno de estos “titanes del espíritu” tiene un poderoso impulso “amigo” que lo ayuda. El de conservación, en su interés de negar la satisfacción sexual, cuenta con el apoyo incondicional del imp. de aprobación. La aprobación y autoaprobación se logran al realizar lo bueno, y aquí lo bueno es abstenerse del sexo. Por su parte, el sexual cuenta con el apoyo del imp. de gozo. La vía sexual de entrada al placer es una de las predilectas del imp. de gozo. Por ello, este último vuelca su apoyo al fijar su más intenso deseo en la satisfacción sexual. Indudablemente, el desarrollo de esta lucha de gigantes puede terminar en un “desastre” psicológico.

La lucha excluyente e indefinida entre los impulsos es siempre perjudicial. Sólo es positiva cuando se da el pasaje del dominio de uno a otro, de modo que todos tengan una regular satisfacción. Ejemplo, si el imp. sexual se encuentra en una situación previa a la satisfacción y se presenta un peligro, aparecerá el imp. de conservación que impedirá la satisfacción sexual. Pero pasado el peligro el imp. sexual seguirá con lo que estaba haciendo. Estas son las luchas normales o **funcionales** que tienen lugar en el interior de la intencionalidad. Pero los impulsos deben “tener en claro” que forman parte del mismo “equipo” de la intencionalidad. La lucha auténtica del psiquismo es la que libra la ley general contra las fuerzas objetivas contrarias. Los efectos supremos excluyentes que están en juego son: la felicidad-infelicidad. Por tanto, los impulsos particulares deben cooperar entre sí, o bien tener luchas funcionales equilibradas que permitan el continuo pasaje de uno a otro, evitando que se produzca la negación absoluta de la satisfacción de un impulso, víctima de los otros. Ello sería favorecer al enemigo común: al displacer, que llega triunfal con las banderas del trastorno psíquico y la infelicidad.

Un caso en que es frecuente aquella intervención negativa del imp. de conservación está dado cuando impide al de curiosidad el arribo a determinadas conclusiones. Esto ocurre en aquellos casos en que la aceptación de determinada verdad significaría un fuerte dolor. Si esa verdad es motivo de una gran desilusión, dolor moral, o perjudica los intereses del sujeto, o bien es contraria y hostil a la “postura de los amigos”, el imp. de conservación tratará como siempre de evitar el dolor. Para ello desviará el curso de los razonamientos, arribando el individuo a una irracional e ilógica conclusión, pero que lo favorece o que permite evitar aquel dolor.

El mecanismo visto es una verdadera trampa para el pensamiento. Por eso está siempre presente el riesgo de autoengaño o de rechazar ideas porque son molestas, sin importar su veracidad. Ese riesgo se vería considerable-

mente disminuido cuando el sujeto ha desarrollado sus valores de un modo tal que siente un fuerte displacer moral por faltar a la verdad, o por la sola sospecha al respecto, y que no es menos intenso que cualquier otro displacer. Eso hará que el imp. de conservación motive a evitar el dolor de verse a sí mismo huyendo de la verdad, por lo que no se deformarán mayormente los razonamientos. Si bien a veces es muy dolorosa la aceptación de la verdad, tal desarrollo y disposición de los valores implica un dolor moral similar o mayor por huir de ella. Además, habrá un placer moral por aceptarla, lo que terminará en un desequilibrio a favor de la verdad.

4. Lucha en el interior de un impulso

En el interior de la intencionalidad no sólo se producen luchas entre dos o más impulsos, sino que se excluyen con frecuencia las diversas metas de un mismo impulso. Ejemplo, el imp. alimenticio puede “dudar” entre distintas comidas. También, el de conservación eventualmente debe elegir entre evitar un peligro u otro.

En algunos impulsos, cuando se da la lucha entre dos metas-fin, y al optar finalmente por una de éstas, el impulso en su totalidad queda satisfecho con ello y la otra meta deja de interesar. Por el contrario, en otros impulsos cada meta-fin puede tener su exigencia propia, donde la satisfacción por el logro de una de ellas no afecta la permanencia del interés por la otra. Aquí, cada meta-fin tiene su autonomía de exigencias de satisfacción. Por ejemplo, si el imp. de curiosidad se ha movilizó paralelamente sobre dos misteriosos hechos que intrigan al sujeto, y donde se excluye el conocimiento de uno u otro, el satisfacer la curiosidad en relación a uno de los casos no hará desaparecer la curiosidad especial hacia el otro hecho. En cambio, en el imp. alimenticio, por ejemplo, esto no sucede, sino que la suficiente ingestión de un alimento hace desaparecer el interés por el otro.

Los impulsos que suelen fijarse metas particularizadas con gran permanencia e independencia son los de conservación y de gozo. Tanto el temor como el deseo, cuando se fijan a determinados objetos o situaciones, mantienen una gran autonomía en relación a cada objeto particular. Son metas-fin, a evitar y lograr respectivamente, que quedan fijadas con gran firmeza e independencia respecto al resto de metas del mismo impulso. Esto tiene su máxima expresión en las fobias y en las fijaciones obsesivas del deseo.

5. Particularidades funcionales de los impulsos

Cuando un impulso de los crecientes o de los mixtos lleva mucho tiempo sin satisfacción, comienza a aumentar gradualmente la nec. y con ello las exigencias de satisfacción. El aumento progresivo de la intensidad de la nec. y de la actividad de la T.D. llegan a un punto máximo en el que se estabilizan formando una especie de meseta en un gráfico imaginario. Mientras la satisfacción no tenga lugar, el impulso se mantendrá continuamente alrededor de la meseta máxima. Esto es válido para los impulsos no crecientes (y para la parte no creciente de los mixtos) cuando ya se ha movilizado la nec. y la T.D. Al repetirse la presentación de los estímulos movilizadores, sin tener lugar la satisfacción, estos impulsos llegarán también a la meseta máxima.

En esas situaciones la nec. será muy intensa, pero no necesariamente constante en su grado, es decir, puede disminuir la intensidad del estado displacentero de la nec., e incluso desaparecer prácticamente, acentuándose luego (esto respondería al necesario reposo de las neuronas responsables). Pero la T.D. mantendría siempre una atenta actividad mientras no tenga lugar la satisfacción. La influencia sobre la conducta, de esa actividad de la T.D., se manifiesta en los contenidos de las representaciones mentales. También en el mayor peso, en las decisiones, de aquellas opciones que sean más prometedoras para la satisfacción del impulso. Por su parte, los contenidos de los sueños tienden a relacionarse a situaciones de satisfacción del impulso postergado. Otra manifestación es la selectividad de la percepción, que hace distinguir con más facilidad los estímulos sensoriales relacionados al impulso necesitado.

Esa mayor actividad de los impulsos insatisfechos es algo de gran utilidad para la vida. Al ser todos directa o indirectamente vitales en cuanto a su satisfacción, es imprescindible que el impulso postergado, por sí solo trate de llamar la atención. De lo contrario, el sujeto daría satisfacción a unos cuantos que le producen placer, olvidándose de los otros.

Decíamos que una de las formas que tiene el impulso para hacerse notar es su capacidad de usar la representación mental. Esto lo hace presentando imágenes de las situaciones de satisfacción. Tales imágenes pueden ser fantasías, o bien ideas fugaces de la meta-fin. Al presentarse esas imágenes, hacen despertar o intensificar la nec. del impulso insatisfecho, renovando constantemente el vigor de la conducta que se orienta hacia la satisfacción. Por ejemplo, si el imp. alimenticio es el movilizado, aparecerá un leve

placer súbito junto a la fugaz imagen mental de un alimento que nos quedó esperando. Esa imagen, más el leve placer súbito que genera, harán revivir la nec., que dará un nuevo “impulso” a la T.D. orientada a concretar la satisfacción.

Tanto las imágenes fugaces, como las fantasías más elaboradas, producen por un lado un placer orientador, y por otro hacen resurgir la nec. vivencial que da un nuevo empuje a la tendencia dirigida.

Digamos que lo que se provoca intencionalmente, aquí, es sólo la aparición de la imagen del objeto de satisfacción y el placer que esa imagen produce. Pero la siguiente acentuación de la nec., que responde a ello, es un mecanismo ajeno a la intencionalidad. Lo intencional es la nueva respuesta a la nec. acentuada.

En el caso del imp. de conservación se presenta una situación especial y algo paradójica. Aquí, aparecen imágenes desagradables u horribles de aquello que se debe evitar. Pero tales imágenes no son buscadas por la intencionalidad. Esto se explica por el hecho de que la función del imp. de conservación es evitar algo que aún no sucede, y para ello es necesario que aparezcan a modo de imposición inevitable las representaciones mentales de esos hechos, de manera que despierten el temor y mantengan preparado al organismo. Si esas imágenes fueran susceptibles de un manejo intencional, serían evitadas o “borradas de la mente”, lo que haría que el organismo olvide los peligros que lo amenazan, siendo presa fácil de ellos. Por eso es indispensable que aparezcan aquellas imágenes, para recordarle al sujeto qué hechos debe evitar. En otros términos, tales representaciones mentales desagradables son producto de mecanismos autónomos de las fuerzas contrarias a la intencionalidad, las que cooperan con ésta para la sobrevivencia. Esos mecanismos autónomos hacen aparecer aquellas imágenes, de modo de producir y mantener el temor. Por tanto, en esencia, son mecanismos equivalentes a los responsables de producir y mantener el hambre, la sed, etc. En el imp. de conservación, el objeto de satisfacción es la evitación de algo que aún no ocurre. Pero como para evitar algo es necesario primero concebirlo en su forma afirmativa, deben aparecer obligadamente las imágenes afirmativas de lo que **no** debe suceder. Gracias únicamente a ello aparece el temor en la vivencia, que moviliza la conducta de evitación.

Sin embargo, cuando el motivo de dolor, o lo que hay que evitar, es un deseo propio, aquí el mecanismo se vuelve en contra del sujeto. Cuando ese deseo es concebido como un mal moral por ejemplo, ello hace que el peligro de dolor esté dado en los propios deseos. Luego, como el mecanismo autónomo hace aparecer en forma inevitable la imagen del motivo de temor, apa-

recerá la representación mental del objeto deseado y del propio acto de su satisfacción. Esa imagen, cuando es frecuente, tiene el efecto de renovar y reforzar el deseo. Al aumentar el deseo, aumenta el peligro de dolor moral. Y como el mecanismo autónomo hace aparecer la imagen de lo que se debe evitar, aparece pues la imagen del objeto deseado y del deseo mismo, reforzándolo nuevamente. Tal situación hace que aquellas imágenes ya no sean sólo producto del mecanismo autónomo de la aparición de aquello a evitar, sino que también comienzan a ser promovidas por el propio imp. de gozo, como respuesta al deseo reactivado.

Este proceso es el que contribuye a mantener las reacciones obsesivo-compulsivas. Es como recordarle constantemente a un niño que no debe comer el “sabroso” chocolate.

En lo que sigue no tendremos en cuenta aquellas “antifantasías” de lo que se debe evitar, que son ajenas a la intencionalidad, sino las promovidas por las tendencias dirigidas de los impulsos. En el caso del imp. de conservación, las auténticas fantasías de su T.D. son aquellas que tratan sobre situaciones de seguridad o ausencia de peligros, ejemplo: las fantasías de paz de un soldado en plena guerra; es decir, sólo son fantasías las promovidas por la T.D. que responde al temor movilizado, y no las imágenes ajenas a la intencionalidad que generan el temor.

Las fantasías surgidas en condiciones de insatisfacción tienen la función de movilizar al sujeto en la dirección de su realización. Aunque no logre las situaciones imaginadas, al menos lo logrará en el máximo grado posible. También tienen la función de provocar una cierta satisfacción parcial del impulso, lo que contribuye a mantener la buena disposición de ánimo y a revivir el interés por el objeto de satisfacción. Aunque en muchos casos esas fantasías sean buscadas en sí mismas por el sólo placer que producen, no obstante, ello hace que se mantenga la mente ocupada en contenidos relacionados al objeto de satisfacción del impulso necesitado, lo que siempre será favorable para la posterior satisfacción.

6. Los impulsos y los fenómenos históricos y sociales

Cada bebé normal trae potencialmente al nacer los mismos impulsos y del mismo poder motivacional básico que cualquier bebé (ya humano) de otro lugar o de otro tiempo. Los impulsos son fuerzas ciegas, iguales en todos. Por eso, el medio externo, la ubicación social del sujeto en desarrollo, o bien sus condiciones generales de vida, determinan el rumbo de las tendencias

dirigidas de los impulsos. En otros términos, determinan los variados intereses o metas-medio y metas-fin. Estos elementos, en el nivel sociológico, aparecen como **nuevas necesidades** histórica o socialmente determinadas, las que expresan la gran flexibilidad y capacidad de adaptación de los impulsos a las cambiantes circunstancias ambientales.

Esas nuevas necesidades, a las que también podríamos llamar **necesidades adquiridas**, y que esencialmente son las diversas metas-medio y metas-fin de los impulsos, están representadas, por ejemplo, por todo aquello que en una sociedad moderna un individuo puede sentir que necesita, que le “hace falta”. El propio desarrollo histórico de la producción y de la vida social en general va haciendo surgir las nuevas necesidades; ejemplo: camisetas, lampazos, vehículos, analgésicos, palanganas, rejas, noticieros, ventiladores, teléfonos, libros, etc. Tales necesidades, que pueden variar infinitamente, dependen de aquellas circunstancias externas, históricas, sociales, culturales, de la sociedad. Sin embargo, en ningún caso dejan de ser los caminos o formas particulares por los que se trata de dar satisfacción a los mismos impulsos universales. Todas esas nuevas necesidades adquiridas, determinadas por el propio desarrollo social, están sustentadas, en lo **funcional**, principalmente por la actividad del impulso mediador. Este aporta su “fondo común” de nec. indiferenciada, como sucedía en el ejemplo de la moneda (meta-medio) y del pan (meta-fin), y se carga con el contenido de lo que a cada paso se van fijando como metas específicas los demás impulsos. Ello, en base a sus intereses esenciales y absolutos, y según las condiciones generales de la existencia material y concreta del sujeto en relación a su realidad social y a todo lo que lo rodea.

Los impulsos, al ser compartidos por todos, son por lo tanto un factor **constante**. Jamás pueden ser determinantes de ningún acontecimiento histórico o social diferencial. Al respecto están condenados a un papel pasivo, al igual que todo factor constante cuando se trata de un fenómeno diferencial. Por ello, la explicación de esos fenómenos históricos y sociales debe buscarse sólo en las leyes del nivel social, las cuales forman un orden superior de leyes en cuya órbita se mueven los psiquismos individuales.

Si en una sociedad hay una clase trabajadora y otra capitalista, y los miembros de la primera tratan de lograr un salario más elevado, y los de la segunda una ganancia más elevada, obviamente no implicará que nace gente con “impulso al salario” o con “impulso a la ganancia”. Tales intereses surgen de la diferente ubicación social de ambos grupos de sujetos. Al estar organizada la vida social de modo que el dinero es un medio universal para la satisfacción de muchos impulsos, sólo queda aspirar a él como un medio

inevitable. Así, tales impulsos, o más específicamente sus respectivas tendencias dirigidas, sumarán sus fuerzas formando una “alianza motivacional” en el psiquismo del sujeto, y dando lugar a los intereses económicos. Estos adoptarán la forma de salario, ganancia, honorarios, etc., según la ubicación del sujeto en el proceso global de producción y distribución sociales.

Todo esto nos muestra que no son fenómenos distintos la tendencia a afirmar el placer y negar el displacer, los impulsos, y los intereses económicos. El razonamiento es como sigue. En principio, se busca el placer y negar el displacer. Luego, como esa tendencia general se ramifica en los impulsos particulares, cada sujeto trata de satisfacerlos. Pero como eso, dada la realidad social, se logra con dinero, los impulsos se interesan en él. Así, tal convergencia de los intereses parciales de los impulsos da forma a los poderosos intereses económicos, los que adquieren la fuerza de un gran río formado por varios ríos menores afluentes.

Pero es evidente que si los impulsos tienen asegurada de otra forma su plena satisfacción regular, el dinero o el poder económico, al ser sólo **medios**, dejan de interesar completamente.

Digamos finalmente, que son dos tipos de condiciones o premisas básicas las que determinan que un impulso exista. Una es que los impulsos, para ser tales, deben estar “sujetados” a la ley general. El objeto de satisfacción debe ser un hecho productor de un placer concreto e incondicional en todos los miembros de la especie, como satisfacción de una nec. particular igualmente compartida por toda la especie. La otra condición es que el acto de su satisfacción debe implicar un hecho objetivamente útil a la sobrevivencia individual y grupal. Conocemos muchos listados de instintos, pulsiones, necesidades o impulsos del hombre, pero los criterios para establecerlos nunca se ajustaron, al menos plenamente, a esas condiciones. Primero, porque desde la remota época de Epicuro, rara vez se entendió y se le dio importancia teórica a la existencia de la tendencia absoluta de la intencionalidad que aquí llamamos ley general del psiquismo.* Y por lo tanto, sin esa premisa, no se pueden concebir los impulsos como las vías particulares a través de las cuales actúa esa tendencia esencial y absoluta de la intencionalidad a afirmar el placer y negar el displacer. Y segundo, porque la idea de lo útil a la

* Tampoco Freud comprendió claramente la generalidad de esa tendencia. Su “principio del placer”, que parecía algo oportuno y realista, sufrió la abrupta limitación de un extraño “principio de realidad”, concebido como si fuera un mecanismo de la intencionalidad esencialmente distinto o ajeno a esa tendencia general. (ver Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires 1988)

sobrevivencia, premisa que sí se tomó en consideración, se vio siempre distorsionada a causa del enfoque individual del hombre primitivo. Pocas veces se tuvo en cuenta, entre los que se dedicaron al estudio de los impulsos o necesidades primarias, el hecho de que las tendencias esenciales características del hombre cumplieran, en su origen, una función que no hacía tanto a la sobrevivencia individual directa, sino a la de la tribu, a la del organismo social en su conjunto.

Cuando se habla, por ejemplo, de misteriosas tendencias antisociales, como los “instintos explotadores”, de “poder”, de “sometimiento”, etc., veremos que no cumplen ninguna de aquellas condiciones. Claro que esos “instintos”, más que serias hipótesis científicas, son elementos que cumplen una función ideológica: la de “justificar la injusticia”, o sea darle “redondez a la cuadratura”. Pero tales instintos imaginarios, además de no provocar placer sino sólo en quien sufre algún grado de alteración psíquica (placer del sadismo y la humillación hacia otros como una posible orientación enfermiza del impulso de agresión), serían altamente perjudiciales para la sobrevivencia. Ninguna tribu podría sobrevivir con semejante “locura colectiva” de sus miembros.

LAS TENDENCIAS SUPERIORES

1. Lo innato y lo adquirido

Cuando se discute si determinadas funciones o rasgos psíquicos son innatos o adquiridos, suelen mezclarse dos problemas distintos. Por un lado está aquello psíquico que es **común** a todos los hombres normales de toda época y cultura. Lo otro es lo **diferente**, lo que no es igual en todos los hombres normales. Esta es una distinción que es indispensable establecer antes de abordar el problema.

Al hablar de lo psicológico común en todos los hombres normales, se trata, por ejemplo, del hecho de tener lenguaje, valores, opiniones, compromisos, ideales, determinado sistema de impulsos, etc. Aquí no hace falta mucha precisión en el concepto de normalidad. Para lo que estamos tratando, es suficiente concebir como hombres psíquicamente normales a la mayoría de los seres humanos de todas las épocas y culturas. Bajo esta noción de hombres normales, encontramos que esas funciones como la moral, el lenguaje, etc., son comunes a todos ellos. Para que dichas funciones se desarrollen como tales, hace falta un medio social que lo posibilite. Sin embargo, los genes “suponen” o “descuentan” que habrá con seguridad un medio social. Más allá del tipo de medio social, sólo hace falta que haya un medio socio-cultural cualquiera, con los mínimos elementos que lo definen, y ello es suficiente para que esas facultades se desarrollen.

Aunque tales funciones psicológicas comunes tengan un necesario desarrollo en todas las épocas y culturas, sería inadecuado calificarlas de innatas. La activa influencia del medio socio-cultural es algo que no puede faltar como “material” para que se desarrollen. No es suficiente que el organismo humano se alimente y desarrolle el cuerpo para que surjan normalmente aquellas facultades. Por tanto, no llamaremos innato a lo que es común a todos los hombres normales, sino mecanismos, rasgos o funciones, **de necesario desarrollo**; es decir, se trata de una “mezcla” de lo universalmente innato y lo de regular adquisición en la vida social.

En cuanto a los fenómenos psíquicos que difieren entre los hombres normales, como por ejemplo los distintos gustos, valores, intereses, ideas, así como el grado y la forma diferenciales del desarrollo de las distintas funcio-

nes y cualidades de la personalidad, aquí es donde se plantea la verdadera discusión sobre si tales diferencias son innatas o adquiridas. Pero es claro que esas diferencias, en términos generales, son **adquiridas**, y dependen de las diversas circunstancias históricas, sociales, culturales, ambientales, junto a la totalidad de circunstancias casuales, entre las que se destaca el conjunto de relaciones sociales exclusivas que afectan de un modo particular a cada individuo durante su vida.

Cuando un niño, por ejemplo, por razones de pura casualidad, obtiene más éxitos que fracasos en sus tareas iniciales de interacción con la realidad, o simplemente recibe más aprobación que desaprobación por sus actos e iniciativas, eso puede favorecer el desarrollo de cierta autoconfianza y perseverancia para emprender y concluir con éxito nuevas tareas y desafíos. Mientras que si por la sola influencia del azar, o por determinadas circunstancias, otro niño con idénticas capacidades potenciales obtiene más fracasos que éxitos, o más desaprobación y rechazo social que aprobación por lo que hace, eso puede llevar a que pierda confianza en sí mismo y a que desarrolle una tendencia a abandonar prematuramente todo lo que emprenda.

Si esto lo aplicamos a las tareas que suponen el empleo del intelecto, tendremos que la propia ley del efecto (repetición de lo asociado al placer y supresión de lo relacionado al displacer) promoverá, en el primer caso, una mayor y más frecuente actividad de los reflejos y circuitos cerebrales que hacen al pensamiento, por el simple hecho de que llevaron al efecto de **placer**, y mientras más resultados anímicos positivos se logren, mayor será la repetición de las vías nerviosas y reflejos que sostienen los razonamientos y las habilidades mentales. Ello se traduce a un mayor interés y perseverancia al respecto como rasgo de la personalidad, lo que hará potenciar aún más el desarrollo de tales habilidades. Mientras tanto, la misma ley del efecto, en el segundo caso, promoverá la inhibición y el bloqueo de las vías cerebrales correspondientes, por el solo hecho de que llevaron con más frecuencia al **displacer** del fracaso y/o del rechazo social. Tal situación, repetida miles de veces, por sí misma puede provocar una separación creciente y cada vez más amplia en uno y otro sentido. Así, lo que sería inicialmente un ínfimo y fortuito desequilibrio a favor del éxito o del fracaso, puede terminar en una amplia y notoria diferencia en el grado de desarrollo de ciertas capacidades. Tal influencia básica de la ley del efecto, en su interacción con las condiciones y circunstancias externas que rodean al sujeto durante su desarrollo, sería aplicable en general a las distintas orientaciones y grados de desarrollo de cualquier cualidad de la personalidad.

Las apresuradas conclusiones de quienes proclaman la existencia de diferencias innatas de inteligencia, por ejemplo, más allá de servirles para autoconvencerse de la “superioridad innata” de su propia inteligencia, en los hechos no hacen más que cumplir la función de satisfacer los requerimientos de la ideología dominante, de dejar claramente establecido que hay una clase social superior con el “derecho natural” a someter y explotar a los inferiores, y que por lo tanto no tiene sentido “molestarse” en tratar de crear condiciones de igualdad económica y social.

Pero si hubiera realmente alguna ventaja del potencial genético sobre el particular, lo que no hay razones para creer, debería buscarse, al contrario de lo que se supone, en las tribus que aún viven en condiciones primitivas, que son las únicas que podrían haber seguido evolucionando genéticamente en los últimos miles de años, a través del proceso de selección natural, único medio por el que resulta posible.

Fuera de las eventuales anomalías genéticas, no hay diferencias innatas de importancia. No es lo mismo la anomalía para “abajo” que para “arriba”. El único argumento para creer en eso es la comodidad de la simetría. Los productos fabricados en serie ocasionalmente salen fallados, pero el resto solamente sale bien, o normal, y nunca “superior” por pura magia. Una obra de arquitectura se puede deteriorar de mil formas distintas arrojándole explosivos al azar, pero no se puede “perfeccionar” lanzando de esa forma los ladrillos. El mejoramiento innato de las complejísticas funciones cerebrales sólo es posible a través de la paulatina acumulación de pequeños cambios genéticos, y en el marco del continuo accionar de la selección natural.

Si bien existen, claro está, los cambios genéticos en relación a las funciones psicológicas, y fueron en definitiva una premisa de la evolución del hombre, considerando los miembros actuales de la especie, se trata de algo insignificante en comparación con el amplio campo de influencia del factor adquirido. Por eso, podemos tomar lo innato, a los fines prácticos del estudio de la psicología general, como un factor constante.

Los fenómenos psíquicos variables constituyen las **formas** diferentes en que pueden desarrollarse y funcionar los mecanismos psicológicos comunes o de necesario desarrollo. La explicación de esos fenómenos diferenciales requiere un estudio centrado en las leyes del nivel social, así como en la historia personal de cada sujeto en definitiva.

Lo que hemos visto hasta ahora sobre el psiquismo, así como lo que trataremos en adelante, está referido a los mecanismos **esenciales** del funcionamiento psíquico, a aquello que es común a todos los hombres normales, es

decir a lo **de necesario desarrollo**. El interés, aquí, en lo que respecta a este trabajo, está centrado en lo que sería el equivalente a la anatomía y fisiología generales, pero en relación al psiquismo humano.

2. Los mecanismos de valores

Habíamos visto que la actividad de la ley general se manifiesta en los distintos niveles de la organización psíquica. El primero es el nivel reflejo, que es el más básico y esencial. Los reflejos forman el material para todo lo demás. El segundo nivel es el de los impulsos, los cuales surgen de la organización y regularidad de la actividad de los reflejos. Si bien los impulsos y sus leyes explican muchos fenómenos psicológicos, hay otros elementos de la motivación que aunque lleven acumulada la presencia de los impulsos, estos últimos se organizan y combinan en una forma tan compleja, que no podremos avanzar en la explicación de las motivaciones humanas sin pasar al nuevo y superior nivel cualitativo de la estructura motivacional: el nivel de los valores.

Un ejemplo ya anticipado de ello es la función moral, es decir, la doble tendencia a afirmar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. Esas nociones (lo bueno y lo malo, o lo que está bien y mal) son los valores absolutos del mecanismo; constituyen los elementos esenciales de la moral y son comunes en toda época y cultura. Lo que puede variar de una cultura a otra, o entre sujetos de una misma cultura, es aquello concreto que se considera bueno o malo. Pero lo que es común en todas partes, y de lo que estamos hablando, es la mecánica básica de la moral, consistente en la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo. Tal mecanismo, más allá de los valores relativos o de las variables conductas que puedan considerarse buenas o malas, funciona por igual en toda cultura. Esta relación es válida para todos los mecanismos de valores. Por ejemplo, lo que se considera bello en una cultura puede ser feo o repulsivo en otra. Sin embargo, en ambas culturas existe la misma función esencial que es el mecanismo estético de afirmar lo bello y negar lo feo.

Bipulsión moral

Los mecanismos de valores consisten en dos pulsiones o tendencias claramente distinguibles. Una se orienta a lograr el valor positivo y la otra se ocupa de evitar o suprimir el valor negativo (o disvalor). El nombre con el que identificaremos a estas dobles tendencias será: **bipulsiones**. Así, la doble tendencia a hacer lo bueno y evitar lo malo es la bipulsión moral.

Los valores absolutos son los que definen la bipulsión, son los núcleos organizadores del nivel de las bipulsiones; en torno a ellos se ordena el funcionamiento de los impulsos que las forman.

Los impulsos que se organizan alrededor de aquellos valores absolutos, para permitir el movimiento de la bipulsión moral, son los siguientes:

Los dos “cabecera” son el de aprobación (y su parte de autoaprobación), que empuja a hacer lo bueno, y el de conservación que evita lo malo.

El imp. de alivio también participa, ya que el dolor moral del que se procura salir es algo que impulsa a hacer lo bueno, o a abandonar una conducta, actitud o postura concebida como mala o incorrecta.

El de gozo puede fijar el deseo en lograr un destacado desempeño personal. Aquí une sus fuerzas al de aprobación, al desear el intenso placer del orgullo y el reconocimiento por la positiva actuación (lo bueno).

El imp. mediador, al ser el “comodín” de la motivación, también está presente buscando metas-medio y metas-fin que se fijan los otros impulsos. En este caso, si lo que está **bien** es concluir con eficiencia una tarea, el impulso estará presente en cada paso parcial de la conducta orientada a ese acto bueno final.

Otro impulso interesado en hacer lo bueno puede ser el de recuperación. Supongamos que lo que se ha perdido, y que se quiere recuperar, es el estado de normal aceptación social. Aquí no hablamos del acto de aprobación social, sino de una condición normal estable, que es la “estima básica” o aceptación como miembro del grupo. Tal aceptación es una condición afectivamente neutra, que al estar presente no produce placer ni displacer; pero cuando falta, surge la nec. de su recuperación. Para restablecer tal aceptación básica el sujeto debe hacer lo bueno y no repetir sus actos negativos.

Un último interesado en hacer lo bueno y evitar lo malo es con frecuencia el imp. sexual. Dado que una condición para la mayor aceptación personal es el buen desempeño social en general, y puesto que esa mayor aceptación personal, cuando proviene de sujetos del sexo opuesto, muchas veces significa también una mayor aceptación sexual, dicho impulso contribuye a que el sujeto se interese en realizar actos destacados o positivos y en evitar los actos malos o que sean despreciables para quien los valora. Aquí el acto bueno es una meta-medio del imp. sexual.*

* La realización de conductas buenas o positivas, como factor para la mayor aceptación sexual, significa un aprovechamiento natural de la energía motivacional del impulso sexual, para que sume sus fuerzas al interés por la continua realización de acciones favorables a la sobrevivencia de la tribu. Entre las conductas positivas o

Tenemos, así, siete impulsos que forman la doble tendencia a afirmar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. Tales impulsos, junto a las nociones o conceptos organizadores de lo **bueno** y lo **malo**, forman la estructura de la bipulsión moral. De los siete, los fundamentales son los dos cabecera: de aprobación y de conservación. En cambio los otros son menos importantes y generalmente rotativos o inestables en su presencia estructural de la bipulsión.

La doble tendencia a hacer lo bueno y negar lo malo no escapa a la ley general; es sólo una nueva forma de manifestarse ésta. Es importante tener siempre presente la ley general, puesto que se extiende a toda la subjetividad formando el firme armazón de su estructura. Para entender los motivos de la intencionalidad, debemos “colocar” primero el esqueleto de la ley general, para ir ubicando sólo lo que va ligado a él, hasta reconstruir el psiquismo. Tal fue el orden que siguió la naturaleza cuando construyó la estructura motivacional humana.

Serían seis las bipulsiones básicas, que luego se dividen y combinan, formando otras nuevas.

Bipulsión estética

Los valores absolutos son: lo **bello** y lo **feo**. El placer-displacer estéticos son aquellos en los que el sujeto tiene una actitud pasiva o contemplativa de los estímulos. Es la captación a través de los sentidos o de la imaginación, de estímulos placenteros o displacenteros que son sintetizados o reunidos por las nociones de bello o feo.

En cuanto al placer o displacer estéticos ocurridos en el plano de la imaginación o representación mental, se incluye toda fantasía, “sueños”, recuerdos. Inclusive la representación mental del objeto de satisfacción de un impulso, o de cualquier situación placentera, es en nuestro encuadre un placer estético. También sería estético el placer por revivir o recrear en la mente una situación placentera concreta vivida anteriormente.

En resumen, entendemos por placer o displacer estéticos a los que son producidos por la sola contemplación o percepción pasiva de los estímulos,

buenas figuran especialmente los actos destacados durante el trabajo social de la tribu. Así, la selección natural, que como sabemos fue permitiendo la sobrevivencia a los organismos sociales que tenían la mayor eficiencia en el trabajo, escogió aquellos en los que incluso la fuerza motivacional del propio imp. sexual empujaba también eventualmente hacia el mejor rendimiento.

y donde la afirmación del estímulo placentero (lo bello) y la negación del displacentero (lo feo) son fines en sí mismos.

La bipulsión estética es la doble tendencia a afirmar lo bello y negar lo feo. Esos valores absolutos reúnen a los placeres de orientación de los impulsos, así como a los leves placeres y displaceres de orientación general que no rodean a los núcleos de los impulsos, sino que sólo anticipan situaciones útiles a la vida o perjudiciales en general, y que aparecen bajo aquellas nociones de bello o feo.

La función de la bipulsión es la de orientar al organismo a su acercamiento a situaciones adaptativas o útiles y alejarse de lo perjudicial.

Los placeres y displaceres de orientación constituyen un gran sistema de vías secundarias de entrada al placer y displacer. Aunque son abundantes en su número, rara vez son más que leves reacciones de agrado o desagrado. Todo ese sistema de vías accesorias de entrada al placer y displacer está a cargo fundamentalmente de los cuatro impulsos que representan directamente a la ley general. Los impulsos de gozo y de continuación se ocupan de afirmar los placeres de orientación, y los de alivio y de conservación tienen a cargo la negación de los displaceres de orientación. A estos cuatro se agregan los impulsos correspondientes a los placeres de orientación que rodean a los núcleos de satisfacción. Esto es, la presencia ocasional, en la bipulsión, de los impulsos que sostienen los placeres relacionados al núcleo de satisfacción, los que ocurren no sólo a nivel concreto o sensorial, sino también en el orden de las imágenes mentales y fantasías, y que aparecen como el valor positivo de la bipulsión estética (lo bello).

Además de los impulsos que se ocupan de los placeres y displaceres de orientación, la bipulsión estética se forma también con otros impulsos. Uno es el de curiosidad, que está presente en el interés y la admiración por la contemplación de la belleza. Otro es el de recuperación, el cual sustenta el placer contemplativo o estético por la recuperación de un estímulo que "faltaba" en el campo perceptual. También tiene su papel en los recuerdos. Otro impulso importante es el de variación. Lo nuevo y variado suele aparecer como bello.

Con respecto a las reacciones de placer estético producidas por la música, la danza, la poesía, etc., se trataría en principio de placeres de orientación general. Pero fundamentalmente estarían basadas en el movimiento de la imaginación y el fluir de las representaciones mentales que esos hechos estimulan (placeres de orientación de los impulsos, y satisfacción concreta de los impulsos de curiosidad, de variación, y otros, que actúan naturalmente en el plano simbólico y que forman parte de la bipulsión estética).

Aquellos hechos artísticos tienen una utilidad para la vida que sólo se comprende cuando se los enfoca desde la sobrevivencia del conjunto. Toda actividad de entretenimiento o de esparcimiento que constituya un elemento de reunión, será siempre favorable a la sobrevivencia del organismo social. Una tribu cuyos individuos vivan separados uno del otro, y sólo se reúnan ante la aparición de una situación apremiante, estará en peores condiciones para sobrevivir que otra cuyos miembros se hallen más tiempo reunidos compartiendo sus experiencias. Tales elementos de reunión, que cubren los momentos de ocio, hacen que el grupo se halle unido y preparado para responder eficazmente ante cualquier situación imprevista. Por otro lado, favorecen la continua comunicación y el funcionamiento integrado de la tribu. Esos elementos de reunión permiten la más estrecha unidad espiritual y el mayor conocimiento mutuo, así como la “sincronización” del estado de ánimo de los individuos. En realidad serían muchas las ventajas de una tribu cuyos miembros mantuvieran una sólida unión física y espiritual, en relación a otra que careciera de ello. Por eso, todo elemento que favorezca la unidad física y espiritual es algo automáticamente útil a la sobrevivencia. Ello permite el funcionamiento de la tribu como un auténtico organismo social, integrado y coherente. Un organismo social así, será rescatado con seguridad por la selección natural. Por tanto, el placer estético por las actividades artísticas cumpliría principalmente esa función.

En el tratamiento de las bipulsiones, será necesario tener presente en todo momento que su utilidad adaptativa se deriva de la función que cumplían para la sobrevivencia del organismo social entero. En el nivel de los impulsos, muchos de éstos eran explicables, en su función adaptativa, desde su utilidad para la sobrevivencia del individuo aislado. Ahora en cambio es a la inversa. Las bipulsiones son producto de la selección natural de tribus. Su utilidad para la sobrevivencia sólo se explica en la visión de conjunto.

El período de la evolución humana en el que se desarrollaron las bipulsiones comprendería una etapa de unos dos o tres millones de años, desde cierto grupo o manada de simios antropomorfos hasta la “última mutación genética” a partir de la cual apareció el hombre (*homo sapiens sapiens*) y la sociedad auténticamente humana. Esto último, según datos antropológicos, habría ocurrido hace alrededor de cincuenta mil años.* Aunque es imposible determinar ese punto exacto, al menos es algo que podemos hacer en nuestra representación. Por ello, nos trasladaremos en el tiempo y tomaremos aquella tribu humana primigenia, encerrándola en un círculo imaginario. A dicha

* Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988

tribu, de la que todos provenimos por ser la que se impuso finalmente sobre el resto de sus similares, generalizando su tipo, le llamaremos: **organismo social primario**. Todo lo que tratemos en relación a las tendencias esenciales y necesarias de la motivación humana tendrá la base de la función que cumplía cada una de ellas en el organismo social primario.

Volviendo a la bipulsión estética, otra función que tiene, y quizás la más importante, es la de complementar a la bipulsión moral. Anteriormente vimos el acto bueno o malo desde el punto de vista del **autor** de la conducta. Ahora miraremos la conducta buena o mala desde la óptica de los miembros del grupo que son **observadores** de la conducta ajena.

Los observadores experimentan un placer estético, contemplativo, al percibir una acción positiva de un compañero. Por el contrario, sienten un displacer estético al contemplar la conducta mala. Por lo tanto, para el observador, la conducta buena ajena es bella y la mala es fea, desagradable a la percepción. El placer estético ante la conducta buena ajena es seguido por el imp. fraterno, que mueve al observador a gratificar al autor de la conducta con una aprobación o felicitación. Por su lado, la conducta mala de un sujeto produce en el observador eventual un displacer estético. Esto moviliza al imp. de agresión, por lo que se provocará un “mal” (displacer) al autor, por medio de un gesto desaprobatorio o de rechazo.

Si bien la bipulsión estética alcanza una infinidad de estímulos (incondicionados y condicionados) que caen bajo su orden: bello-feo, una parte importante de ese espectro está dada en el agrado o desagrado que producen las conductas ajenas.

Esa parte de la bipulsión estética que comprende las reacciones anímicas ante las conductas buenas o malas ajenas, más las respuestas externas de aprobar o desaprobar al autor, son una parte importante de los “materiales” que forman la siguiente bipulsión.

Bipulsión ética

La ética, como sabemos, es la disciplina que trata sobre la moral. Por ello, la bipulsión ética será para nosotros la del **observador** circunstancial de la conducta moral de otro; mientras que la bipulsión moral es la del **autor** de la conducta. Es decir, un mismo individuo tiene las dos bipulsiones. En una circunstancia estará movido por su bipulsión moral, cuando trata de hacer algo bueno. Pero en otro caso será observador de la conducta ajena, funcionando su bipulsión ética.

La bipulsión ética se forma, en principio, con el placer-displacer estéticos ante la conducta ajena, más los impulsos fraterno y de agresión, que se acoplan aprobando o desaprobando al autor respectivamente. Por lo tanto, esta bipulsión tiene dos fases. La primera es la reacción interna de placer o displacer estéticos por la conducta del otro; y la segunda, la respuesta externa de aprobación o desaprobación hacia el autor de la conducta, incluyéndose el eventual premio o castigo materiales, como respuestas extremas de los impulsos fraterno y de agresión respectivamente.

En esa segunda fase es frecuente la presencia del imp. de comunicación, cuando se siente la nec. de expresar al otro la propia disconformidad que su accionar produjo (reproche, crítica), lo que va junto a la desaprobación. También, el imp. de comunicación está presente en la nec. de expresar al autor de la conducta el agrado sentido por lo que hizo, lo que va junto al acto de aprobación.

Los valores absolutos de la bipulsión son: **conducta buena ajena - conducta mala ajena**. Tales valores éticos absolutos son buscados y evitados respectivamente por el sujeto, por medio del “aliento”, las recomendaciones, amenazas, etc. Inclusive, las respuestas de aprobación o desaprobación de la segunda fase pueden llevar respectivamente el propósito de alentar al destinatario a “seguir así”, o de influirlo para que no repita la conducta.

La primera fase ética no sólo incluye el placer o displacer estéticos por el comportamiento del otro, sino que el beneficio o perjuicio materiales (y/o morales) que la conducta de un sujeto tiene para el observador, o para el grupo observador, producen un placer o displacer concretos en éstos. La percepción del perjuicio personal o grupal que implica lo que otro hizo provoca displacer en el perjudicado. Luego, la segunda fase ética será la respuesta de desaprobación condenatoria hacia el autor. Por el contrario, cuando la acción de un miembro del grupo lleva a un beneficio para los observadores, éstos sentirán un placer por lo que el sujeto hizo, lo que hará que la segunda fase sea un afectuoso reconocimiento hacia el autor.

En general, el **beneficio o perjuicio materiales** que el accionar de un sujeto tiene para el grupo o tribu es lo que convierte a una conducta en buena o mala. Es decir, gracias a la asociación de la conducta con el beneficio o perjuicio materiales concretos, luego por sí misma producirá placer o displacer estéticos en el observador. El mecanismo sería el siguiente. Si alguien realiza una conducta cualquiera, y la misma lleva a un beneficio material para la tribu, tal hecho provocará un placer o alegría en el grupo. Luego, la nueva realización de esa conducta será por sí misma del agrado del observador, aunque eventualmente no lleve al beneficio directo; pero

está asociada al beneficio y por ello se la ve bien. Al contrario, si el accionar de un individuo tiene el efecto de perjudicar los intereses materiales o concretos de la tribu, tal comportamiento y todos sus similares provocarán luego un desagrado a la vista de los observadores. Este *displacer*, condicionado a ese género de conductas perjudiciales, se volverá autónomo en su capacidad de producir *displacer* contemplativo o estético en el observador.

Indudablemente, es algo adaptativo o útil a la sobrevivencia grupal el hecho de que las conductas asociadas en origen al beneficio o perjuicio materiales para la tribu adquieran autonomía en su capacidad de producir *placer* o *displacer* estéticos o contemplativos en el observador. De ese modo, cada uno de los sujetos tiene grabado un condicionamiento estable y de relativa autonomía, que hace que se produzca espontáneamente el *placer* o *displacer* por ver la conducta positiva o negativa de otro. A su vez, la *bipulsión* moral del autor de la conducta, al buscar el *placer* de la aprobación y evitar el *displacer* de la desaprobación, se ajustará a aquella delimitación ética social de lo que está bien o mal hacer. Todo ello hace que las acciones de cada uno tiendan objetivamente a ser reguladas y orientadas alrededor de lo beneficioso para la tribu, a la vez que se evita realizar conductas relacionadas al perjuicio material del conjunto.

Los intereses materiales dominantes, en este caso los de la tribu en su conjunto, son los determinantes fundamentales de lo bueno y lo malo. Tales valores (clasificación de las conductas en buenas y malas) se elevan en el ambiente con una autonomía relativa, pero están al servicio de los intereses materiales de la tribu. Estos últimos van regulando la dirección de los valores, los que se mantienen o modifican según favorezcan o perjudiquen los intereses grupales.

Como lo bueno y lo malo son lo relacionado a lo útil y a lo perjudicial a la vida de la tribu respectivamente, es sumamente importante que cada sujeto sienta *placer* por hacer lo bueno y *displacer* por realizar actos negativos (*bipulsión* moral). También es imprescindible, para que esto funcione, la presencia activa de la *bipulsión* ética en todos, de modo que se produzca la aprobación o desaprobación hacia el autor. Era también necesario que lo bueno y malo adquirieran autonomía en su capacidad de producir *placer-displacer* estéticos en el observador, para hacer más dinámica la respuesta hacia las conductas. Por eso se vuelve autónomo el condicionamiento de *placer* o *displacer* contemplativos o estéticos ante cada tipo de actos. Ello debía ocurrir aunque no se mantenga muy clara la relación de tales comportamientos con el beneficio o perjuicio materiales del grupo. Basta con el *placer* o *displacer* estéticos ante las conductas, puesto que de todos modos

los intereses materiales del conjunto van controlando que los valores-conductas no se desvíen de su correspondencia con el beneficio común.

La moral y la ética forman un natural sistema regulador, que favorece las conductas positivas (actos buenos o aprobables) durante el trabajo social, así como en el resto de actividades, y organiza las normas de conducta de la relación social, que circundan y apoyan el rendimiento grupal.

Con respecto a la autoaprobación y autodesaprobación, consisten en la actividad combinada de las bipulsiones ética y moral sobre la conducta propia. El sujeto es al mismo tiempo autor y observador de la conducta. Aquí es automático el placer de la autoaprobación o el displacer de la autodesaprobación, luego de la acción buena o mala propias. Ese placer o displacer es ético-moral al mismo tiempo. La parte ética es la del “yo observador”, es la parte que aprueba o desaprueba; y la parte moral, o sea la del “yo autor”, es la receptora de la aprobación o desaprobación, provenientes de ese mecanismo ético automático. Pero ambos sucesos son prácticamente simultáneos y forman el único sentimiento de autoaprobación o autodesaprobación.

El mecanismo de autoaprobación-autodesaprobación no será muy atendido en adelante. Para simplificar la tarea lo dejaremos relativamente de lado. Esto por el hecho de que se encuentra siempre presente dentro del movimiento de la **bipulsión moral**. O sea, dicha bipulsión mueve al sujeto a buscar el placer de la aprobación social por hacer lo bueno y a evitar el displacer de la desaprobación social por lo malo. A ello siempre se suma el interés por el placer de la autoaprobación ante lo bueno y por evitar el displacer de la autodesaprobación por lo malo. Así, dado que la autoaprobación y la autodesaprobación van siempre incluidas en el movimiento de la bipulsión moral, no hace falta recordar a cada momento la presencia agregada de la autorrespuesta hacia la propia conducta moral. Cuando hay comunidad de valores, o consenso en los criterios al respecto, como sería el caso en el organismo social primario, todo lo que se hace para la autoaprobación y evitar la autodesaprobación es prácticamente lo mismo que se hace para la aprobación y evitar la desaprobación sociales. Por eso, se trata de una extensión hasta la conducta solitaria del mismo interés por lo bueno y negar lo malo de la propia conducta; es sólo un refuerzo de la bipulsión moral.

Por otra parte, cuando decimos autoaprobación o autodesaprobación, no significa que el sujeto “decida” otorgarse un premio o un castigo, como producto de una elaboración reflexiva. Si bien esto puede suceder a veces, de lo que se trata es de una reacción anímica espontánea, refleja o automática ante lo bueno o malo propios. Cuando el sujeto concibe como bueno lo

suyo, surge un placer instantáneo y sin cuestionamiento alguno (orgullo, honor). Lo mismo con respecto al displacer ante lo malo (culpa, vergüenza, etc.). Esto es a lo que llamamos autoaprobación o autodesaprobación. Se trata de reacciones automáticas ante lo bueno o malo propios; son los primeros efectos “mecánicos” de la aparición de tales valores. Luego, la aprobación o desaprobación sociales desencadenarán reacciones anímicas similares, aunque generalmente en forma más intensa y con connotaciones o matices afectivos de mayor significación para el sujeto.

Bipulsión intelectual

Los valores absolutos son: **entender - no entender**, o dominio cognoscitivo - falta del mismo, conocimiento-desconocimiento. Los impulsos cabecera que la forman son los de curiosidad y de conservación. El de conservación está presente en todas las bipulsiones. Es el encargado de evitar el valor negativo productor de displacer. La presencia generalizada del imp. de conservación es una regularidad del nivel de las bipulsiones; se encuentra siempre formando una de las cabeceras: la evitación del valor negativo. En cambio el impulso cabecera que tiende a lograr el valor positivo va cambiando según la bipulsión.

El displacer provocado por la presencia del valor negativo de la bipulsión intelectual es la confusión, desorientación, sensación de desgobierno mental de la situación, dudas, pérdida del dominio cognoscitivo, lagunas mentales, caos en las ideas. Todo ello, al ser displacentero, es evitado por el imp. de conservación. Por su parte, el de curiosidad trata de conocer, dominar o entender los hechos, logrando el placer intelectual.

La bipulsión moral puede unirse a la intelectual, buscando la aprobación por medio del conocimiento y evitando la desaprobación por la propia ignorancia; es decir, está **bien** conocer o entender y **mal** no entender o ignorar. Pero por ahora sólo analizaremos cada bipulsión en forma aislada. Más adelante veremos las relaciones y combinaciones entre ellas. De tal forma, la bipulsión intelectual es sólo lo que vemos funcionar en un niño, por ejemplo, cuando sin interés moral alguno pregunta algo que no entiende.

Otros impulsos que intervienen en la bipulsión intelectual son: el de alivio, que trata de poner fin al displacer del desconcierto y la confusión; el de recuperación, que procura restablecer el habitual dominio cognoscitivo de la situación cuando se ha perdido; el de gozo puede buscar el asombro de cierto conocimiento; el mediador, que no haría falta nombrarlo, ya que es un

apoyo de todas las metas, por lo que se sobreentiende que está junto a la actividad de cada impulso y bipulsión.

Bipulsión espiritual

Sabemos que el concepto: espiritual, además de ser muy impreciso, tiene connotaciones que, en general, son contrarias a la concepción materialista que caracteriza a la ciencia. Pero a cambio de rechazar o negar el concepto en sí, le daremos “ubicación” y un sentido claro en la realidad del psiquismo.

El placer espiritual, para nuestro encuadre, será el placer del impulso fraterno. Por consiguiente, el valor positivo de la bipulsión es la percepción de un hecho beneficioso para el O.M.I.F. (objeto del mecanismo de identificación fraternal). Así, los hechos favorables al O.M.I.F. producen el placer espiritual. El displacer espiritual tiene lugar cuando se da un hecho perjudicial para el O.M.I.F. Aquí no se trata de la sola nec. del imp. fraterno, sino sobre todo del temor a que suceda algo negativo al objeto de la identificación. Un hecho que implique algo malo para el O.M.I.F. provoca un dolor espiritual. Por eso, el imp. de conservación responde con temor ante la amenaza de dolor espiritual por cualquier infortunio que pueda suceder al ente amado. Esto empujará la conducta de evitación, que hará todo lo posible para impedir el hecho perjudicial para el O.M.I.F.

Entonces, los impulsos cabecera de la bipulsión espiritual son: el fraterno y, nuevamente, el de conservación. Los valores absolutos son: **lo bueno o positivo para el O.M.I.F. - lo malo o negativo para el O.M.I.F.** Tales hechos producen placer o displacer espirituales respectivamente. Por tanto, la conducta del sujeto es movida por la bipulsión en procura de aquello que sea beneficioso para el O.M.I.F. y/o evitativo de hechos perjudiciales para él. Ese O.M.I.F., en estado natural, es fundamentalmente la **tribu** y cada uno de sus miembros. La bipulsión espiritual continuamente motiva a evitar que ocurran hechos negativos para la tribu y a lograr aquello que signifique un bien para ella.

Los conceptos o nociones de lo bueno y malo, o bien y mal, tienen dos sentidos fundamentales. Uno es el moral, donde expresan lo **meritorio o aprobable** y lo **demeritorio o desaprovable** respectivamente. El otro es al que se refiere el actual planteo, y significan respectivamente lo **beneficioso o favorable** y lo **perjudicial o desfavorable** en general.

Además de los impulsos cabecera, se agregan otros que fortalecen la doble tendencia al beneficio para la tribu y a evitar su perjuicio. Uno es el de alivio. El sufrimiento espiritual por una penosa situación de un familiar, por

ejemplo, hace que el imp. de alivio motive a lograr el bienestar de aquél. Únicamente ese hecho aliviará el sufrimiento espiritual propio.

Existe también el gozo espiritual, que consiste en el profundo placer del imp. fraterno por algo especialmente bueno para el O.M.I.F. Por ende, el imp. de gozo fija su deseo en el logro de ese estado de máximo placer espiritual, y para ello mueve la conducta a crear situaciones favorables para el O.M.I.F. (condiciones de felicidad para la tribu, etc.).

El imp. de recuperación, por su parte, se halla presente cuando se trata de restablecer, por ejemplo, la salud de un compañero, o la seguridad de la tribu, etc., cuando ello se ha perdido.

También se incluye en la bipulsión espiritual el imp. de agresión. Este motiva a combatir contra todo aquello que sea una amenaza para el bienestar de la tribu; es decir, lo negativo para lo que atenta contra el bienestar de la tribu es en sí mismo un hecho bueno para ella. Esa agresión es movida por la bipulsión espiritual. Es el mismo amor a la tribu el que sustenta el odio ocasional hacia lo que atente contra su bienestar. Por lo tanto, la bipulsión espiritual no sólo funciona sobre la base del M.I.F., sino que en algunas ocasiones el M. A. F. (mecanismo de anti-identificación fraternal) se encuentra cubriendo las “espaldas”, reforzando la tendencia al beneficio de la tribu.

La bipulsión espiritual muchas veces va incluida como componente anímico de la primera fase de la bipulsión ética. Cuando la conducta ajena implica un beneficio para el O.M.I.F. del observador, este último siente un placer espiritual por esa causa, movilizándose la respuesta aprobatoria o de gratificación hacia el autor; y cuando determinado acto ajeno perjudica al O.M.I.F. de dicho observador, se genera en éste un displacer espiritual ante esa conducta, lo que hace activar la respuesta desaprobatoria de rechazo o condena.

Bipulsión anticipatoria

Los valores centrales son: **éxito y fracaso.**

Habíamos visto que el logro de la meta (medio o fin) que se fija algún impulso provoca la “alegría del logro” como placer o satisfacción del imp. mediador. También observábamos que al fallar en el logro de la meta se produce el displacer de la frustración. Tal displacer es evitado por el imp. de conservación. Por eso, habíamos deducido que no sólo el imp. mediador es un refuerzo para las metas de los otros impulsos, sino que el de conservación, al estar siempre presente tratando de evitar la frustración, se convierte también en un apoyo general para el logro de las metas de los otros impul-

sos. En esta función, el imp. de conservación tiende a la “negación de la negación” del logro de la meta. Es decir, la frustración implica la negación del logro. Por eso, el imp. de conservación, al que en este caso sólo le interesa evitar la frustración, busca el logro, pero no por el logro en sí como el mediador, sino como negación del dolor de la frustración.

Además del éxito-fracaso, hay otros motivos de alegría o disgusto anticipatorios, que serían valores accesorios o secundarios de la bipulsión, ejemplo: el anuncio de algo bueno o malo que sucederá genera una reacción de alegría o disgusto anticipatorios respectivamente. También el acierto-error son valores secundarios de la bipulsión, y se refieren generalmente a los pasos parciales de lo que terminará en éxito o fracaso finales.

Las reacciones anímicas anticipatorias se pueden dividir en cuatro tipos básicos, que se ajustan a los cuatro posibles resultados o efectos esenciales de la lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias. Tales resultados, como recordaremos, eran: afirmación del placer; negación de éste; afirmación del displacer; negación del mismo. De los cuatro tipos de reacciones anticipatorias, dos son placenteras y dos displacenteras. Las dos placenteras son las que anuncian los resultados favorables a la ley general: 1- alegría por el anuncio de un hecho futuro placentero. 2- alegría por el anuncio de la negación o ausencia futura de algo displacentero que no ocurrirá como era de esperar o como se temía. Luego, las dos clases de reacciones anticipatorias displacenteras son las que vaticinan los resultados desfavorables para la ley general: 1- disgusto por el anuncio de algo displacentero próximo a suceder. 2- malestar por el anuncio de la negación o ausencia futura de un hecho placentero que no tendrá lugar como se esperaba.

El éxito y fracaso, a los que consideramos como los valores centrales de la bipulsión, se ordenan fundamentalmente alrededor de los hechos futuros placenteros que se esperan con el logro de la meta. La alegría del éxito es la reacción anímica que se anticipa a los hechos placenteros implicados en ese logro; y la amargura del fracaso es el sentimiento que responde al anuncio de la negación o ausencia futura de tales hechos placenteros.

Los impulsos cabecera de la bipulsión anticipatoria son: el mediador, que busca la alegría del éxito en el logro de la meta, y el de conservación, que se encarga de evitar el displacer del fracaso en la conducta orientada a dicho logro.

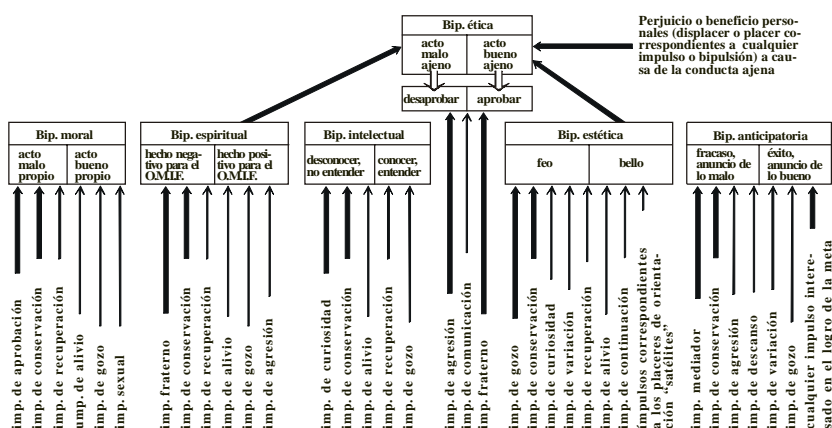
El éxito-fracaso son siempre vacíos en sí mismos. Jamás pueden buscarse o evitarse independientemente de aquello a lo que apoyan. Siempre dependen del fin que se busca a través de la meta. Tal contenido es lo que da sentido al éxito y fracaso. Por ello sería absurdo decir, por ejemplo, que hay una “tendencia al éxito”, sin explicar a qué se hace referencia. Lo que se

busca son “cosas” en las que se quiere tener éxito. La bipulsión anticipatoria es un refuerzo general, pero sin la menor autonomía motivacional.

Además de los impulsos cabecera (mediador y de conservación), hay otros que forman parte de la bipulsión. El de agresión está presente cuando la conducta tendiente al logro de la meta encuentra un obstáculo que se le opone. Así, la nec. agresiva o rabia hacia el obstáculo frustrante refuerza el poder de la conducta tendiente al logro. El imp. de gozo fija también su deseo en el éxito. Lo que aquí más interesa a dicho impulso es el gozo del júbilo (alegría intensa). Todos esos impulsos se satisfacen en forma simultánea en el júbilo del éxito. Por un lado, está la alegría propia del imp. mediador. Por otro, la tranquilidad súbita del imp. de conservación, que percibe la negación del riesgo del dolor de la frustración. Luego, el placer del imp. de agresión también es conjunto al éxito, por cuanto el logro de la meta implica haber vencido al obstáculo, significa haber destruido su poder frustrante, lo que es captado por el impulso, cuya satisfacción se funde en el único placer del júbilo. Otros impulsos que pueden interesarse en el éxito son los de descanso y de variación. Cuando éstos “perciben” que no podrán satisfacer el cansancio y el hartazgo respectivamente, hasta que no se logre la meta, sus tendencias dirigidas ayudan a los otros a buscar el éxito de “una vez”.

3. Estructura de las bipulsiones básicas

Haciendo un recuento, tenemos las siguientes bipulsiones básicas:



El trazo grueso significa que el elemento desde el cual surge la flecha es un componente fundamental de la bipulsión señalada. El trazo fino quiere decir que es un componente no fundamental, y del que no depende mayormente la bipulsión para no obstante funcionar con normalidad.

En el esquema de la bipulsión ética, encontramos que la reacción anímica de agrado o desagrado por la conducta ajena buena o mala (primera fase ética) puede formarse: 1- por los valores absolutos de la bipulsión estética. Es decir, la conducta buena es bella para el observador y la mala es fea o desagradable a la percepción. 2- por la reacción anímica en el observador a causa del beneficio o perjuicio (especialmente materiales) que para él tiene la conducta ajena. 3- por los valores absolutos de la bipulsión espiritual. O sea, la conducta buena del otro implica un hecho favorable al O.M.I.F., y la conducta mala ajena perjudica al O.M.I.F. del observador.

Así, el placer o displacer éticos, a causa de la conducta buena o mala de otro sujeto, pueden ser de cualquiera de los tres tipos:

1- Es estético cuando la conducta ajena es simplemente del agrado o desagrado contemplativos de quien la observa. Según ello se aprobará o desaprobará al autor.

2- Cuando el accionar de un sujeto tiene un beneficio o perjuicio directos en la persona del observador, éste sentirá el placer o displacer concretos por esa causa, aprobando o desaprobandando al autor.

3- Si la conducta ajena favorece o perjudica al O.M.I.F. del observador, surgirá en este último un placer o displacer espirituales a causa de ello. En otras palabras, si alguien hace algo que favorece, por ejemplo, a nuestros seres queridos, sentiremos un placer espiritual por ocurrir algo bueno al O.M.I.F. Pero si cierto accionar de un sujeto perjudica a aquéllos, el displacer por la conducta mala ajena será espiritual. Tales reacciones movilizarán la segunda fase ética, aprobando o desaprobandando respectivamente al autor de esos hechos.

Es frecuente que el placer o displacer éticos ante la conducta ajena se formen de las tres cosas juntas. En la tribu esto debía suceder con regularidad. El agrado por una conducta buena de un sujeto, ejemplo: tener una fructífera labor personal durante el trabajo común, es espiritual porque implica un beneficio para la tribu. También, es una alegría que anticipa un beneficio personal y material para el observador individual, por estar éste incluido en el beneficio para el grupo. Por último, es un placer estético, al apreciarse una conducta ya condicionada al agrado contemplativo, por estar asociada al beneficio común, o bien por tratarse de un acto de especial destreza o habilidad, lo cual genera siempre un placer estético en el observador.

Con respecto al esquema presentado, encontramos una relación de componentes-compuesto entre los elementos desde los cuales surgen las flechas y la bipulsión superior y organizada que se forma. Ello nos muestra que las bipulsiones siguen **siendo** los impulsos que las forman. Pero la organización y combinación de la actividad de los impulsos hacen surgir algo cualitativamente nuevo, con autonomía de leyes y funcionamiento. Los valores absolutos y la propia mecánica de su movimiento global organizan y regulan la actividad de los impulsos que integran la bipulsión. La analogía más simple al respecto estaría dada en la relación existente entre los órganos que forman un aparato y el aparato íntegro surgido. Por ejemplo, la actividad del aparato digestivo no es otra cosa que la actividad del estómago, el páncreas, los intestinos, etc. Sin embargo, la organización global de la actividad de esos órganos da como producto el funcionamiento de un aparato único y coherente. Lo mismo con respecto a las bipulsiones. La actividad de la bipulsión moral, por ejemplo, consiste en la actividad del imp. de aprobación, de conservación, de recuperación, etc. Pero la organización de la actividad de tales impulsos da como producto el funcionamiento integral de la bipulsión, con sus propias leyes o regularidades, correspondientes a la configuración global de su movimiento.

Por otra parte, observábamos que la bipulsión estética y la espiritual forman parte de la bipulsión ética. Lo que debemos tener presente, aquí, es lo **acumulativo** de la esencia estética o espiritual de lo que además es ético. Así, un placer estético o espiritual producido por la percepción de una conducta buena ajena es, además de estético o espiritual, un placer ético. El hecho de ser ético ese placer, no significa que deje de ser estético o espiritual en su esencia. Se trata de la forma ética del placer o displacer estéticos o espirituales. El placer o displacer estéticos o espirituales son **además** éticos, cuando su aparición coincide con una conducta ajena que ingresa en la noción o captación subjetiva de acción buena o mala.

4. Particularidades del nivel de las bipulsiones

Las bipulsiones que hemos tratado son las básicas o esenciales. Las otras que se forman luego, y que veremos en el capítulo siguiente, llevan acumulada la presencia de ellas.

Veamos algunas regularidades del funcionamiento de las bipulsiones. Una constante que encontramos en todas es la presencia, en una de las cabeceras, del imp. de conservación (temor - T.D. - tranquilidad). Dicho impulso se halla siempre evitando el valor negativo, que es el que lleva al displacer. También el imp. de gozo (deseo - T.D. - hecho placentero) puede conside-

rarse regular, ya que va junto al impulso cabecera que busca el placer del valor positivo.

Otra regularidad del nivel de las bipulsiones es la presencia de los valores contrarios, que constituyen los nuevos núcleos organizadores del nivel. En el nivel anterior los núcleos eran: nec. - satisfacción. Ahora en cambio: valor positivo - valor negativo. No obstante, en ambos casos se trata de las formas de ocurrir el placer o displacer generales. Si enfocamos la ley general desde el nivel de los impulsos, la misma será algo así como el “impulso general”, donde el displacer es la nec. general y el placer la satisfacción general. Pero si miramos la ley general desde el nivel de las bipulsiones, se verá como la “bipulsión general”; y el displacer será el valor negativo general y el placer el valor positivo general.

En el nivel de los impulsos son inseparables la tendencia parcial a negar o poner fin a la nec. y la de buscar la satisfacción. Allí actúa una sola tendencia dirigida que lleva inseparablemente las dos cosas. En cambio en las bipulsiones puede haber una separación de sus dos pulsiones parciales. La motivación puede tener una acentuación bastante definida en la búsqueda del valor positivo o en la evitación del negativo. En muchos casos se procura sólo evitar el mal por ejemplo, acentuándose la presencia del imp. de conservación, que trata de negar el displacer moral de incurrir en una conducta mala. Sin embargo, es también frecuente el acople de ambas pulsiones, donde la misma conducta tiende simultáneamente a lograr el valor positivo y a evitar el negativo.

En este plano hay un espacio para la neutralidad entre lo positivo y lo negativo. Por ejemplo, en el caso de la bipulsión moral, hacer lo que “corresponde” o lo “esperable” sería aquella acción neutra que no está bien ni mal, sino que es algo normal. A veces se dice que una conducta está bien, cuando en realidad es sólo **no mala**, o neutra. La verdadera conducta buena es la que se destaca como tal. Por ello, la mayoría de las conductas son moralmente neutras. Luego, unas pocas se destacan por buenas, recibiendo la aprobación, y otras aparecen como malas, motivando la desaprobación.

Como cada bipulsión está formada por varios impulsos, es compleja la gama de reacciones de placer-displacer que van incluidas durante la actividad de una bipulsión. Pero su distribución y organización es tan precisa, que permite la coherencia del doble movimiento orientado a lograr el valor positivo y evitar el negativo. De todas esas reacciones de placer-displacer, las principales, y que son las que más nos interesan, son los núcleos contrarios de placer-displacer implicados en la aparición de los valores positivo o negativo. Esto es de lo que tratan los dos impulsos cabecera. En el ejemplo

de la bipulsión moral, el imp. de aprobación procura lograr el valor positivo y el placer moral que ello supone, y el de conservación es el encargado de evitar el dolor moral que produce el valor negativo.

En este nivel pierde relevancia el mecanismo: nec.-T.D.-satisfacción, como secuencia lineal, propia del nivel de los impulsos. Si bien las necesidades superiores de las bipulsiones llevan siempre la esencia de las necs. de los impulsos, y aunque el placer de los valores positivos sólo pueda basarse en las vías de entrada al placer de los impulsos, no obstante, el movimiento de estas nuevas tendencias de la motivación pasa a responder a las propias exigencias de su mecánica. Sólo toman aquellas vías de placer o displacer como los materiales anímico-motivacionales de los que se componen. Pero el placer-displacer se presentan con el nuevo matiz del tipo de valor correspondiente: placer o displacer estético, moral, espiritual, intelectual, ético, o alegría del éxito y sentimiento de fracaso. Las vías de entrada al placer o displacer de los impulsos caen bajo este nuevo orden, que adquiere autonomía en la dinámica integral de su funcionamiento. Los impulsos, y su mecánica básica: nec.-T.D.-satisfacción, persisten sólo como los elementos componentes, es decir, del mismo modo que la actividad refleja persiste en su esencia más subyacente aún.

EL SISTEMA DE BIPULSIONES

Iniciaremos ahora el tratamiento sobre la “deriva” de las bipulsiones. Todo lo que veremos corresponde al plano de los valores absolutos, en el marco de las funciones psíquicas de necesario desarrollo.

Cuando analizábamos la bipulsión moral, en realidad se trataba de algo general; hablábamos sólo de lo bueno y malo de las conductas. Pero existen varias formas de conductas buenas y malas, que motivan la aprobación y desaprobación respectivamente. De tal modo, la bipulsión moral que hemos visto, y que ahora llamaremos: bipulsión **moral global**, se ramifica, en principio, en las siguientes bipulsiones:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. de la habilidad	torpeza	acto hábil
• Bip. de la originalidad (se refiere a lo que sale de lo común o de lo acostumbrado)	ridiculez, extravagancia	originalidad, creatividad, “novedad”
• Bip. de la valentía	actitud cobarde, pusilánime	acto de valentía, arrojo, “valor”
• Bip. de la humildad	arrogancia, soberbia	modestia, humildad
• Bip. de la reafirmación sexual	expresiones o actitudes masculinas en la mujer o femeninas en el hombre	manifestaciones de virilidad o masculinidad en el varón y de feminidad en la mujer
• Bip. de la belleza personal	lucir feo, mal aspecto	lucir bello, agradable a la percepción, buen aspecto
• Bip. propiamente moral	hacer el mal	hacer el bien

Las siete llevan la esencia común de lo **bueno** y lo **malo** globales. Por ello, lo que habíamos tratado era la bip. moral global, que es lo general de

esas formas particulares. La bip. moral global es como si dijéramos “reptiles”, o sea la esencia general de lagartos, serpientes, iguanas, etc. Tales bipulsiones particulares comparten el mecanismo por el que se tiende al placer de la aprobación y evitar el displacer de la desaprobación. Son siete géneros de hechos buenos y malos o aprobables-desaprobables. La bip. moral global es la esencia común de esas bipulsiones. Todas ellas comparten la cabecera del imp. de aprobación, y del de conservación que evita el displacer de la desaprobación y autodesaprobación. Como el placer y displacer morales son los producidos por la aprobación-autoaprobación y la desaprobación-autodesaprobación respectivamente, todas estas bipulsiones llevan al placer o displacer morales en general.

La bip. ética, por su parte, también se ramifica, dando lugar a tres bipulsiones particulares. Por tanto, lo que vimos anteriormente queda como la bip. **ética global**:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. ética-situación de esparcimiento	acto malo ajeno ↓ burla, sarcasmo, o muestras de desagrado estético	acto bueno ajeno ↓ gesto de admiración, felicitación, muestras de agrado estético
• Bip. ética-situación de seriedad	acto malo ajeno ↓ rechazo afectivo, reproche, muestras de disgusto, expresiones de enojo	acto bueno ajeno ↓ muestras de gratitud y conformidad, reconocimiento
• Bip. ética-situación de gravedad (gravedad en el sentido de mucha importancia o gravitación, especialmente social)	acto malo ajeno ↓ condena severa	acto bueno ajeno ↓ honores, distinciones, alabanzas

Esas tres bipulsiones, como formas particulares de la bip. ética global, no surgen de un claro límite que las separe, sino que responden a los distintos tipos de situaciones o “climas anímicos” en los que puede tener lugar la conducta buena o mala en general. Por ello, se dan básicamente esas tres formas de aprobación-desaprobación o de respuesta ética.

En base a los elementos que traemos, nos aparece ahora la bipulsión **de la responsabilidad social**. Sus valores absolutos son: **cumplimiento del deber - incumplimiento del deber**. Esta nueva bipulsión es producto de la combinación de las bipulsiones **propiamente moral**, y **espiritual**. El cumplimiento del deber, como valor positivo, tiene una doble esencia: moral y espiritual. Es simultáneamente un **bien** moral y algo **bueno para el O.M.I.F.** El deber es como un compuesto nuevo, formado por el bien propiamente moral y lo beneficioso para la tribu (u O.M.I.F.). Cuando alguien siente en su interior la obligación de cumplir con el deber, esto es la síntesis de los dos componentes que lo forman. Significa sentirse impulsado a hacer el bien, y a realizar aquello que es bueno para el grupo. Por eso, el sentimiento de honor por cumplir con el deber es una reacción anímica de placer moral y espiritual combinados. Lo moral es la aprobación y/o autoaprobación; y lo espiritual, el placer del imp. fraterno por implicar un hecho favorable al O.M.I.F. Por su parte, el displacer por faltar al cumplimiento del deber es también la síntesis de displacer moral-espiritual: desaprobación social y/o autodesaprobación, y dolor espiritual por algo que es negativo para el O.M.I.F. Estos últimos elementos forman el auténtico sentimiento de culpabilidad, por verse responsable de algo que es moralmente malo y a la vez perjudicial o negativo para el O.M.I.F.

Hay que aclarar que este no es el “falso deber”, como sinónimo del mero hacer el bien. El deber del que hablamos es el sentimiento de responsabilidad social; es el “llamado del deber”. Se trata de aquello que la propia subjetividad concibe como algo que, además de estar moralmente bien hacer, significa un hecho beneficioso o positivo para el grupo y sus intereses.

Antes de perder contacto con los impulsos, veremos cuál es su conexión con los valores absolutos de las bipulsiones. Cuando tratábamos los impulsos, observábamos la diferencia entre el objeto de satisfacción y las metas-medio o metas-fin que éstos se fijan. El objeto de satisfacción no es más que la vía esencial de entrada al placer que tiene cada impulso. Por ejemplo, en el imp. alimenticio el objeto de satisfacción es el acto de comer. Las metas-medio son aquellos objetos o hechos que la T.D. se fija como paso previo al logro de la satisfacción. Y las metas-fin son los hechos buscados como formas concretas del objeto de satisfacción, y que pueden diferir enormemente, ejemplo: ingerir un alimento u otro.

Habíamos dicho que esas metas eran el aspecto flexible de la motivación, es decir, aunque el objeto de satisfacción buscado sea siempre el mismo, las metas podían variar infinitamente. Sin embargo, los valores absolutos de las bipulsiones son **metas absolutas** de los impulsos que las forman. En otras palabras, del universo de metas-medio y metas-fin, la casi totalidad son

adquiridas y variables; pero unas pocas son necesarias y constantes. Entre esas metas necesarias de los impulsos se encuentran los valores absolutos de las bipulsiones. Por ejemplo, el imp. de aprobación tiene como objeto de satisfacción el acto de aprobación social y autoaprobación. Pero la meta necesaria, y que prácticamente va unida al objeto de satisfacción, es la **conducta buena**. Por su parte, el imp. de conservación tiene por objeto de satisfacción evitar el dolor. Pero evitar el dolor de la desaprobación y auto-desaprobación por la propia **conducta mala** es una meta necesaria y regular del impulso. Luego, como el acto bueno se divide en acto hábil, valiente, original, etc., tales valores son por tanto metas absolutas o necesarias del imp. de aprobación. A su vez, la evitación de los actos de torpeza, cobardía, ridiculez, son metas absolutas o constantes del imp. de conservación. En definitiva, lo que hay que tener en claro es que los valores absolutos de las bipulsiones son metas (principalmente metas-fin) absolutas, necesarias y regulares de los impulsos que las forman. Así por ejemplo, el cumplimiento del deber es una meta necesaria y estructural compartida por los impulsos fraterno y de aprobación.

Estas metas necesarias de los impulsos (valores absolutos), al ser constantes y regulares, dan lugar a la estructura invariable y esencial de las bipulsiones. Por ello, podemos abandonar ya el nivel de los impulsos, y manejarnos con la autonomía del nivel de las bipulsiones y sus propias leyes particulares. De tal forma, utilizaremos conceptos adaptados al nivel. Los nuevos conceptos serán: **valor absoluto general** y **valor absoluto particular** de cada bipulsión.

En el caso de la bipulsión moral global, sus valores absolutos generales son lo bueno y lo malo; mientras que sus valores absolutos particulares son: hábil-torpe, el bien-el mal, valiente-cobarde, etc.

Los conceptos: general y particular no son fijos, sino que se “corren” según la bipulsión enfocada. Así, si enfocamos la bip. de la valentía, sus valores absolutos **generales** son los actos valiente y cobarde. En cambio si los consideramos desde la bip. moral global, los actos valiente y cobarde serán sólo valores absolutos **particulares**, ya que los generales, aquí, son lo bueno y lo malo. Pero al bajar el “escalón”, y centrar nuestra atención en la bip. de la valentía, esos valores absolutos: valentía-cobardía, pasan a ser los valores **generales** de la bip. de la valentía.

Retomando la bip. de la responsabilidad social, el cumplimiento del deber y el faltar a su cumplimiento son sus valores absolutos generales. Pero si a dichos valores los miramos desde las bipulsiones propiamente moral, o espiritual, de las que se forma aquélla, veremos que el deber y el faltar a su cumplimiento son valores absolutos particulares para estas bipulsiones. La

bip. propiamente moral tiene como valores absolutos generales el bien y el mal; y la espiritual lo positivo y negativo para el O.M.I.F. El cumplimiento del deber y el faltar al mismo son valores absolutos particulares de ambas bipulsiones; son respectivamente formas particulares del bien y el mal, y formas particulares de lo positivo y negativo para el O.M.I.F.

Asentándonos ahora en la bip. de la responsabilidad social, encontramos que el deber y su incumplimiento son sus valores absolutos generales. Pero de esta bipulsión se derivan otras bipulsiones particulares, que son formas necesarias y constantes del deber, o sea, son **valores absolutos particulares** de la bip. de la responsabilidad social:

	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
• Bip. de la abnegación	actitud de vagancia, haraganería, desinterés por el bien común, sobrecargar de trabajo a los demás, falta de abnegación	voluntad de trabajo, esfuerzo abnegado, esmero, espíritu de sacrificio, acto de entrega y de servicio
• Bip. de la justicia	acción injusta, quebrantar los derechos ajenos, falta de equidad	proceder con justicia, equidad, reafirmar los derechos ajenos
• Bip. de la lealtad	conducta o actitud desleal	muestras de lealtad
• Bip. de la información	ocultar o deformar la información de importancia social, no avisar, omisión deliberada	informar o comunicar lo que tiene importancia social, avisar, confesar
• Bip. del cumplimiento de la palabra	incumplimiento de lo prometido o de compromisos adquiridos, faltar a la palabra	cumplimiento de promesas o compromisos adquiridos

No hay dudas sobre la similitud y conexión entre esas bipulsiones. Muchas veces se juntan en la misma situación. Sin embargo, los cinco pares de valores absolutos cumplen funciones exclusivas. Hay muchas situaciones regulares de la relación social normal en que aparecen solos o aislados en su particularidad.

Recordemos que tales valores son formas de cumplir con el deber o faltar a su cumplimiento. Todos llevan por igual al placer o displacer moral-espirituales.

En base a las dificultades que nos presenta el terreno en el que nos encontramos, deberemos hacer un alto en el camino, y dar una mirada a las brújulas y a los mapas que traemos. Los principios que debemos tener presentes, para evitar pisar en falso y sumergirnos en el caos, son los siguientes:

1- La ley general del psiquismo. Ninguna bipulsión puede existir si no se mueve entre dos hechos contrarios productores de placer-displacer correspondientes. Las bipulsiones funcionan a “base” de placer y displacer. Esta es la esencia más general de la intencionalidad y de toda motivación.

2- Debe estar claro el par de valores absolutos y universales, comunes en toda cultura. Tales valores deben ser nociones indudables de aquello a lo que se refieren. Deben encerrar, además, un claro género de conductas o hechos, puesto que los valores no son solamente fenómenos subjetivos o internos, sino que al mismo tiempo son hechos externos y objetivos. Son fundamentalmente las **conductas** y **actitudes concretas** de los miembros de la tribu.

3- No puede haber una bipulsión que no haya cumplido una clara función para la sobrevivencia de la tribu. De ello podemos estar convencidos, porque la selección natural de tribus se encargaba de eliminar a los organismos sociales en los cuales la motivación absoluta de sus miembros no se encontrara plenamente orientada hacia lo útil para la sobrevivencia grupal.

Retomando los pasos que traíamos, y sin apartarnos de los principios señalados, encontramos que siguen apareciendo otras bipulsiones derivadas, con sus respectivos valores absolutos, hasta terminar conformándose el siguiente sistema total de bipulsiones:

Bipulsión	Valor absoluto negativo	Valor absoluto positivo
1- Moral global	acto malo	acto bueno
2- De la habilidad	conducta torpe	acto hábil
3- De la originalidad	ridiculez, extravagancia	acto o hecho original, novedoso, creativo
4- De la valentía	cobardía, pusilanimidad	acto valiente, arrojo
5- De la humildad	actitud de arrogancia, pedantería, altivez, soberbia, inmodestia, altanería, engreimiento	actitud de humildad, sencillez, modestia

6- De la reafirmación sexual	acciones o actitudes masculinas en la mujer o femeninas en el hombre	manifestaciones de virilidad o masculinidad en el hombre y de feminidad en la mujer
7- De la belleza personal	lucir feo, desagradable a la percepción, carente de atractivo, falta de "hermosura", mal aspecto	lucir bello, agradable a los sentidos, belleza en los usos personales, buen aspecto
8- Propiamente moral	hacer el mal	hacer el bien
9- Espiritual	hecho negativo para el O.M.I.F.	hecho positivo para el O.M.I.F.
10- Intelectual	no entender, no comprender, desconocer, no explicarse, confusión, dudas, desorientación, pérdida del dominio intelectual	entendimiento, comprensión, explicación, esclarecimiento, dominio intelectual, conocimiento
11- Estética	percibir algo feo, repulsivo, desagradable, detestable	percepción de lo bello, de algo agradable
12- Anticipatoria	fracaso, frustración, error, desilusión, anuncio de algo malo (disgusto, amargura)	éxito, logro, acierto, anuncio de algo bueno (alegría, júbilo)
13- Etica global	acto malo ajeno ↓ desaprobar	acto bueno ajeno ↓ aprobar
14- Etica-esparcimiento	acto o hecho malo ajeno ↓ burla, muestras de desagrado estético	acto o hecho bueno ajeno ↓ admiración, muestras de agrado estético
15- Etica-seriedad	acto malo ajeno ↓ rechazo afectivo, reproche, crítica, muestras de disgusto	acto bueno ajeno ↓ reconocimiento, muestras de conformidad
16- Etica-gravedad	conducta mala ajena ↓ condena severa, repudio	conducta buena ajena ↓ honor, encomio, enaltecimiento

17- De la inteligencia	acto de estupidez, falta de ingenio, falta de perspicacia, ingenuidad, tontería	acto inteligente, ingenioso, perspicaz
18- Del saber	ignorar lo que corresponde saber, no saber o no saber hacer determinadas cosas que se deberían saber	saber o saber hacer lo socialmente esperable o deseable, aprender algo concreto
19- De la comicidad	recepción de una broma de mal gusto, o de mala calidad, sin gracia	recepción de una broma o hecho cómicos
20- Humorística	carecer de gracia en una salida, realizar una broma digna de seriedad grupal	emitir una broma graciosa, festejable para los receptores
21- Artística	creación personal, obra o trabajo mal realizado, carente de belleza y lucimiento, mala calidad, desprolijidad en la realización, falta de armonía	obra bien realizada, belleza en el trabajo terminado, lucimiento en la ejecución, armonía en las formas
22- De la bondad	acto de maldad, crueldad	acto bondadoso
23- De la generosidad	acto egoísta, mezquino, avaricia, negarse a compartir, falta de renunciamiento	acto generoso, altruista, voluntad de compartir, renunciamiento, desprendimiento
24- De la responsabilidad social	cumplimiento del deber	incumplimiento del deber
25- De la abnegación	vagancia, haraganería, falta de voluntad de trabajo, dejadez, desinterés por el bien común, sobrecargar de trabajo a los demás, falta de abnegación	voluntad de trabajo, espíritu de sacrificio, interés por el bien común, acto de servicio, abnegación
26- De la justicia	acto de injusticia, quebrantar los derechos ajenos, falta de equidad, ser injusto	acción justa, proceder con justicia, equidad, ecuanimidad, reafirmar los derechos ajenos

27- De la lealtad	conducta desleal, infidelidad	manifestaciones de lealtad, fidelidad
28- De la información	no informar lo que tiene importancia social, no avisar, desinformar, ocultar, tergiversar, omitir	informar lo que tiene importancia social, avisar, dar a conocer, confesar
29- Del cumplimiento de la palabra	no cumplir el compromiso, convertir en falsa la promesa, faltar a la palabra	cumplir lo prometido, confirmar la veracidad de la palabra empeñada
30- Del respeto	abuso, falta de respeto, desconsideración	conducta o actitud respetuosa, considerada
31- De la expresión de la verdad	mentir, engaño deliberado, faltar a la verdad, hipocresía, falta de autenticidad, falsedad	decir la verdad, ser franco, sincero, auténtico, "ir" con la verdad
32- De la devoción tribal	ofender, atacar o agraviar a aquello que es concebido como sagrado o supremo	honrar, venerar, rendir culto al honor de lo supremo, ofrecer tributos a lo sagrado (tribu, antepasados, héroes, símbolos tribales)
33- Moral grupal	acto malo o demeritorio del grupo al que se pertenece, hecho humillante o deshonoroso para el grupo	acto bueno del grupo, orgullo por algo meritorio del grupo o de un representante
34- De la enseñanza	ignorancia específica ajena, falta de dominio o incompreensión ajenas de lo que se intenta enseñar	enseñar, aprendizaje ajeno
35- Racional	conocimiento falso, equivocación, incoherencia, no tener razón, contradicción, insensatez, irracionalidad, absurdidad, falta de realismo y de lógica en el pensar y/o en el obrar	conocimiento verdadero, certeza lógica, claridad en el pensamiento, coherencia, tener razón, sensatez, razonamiento realista, juicio crítico, sentido común, racionalidad
36- Del heroísmo	traición	conducta heroica

37- Del rendimiento personal (en cualquier actividad social,destacándose el trabajo como actividad social fundamental)	desempeño ineficaz, im-productivo, inutilidad, mal rendimiento	desempeño eficaz, productivo, buen rendimiento
38- De la lucha moral	perder, derrota, ser vencido, ser aventajado, resultar “peor”	ganar, triunfo, victoria, vencer, resultar “mejor”

El par de valores absolutos generales de cada bipulsión se refiere siempre a hechos concretos. No consideramos todavía las cualidades virtuales, las que serán tratadas luego (cap. 12). Lo que interesa por el momento es, por ejemplo, el acto hábil concreto y no la “habilidad” como condición virtual o posesión estable y continua de un sujeto.

1. Las bipulsiones particulares

En lo que sigue, analizaremos la estructura, la función natural, y demás propiedades de las bipulsiones, en base al orden en que fueron presentadas. Aunque será lo más breve y sintético posible, quizás resulte igualmente “largo” su tratamiento. Pero la “culpa” es de las bipulsiones, de lo numerosas que son esas tendencias esenciales y absolutas de la estructura motivacional humana.

Al final del capítulo (pág. 205) se puede observar un esquema que sintetiza lo que trataremos seguidamente.

1- Bipulsión moral global

Esta constituye el mecanismo por el que se busca afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprobable. La mayoría de las bipulsiones están inmersas bajo el movimiento de este simple mecanismo esencial; es decir, los valores positivos y negativos del conjunto de bipulsiones derivadas de la moral global, a pesar de sus particularidades, no dejan de ser formas de lo bueno y malo en general.

La bip. moral global tiene muy poco campo de funcionamiento fuera de sus bipulsiones particulares derivadas. Existe fundamentalmente como lo general de ellas. Por eso, lo bueno-malo de las conductas se pueden manifestar en los valores: inteligente-estúpido, valiente-cobarde, justo-injusto, etc., como hechos que están bien o mal en general.

Así como todas las bipulsiones e impulsos llevan contenida la esencia de la ley general como mecanismo básico (afirmar el placer y negar el displa-

cer), de igual forma, pero en un grado menor de generalidad, aquellas bipulsiones particulares llevan en común el mecanismo de buscar lo bueno y negar lo malo de la propia conducta. En todos los casos, lo bueno lleva al placer moral (aprobación social y/o autoaprobación) y lo malo al displacer moral (desaprobación social y/o autodesaprobación). Este mecanismo básico, compartido por todas las bipulsiones con motivaciones morales, hace que la bip. moral global sea como una “sub-ley general” para todas ellas. Ninguna escapa al patrón común de afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprovable.

2- Bip. de la habilidad

La habilidad-torpeza se presentan en la conducta práctica o en la mental. La “porción mental” es la que pasa a formar parte de las otras bipulsiones relacionadas a la función intelectual.

El acto hábil produce placer estético en el observador, lo cual desencadena la aprobación. La conducta torpe es un valor negativo que, paradójicamente, en general produce placer en el observador. Es un placer súbito que desencadena la risa o burla como forma de desaprobación. Todo esto se da de esa forma cuando el producto de la conducta no afecta los intereses del grupo; es decir, lo que determina en última instancia la respuesta de aprobación o desaprobación hacia un sujeto es el beneficio o perjuicio sociales concretos que la conducta tiene como producto. Por ello, si una conducta hábil tiene como resultado un perjuicio para el grupo, será condenada “con habilidad y todo”; mientras que un comportamiento torpe que perjudica al grupo no es burlado sino que se convierte en un mal moral, recibiendo el rechazo o condena de los observadores. Sólo cuando el producto social de la conducta hábil o torpe es neutro, allí asoman en forma “pura” el acto hábil o torpe, siendo respondidos según su calidad estética o “humorística” respectivamente.

El acto de torpeza es un “absurdo material”. El absurdo es aquello que no se ajusta a las exigencias de la realidad circunstancial, convenidas intersubjetivamente en forma implícita o explícita, es algo que sale o contrasta con lo adecuado a esa realidad. La torpeza surge cuando una vez fijada la finalidad, la conducta no se ajusta a lo que la realidad exige para el logro del fin, sino que se desvía de esa dirección. El placer súbito, que genera la risa en el observador, se manifiesta esencialmente en forma de burla, lo cual produce displacer al autor de la torpeza.

La función de tal mecanismo es la de reforzar el sistema de premio y castigo, haciéndolo extensivo a todo tipo de actos y en cualquier situación. En

origen, la aprobación-desaprobación tenían lugar en situaciones donde los productos de las conductas eran hechos serios o graves en su significado social. Pero si en una tribu la aprobación-desaprobación continúan aún en cualquier situación de esparcimiento, ello obligará a evitar la torpeza en todo momento. El efecto que esto tiene es un mayor desarrollo de la habilidad para cualquier tarea, por lo que esa tribu tendrá miembros más hábiles en general. Aunque el acto torpe no perjudique a nadie, y se dé sólo en una situación de esparcimiento, la vergüenza, como forma de displacer moral en el autor, tiene la utilidad de fortalecer el interés por hacer bien las cosas. Lo mismo con relación a la aprobación al acto hábil. Aunque su realización no favorezca a nadie, excepto en lo estético, la aprobación de ello hace que se tienda a repetir ese tipo de conductas, lo que terminará siempre en el beneficio para la tribu.

3- Bip. de la originalidad

Aquí se da un mecanismo similar al anterior. La burla es al ridículo y la aprobación a la creatividad u originalidad.

La función de esta bipulsión (y de la respuesta ética correspondiente) está centrada en lo formal de las conductas, en la modalidad de hacer las cosas, en los usos y costumbres de la tribu. Como dichas costumbres se van consolidando principalmente según la eficiencia o la utilidad que tienen, cuando alguien se aparta de esos modos de actuar, es muy probable que se trate de algo menos efectivo que lo que la cultura ya sometió a prueba y convirtió en costumbre. Por ello, el ridículo, como forma insólita de obrar, de pensar, o de usar los elementos, etc., produce también un placer súbito en el observador, seguido por la risa. Esto avergüenza al destinatario de las burlas, quien tratará de ajustarse a los usos y modos de comportarse, que son lo útil y probado por la cultura.*

El hecho original, novedoso o creativo, es aquel que a pesar de ser distinto a lo usado comúnmente, nace por lo general con la prueba evidente de su

* Habría otro sentido del concepto: ridículo, y se refiere a lo que entendemos por "papelón" o "hacer el ridículo". Aquí suelen converger diversos valores negativos (torpeza, estupidez, ignorancia) en una misma situación especial. En este caso el término está más ligado al sentido literal (capaz de hacer reír), y tiene un significado más amplio, como es el de situación vergonzante, absurdo o hecho burlable en general. Pero al hablar de **ridiculez** como valor negativo de la bip. de la originalidad, se trata de aquellos usos o modos de obrar extravagantes e insólitos que salen de lo común, contrastando con lo acostumbrado o con lo que se considera adecuado o razonable.

ventaja o conveniencia. Tal novedad es del agrado del observador, quien aprueba el hecho. La novedad así surgida se generaliza luego, pasando a ser una modalidad o costumbre de la tribu.

En el caso de la bip. de la originalidad se da una situación especial. Esto es, que la conducta neutra (ni ridícula ni original) a veces no es tal. Cuando la situación exige originalidad, quien no actúa en esa forma es un “falta de creatividad”, “poco original”, “copión”, etc. Aquí es rechazable hacer lo ya conocido. En cambio, en otras situaciones o aspectos de la vida social, hacer lo ya conocido es lo correcto o lo que está bien. Por consiguiente, se superponen dos pares de valores:

ridículo	correcto, normal o no ridículo
falta de originalidad	original o creativo

Hacer lo mismo que otros está bien cuando se trata de las costumbres, hábitos, normas, usos, rituales. Pero cuando la situación exige originalidad (arte, chistes o juegos sociales), allí es desaprobable hacer lo ya conocido. No obstante, a veces se acoplan los dos extremos. En tales casos, cuando la conducta ya se “aventuró”, saliendo de lo común, sólo le queda ser original o ridícula.

El ridículo, la torpeza, etc., necesitaban ser castigados de algún modo, por ser objetivamente perjudiciales a la sobrevivencia de la tribu. Ese es el origen concreto, surgido en la relación social, del absurdo como fenómeno. Se trata de un placer de orientación general, que surge en forma súbita ante la presencia de un hecho que contrasta con lo habitual o con lo que se considera lógico y realista. Lo que orienta este placer, en combinación con el displacer del autor de la torpeza o ridiculez, es la corrección de tales hechos inútiles.

El absurdo, nacido de ese modo, luego se fue separando de la conducta torpe o hecho ridículo concretos. Con el desarrollo del lenguaje y de la capacidad de la representación mental, el humor era algo necesario de surgir. Así por ejemplo, si alguien no pudo ser espectador de una gran torpeza o ridiculez, pero le relatan con detalles lo sucedido, ello desencadenará igualmente la risa en el sujeto, tal como si lo hubiera visto. Luego, al continuar el desarrollo de la capacidad intelectual y de la abstracción, va aumentando el vuelo de la imaginación. Esto hace que la representación mental sorpresiva de cualquier hecho absurdo desencadene el mecanismo. Así, aunque el hecho imaginado no sea una conducta torpe o ridícula, estú-

pida, etc., sino cualquier cosa que contrasta con lo razonable o esperable, se producirá un placer súbito y risa.

La autonomía de la reacción ante el absurdo es lo que da lugar a las bipulsiones de la comicidad y humorística. En ellas continúa la esencia de la burla ante el absurdo material, pero al volcarse al nuevo contenido de los símbolos e imágenes de la representación, se convierte en una nueva función psicológica, que tiene su propia utilidad para la sobrevivencia grupal, y que enseguida analizaremos.

4- Bip. de la valentía

Es una condición positiva para una tribu el hecho de que sus miembros muestren un suficiente coraje o “valor” para enfrentar los problemas y riesgos. Ello da un margen de seguridad de éxito en lo que se emprenda, al favorecer el uso decidido de las energías individuales en aquello que es útil para el grupo.

Como la selección natural actuó tomando tribus enteras, sobrevivieron aquellas en las que en algunos casos lo útil para su sobrevivencia era la conducta que significaba un alto riesgo para el individuo, y donde éste podía incluso perder la vida. Si gracias a la suma de ese tipo de acciones individuales la tribu en su conjunto obtenía un considerable beneficio, se trataba entonces de algo favorable a su sobrevivencia. Por lo tanto, la bip. de la valentía es producto de las leyes de la selección natural de organismos sociales. En ciertos casos, la decisión de arriesgar la vida, hasta ocasionalmente perderla, era lo útil a la sobrevivencia de la tribu.

Inclusive en situaciones de esparcimiento ocurre la aprobación hacia el acto valiente y la burla o menosprecio a la cobardía. Esto contribuye al seguro desarrollo de una considerable capacidad de arrojo, que impida un desequilibrio perjudicial hacia el temor a la acción, lo cual llevaría a una relativa inmovilización de la conducta y a la pérdida de la voluntad de enfrentar dificultades.

5- Bip. de la humildad

Una importante función de esta bipulsión es la de asegurar que el grupo sea el encargado de evaluar las conductas. El criterio del grupo siempre será más adecuado y realista que lo que el sujeto pueda creer sobre sus propios méritos. La humildad o modestia, como actitud ante la conducta propia, significa dejar en manos del grupo el criterio sobre el valor de lo que se hace. Es aceptar la inseguridad, que siempre existe, sobre la verdadera

importancia del papel individual. La centralización en el grupo, como eje de la evaluación de conductas, hace que la magnitud del premio o castigo morales tienda a distribuirse en arreglo a la calidad objetiva de las acciones individuales. Como el criterio determinante de lo bueno o malo de las conductas, y de la aprobación-desaprobación del grupo hacia el autor, es en última instancia el beneficio o perjuicio que las conductas tienen para el conjunto, el grupo es, pues, el que mejor sabe cuánto bien o cuánto mal estuvo lo que hizo un sujeto. De no existir la bip. de la humildad (junto a la correspondiente respuesta ética de rechazo a la inmodestia y aprobación a la modestia), y donde cada uno decidiera el valor de su propia conducta, se haría arbitrario e ineficaz el sistema de premios y castigos morales. Sólo es eficaz cuando la retribución moral es proporcional al valor que tienen para la tribu las conductas de sus miembros.

Aunque es importante esa función de la bip. de la humildad, referida a la distribución de los premios y castigos morales, este es solamente uno de los campos donde se manifiestan sus valores absolutos. Dichos valores abarcan un campo mayor de situaciones. Los elementos centrales que hacen a las actitudes de humildad o soberbia consisten en la mayor o menor importancia o valor que el sujeto da a su persona en relación a los demás. La soberbia, altivez, arrogancia, aparecen cuando el sujeto tiene una actitud que evidencia una autosobreevaluación, inseparablemente unida a la desvalorización hacia los demás, los cuales son “poca cosa” en comparación a él. La actitud de humildad es el quitar importancia a sí mismo y al propio papel individual. Se trata de una actitud en la que el individuo se adapta en los afectos al hecho real de que en última instancia nadie es tan importante como para no poder ser reemplazado con éxito en cualquier cosa de la que se trate.

Para entender la función global de la bip. de la humildad debemos tener presente, en primer lugar, que las bipulsiones están adaptadas objetivamente a lo que exige la realidad para la sobrevivencia de la tribu. El valor positivo implica siempre lo útil para la sobrevivencia grupal y el negativo está relacionado a lo perjudicial para la vida del conjunto. Por eso el valor positivo es productor de placer y el negativo provoca displacer. Esto hace que se tienda a afirmar el primero y se evite el segundo, es decir, hace que la conducta se oriente hacia lo que la realidad exige para la sobrevivencia de la tribu.

Como ya observamos, la selección natural, durante la evolución de la especie, actuó tomando tribus enteras. Por ello, lo más importante para la sobrevivencia era la efectividad de las acciones grupales y el éxito de la tribu en su conjunto. Desde este enfoque objetivo, los individuos son como células renovables de un animal más grande, que es el organismo social. Lo

importante en términos objetivos, o a los fines de la sobrevivencia, era el conjunto y no los individuos particulares. Por lo tanto, lo útil a la sobrevivencia era la adaptación de los miembros de la tribu a esa situación de la realidad. Sólo podían sobrevivir las tribus en cuyos miembros existía la mejor adecuación de la estructura anímica a dicha situación objetiva. Por ello, sobrevivieron finalmente las tribus cuyos sujetos se veían motivados para volcar el grueso de la valoración hacia el conjunto, olvidándose relativamente de sí mismos; mientras que las tribus cuyos integrantes volcaran la valoración hacia la propia persona, desvalorizando a los demás, e ignorando el papel del conjunto, debían extinguirse necesariamente por no ajustarse a las exigencias de la realidad.

Es indudable que si una tribu está formada por individuos que son cada uno “el más importante”, por lo que entre todos quitan importancia al accionar del conjunto, tendrá menos probabilidades de sobrevivir en relación a otros organismos sociales en los que los sujetos desarrollan una actitud que expresa la aceptación de que el éxito del conjunto es de lo que se trata. En tal sentido, la humildad significa la elevación del “espíritu de grupo”, del “nosotros”, y restar importancia al “yo”. La soberbia es realzar el “yo” y menospreciar el “nosotros”. Lo primero es lo útil a la sobrevivencia de la tribu. Lo segundo es lo perjudicial para ese fin. Por eso, sobrevivieron las tribus donde se valoraban o reconocían las actitudes de humildad y se despreciaba la soberbia o arrogancia. Así, nosotros, como herederos de esas tribus sobrevivientes, contamos con la bip. de la humildad, más las respuestas estético-éticas de agrado por presenciar una actitud de humildad y la reacción espontánea de desagrado ante la arrogancia o soberbia, cualquiera sea el campo de su aparición.

6- Bip de la reafirmación sexual

Si bien aquí está presente el interés del imp. sexual en sus tareas de seducción, se trata también de la aprobación-desaprobación provenientes de sujetos de ambos sexos. La virilidad y feminidad respectivas son del agrado estético-ético en el observador de cualquier sexo.

La aprobación y desaprobación a los valores correspondientes tienen la función de favorecer y reafirmar la inclinación sexual en el plano psicológico, de modo que corresponda con la sexualidad biológica. Ello asegura la máxima reproducción primaria y secundaria.

Por otro lado, el interés de reafirmar la propia identidad sexual también favorece la efectividad en los roles que la cultura asigna a cada sexo.

7- Bip. de la belleza personal

Sus valores absolutos tienen dos formas de manifestarse. Una es la referida al atractivo en relación al sexo, donde los valores aparecen más marcadamente como “bello”-“feo”. La otra forma trata sobre el “buen aspecto”-“mal aspecto” personales. Aquí, el lucir bien o mal se basan en criterios generales, con cierta independencia en relación al atractivo específico de cada sexo.

El arreglo personal tiene la función de favorecer la atracción sexual y con ello la mayor reproducción. También promueve los hábitos de higiene, que protegen contra los agentes infecciosos. Otra función es la de reafirmar la identidad de grupo, en cuanto a las formas “correctas” de usar el cabello, las prendas, adornos, etc. Los usos y modalidades son elementos que caracterizan a la tribu, y es de mal gusto no ajustarse a ellos. Esa identidad de grupo contribuye a su vez a afianzar la unidad espiritual de los miembros de la tribu.

8- Bip. propiamente moral

El bien y el mal como valores implican siempre hechos serios o graves. La función de la bipulsión se vuelca fundamentalmente a la regulación de las normas de conducta. Tales normas, y la adecuación a ellas, hacen a la existencia de una autodisciplina y la corrección del comportamiento social de los individuos, que son elementos indispensables para el buen funcionamiento del organismo social, y su sobrevivencia.

El bien y el mal se encuentran por lo general formando la esencia de las otras bipulsiones derivadas. Los valores absolutos generales de esas derivaciones (bondad-maldad, lealtad-deslealtad, justicia-injusticia, veracidad-falsedad, respeto - falta de respeto, etc.) son valores absolutos particulares de la bip. propiamente moral; son formas particulares del bien y el mal propiamente morales.

9- Bip. espiritual 10- intelectual 11- estética 12- anticipatoria

Ya hablamos de estas bipulsiones (cap. 8). Las cuatro, junto a las bipulsiones moral global y ética global, forman la esencia de las más nuevas y compuestas. Exceptuando lo humorístico, el placer o displacer surgidos de la actividad del resto de bipulsiones, aunque tengan sus particularidades, no dejan de ser morales, espirituales, intelectuales, estéticos, éticos, o bien diversas combinaciones de ello.

Con respecto a la bip. anticipatoria, se halla siempre presente junto a la actividad de cualquier impulso o bipulsión. El interés por el éxito en el logro de la meta y de evitar el fracaso o frustración constituyen un apoyo general para todos los fines de la conducta.

13- Bip. ética global

El mecanismo básico de esta bipulsión consiste en las respuestas de agrado y aprobación hacia lo bueno, y desagrado y desaprobación por lo malo ajenos.

Como ya hemos visto, la bip. ética global es la esencia común o lo general de sus bipulsiones particulares, las cuales llevan por igual el contenido de aquel mecanismo básico. Sólo que estas bipulsiones, como formas particulares de la bip. ética global, se adaptan a tipos distintos de situaciones en que ocurre la respuesta ética.

14- Bip. ética-esparcimiento 15- ética-seriedad 16- ética-gravedad

Hay un campo de situaciones siempre graves o muy importantes en su significado social. Otro donde siempre son serias las cuestiones. Y por último están las situaciones de esparcimiento.

Cualquier situación de esparcimiento puede transformarse en seria. Cuando esto sucede, cae la “sombra” de la bip. ética-seriedad, transformando en moral propiamente dicho lo que era algo en broma o un pasatiempo. En tal caso deja de funcionar la bip. ética-esparcimiento, siendo reemplazada por la ética-seriedad. Del mismo modo, todas las situaciones son susceptibles de ser cubiertas por la “capa” de lo grave. Tanto cuando se trata de una situación de esparcimiento, como seria, si por ejemplo se ofende lo que es concebido como sagrado, tal conducta automáticamente despertará la bip. ética-gravedad en quienes vivencian el fuerte malestar ante ese hecho.

Cada una de las tres bipulsiones derivadas de la ética global tiende a volcar su actividad hacia una determinada clase de conductas o actos ajenos buenos y malos en general. La ética-esparcimiento se orienta fundamentalmente hacia los actos ajenos torpe-hábil, ridiculez-originalidad, etc. La ética-seriedad se vuelca más hacia el bien y el mal propiamente morales, lo justo-injusto, el cumplimiento - incumplimiento de la palabra, etc. Y la ética-gravedad se ocuparía, por ejemplo, de los actos de traición o de heroísmo.

La bip. ética-esparcimiento constituye el único caso en que el valor negativo (conducta ajena torpe, ridícula, estúpida, o derrota en el juego) pocas veces produce displacer en el observador (displacer estético, etc.), sino que mayormente provoca el placer de lo cómico. Aquí, tanto el valor positivo

como el negativo son placenteros para el observador de la conducta ajena; sólo que la burla es en esencia desaprobatoria, a diferencia de la admiración o reconocimiento hacia el acto hábil, original, etc.

Con respecto a la actitud hacia sí mismo por haber actuado torpemente por ejemplo, se presenta un hecho especial. Como el sujeto es a la vez autor y observador de la conducta torpe, puede dominar en su vivencia la vergüenza como autor, o la risa como observador y burlador.

17- Bip. de la inteligencia

Habrían dos formas básicas de actos estúpidos o inteligentes: 1- perspicacia - falta de perspicacia. 2- ingenio - falta de ingenio.

En primer lugar, el elemento fundamental que determina la calidad de los valores, y que funciona como parámetro indicador, es el promedio social. Así, el acto inteligente se da cuando alguien, empleando el intelecto, hace algo que la mayoría del grupo no puede hacer fácilmente; y el acto de estupidez cuando el sujeto no logra hacer lo que “hacen todos”. El acto inteligente perspicaz es el “darse cuenta” cuando el resto del grupo no se percató. La estupidez, como falta de perspicacia, consiste en ser “el único que no se da cuenta”. Por su parte, el acto ingenioso es el manejo dinámico de las tácticas, estrategias o recursos más adecuados para la situación planteada, es la facilidad para salir del paso cuando el resto del grupo no puede hacerlo fácilmente, o no se le ocurre ninguna idea oportuna para ello. La estupidez como falta de ingenio es la inversa; consiste en no poder dar solución a un problema que es sencillo para el resto.

Las dos formas de inteligencia-estupidez se ajustan a los dos tipos de situaciones en que se emplea el intelecto como función psicológica. Una es la recepción **pasiva** de los hechos, cuando se trata de captarlos, asimilarlos, entenderlos. La otra, la actitud **activa**, donde hay que aplicarlo para solucionar problemas. Es evidente que ambos aspectos se combinan y complementan.

La parte de la bipulsión que trata sobre los actos perspicaz y falta de perspicacia se forma con las bipulsiones de la habilidad e intelectual. Así, el acto inteligente perspicaz es simultáneamente un acto hábil y un entendimiento o comprensión de cierto contenido. La tontería o estupidez, como falta de perspicacia, es a la vez un no entender y un acto de torpeza.

En el ingenio - falta de ingenio, se agrega frecuentemente la bip. de la originalidad. Muchas veces el acto inteligente ingenioso, además de ser una conducta hábil y un entendimiento o dominio intelectual de la situación, es también un acto creativo; mientras que la falta de ingenio ante un problema

o situación, además de ser un acto torpe y una falta de comprensión o entendimiento (valor negativo de la bip. intelectual), puede ser una falta de creatividad, inventiva, etc.; o bien, si se intenta salir del paso con una conducta insólita e inútil, será también una ridiculez.

Las reacciones de placer o displacer de la bip. de la inteligencia, tomada en su conjunto, son simultáneamente morales-intelectuales. La parte de entendimiento, dominio cognoscitivo de la situación, comprensión, o la falta de ello, como elementos presentes en las conductas inteligente o estúpida, generan el placer o displacer intelectuales; mientras que los valores de las bipulsiones de la originalidad y/o de la habilidad proveen el aspecto moral de aquellas reacciones anímicas.

Cuando tratábamos sobre la torpeza, veíamos que era una desviación o inadecuación de la conducta en relación a lo que la realidad exige para el logro de un fin. El acto de estupidez, que sigue siendo una torpeza pero volcada al plano de la conducta mental, se ajusta también a esa situación. Es frecuente que dicho acto, como nueva forma de absurdo material o concreto, se presente cuando el sujeto hace algo que lo perjudica inútilmente, o bien cuando se abstiene de realizar una conducta que lo favorecería. Los fines absolutos de la ley general son siempre sobreentendidos. Todos sabemos, al menos en el “fondo”, que en última instancia se busca afirmar el placer y negar el displacer. Por ello, al ser ese fin algo absoluto, universal y que ya viene dado incondicionalmente, cada vez que alguien hace algo que lo lleva inútilmente al displacer, o que se desvía de lo que es adecuado para lograr el placer, aparece como un acto “estúpido”. Se trata de una inadecuación en la interpretación de lo que es mejor hacer. Como el fin ya está dado, y la situación concreta está también planteada, lo inteligente o estúpido de la conducta dependen de la adecuación con que el sujeto emplea su intelecto al decidir lo que hará. Así, el acto inteligente es hacer lo más apropiado para lograr el placer y negar el displacer en esa situación; y la estupidez surge cuando se decide erróneamente lo que lleva a un inútil displacer y no al placer. Ese efecto negativo de la conducta es la prueba de haber entendido mal lo que convenía hacer.

La bipulsión de la inteligencia participa ocasionalmente dentro del movimiento de la bip. de la humildad. La actitud de modestia o humildad, como valor positivo de esta tendencia, significa también entender, “darse cuenta” de que la valoración del papel individual no corresponde al propio sujeto, sino a los demás, al resto del grupo. Por su lado, el acto de inmodestia o soberbia tiene muchas veces un componente de estupidez y desubicación, por cuanto el individuo demuestra no comprender esa elemental situación. Busca el placer de la aprobación, pero por “error” elige

el camino equivocado, ya que por esa vía sólo se logra el “inútil” displacer del rechazo.

18- **Bip. del saber**

Se refiere básicamente al conocimiento cultural, a la valoración social de determinados conocimientos y a la desaprobación de su ignorancia.

El acto de aprender, o el saber algo específico y adecuado a una situación determinada, es un hecho placentero porque implica una manifestación de habilidad, o de inteligencia según el caso; un entendimiento o conocimiento en sí mismo (placer intelectual); y a veces un bien propiamente moral. Por su parte, la ignorancia de algo que es bueno saber puede ser simultáneamente una manifestación de torpeza, o de estupidez; un desconocimiento intelectualmente disgustante para el sujeto; y en muchos casos un mal moral.

El conocimiento cultural tiene también dos formas de manifestarse. Una se refiere al plano “teórico” (erudición, sapiencia). La otra es el saber práctico o el saber hacer (dominio de técnicas, modalidades de hacer las cosas).

La función de la bip. del saber, en combinación con la correspondiente respuesta ética, y con la bip. de la enseñanza, es la de asegurar la transmisión integral del caudal de conocimientos de la cultura. De no existir esos mecanismos, se perdería gran parte de los conocimientos en las sucesivas generaciones de la tribu.

19- **Bip. de la comicidad** 20- **humorística**

La primera corresponde al receptor y la segunda al emisor del hecho cómico o gracioso. Entre ambas forman el “sentido del humor”.

La bip. de la comicidad es similar a la estética. Esta última mueve al sujeto a encontrarse con lo bello, que producirá el placer estético, mientras que aquélla motiva a encontrarse con hechos cómicos, que provocarán el placer humorístico. Igualmente con respecto a la evitación del valor negativo: lo feo es evitado por la bip. estética, y las ocurrencias de mal gusto o sin gracia son evitadas por la bip. de la comicidad. La diferencia entre lo bello y lo cómico radicaría, entre otros elementos, en que lo bello supone una contemplación **serena** del estímulo placentero, mientras que lo cómico es la presencia de un estímulo similar pero en forma **súbita** y sorpresiva.

En cuanto a la bip. humorística, es la del autor intencional de un hecho cómico (broma, chiste).

La presencia del imp. de comunicación, como componente de la bip humorística, está dada cuando el chiste aparece como un contenido que se quiere transmitir al receptor, o también cuando se quiere decir “algo” y se recurre al humor como forma más adecuada de hacerlo. Luego, puede estar presente la bip. espiritual, al buscarse una respuesta de alegría en los demás y/o evitar disgustarlos con una salida inapropiada. También interviene la bip. de la originalidad, por cuanto el chiste aparece comúnmente como un hecho creativo y novedoso. Otro componente que está presente con frecuencia es la bip. de la inteligencia, es decir, se trata de ser ingenioso al realizar una broma, evitándose la estupidez y la desubicación.

La respuesta ética, aquí, consiste en festejar el chiste (aprobación), o en mantener la seriedad, o dar muestras de disgusto (desaprobación). También, según la situación, la desaprobación puede ser una burla pública hacia el autor del poco gracioso chiste.

En la bip. humorística es regular o constante la presencia de la bip. de la comicidad, puesto que el chiste es también festejado por el propio autor cuando lo vivencia en su mente al reproducirlo o al inventarlo.

Cuando tratábamos la torpeza y la ridiculez, más la burla como respuesta social, decíamos que el humor era una derivación de esos absurdos materiales hacia el plano simbólico. Las bipulsiones de la comicidad y humorística, así surgidas, pasaron a cumplir la función de mantener el buen estado de ánimo en la tribu. Esto contribuye, entre otras cosas, a la mayor productividad. Es sabido que el rendimiento en las tareas, de cualquier grupo humano, es mejor si hay buen estado de ánimo en el grupo. Por ello, si una tribu cuenta con ese elemento como fuente de alegría, se favorecerá el entusiasmo en las tareas, así como la buena relación social, y se tolerarán mejor las malas situaciones. Por otra parte, el humor constituye un importante elemento de reunión. Se hace agradable “arrimarse al fogón”, por ejemplo, cuando surgen bromas como componentes de la reunión social. A ello se agrega que el humor tiene lugar naturalmente en el marco de la relación social. Sólo funciona plenamente cuando hay dos o más personas.

Existen otros componentes anímicos del humor además del absurdo. A partir de la burla no solamente se deriva el absurdo, sino también la degradación hacia el autor de lo burlable. Tal degradación tiene lugar a través de la vía de entrada al placer del imp. de agresión. En los orígenes de la burla, era necesario hacer notar al autor de una conducta negativa que lo que hizo es despreciable en definitiva. Gracias a esa degradación unida a la risa el destinatario siente un útil displacer que lo lleva a evitar tales conductas. Por eso, cuando se trata de contenidos simbólicos en el chiste, también puede ir incluida cierta degradación hacia el objeto de la risa.

Es probable que el placer de la burla sea también una derivación de la vía de entrada al placer de la autoaprobación (o de la tranquilidad moral por la evitación de la autodesaprobación), o sea, la torpeza de otro sujeto implica que no fue propia; por lo tanto surgiría una autoaprobación (y/o tranquilidad súbita) a modo de “carambola moral”.

En otros casos estaría decididamente presente el imp. de agresión, cuando ya no se trata de una mera respuesta espontánea ante una conducta torpe o ridícula, sino cuando tiene forma de sarcasmo.

También son componentes del humor las sugerencias de imágenes súbitas o sorpresivas de las vías de entrada al placer de cualquier impulso, es decir la imagen súbita y sorpresiva del objeto de satisfacción.

Más allá de otros componentes anímicos secundarios, un importante elemento del chiste es la propia satisfacción del imp. de conservación. Cuando el eventual humorista obliga al receptor a imaginar una situación real grave, que parece que terminará en algo horroroso, ello provoca un progresivo temor, hasta que sorpresivamente cambia el rumbo del contenido hacia el terreno seguro, provocando una tranquilidad súbita desencadenante de la risa. Otras veces la parte final de la tranquilidad queda en manos del receptor. El humorista obliga a imaginar algo malo al receptor. Tales imágenes asustan, pero son seguidas por la rápida toma de conciencia de que eso no pasa “ahora” en la realidad.

21- Bip. artística

Se refiere básicamente a la doble tendencia a afirmar la belleza en la obra que se realiza y a negar su fealdad. Al hablar de obra, no debe entenderse sólo como obra artística propiamente dicha, sino que se incluye toda producción humana. Por eso, los valores de la bipulsión pueden aparecer como: trabajo “bien” o “mal hecho”, lucimiento o falta de lucimiento en la realización de la tarea, etc.

En la bip. artística puede estar presente el imp. de comunicación, cuando se trata de transmitir algún mensaje en la obra, o al intentar expresarse a través de ella.

La bip. espiritual también puede ir incluida, al buscarse una respuesta de agrado en quienes observarán la obra o hecho bello, evitando a su vez causar el efecto contrario por algo desagradable.

Otra bipulsión que puede encontrarse es la de la originalidad, por cuanto se trata de realizar algo creativo o novedoso, evitándose la falta de originalidad o la ridiculez.

También está la bip. de la habilidad, al agregarse la destreza puesta de manifiesto en la armonía y prolijidad en la ejecución, así como en la facili-

dad y “simpleza” con que se realiza una tarea que es difícil en general. Esto hace a una buena parte del “virtuosismo” o “maestría” en la realización de la tarea, como superlativo del valor positivo de la bip. artística.

La admiración y las muestras de agrado estético constituyen el modo de aprobación hacia el autor de la belleza. Por el contrario, las muestras de disconformidad o de rechazo estético constituyen la forma de desaprobación ética hacia el autor. Aquí no hace falta que el observador manifieste directamente al autor su disconformidad con lo que hizo. Aunque un observador dé muestras de rechazo estético hacia una obra sin importarle quién es el autor, puede ser suficiente para que este último sienta el displacer moral de la desaprobación social. Esto es así porque la desaprobación hacia la obra es la desaprobación a la conducta realizada.

Otras bipulsiones que se hallan presentes dentro de la artística son: la estética, de la belleza personal, de la inteligencia, del saber, y de la expresión de la verdad. La estética está presente por el hecho de que el autor disfruta la belleza de la propia obra. Luego, cuando la obra incluye la presencia corporal (danza, destrezas corporales, representaciones teatrales), puede buscarse también el lucimiento de la belleza personal. Por otro lado, la inteligencia o estupidez también suelen ponerse de manifiesto en la realización de la obra. Por su parte, la bip. del saber se halla presente cuando la belleza o perfección en la realización de la obra o trabajo significa “saber hacer”. Finalmente, es frecuente que se quiera mostrar una verdad por intermedio de la obra. Aquí la verdad-falsedad aparecen como lo bello y feo respectivamente. La verdad es naturalmente algo bello, y por eso produce placer estético (además de producir placer intelectual o ético en otras situaciones); mientras que lo falso, cuando simula lo verdadero, es estéticamente desagradable.

La bip. artística existe en todos los seres humanos, al igual que todas las bipulsiones. Cualquier trabajo, excepto aquellos que obligan a una absoluta automatización de la conducta, lleva contenida la belleza o fealdad de su realización.

La utilidad de la bip. artística está dada en el interés por la armonía y perfección de lo que se hace, así como por el “virtuosismo” del desempeño personal en las actividades sociales. El beneficio es directo cuando la actividad es el trabajo, y es indirecto cuando se trata de actividades propiamente artísticas, como elementos de reunión (danza, música, dramatizaciones, etc.). Luego, como lo bello siempre coincide con lo que circunda algo útil a la sobrevivencia, la búsqueda de lo bello es siempre un acercamiento hacia lo bueno para la vida.

22- Bip. de la bondad

Es fundamentalmente espiritual en su esencia. No obstante, tiene un importante componente moral. La maldad es algo rechazable o condenable, mientras que la bondad es digna de aprobación.

La función de la bip. de la bondad está dada en la ayuda mutua y en la búsqueda de lo bueno para los compañeros.

Debemos tener en cuenta que las bipulsiones no sólo están determinadas en su particularidad por los componentes anímicos, sino que la forma especial de su combinación, más el contexto de las situaciones regulares de la vida social donde aparecen los valores absolutos, contribuyen a la determinación concreta de cada tipo de valores. Así, la bip. de la bondad tiene esencialmente los mismos componentes anímico-motivacionales que la bip. de la responsabilidad social (bip. espiritual y propiamente moral). Sin embargo, el deber y el acto de bondad, como nociones que encierran géneros de conductas claramente definidos, están organizados o estructurados de tal forma que se ajustan a tipos distintos de situaciones sociales. El cumplimiento del deber se vuelca más hacia aquello que es positivo para el grupo en su conjunto, siendo más general, más impersonal en su orientación. En cambio el acto de bondad se refiere al beneficio directo hacia uno o más individuos, pero con una orientación particularizada.

23- Bip. de la generosidad

Es una derivación de la bip. de la bondad, pero adaptada a un tipo especial de situaciones. No obstante, los actos mezquino o egoísta y generoso o altruista son formas particulares de la maldad y bondad; son valores absolutos particulares de la bip. de la bondad. La bondad-maldad abarcan un marco mayor de situaciones. En cambio el egoísmo-generosidad son específicos al hecho de compartir u ofrecer lo bueno que se tiene o negarse a ello.

La bip. de la generosidad tiene la utilidad de asegurar la "homeostasis" del organismo social, es decir, el equilibrio en la distribución de los bienes o productos en el interior de la tribu. Es mejor la reciprocidad de la generosidad que un egoísmo recíproco o mezquindad general. De los dos modelos de tribu, el primero tiene una gran ventaja para la sobrevivencia común.

24- Bip. de la responsabilidad social

En primer lugar es necesaria una consideración sobre los distintos sentidos del concepto: responsabilidad. Dicho concepto significa en principio: condición, facultad o capacidad de responder.

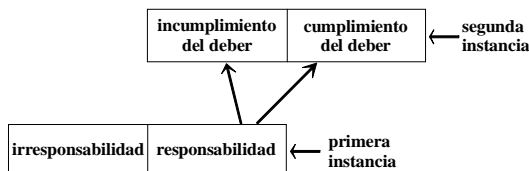
Entre los diversos sentidos en que se utiliza el término, encontramos tres fundamentales:

1- El primero trata sobre el estar a cargo, o responder ante algo, o bien sobre la autoría de un hecho. Así por ejemplo, se puede afirmar: “aquel sujeto es el responsable de determinado hecho”, o “este factor tiene la mayor parte de la responsabilidad en x fenómeno”. Tal sentido del concepto no tiene mayor importancia para nuestro contexto. Se refiere solamente a una condición objetiva en la que se puede encontrar un sujeto (u objeto), el que es responsable de algo, independientemente de que sea positivo o negativo aquello de lo que se trata. Esto poco tiene que ver con los valores de la bip. de la responsabilidad social, los cuales tratan básicamente sobre la respuesta del individuo ante las necesidades o demandas sociales.

2- El segundo significado se refiere al grado de desarrollo del “sentido de la responsabilidad”, a las actitudes en que el sujeto asume o no la responsabilidad de cumplir con algo, poniendo de manifiesto el hecho de sentir la obligación interna de responder en favor del grupo. Aquí los valores absolutos aparecen como “responsable”-“irresponsable”. La actitud responsable es la que denota que funciona la obligación interna o el llamado del deber en el sujeto, quien lo asume como algo que debe hacer, más allá de que luego lo cumpla o no. Y la irresponsabilidad como valor negativo significa que el individuo da muestras de no tener suficientemente desarrollada la capacidad de responder ante las demandas sociales, o lo que el grupo necesita. Así, la actitud irresponsable está dada cuando no aparece la obligación interna de cumplir con algo. El sujeto da muestras de no sentir el llamado del deber, ni el temor a no cumplirlo; directamente es ajeno al cuestionamiento sobre lo que debe hacer; el cumplimiento o incumplimiento del deber carecen de significado anímico para el individuo. Por ello, esta situación implica la actitud de “falta de responsabilidad” o “irresponsabilidad” como valor negativo.

3- El tercer y último sentido es el que más nos interesa. Se refiere a los casos donde ya está desarrollado aquel sentido de la responsabilidad, y la cuestión central se plantea entre el cumplimiento o incumplimiento de un deber ya asumido como tal. Aquí es donde está el funcionamiento pleno de la bipulsión. El sentido anterior trata sobre la “puesta en funcionamiento” de la bipulsión ; se refiere a si está o no desarrollado el sentido del deber. Pero una vez desarrollada esa capacidad de sentir la obligación interna de responder ante cada situación en busca de lo positivo para el grupo, y donde el cumplir o no con ello adquieren significado anímico para el sujeto, allí comienzan a regir el deber y su incumplimiento como valores absolutos, que serán fuentes de placer o displacer morales-espirituales. En cambio, si no

está desarrollada la responsabilidad básica, o el sentido del deber, no funcionan el deber y su incumplimiento como valores. Por ello, los valores: “responsable”-“irresponsable”, que vimos anteriormente, son como la primera instancia de la bipulsión. Si el sujeto no desarrolló el sentido del deber o la actitud de responsabilidad, queda sólo como “irresponsable”, sin pasar a la segunda instancia funcional de la bipulsión. Pero luego de desarrollado el sentido del deber, y ser el individuo “responsable” como valor positivo de la primera instancia, allí se pone en funcionamiento la segunda instancia, que trata sobre el cumplimiento o no de un deber ya asumido como tal. Aquí se da lugar al movimiento de los valores absolutos: cumplimiento del deber - faltar al deber, como valores que se mueven sobre la base de una responsabilidad social ya desarrollada. Esquemáticamente :



Estos elementos se hallan estrechamente relacionados. El dinamismo de las situaciones de la convivencia social hace que aparezcan combinados los dos aspectos, siendo prácticamente imposible distinguirlos. Pero para simplificar nuestra labor, consideraremos sólo el funcionamiento de la segunda instancia de la bipulsión (cumplir el deber - faltar a su cumplimiento), suponiendo un grado normal, promedio, de desarrollo del sentido del deber; es decir, supondremos que los sujetos ya son responsables y todos sienten regularmente la obligación interna o el llamado del deber. Tal desarrollo del sentido de la responsabilidad social básica es algo que debía existir en la tribu. Las propias condiciones naturales de vida favorecen el desarrollo moral y espiritual en el conjunto de individuos. Por ello, lo normal o natural es la presencia de aquella responsabilidad básica, como capacidad de vivenciar la obligación interna con regularidad. Mientras que la carencia de esa capacidad (falta de responsabilidad) es ya una alteración del normal funcionamiento psíquico. El psicópata es el sujeto que prácticamente no ha desarrollado el sentido del deber o la capacidad de vivenciar aquella obligación interna; el cumplir el deber o el faltar a su cumplimiento no tienen significado anímico, no implican placer o displacer morales-espirituales para el individuo.

Existen grados intermedios del desarrollo de la responsabilidad social básica. Así, un sujeto puede ser “falto de responsabilidad” sólo porque tiene poco desarrollado el sentido del deber, sin llegar a ser psicópata. De todas formas, en el psiquismo sano existe siempre un considerable desarrollo del sentido del deber. Por eso, consideraremos como ya dado ese desarrollo, y atenderemos sólo el deber y su incumplimiento como los valores absolutos fundamentales de la bip. de la responsabilidad social. Estos son los valores que funcionan con más relevancia en un medio social donde todos son normales o sanos en tal sentido, funcionando continuamente el llamado del deber. En otras palabras, sólo rescataremos el último de los sentidos del concepto, haciendo coincidir el acto de responsabilidad social con el cumplimiento del deber, y la actitud irresponsable con su incumplimiento (recordando, obviamente, que quien tiene una conducta o actitud “irresponsable” al faltar a su deber, es no obstante un sujeto que tiene desarrollada la responsabilidad social en términos absolutos, y por eso siente la **culpabilidad** como dolor moral-espiritual).

25- Bip. de la abnegación

Habíamos observado que la bip. de la responsabilidad social da lugar a varias bipulsiones particulares, que contienen el cumplimiento-incumplimiento del deber como esencia común. En todos los casos, estas bipulsiones derivadas suponen aquel desarrollo básico de la responsabilidad social o del sentido del deber.

La de la abnegación se destaca entre las derivaciones o formas particulares de la bip. de la responsabilidad social, como la que está sometida con más frecuencia y significación al llamado del deber; es la que empuja en forma más directa a responder en servicio del grupo y sus intereses.

Hay dos formas de actos o actitudes de abnegación o faltos de abnegación, que se expresan en los siguientes pares de valores: 1- falta de voluntad de trabajo, vagancia - actitud trabajadora, dedicada, voluntariosa. 2- negarse a realizar un acto de servicio o de sacrificio personal - acto de servicio. La primera forma trata sobre una actitud frente al trabajo cotidiano, que tiene siempre utilidad social. La conducta abnegada y la falta de abnegación se refieren, en este caso, al modo en que el individuo responde ante las diarias obligaciones. Aquí es casi permanente la respuesta a las exigencias objetivas del trabajo, donde el sujeto constantemente renuncia a otras cosas por cumplir con su obligación (valor positivo), o bien falta a esa obligación,

sentida como tal en su interior, dejándose llevar por otros motivos que hacen a su bienestar individual directo, pero apareciendo la culpabilidad como displacer moral-espiritual ante lo que es negativo para el bien común (valor negativo). La segunda forma de la abnegación (acto de servicio), a diferencia de la anterior, se refiere a la respuesta del individuo frente a situaciones especiales e imprevisibles, que requieren una singular iniciativa en relación a lo que corresponde hacer. Las otras formas del deber suelen adecuarse a situaciones que permiten establecer formalmente en qué consiste el deber. En cambio el acto de servicio, como respuesta de especial entrega individual, rellena aquel sector de la realidad que corresponde a lo circunstancial e imprevisible de las situaciones. Aquí tiene lugar una acentuación del deber interno como fuerza impulsora. El sujeto siente en un grado significativamente mayor la obligación interna que la externa (aunque también persiste la respuesta social hacia el acto de sacrificio individual, o hacia la actitud de negarse a cumplirlo).

Además de ser una forma particular de la bip. de la responsabilidad social, la bip. de la abnegación, tomada en su totalidad, lleva también contenida en su esencia la presencia de otras bipulsiones. Una es la de la generosidad. Es decir, el acto abnegado, además de ser una forma directa del deber, es a la vez un acto de altruismo, generosidad o renunciamento; mientras que el faltar al acto de abnegación implica una actitud egoísta. Otra bipulsión que está a veces presente en la de la abnegación es la bip. de la valentía. Esto ocurre en los casos en que el acto de servicio, como especial entrega personal, es a la vez una manifestación de valentía, y la negativa a realizarlo supone una actitud de cobardía.

Digamos, por otra parte, que el llamado del deber, cualquiera sea su forma, es un sentimiento que surge como respuesta a un criterio personal, o bien a una sugerencia externa, pero aceptada internamente, de lo que es mejor para el bien social o grupal. En caso de no aceptarse internamente, ya sea por ausencia de un adecuado desarrollo del sentido de la responsabilidad social, o por no estar el sujeto de acuerdo en los criterios, pero no obstante realizarse la conducta impuesta externamente, se tratará en general de la mera actividad del imp. de conservación, que evita el castigo u otra consecuencia negativa del incumplimiento.

Hay que recalcar que el beneficio o perjuicio sociales a los que llevan las conductas o actitudes individuales son los que determinan en última instancia lo positivo o negativo de las conductas. Así, si un sujeto es muy abnegado, laborioso, sacrificado, pero lo que hace no está orientado al beneficio social, sino que tiende deliberadamente a perjudicar los intereses del grupo,

será merecedor del repudio, sin importar cuán esmerado haya sido su accionar. Sin embargo, cuando el producto social es neutro, o no favorece ni perjudica a los demás, tiene lugar cierta valoración espontánea hacia las conductas sacrificadas o que implican un gran despliegue del esfuerzo personal. Este fenómeno tenía la utilidad, en la tribu, de favorecer y alentar ese tipo de actitudes, dado que aunque en algún caso particular no lleven al beneficio social concreto, el aprobarse o reconocerse el esfuerzo en sí mismo, y el desaprobarse o rechazarse las actitudes contrarias, significan un estímulo que promueve el desarrollo de un adecuado “espíritu de sacrificio” en todos los miembros de la tribu, lo que termina siendo positivo para la sobrevivencia del conjunto.

En esos casos, donde no hay un destino social concreto de la conducta, el esfuerzo-haraganería aparecen sólo como formas del bien y el mal propiamente morales. O sea, al no estar el contenido espiritual, que junto al moral forman el deber o el acto de responsabilidad social, queda sólo el bien moral como esencia de la conducta sacrificada. Pero cuando el destino del esfuerzo es el beneficio social, allí se agrega la motivación espiritual, junto a la moral básica, transformándolo en un acto de abnegación como forma del deber.

26- Bip. de la justicia

Esta forma del deber lleva a veces la esencia del acto de altruismo o generosidad. Ello tiene lugar cuando cierta tentación egoísta, cuya realización significaría una acción injusta, se ve contrarrestada por el altruismo de la motivación que impulsa a obrar con equidad. También se incluye a menudo la bip. del respeto. Esto sucede cuando el obrar con equidad, con sentido de justicia, es a su vez una muestra de consideración, de respeto por los derechos ajenos; mientras que el acto de injusticia supone una falta de respeto y consideración hacia el eventual perjudicado.

La función de esta bipulsión es también la de garantizar la “homeostasis” o el equilibrio en todos los aspectos de la relación social (distribución de bienes, tareas, retribuciones, igualdad de derechos, ausencia de privilegios, etc.). El equilibrio interno es algo vital para todo organismo vivo. Aunque el organismo social sea un fenómeno sociológico, sigue siendo biológico en su esencia más general. Por ello, sus nuevas leyes particulares, aunque sean de un nivel superior en cuanto al grado de organización funcional, jamás pueden oponerse a las leyes más básicas del nivel biológico. Entre esas leyes esenciales, compartidas por todo organismo vivo, está la homeostasis o autorregulación de los equilibrios internos. En el organismo social primario,

esta función es cumplida por la interacción de la actividad de muchas bipulsiones, entre las que se destaca la de la justicia. El sujeto ve en la conducta propia justa, o adecuada a las eventuales normas de justicia, un bien moral y algo que es bueno para el grupo, por favorecer la convivencia y el mejor funcionamiento del conjunto.

Las conductas: justa o injusta, pueden también estar presentes en la segunda fase de la bip. ética global y sus derivadas. Esto sucede cuando el premio o castigo (morales o materiales) que se dará a un sujeto, son precedidos por un cuestionamiento sobre qué premio o castigo es lo más justo, si tuvo la culpa o no, si merece el reconocimiento, etc. También la expresión: "hacer justicia", en alusión a la aplicación de un castigo o al otorgamiento de un determinado premio, hace clara referencia a la presencia de la bip. de la justicia como componente motivacional y regulador de la respuesta ética.

27- Bip. de la lealtad

El proceder con lealtad en una situación determinada es el deber de responder con consecuencia a una causa común, es no defraudar las expectativas de un compromiso fundamentalmente implícito o sobreentendido, es no apartarse de la línea de conducta que los demás confían que seguirá el sujeto.

La fidelidad es prácticamente sinónimo de lealtad. La única diferencia estaría dada en los matices afectivos del hecho. La lealtad se refiere generalmente a compromisos más formales y de mayor importancia social; es la subordinación hacia una persona, grupo o causa, que aparecen como autoridad moral. En cambio la fidelidad-infidelidad se presentan principalmente en compromisos más íntimos o privados, y sin aquella relación de autoridad moral.

La deslealtad no siempre es traición. Un acto de deslealtad puede ser por ejemplo: insubordinación, negligencia, deserción, o simplemente abandonar la causa comunicando el desacuerdo. En cambio la traición, además de deslealtad, se compone de otros elementos, entre los que se cuenta el engaño deliberado, así como el ataque, especialmente hacia el propio grupo, volviéndose en su contra y tratando de perjudicarlo. En otras palabras, la traición supone siempre deslealtad, pero no viceversa.

La utilidad de la bip. de la lealtad se desprende de comparar dos tribus imaginarias, donde en una sus miembros sienten el deber de ser leales al grupo y a la causa común, y en la otra nadie sabe qué es eso.

28- Bip. de la información

Cuando alguien tiene el conocimiento de algo que es de importancia, sobre todo para el grupo, sentirá el deber de informarlo, siendo un incumplimiento del mismo el ocultar la información de importancia social.

En esta forma del deber se agrega el imp. de comunicación, con su nec. de transmitir la información. Por tal motivo, la bip. de la información no sólo procura el placer y evitar el displacer moral-espirituales con el cumplimiento del deber, sino que también cuenta con la satisfacción concreta de aquel impulso. Esa suma motivacional absoluta brinda mayor seguridad de que tenga lugar la transmisión de toda información importante.

29- Bip. del cumplimiento de la palabra

A diferencia de la bip. de la lealtad, donde el compromiso es más estable e implícito, en esta bipulsión se trata del cumplimiento o no de compromisos expresos y ocasionales. Entre éstos encontramos por ejemplo: promesas, pactos, tratos, convenios.

En el cumplimiento o incumplimiento de un compromiso se pone en juego la palabra de honor. Una vez prometido algo, aparece el deber de cumplirlo. Cuando los valores funcionan con cierto vigor, es muy humillante faltar a la palabra.

La función de la bipulsión es la de permitir que los miembros de la tribu se manejen descontando como hecho el cumplimiento de lo que cada uno se ha comprometido a hacer. El incumplimiento de la palabra es algo que desorganiza los planes, descompaginando las tácticas o estrategias grupales. Es importante para el buen funcionamiento de la tribu, cierta seguridad de que cada uno cumplirá con lo que promete. Por eso es naturalmente severo el rechazo ético a quien falta a su palabra.

30- Bip. del respeto

La actitud respetuosa y la falta de respeto son formas particulares del bien y el mal propiamente morales. Pero además de la bip. propiamente moral, la del respeto lleva con frecuencia la esencia de otras bipulsiones. Una es la de la bondad; es decir, el mostrar respeto o consideración es en muchos casos un acto bondadoso, y la falta de respeto una expresión de maldad. Por su parte, la bip. de la humildad se halla también incluida en la del respeto, cuando la actitud respetuosa es a la vez una manifestación de reconoci-

miento y valoración hacia el otro, como evidencia de la convicción del sujeto de que él mismo no es lo más importante, sino que aquél es igual de importante y valorable, mereciendo por tanto todo el respeto y consideración hacia su persona. A su vez, la soberbia se encuentra presente cuando la falta de respeto o consideración es una expresión del poco valor o importancia que el sujeto da al otro. Esa actitud denota la presunción de que se es superior o más importante, y que por tanto no hay motivos para respetar “demasiado” a los demás.

El respeto sirve directamente a las relaciones humanas. Favorece el funcionamiento efectivo del grupo, al evitarse peleas u hostilidades inútiles (esto es extensivo a las relaciones entre tribus). También, el respeto se vuelca hacia los símbolos, costumbres, y demás elementos tribales que favorecen la unidad espiritual de los miembros de la tribu.

31- Bip. de la expresión de la verdad

Es una forma particular de la bip. propiamente moral, ya que es un bien decir la verdad y un mal moral la mentira, el engaño. También puede estar contenida la esencia de la bip. de la información; esto es, cuando decir la verdad es, además, el deber de proveer una información de importancia social, y el mentir implica al mismo tiempo desinformar, ocultar o deformar los hechos, faltando al deber de darlos a conocer.

La utilidad de la bipulsión es evitar la transmisión y el convencimiento de información falsa, que es perjudicial para el ajuste a las exigencias de la realidad. Al ser una ventaja para la sobrevivencia de la tribu el manejo de información verdadera, debía desarrollarse un placer o displacer estético-éticos en el receptor de la información, o en cualquier observador, según se ponga en evidencia la veracidad o falsedad de lo que otro exprese.

Las bipulsiones de la expresión de la verdad y de la información son muy parecidas, y en muchos casos se funden totalmente. En general son más inseparables los valores positivos: decir la verdad e informar; mientras que a veces no sucede lo mismo con los negativos, es decir, en algunos casos se miente sin ocultar (“inventar” una historia) o viceversa (ocultar un contenido sin decir una palabra).

Las bipulsiones de la expresión de la verdad y de la información tienen además una importante influencia sobre la propia conducta práctica. Cuando alguien sabe que no podrá mentir, u ocultar, por implicar una segura con-

dena y/o autocondena morales, eso lleva a evitar, en los hechos, la realización de actos concretos negativos.

32- Bip. de la devoción tribal

Es una expresión de la máxima valoración a la Tribu (la mayúscula hace referencia al sentido de patria, pueblo o “espíritu colectivo”). La adoración y el respeto sagrado hacia ella es algo seleccionado por la naturaleza, por favorecer la unidad espiritual de los miembros de la tribu, así como la autodisciplina y la existencia continua de una causa común.

Existe un deber interno y externo de rendir tributos al “espíritu colectivo”. El honrar a lo supremo y a sus símbolos sagrados es al mismo tiempo una manifestación de lealtad y de respeto; a la vez que la ofensa o agravio propios hacia ese ente supremo es una muestra de deslealtad y una falta de respeto.

En esta tendencia está presente con frecuencia la bip. de la abnegación. La devoción hacia la Tribu no es sólo de palabra durante las ceremonias, sino que también se expresa en los hechos. Se procura trabajar continuamente para ella y defenderla bajo cualquier circunstancia. El criterio de lo que es bueno para la Tribu hace aparecer espontáneamente el llamado del deber. Ese espíritu colectivo, según sus requerimientos, “llama” a cumplir con él. El sujeto siente en su interior que la Tribu-patria es la que necesita de él. Por lo tanto, siente la obligación moral-espiritual de ofrecer sus servicios, como tributo a aquello que es adorado y digno de las mejores ofrendas.

El placer concreto de la bipulsión se da en el acto de venerar, o al rendir un tributo hacia la Tribu, lo que se combina con la emoción y el asombro ante los símbolos que representan a ese espíritu colectivo, magnificante y poseedor de las máximas virtudes. La contemplación de tal grandeza produce un asombro y admiración profunda como placer estético-ético ante lo bueno. Luego, las alabanzas y muestras de aprobación o de máxima estima llevan la mecánica de la segunda fase ética. A ello se suma el hecho de ser un deber el honrar y venerar a la Tribu, como muestras de respeto y lealtad. El displacer concreto de la bipulsión que estamos tratando surge cuando se ofende al espíritu colectivo, o cuando no se cumple con él.

La especial valoración que suele haber hacia un líder, o hacia el jefe de la tribu, encierra la sobrevaloración natural hacia lo que él está representando. La figura del líder (o de los líderes si hay más de uno) es tomada como la “personificación” de aquello más grande que es el verdadero contenido de la valoración suprema.

El liderazgo, como fenómeno, tiene la utilidad de favorecer el funcionamiento organizado del grupo. Por más buena voluntad que tengan los miembros de la tribu, si no hay una adecuada centralización de la información y coordinación de las tareas grupales, se haría desordenado e ineficaz el funcionamiento del organismo social. Por eso es importante que se respete y se ofrezca la lealtad a quien supo ganarse el aprecio de todos, siendo reconocido como el representante de la tribu y de su sagrado espíritu colectivo. La figura del jefe (probablemente un anciano, cuyos valores personales y sabiduría le confieren la suficiente autoridad moral) es uno de los símbolos del espíritu colectivo. Por ello, el especial respeto al líder es equivalente al que existe hacia cualquiera de los símbolos e insignias que representan aquello auténticamente venerable que es la Tribu.

En cuanto a las ceremonias en que se honra al espíritu colectivo, sirven como un elemento más de reunión física y espiritual, y contribuyen a recargar las fuerzas morales, renovando el interés de trabajar por la causa común, lo que redundaría en beneficio del conjunto.

La bip. de la devoción tribal es una importante premisa anímica y motivacional del fenómeno religioso. Pero esa tendencia, por la que se vive trabajando y sirviendo a un ente supremo, al que se ofrece lo mejor de sí, y al que se rinde tributos y honores, no significa que haya una religiosidad innata. Lo que nos demuestra esa tendencia es solamente que la naturaleza seleccionó las tribus que fueron más protegidas y amadas por sus miembros.

Detengámonos un momento en el análisis de la religiosidad. Además de la bip. de la devoción tribal, hay otros elementos psicológicos importantes de los que se vale; éstos son: la bip. intelectual (junto con sus derivaciones: del saber y racional), y los impulsos de conservación, de gozo y de recuperación.

La bip. intelectual procura dar explicación a los fenómenos, evitando la confusión, la falta de dominio cognoscitivo, el desconcierto, como estados de displacer intelectual. En el pensamiento primitivo, dada la ausencia de conocimientos sobre las relaciones causa-efecto de muchos fenómenos, y ante la necesidad de darles alguna explicación, se hacía factible o “esperable” la aparición de concepciones mágico-animistas o religiosas acerca de ellos. En aquellas condiciones, tales ideas cubrirían esa necesidad intelectual o cognoscitiva, lo que ordenaría de algún modo el caos de la confusión y la incertidumbre, dando una cierta sensación de “control de la situación”, que permitiría manejarse mejor frente a la Naturaleza.

Con respecto al imp. de conservación, se halla también presente como material anímico de la religión. El **temor** a la idea de la muerte encuentra en

la suposición de la inmortalidad la solución ideal como motivo de tranquilidad. Luego, el imp. de gozo suma su **deseo** por esa vida eterna, que no sólo libra de la muerte, sino que es fuente de puro placer (el paraíso, etc.). Tal suposición es tan atractiva que provoca, según el caso, una continua ilusión, acompañada por el rechazo a toda lógica o razón que atente contra esa creencia tomada como segura e indudable.

El otro impulso que participa como sustento de la idea religiosa es el de recuperación. La idea de que existen seres superiores que protegen y ayudan al sujeto, significa recuperar la sensación de protección y seguridad que brindaban los padres o adultos durante la niñez. También, el imp. de recuperación influye cuando actúa en el marco de la bip. espiritual; esto es, cuando la pérdida de seres queridos, y la imposibilidad material de reencontrarse con ellos, llevan a favorecer la creencia de que aún viven en el otro mundo, y que algún día se producirá el reencuentro.

Tenemos, de ese modo, varios elementos anímicos o tendencias de la motivación en los que se apoya el fenómeno religioso. Pero dicho fenómeno no es algo indispensable para el saludable funcionamiento psíquico. La bip. de la devoción tribal, por ejemplo, no necesita dioses para no obstante funcionar con toda naturalidad orientada hacia la tribu, la patria, los ideales supremos de una agrupación, o cualquier ente factible de ser valorado. Las bipulsiones intelectual, del saber y racional, no requieren de las ideas religiosas cuando cuentan como hoy con una concepción científica del mundo que satisface a la razón mucho más que las confusas y arbitrarias explicaciones religiosas. En cuanto a los impulsos de conservación, de gozo o de recuperación, pueden funcionar con toda normalidad orientados al mundo real, o hacia los sueños y fantasías inclusive, pero donde no hace falta perder de vista la diferencia entre lo ilusorio y lo real.

Es probable que los primitivos hayan tenido elementos de religiosidad. Pero al menos en la línea evolutiva que terminó en el organismo social primario, debía ser algo mínimo y como parte de los sentimientos de adoración hacia la Tribu o espíritu colectivo, así como a la memoria de antepasados o héroes desaparecidos, y demás símbolos tribales. Tales elementos, como ya vimos, cumplirían la función de favorecer la unidad espiritual y sostener las fuerzas morales. Pero fuera de esos útiles sentimientos tribales, se hace evidente que las tribus que se guiaran demasiado por ideas religiosas, debían necesariamente quedar en el camino en la lucha por la sobrevivencia, por tratarse de algo objetivamente negativo a los fines del indispensable ajuste a la realidad, a las leyes de la naturaleza.

Por eso, la importante presencia de la religión en los tiempos modernos es más explicable desde el nivel sociológico e histórico, desde su función como parte del aparato ideológico de las clases dominantes; motivo por el cual siempre fue apoyada y sostenida materialmente por ellas. La difusión de imágenes e interpretaciones deformantes de la realidad tiene el efecto de dificultar la toma de conciencia, por parte de los oprimidos, de las verdaderas y terrenales causas de su condición, deteriorando por tanto su voluntad y capacidad de revertirla.

33- Bip. moral grupal

Tomemos como modelo un equipo deportivo. Lo que procura la bip. moral grupal de cada integrante del equipo es lograr una conducta o labor buena o destacada del grupo y evitar todo desempeño negativo o deshonroso de su equipo. El mérito del equipo produce un placer moral en el sujeto identificado. Esto es una especie de autoaprobación, pero referida a la conducta grupal. También puede haber una aprobación social concreta si alguien felicita al sujeto por la buena labor de su equipo, o cuando se escuchan halagos externos hacia el grupo. Luego, lo malo o demeritorio del grupo produce un displacer moral en el individuo, que consiste en la “auto-desaprobación grupal” o, también, en la desaprobación social hacia el sujeto por el mal desempeño de su equipo, o en la humillación externa hacia el grupo.

En la estructura de la bip. moral grupal está presente la moral global. Recordemos que la bip. moral global se extiende abarcando el conjunto de bipulsiones que tienen en su esencia el mecanismo de buscar lo bueno y negar lo malo propios. Pero en este caso no se trata de una mera ramificación o derivación aislada de la bip. moral global, sino que en el movimiento de la bip. moral grupal puede entrar cualquiera de las bipulsiones derivadas de la moral global. Así, se puede procurar que el grupo tenga conductas hábiles, inteligentes, valientes, heroicas, abnegadas, etc. Es la aplicación o traslado de ese gran mecanismo moral a la conducta grupal. Por eso, al decir que la bip. moral grupal se forma con la moral global, debe entenderse que se forma con cualquiera de las bipulsiones derivadas de ella. Se incluyen todas las formas de lo bueno o malo del propio grupo.

Además de la bip. moral global, en la moral grupal se halla también presente la espiritual. El equipo deportivo, en el ejemplo, es el O.M.I.F. Por lo

tanto se quiere todo lo positivo para él. Lo que sea favorable para el equipo provocará un placer espiritual, y lo negativo o malo en general producirá un displacer espiritual en el sujeto.

Así como la bip. espiritual se basa en la actividad del M.I.F., la moral grupal supone la activación de un nuevo mecanismo de identificación: el M.I.F.M. (mecanismo de identificación fraternal y moral). El buen desempeño del grupo no sólo produce el placer espiritual por ocurrir algo favorable al O.M.I.F., sino que la identificación **moral** agregada hace que el mérito del grupo sea extensivo al propio sujeto identificado, quien deposita su honor en el resultado de su equipo. Por ello, el equipo es el O.M.I.F.M. (objeto del mecanismo de identificación fraternal y moral). El individuo se identifica simultáneamente en lo fraternal y moral con su grupo. Siempre produce placer moral-espiritual todo lo bueno o meritorio del O.M.I.F.M. Este es el sentimiento de orgullo y honor grupales.

El M.I.F.M. tiene una gran flexibilidad en relación a los posibles objetos de la identificación fraternal y moral. El mecanismo puede funcionar paralelamente con un club deportivo, un grupo de trabajo, una agrupación política, etc. Esta flexibilidad la vemos también cuando se distribuyen dos o más grupos al azar para realizar un juego, y donde ello es suficiente para que en los miembros de cada grupo comience a funcionar la bip. moral grupal. Aquí el M.I.F.M. adopta como objeto a ese grupo ocasional. Cada sujeto trata de que su grupo sea el ganador, o que sea el mejor, según de qué se trate la actividad.

Aunque el M.I.F.M. esté librado a esa diversidad de posibles objetos ocasionales en que se puede fijar la identificación fraternal y moral, en el primitivo existe no obstante un O.M.I.F.M. que es estable e invariable: la tribu. La identificación fraternal y moral con la tribu es algo que persiste invariablemente. Siempre es un orgullo lo bueno o destacado de la tribu y es deshonroso o humillante lo negativo de ella.

Es posible, además, que en la época del organismo social primario haya existido, tal como se ha observado en distintas tribus contemporáneas, la división en varios subgrupos relativamente estables, determinados principalmente por el grado de parentesco (familia, linaje, gens).^{*} En tal caso, el grupo al que se pertenece constituiría también un O.M.I.F.M. estable.

La existencia de tales subgrupos sería algo positivo para la sobrevivencia de la tribu, por cumplir dos importantes funciones. Una es la referida a la **demarcación** de los parentescos. Ello ordenaría y facilitaría la tendencia a evitar la reproducción entre cosanguíneos (incesto); esto, teniéndose en

^{*} Véase Morgan Lewis H. **La sociedad primitiva**. Colofón. México

cuenta la importancia de la variación genética. Es decir, sobrevivieron los organismos sociales en cuyos miembros existía una tendencia a eludir el contacto sexual con familiares directos o cosanguíneos, por tratarse de algo negativo a los efectos de la transmisión genética a la descendencia. La otra función de esas divisiones sería la de promover la **emulación** o competencia en el plano moral entre los grupos, donde los sujetos se interesarían por el honor y la buena imagen de su grupo de pertenencia. Esta situación significaría la presencia de una condición estimulante para el mejor funcionamiento y la mayor eficiencia del conjunto.

Además de la identificación con diversos grupos, hay una forma especial en que funciona el M.I.F.M., y consiste en tomar como ídolo a un individuo destacado y admirado, con el que se produce una fuerte identificación. En esa situación, los méritos o hazañas del ídolo generan un placer del tipo similar al que produce un mérito propio. El ídolo es como el "representante" del sujeto, es el ejecutor de sus aspiraciones. Este mecanismo tendría la función de orientar el aprendizaje. Como el niño o adolescente identificados quieren ser como el ídolo, tienden a imitarlo o a copiar su comportamiento. Se trata de la adopción de modelos, que llevan a que el niño o adolescente se desarrollen aprendiendo a hacer todo lo bueno que hacen los ídolos (lo que sin dudas es algo favorable para la sobrevivencia de la tribu). Tal mecanismo persiste en el adulto, pero la niñez y adolescencia son las etapas en que funciona con plenitud. En el adulto decae el peso de esta función, por estar ya prácticamente concluido el desarrollo de las capacidades y de los valores de la personalidad. Sin embargo, aún persiste cierta identificación con individuos ejemplares (héroes, etc.) a quienes se quiere imitar. Ello contribuye a mantener y consolidar todo el sistema de valores y a orientar el rumbo de los ideales morales que el sujeto se fija para su persona.

Hay que recalcar que el fenómeno que estamos observando funciona con la mecánica anímica de la bip. moral grupal, o sea, produce un placer espiritual y moral aquello bueno del ídolo con el que se establece la identificación, y un displacer espiritual y moral todo lo defectuoso o negativo de ese personaje admirado (motivo por el cual se torna difícil admitir sus falencias). En otras palabras, lo que no debemos perder de vista es la reacción de placer o displacer del sujeto identificado, como respuesta a lo bueno o malo respectivamente del objeto de la identificación fraternal y moral. Esto es lo que define a la bip. moral grupal, de la que aquel fenómeno es un caso especial.

Lo bueno o malo del grupo también funcionan cuando se deposita el honor del grupo en un representante. Aquí el mérito o demérito es de un

individuo. Pero como ese sujeto es concebido en su condición de miembro del grupo, o como una “parte” de éste, su buen desempeño es un orgullo para sus compañeros. El mérito es simultáneamente del individuo y del grupo al que pertenece. El sujeto destacado es de los “nuestros”. Por lo tanto, su mérito es extensivo a cada individuo identificado con el grupo.

En definitiva, el M.I.F.M., y con él la bip. moral grupal, pueden funcionar con cualquier cosa que el sujeto conciba como “lo suyo”. Es como si el yo moral se amplificara, abarcando a todos los grupos, personas, animales u objetos con los que se establece la identificación fraternal y moral. Así como la sola identificación fraternal, que hace a la bip. espiritual, se puede dar con los más diversos entes, para los que se quiere lo bueno o lo favorable en todo sentido, de igual forma, la identificación moral agregada, que hace a la bip. moral grupal, tiene también un gran alcance de contenidos posibles. Por ejemplo, cuando la trama de una película lleva a ponerse “a favor” del protagonista, significa que se lo adopta espontáneamente como objeto del M.I.F.M., por lo que las hazañas de aquél suelen ser vivenciadas como propias.

Antes de pasar a la siguiente bipulsión, analizaremos la relación entre las bipulsiones moral grupal y de la devoción tribal. Lo que encontramos en común entre ellas es que actúan en relación al mismo objeto. Así, la Tribu-patria es aquello que se venera y honra, rindiéndole tributos, pero al mismo tiempo lo bueno y lo malo de esa Tribu-patria son vivenciados como propios.

En primer lugar, debemos distinguir dos estados paralelos del funcionamiento psicológico normal. Si observamos una tribu, veremos que tiene relaciones internas y externas. En lo interno funciona el yo individual; y en lo externo el yo social o “nosotros”. Cada individuo es “yo” en relación a sus compañeros y a la Tribu; y es “nosotros”: la Tribu, en relación a todo lo extraño a ella. Es “yo” para adentro y “nosotros” para afuera. Son dos estados paralelos y complementarios de la autopercepción o autoconciencia. En lo interno, el sujeto se distingue en su individualidad. Aquí funciona el yo, tu, él, y la Tribu. Pero en lo externo todo ello se fusiona y se vive un “nosotros” global sin mayores distingos de elementos componentes.

En los asuntos internos cada uno tiene frente a sí a sus compañeros y a la Tribu con sus símbolos sagrados. Como aquí no existe la fusión del nosotros, sino que se distinguen los componentes internos, el sujeto es algo distinto en relación a cada uno de sus compañeros y a la Tribu con la que debe cumplir. Por ello, la bip. de la devoción tribal funciona en lo interno de la tribu, cuando está distinguible el yo individual y cada componente interno.

Aquí “la Tribu” aparece en lo alto y separada del yo individual. Una cosa es el sujeto y otra la Tribu a la que venera y honra. En cambio la bip. moral grupal funciona en relación a lo externo, con el “nosotros”, donde no se distinguen los componentes. Ese nosotros, o yo social, es la fusión, en la vivencia, del conjunto de elementos. Esto hace sentir al individuo que él es la Tribu y que la Tribu es él. Su placer o displacer morales dependen de lo que sea honroso o deshonroso para la Tribu. La Tribu en su conjunto es el yo ampliado del sujeto.

Durante las ceremonias en que se rinde culto y honores a la Tribu (o a la patria, la agrupación, etc.), se combinan las reacciones anímicas de ambas bipulsiones. Por un lado se ve a la Tribu desde su “cara interna”. Se percibe algo que es ajeno al individuo. Aquí funciona la bip. de la devoción tribal, cuando se tributa y se honra a la Tribu. Por otro lado, se ve también a la tribu desde su “cara externa”. Se observa la imagen exterior de eso que es también el sujeto, haciéndose presente la bip. moral grupal, al vivenciarse un sentimiento de honor y orgullo por la propia Tribu.

34. Bip. de la enseñanza

El valor positivo tiene lugar cuando se enseña algo a otro sujeto, y éste asimila, entiende o da muestras de haber aprendido. El valor negativo se presenta cuando hay una ignorancia específica en el otro, de lo que el sujeto sabe o sabe hacer, agregándose la incomprensión o la falta de dominio de aquél, de lo que se trata de enseñar.

Entre los elementos presentes en la estructura de la bip. de la enseñanza encontramos: la bip. espiritual, o sea, se trata de beneficiar al otro al transmitirle un conocimiento útil. Luego está presente el imp. de comunicación, por transmitirse un contenido al receptor. También puede encontrarse la bip. de la generosidad, al querer compartir algo bueno que se tiene. La bip. de la información se halla incluida cuando se siente el deber de transmitir el conocimiento. La bip. de la habilidad también participa, por cuanto el aprendizaje ajeno depende en cierta medida de la habilidad o torpeza de quien procura enseñar. Por último, se encuentran con frecuencia las tres bipulsiones éticas, que van rotando según la situación. Aquí se busca que el otro haga, diga o entienda bien las cosas, evitando que las haga, diga o entienda mal, o que no sepa lo que corresponde saber. La segunda fase ética consiste en la aprobación o desaprobación hacia el eventual educando, según aprenda o no lo que se debe saber.

El complemento de la bip. de la enseñanza está constituido fundamentalmente por la bip. del saber; es decir, para que tenga lugar el proceso del aprendizaje social deben juntarse el interés de enseñar del que sabe con el de aprender por parte del que ignora. Gracias a estos mecanismos la tribu puede transmitir con fluidez los contenidos culturales a las nuevas generaciones.

35- **Bip. racional**

Surge de una compleja combinación de elementos morales e intelectuales. Sus valores absolutos tienen diversas formas de manifestarse según el contexto de la situación, pero en general se pueden dividir en dos tipos, que se resumen en los siguientes pares de valores: 1- conocimiento falso - conocimiento verdadero. 2- irracionalidad-racionalidad. Los valores: verdad-falsedad del conocimiento expresan la acentuación de la motivación intelectual o cognoscitiva, donde se minimiza la presencia de los componentes morales. Aquí, el interés del sujeto prácticamente se limita a rescatar lo verdadero y rechazar lo falso de los razonamientos, opiniones, interpretaciones (ajenos o propios) de los fenómenos de la realidad. Por su parte, los valores: racional-irracional hacen referencia a una acentuación de los componentes morales de la motivación, donde se trata del desenvolvimiento de las habilidades mentales, la inteligencia, creatividad, sapiencia, acentuándose el cuestionamiento sobre la forma adecuada o inadecuada en que se hace uso de la razón.

En esta última parte de la bipulsión, los valores: racionalidad-irracionalidad son concebidos o evaluados teniendo también en cuenta otros criterios, tales como la conveniencia-inconveniencia, adecuación-inadecuación, u oportunidad-inoportunidad, de las opiniones, decisiones, iniciativas, o acciones de los sujetos, según las circunstancias generales de la situación; es decir, se toman en consideración diversos criterios referidos a la adecuación de la razón a otros valores, intereses, motivos, que están en juego cuando se procede de una u otra forma en determinada situación; ejemplo: la equidad en el obrar, la conveniencia para el bien común de lo que se hace, etc. De tal manera, la "sensatez", el "sentido común", el "criterio", o la falta de ellos, así como lo razonable o no de cierta conducta o actitud, son conceptos que hacen referencia a esos otros aspectos que se tienen en cuenta cuando se evalúa lo racional o irracional del proceder de un sujeto.

Los valores absolutos generales de la bip. racional son valores absolutos particulares de las bipulsiones que la forman. Entre éstas se destacan como

fundamentales: la bip. de la inteligencia y la del saber. Un razonamiento certero o verdadero, por ejemplo, es un acto inteligente y un saber; mientras que un razonamiento contradictorio, incoherente o falso es, según el caso, una estupidez y una expresión de ignorancia sobre el tema en cuestión. Recordemos que los actos estúpido-inteligente y el saber-ignorar encierran a su vez otros valores más básicos, los que se acumulan y persisten aún en la órbita mayor de la bip. racional. Tal es el caso, por ejemplo, de la importante presencia de la bipulsión intelectual.

En la racional es frecuente la participación de la bip. de la expresión de la verdad. Al ser algo habitual que se hable o diga a medida que se piensa, la bip. de la expresión de la verdad procura que sea verdadero lo que se va diciendo, evitando expresar ideas falsas. Esta situación contribuye, como motivo, a “pensar un poco” antes de hablar.

Otra bipulsión que puede estar presente es la artística. La elaboración de un razonamiento coherente, verdadero, expresado con claridad lógica, es la realización de algo que tiene su belleza. Por el contrario, los razonamientos incoherentes, confusos, contradictorios o falsos, son siempre estéticamente desagradables. Por ese motivo, en la bip. racional de quien es receptor de un razonamiento ya elaborado, suele encontrarse presente la bip. estética (junto a la natural acentuación de la motivación intelectual que se da en tales casos).

También se ve incluida muchas veces la bip. de la valentía. Cuando la verdad es algo dura o amenazante no será aceptada por quien carezca de la suficiente valentía para ello. La cobardía acciona “amputando” las conclusiones que terminarán en una dura verdad.

Por último, la bip. ética puede ir incluida también como componente de la racional. Cuando se trata de lograr la veracidad del conocimiento y evitar su falsedad, está presente, en alguna medida, el mecanismo de la bip. ética en su función de rechazar la mentira, el engaño, la contradicción (como prueba de falsedad), y el agrado y aprobación hacia la manifestación clara de la verdad. Esa función ética, nacida en la relación social, traslada luego su “mecánica” al pensamiento y al conocimiento de la verdad en general, así como al rechazo a la falsedad en cualquier campo. Por eso, además de la curiosidad, el placer intelectual, moral, estético, etc., se agregaría también ese elemento ético en la composición anímica de la bip. racional, en su interés por la verdad del conocimiento y el rechazo a la falsedad.

Por otra parte, con respecto a la respuesta ética concreta hacia quien emite un razonamiento, consiste en “dar la razón” (aprobación) o en la crítica y objeción (desaprobación).

La utilidad de la bip. racional es evidente. Es más efectivo el dominio sobre el medio ambiente cuando los sujetos se interesan en la certeza o veracidad de los conocimientos sobre los fenómenos y sus relaciones.

Tal función marcaría el origen y la esencia de la ciencia y la filosofía. También, la bip. racional tiene un importante papel como sustento motivacional en las discusiones o debates, donde se trata de argumentar la conveniencia de una u otra decisión grupal. En otros términos, es la bipulsión que funciona plenamente en la “política” de la tribu. El intercambio de opiniones y el fluir de las ideas en el interior del grupo, en vistas a tomar una decisión conjunta, implica, desde un enfoque global, que el organismo social, como un ser vivo gigante e inteligente, está “pensando” lo que va a hacer.

En cuanto al criterio de lo que es o no verdad, se basa en última instancia en la palabra de la práctica y en los resultados concretos de la interacción con la realidad. Los mismos hechos de la realidad van “diciendo” lo que es correcto o no. El éxito o fracaso de cada acción basada en ciertas ideas son los que muestran si era o no correcta determinada idea o conocimiento. Los razonamientos y conocimientos “verdaderos” que maneja una tribu son fundamentalmente los que están amparados por los resultados positivos de la práctica. Si bien la razón y la lógica se pueden anticipar al veredicto de aquélla, esto es sólo una agilización para las evidencias que no necesitan pruebas prácticas. Pero siempre la última palabra la tienen los hechos.

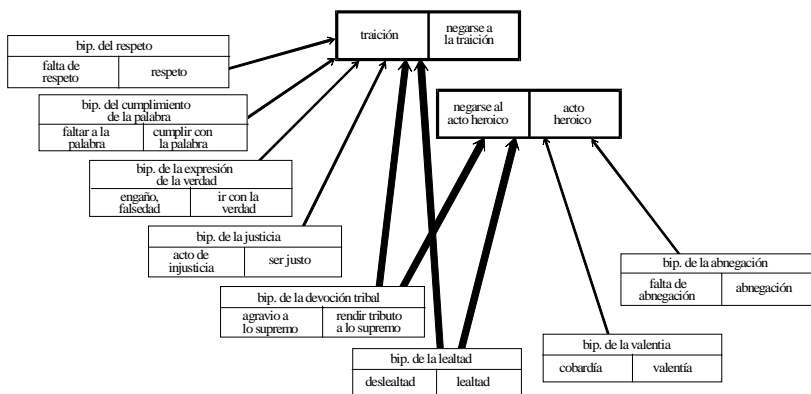
36- Bip. del heroísmo

La traición y el acto heroico movilizan siempre en los observadores la bip. ética-gravedad. Las respuestas son extremas: máxima condena al traidor y máximos honores al héroe.

Esos valores absolutos dejan un gran espacio intermedio. Son pocas las situaciones en que se plantean excluyentes. Pero cuando ello sucede, sólo queda elegir entre cometer una traición o realizar un acto heroico.

En la del heroísmo se presenta un caso similar al de la bip. de la originalidad, o sea, muchas veces la neutralidad no es tal. En algunas situaciones, el negarse a cometer una traición, cuando estaban todas las condiciones para tentar al sujeto a que la cometa, es algo encomiable. Ese negarse a traicionar no implica necesariamente heroísmo, pero es digno de reconocimiento. Por su lado, el negarse a realizar un acto heroico, cuando la situación lo sugiere, aunque no sea un acto de traición, puede no obstante ser una actitud menospreciable.

Observemos la estructura de la bipulsión:



Las bipulsiones de la devoción tribal y de la lealtad serían las únicas que comprenden ambas partes de la bipulsión del heroísmo. La de la devoción tribal se presenta fundamentalmente en los valores extremos, o sea en los actos de traición y de heroísmo, sin intervenir mayormente en los valores intermedios. En cambio la de la lealtad se presenta en los dos pares de valores parciales. El resto de bipulsiones componentes se ordenan tomando solamente un segmento.

Como vemos, ambas partes tienen cierta autonomía. Sólo cuando la realidad hace excluyentes los valores extremos, allí se juntan todos los componentes parciales, haciendo más poderosa la fuerza motivacional de la bipulsión.

La función de esta tendencia es la de mantener siempre preparada a la tribu y a cada uno de sus miembros para dar la mejor respuesta frente a situaciones extremas. En tales casos, es indispensable para la sobrevivencia de la tribu que los sujetos muestren el máximo valor, y que tengan como la mayor prohibición, interna y externa, el acto de traición.

37- Bip. del rendimiento personal

Esta bipulsión tiene una gran importancia desde el punto de vista de la motivación. El interés por el buen rendimiento en la actividad que se realiza, además de tener una gran fuerza de empuje en cuanto al peso de la motivación, mueve la conducta en forma prácticamente continua.

El buen desempeño, o rendimiento destacado en la actividad, es a lo que tienden en común el artista, el científico, el deportista, el religioso, el político, el profesional. En cuanto al trabajador, sólo puede interesarse plenamente en el buen rendimiento como valor cuando existen condiciones sociales favorables para ello; esto es, cuando el trabajo productivo tiene una elevada valoración social, y cuyo producto se destina claramente al beneficio del conjunto: tribu, pueblo, comunidad.

La bip. del rendimiento personal es un verdadero “embudo motivacional”. Sus valores absolutos llevan contenida la esencia de muchos otros valores que se ordenan bajo su movimiento. El buen rendimiento - mal rendimiento son valores que se presentan con gran claridad en la superficie psíquica. Allí pueden quedar expresados valores tales como habilidad-torpeza, inteligencia-estupidez, creatividad - falta de creatividad, conocimientos (teóricos y/o prácticos) - ignorancia, responsabilidad-irresponsabilidad, espíritu de sacrificio - falta de voluntad de trabajo, racionalidad-irracionalidad, entre otros. Se trata de una bipulsión integradora de un conjunto de valores parciales que pueden estar presentes, o puestos de manifiesto, en el buen rendimiento - mal rendimiento.

Dentro del conjunto de valores parciales que pueden ir incluidos en el movimiento de la bip. del rendimiento personal, se pueden distinguir dos tipos generales. Uno es el referido a los valores espirituales y propiamente morales: altruismo, responsabilidad social, abnegación, etc. La acentuación de este aspecto de la motivación está expresada en el interés por sentir que se hace algo útil para el grupo, o que significa un aporte o colaboración con el bien común. Aquí, la eficiencia-ineficiencia personales son vivenciadas por el sujeto en función del grado en que su rendimiento personal contribuye a los intereses del grupo, sintiéndose “útil” o “inútil” según ello. El otro aspecto de la motivación es el que hace a los valores de habilidad-torpeza, creatividad - falta de ella, saber hacer - no saber hacer, etc. Cuando se acentúa este sector de valores, el buen rendimiento - mal rendimiento, o la eficiencia-ineficiencia, se manifiestan en lo que entendemos por rendimiento “destacado”, “de los buenos”, o desempeño “pobre”, “falto de lucimiento”, etc.

La actividad social básica donde se mueven los cargados valores absolutos de esta tendencia es sin dudas la actividad laboral. Desde un amplio enfoque, podemos decir que el trabajo (junto a las relaciones humanas que lo circundan y apoyan) constituye el gran objeto de satisfacción de las necesidades superiores del hombre. El sistema de bipulsiones nació y se desarrolló alrededor del trabajo social de la tribu.

Aunque la bip. del rendimiento personal es una fuerza poderosa de la motivación, la importancia objetiva del buen rendimiento en el trabajo tiene

un alcance superior a la subjetiva. Por subjetivo se entiende, aquí, lo intencional de las conductas, los efectos buscados como fines por el sujeto; mientras que lo objetivo incluye, además, aquello que escapa a la intención de los sujetos, abarca los efectos que no son buscados intencionalmente. Esto quiere decir que a pesar del gran interés por el buen rendimiento, las otras motivaciones que no se incluyen directamente en la bip. del rendimiento personal tienen no obstante la función de favorecer objetivamente y en última instancia la eficiencia laboral. Por ejemplo, no sólo se busca conocer o entender un determinado fenómeno para dar respuesta a una dificultad concreta durante el trabajo, o para aplicar ese conocimiento en la práctica, sino que también se busca la verdad del conocimiento en sí misma, por curiosidad o por el mero interés de saber. Pero aquí la subjetividad suele ser ajena al hecho de que ese conocimiento puede ser útil en algún problema ulterior durante la actividad laboral. El apoyo al trabajo, del conocimiento adquirido de esa forma, es algo objetivo. Igualmente con respecto al interés de evitar la torpeza, ridiculez, estupidez, cobardía, etc. El mejor desarrollo de las habilidades, por ejemplo, que se logra al buscar sólo el placer moral por el acto hábil y evitar la burla por la torpeza, es algo que termina favoreciendo el buen rendimiento laboral. Otro caso es el humor. Este contribuye a mantener el buen estado de ánimo y el entusiasmo durante el trabajo, lo que favorece el rendimiento grupal. Pero nadie hace chistes con el propósito de aumentar la productividad.

En el beneficio para el mejor rendimiento en el trabajo común es en lo que termina prácticamente toda la estructura de la motivación humana. Esto es así porque la selección natural fue escogiendo las tribus según su mayor eficiencia en el logro de los medios de subsistencia, pero no le “interesó” saber cómo hizo determinado organismo social para ser más eficaz que los otros en el trabajo. Ella seleccionó las tribus que tenían el mejor rendimiento global, sin interesarle su organización interna. Sólo que sobrevivieron finalmente aquellos organismos sociales cuyos elementos internos estaban organizados de tal manera, que los diversos intereses absolutos de sus miembros terminaban desembocando objetivamente y en última instancia en el mejor rendimiento del conjunto.

38- Bip. de la lucha moral

Se refiere a lo que entendemos por “espíritu deportivo”, emulación, agonística, “espíritu de competencia”. Veamos en qué consiste su utilidad para la sobrevivencia.

Toda tribu que pretenda sobrevivir, en primer lugar debe contar con una fuerte unidad fraternal o espiritual y una marcada tendencia a la cooperación y colaboración. La tribu que cuente con ello tiene una de las máximas ventajas que no puede perder jamás. Pero un principio de la lógica dialéctica indica que las contradicciones o luchas de contrarios son indispensables para todo progreso. El trabajo social de la tribu necesitaba una contradicción interna para mejorar su productividad. Así, la naturaleza debía promover una lucha entre los miembros de la tribu, sin que ello perjudicara la unidad espiritual. Esto era difícil de lograr, ya que toda lucha interna aparece como excluyente con respecto a la cooperación y colaboración. Pero de la “galera” de la naturaleza salió el **espíritu deportivo**. Ello implica que se establece una lucha durante la actividad laboral, para ver quién tiene más éxito en la caza por ejemplo, o quién realiza mejor un determinado trabajo. Esta lucha moral significa un gran estímulo para el progreso y mejoramiento continuos de la productividad de la tribu. A la vez, ese espíritu deportivo no se opone a la unidad fraternal y la cooperación, sino por el contrario. Al hacer más entretenida la tarea y promover el entusiasmo por las actividades, favorece la amistad y las mejores relaciones afectivas entre los miembros de la tribu.

Si suponemos que una gran parte de los integrantes de la tribu saldrá en procura de alimentos, sería negativo que vayan todos juntos molestándose uno al otro. La división primaria del trabajo consiste en separarse en varios grupos que se dirigirán a zonas distintas, aumentando las posibilidades de lograr alimento. En esas situaciones ocurre la emulación. Tomemos dos de estos grupos. Supongamos que ambos regresan al atardecer. Uno trae alimentos en abundancia y el otro no trae nada. El orgullo grupal y las felicitaciones serán para el primer grupo. Los reproches, la humillación o las burlas serán para el segundo. Tales resultados anímicos llevan por sí mismos a desarrollar un interés por el buen resultado.

La emulación o lucha moral por ser mejores y/o evitar ser peores es algo que debía funcionar espontáneamente durante la actividad de los grupos. Pero es probable que en la vida primitiva se planteara con frecuencia en forma expresa como juego o desafío moral.

Lo que vimos es uno de los muchos casos en que aparece la utilidad de la bip. de la lucha moral, o de la emulación como fenómeno. Pero, obviamente, no sólo se da en lo grupal, sino que a nivel individual también tiene lugar el desafío moral para ver quién es capaz de hacer determinada tarea, o quien la hace mejor. Todo esto lleva necesariamente a favorecer la capacidad de rendimiento de la tribu y de todos sus miembros.

Las contradicciones internas “deportivas” entre los miembros de la tribu son **luchas** en relación a los efectos excluyentes de ganar o perder, pero son

un agregado más a la **cooperación** en relación al efecto de la sobrevivencia de la tribu, puesto que contribuyen a incrementar las capacidades globales del conjunto y su eficacia para lograr los medios de subsistencia.

Además de acelerar la eficiencia productiva, esos mecanismos refuerzan la amistad y la unidad espiritual de los individuos. En la actualidad esto lo vemos con claridad en el ambiente del deporte. Quienes se reúnen en la práctica de los diversos deportes, o de juegos de ganar o perder, a pesar de establecer intensas luchas por el resultado excluyente, desarrollan la más estrecha fraternidad.

En el organismo social primario todas estas luchas corresponden al **plano moral**. En nada afectan la equitativa distribución material, que es lo que asegura la continua armonía interna y la “homeostasis” del organismo social. Esto último está asegurado en la tribu, porque cada individuo tiene desarrollados los valores morales-espirituales, que lo llevan espontáneamente a proceder con equidad. Pero si eventualmente así no lo fuere, le espera el generalizado repudio social y la humillación por egoísta, maldito, injusto, desleal, etc.

La bip. de la lucha moral lleva, en principio, la esencia de la bip. moral global. El ganar-perder o triunfo-derrota, como valores absolutos, son formas particulares de lo bueno-malo globales. Son hechos que están bien y mal respectivamente para el sujeto, y por eso causan placer o displacer morales.

El ganar-perder llevan también como importante componente anímico los sentimiento de éxito-fracaso. Si bien la bip. anticipatoria se presenta en todas las metas de la intencionalidad como refuerzo anímico generalizado, sus valores absolutos centrales (éxito-fracaso) alcanzan una gran significación dentro de la bip. de la lucha moral. Son prácticamente inseparables la alegría del éxito, o la frustración y sentimiento de fracaso, junto al placer o displacer morales que producen respectivamente el ganar o perder. Por eso, la bip. anticipatoria forma una importante parte en la estructura anímica de las reacciones de placer-displacer por el triunfo-derrota.

Además de las bipulsiones moral global y anticipatoria, puede estar presente el imp. de agresión. El ganar significa vencer al rival, derrotarlo. El adversario de juego, por ejemplo, es transitoriamente el objeto del mecanismo de anti-identificación fraternal (O.M.A.F.). Por ello, junto al placer moral y la alegría del éxito, en el sentimiento de triunfo suele agregarse el placer por ocurrir lo negativo para aquél. A su vez, la derrota propia implica la victoria (lo positivo) para el O.M.A.F., lo cual genera el automático displacer ante lo bueno para el adversario. Tales reacciones “anti-espiri-

tuales” están sustentadas por el antagonismo anímico que surge del propio funcionamiento del mecanismo de anti-identificación fraternal.

Hay que decir que esto no significa agresión propiamente dicha, en el sentido de violencia u hostilidad entre los sujetos. Se trata sólo de una forma especial de la activación de la vía de entrada al placer que tiene el imp. de agresión, como componente secundario que va inmerso y confundido en la única reacción placentera del triunfo. Dicha reacción se forma principalmente del placer moral, más la alegría o sentimiento de éxito por el logro de la meta, a lo que se puede sumar o no una parte del placer surgido de la vía del imp. de agresión, por el hecho de suceder la derrota del contrario. Ese contrario puede ser el más íntimo amigo. Se trata sólo de la “ley del juego” y no de agresión en el sentido violento de la palabra. Esta situación es comparable a lo que sucede con la activación del imp. de agresión en la segunda fase ética; es decir, la respuesta de rechazo afectivo o enojo hacia otro sujeto está sostenida también por el imp. de agresión, pero en una orientación completamente distinta con respecto a las formas destructivas o sádicas del impulso. Estas últimas se hallan más cerca del terreno de la alteración mental que del funcionamiento normal del psiquismo.

La tendencia que estamos analizando tiene una gran riqueza en cuanto a la variedad de formas en que pueden presentarse los valores contrarios. Entre esas formas, el ganar-perder, o triunfo-derrota, son las más claras, concretas o directas, pero pueden aparecer también como: poder hacerlo - no poder hacerlo, hacerlo mejor - hacerlo peor, ir ganando - ir perdiendo, más que... - menos que..., aventajar - ser aventajado, ser mejor - ser peor, superar - ser superado, ser capaz de... - no ser capaz de... En todos los casos se trata de una lucha moral, donde se ponen en juego los diversos valores.

Los valores absolutos de la bip. de la lucha moral no tienen prácticamente significado anímico en sí mismos, sino que constituyen un mecanismo general en el que funcionan los otros valores. Los valores de las otras bipulsiones se mueven naturalmente en el marco de la bip. de la lucha moral. El ganar-perder son los que demuestran, por ejemplo, la habilidad o torpeza puestas de manifiesto en esos resultados, o la inteligencia-estupidez, creatividad - falta de creatividad, según las características de la actividad. También, la lucha puede consistir en actuar o no con más valentía que otro sujeto en un desafío ante un peligro, aventajar o ser aventajado en conocimientos, tener un mejor o peor desempeño en la actividad social, etc. Así, el ganar-perder, o el “mejor”-“peor”, como valores absolutos de la bip. de la lucha moral, pueden tomar cualquiera de los valores de las otras bipulsiones como “materiales” a disputar.

El ganar-perder, ser mejor - ser peor, no son meras formas particulares y aisladas de valores morales, sino una forma general del movimiento de los otros valores. Constituyen algo así como el “campo de juego” para los valores. La agonística o espíritu deportivo es como un motor agregado que favorece el máximo dinamismo del funcionamiento de las motivaciones morales. Por eso, el ganar-perder cobran un real sentido sólo cuando se depositan otros valores (o cuando se ponen en juego valores o intereses no morales que se valen del triunfo como medio).

La bip. de la lucha moral es la que somete a prueba los valores. El triunfo-derrota son los encargados de demostrar la verdadera calidad de las conductas; son los que hacen objetivar lo subjetivo. Si por ejemplo hay dudas sobre quién es más hábil para determinada actividad, el triunfo reiterado de un sujeto, en un juego que requiera de esa habilidad, es lo que hablará por sí mismo sobre el particular.

Si bien esto no siempre es así, es decir, a veces la mala suerte hace perder al que en realidad ha actuado más hábilmente, existe no obstante un mecanismo relativamente automático por el que se da una respuesta anímica generalizada de placer o displacer morales ante el triunfo o derrota respectivamente, sin importar mayormente en qué medida el triunfo, por ejemplo, fue producto de la habilidad o sólo del azar. Tal mecanismo tiene la función de **asegurar** el premio a la habilidad y el castigo moral a la torpeza (o a otros valores eventualmente en juego). En primer lugar, la mayoría de los juegos no son de azar puro, sino que casi siempre queda una parte librada a la habilidad diferencial. Luego, aunque el azar determine que el triunfo recaiga ocasionalmente en quien actuó en forma torpe o menos hábil que otros sujetos, y donde podríamos decir que se desperdició el premio moral, porque el mismo fue para el que actuó más torpemente, de todas formas, cuando se anula con el tiempo la influencia del azar, el triunfo corresponde en general, o con mayor frecuencia, a quien actúa con más habilidad. Por eso, el placer-displacer morales espontáneos por el triunfo-derrota, así como la aprobación-desaprobación sociales hacia esos resultados, como si fueran siempre producto de la habilidad o torpeza respectivamente, son en definitiva, o a la “larga”, premios y castigos correctos hacia esos últimos valores.

La respuesta anímica generalizada ante los resultados es la única manera en que se puede asegurar la efectividad del premio a la habilidad y el castigo a la torpeza. Al ser imposible en muchos casos “aislar” el grado en que el triunfo de un sujeto (o su mejor rendimiento) estuvo determinado por el azar, o en qué proporción fue el resultado de su habilidad, sólo queda el premio moral generalizado hacia el ganador. Esto lleva la seguridad de que,

en términos generales, y a lo largo de muchas jornadas, se hará eficaz y correcta la distribución de los premios y castigos morales, al anularse la influencia del azar, el que se reparte homogéneamente para todos, apareciendo el desequilibrio de un real mayor premio a la habilidad y el mayor castigo a la torpeza.

En los juegos de azar puro, tiende a “sobrevivir” aquella respuesta anímica generalizada ante los resultados de ganar-perder, como si siempre fueran producto de la habilidad o torpeza respectivamente (esto obviamente es parte de aquel “desperdicio” inevitable de la generalización). En tales casos, aunque la habilidad-torpeza se hallen concreta o materialmente ausentes, siguen presentes en “espíritu”. Así, cuando un jugador arroja los dados logrando un excelente resultado y ganando el juego con ello, suele producirse un placer moral en el sujeto, tal como si hubiera sido el producto de su “talento”; mientras que el perder en ese juego provoca frecuentemente un sentimiento espontáneo de torpeza, a pesar de la claridad con que se sabe que el azar es el único factor determinante del resultado.

Si bien todas las bipulsiones con motivación moral pueden asistir al “campo de juego” de la bip. de la lucha moral, hay algunas que se mueven con más regularidad que otras bajo su órbita. Entre estas se destacan las siguientes: de la habilidad, de la inteligencia, racional, del rendimiento personal y moral grupal.

La bip. de la habilidad, como ya vimos, tiene en el triunfo-derrota un claro campo de su manifestación.

La bipulsión de la inteligencia, por su parte, pone a prueba sus valores cuando se desarrolla un juego o desafío que requiere el uso del intelecto. Así, la inteligencia o estupidez del propio accionar quedan expresadas en el resultado de la disputa.

La bip. racional asiste al campo de lucha en el que se ponen en juego sus valores absolutos cuando se libra el debate de las ideas. Aquí, el triunfo-derrota adoptan la forma de “tener razón”-“no tener razón”, o ganar-perder la discusión o debate. Muchas veces es doloroso perder en esta lucha, teniendo que dar la razón, porque significa reconocer la propia estupidez e irracionalidad. Por eso en algunas circunstancias se procura no dar la razón si no se trata de la máxima evidencia. Mientras haya una salida, se huirá por las “enredaderas” del pensamiento, evitando la humillación de la derrota de las propias ideas, y, sobre todo, de presenciar la satisfacción del eventual rival por su “victoria racional”.

Los debates o luchas de ideas son sin dudas de gran utilidad para la sobrevivencia de la tribu. Se trata de una contradicción interna en el plano de las

opiniones, que estimula el progreso o perfeccionamiento de las ideas del conjunto, y con ello el más adecuado ajuste a la realidad. En la tribu, el “juez” radica principalmente en los hechos de la realidad, por lo que casi siempre queda en claro el ganador o quién “tenía razón”.

Con respecto a las bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal, tienen su mejor despliegue natural en el marco de la bip. de la lucha moral. En el caso de la del rendimiento personal, el ganar-perder, o el hacerlo mejor o peor, adoptan la forma de **mejor rendimiento - peor rendimiento**, o bien, si la actividad social permite el registro de resultados concretos, la disputa puede plantearse en términos de ganar-perder. En cuanto a la bip. moral grupal, ésta es, como ya vimos, una réplica en grande de los valores de la conducta individual, pero aplicada al grupo. Por ello, todos los valores de la conducta grupal pueden funcionar también con la mecánica de la bip. de la lucha moral. Así, se procurará que el grupo sea el mejor en habilidad, inteligencia, valentía, rendimiento laboral, etc. También se tratará de lograr el triunfo del grupo en cualquier desafío, puesto que en ese triunfo van contenidos los diversos valores positivos que hacen a un grupo ganador.

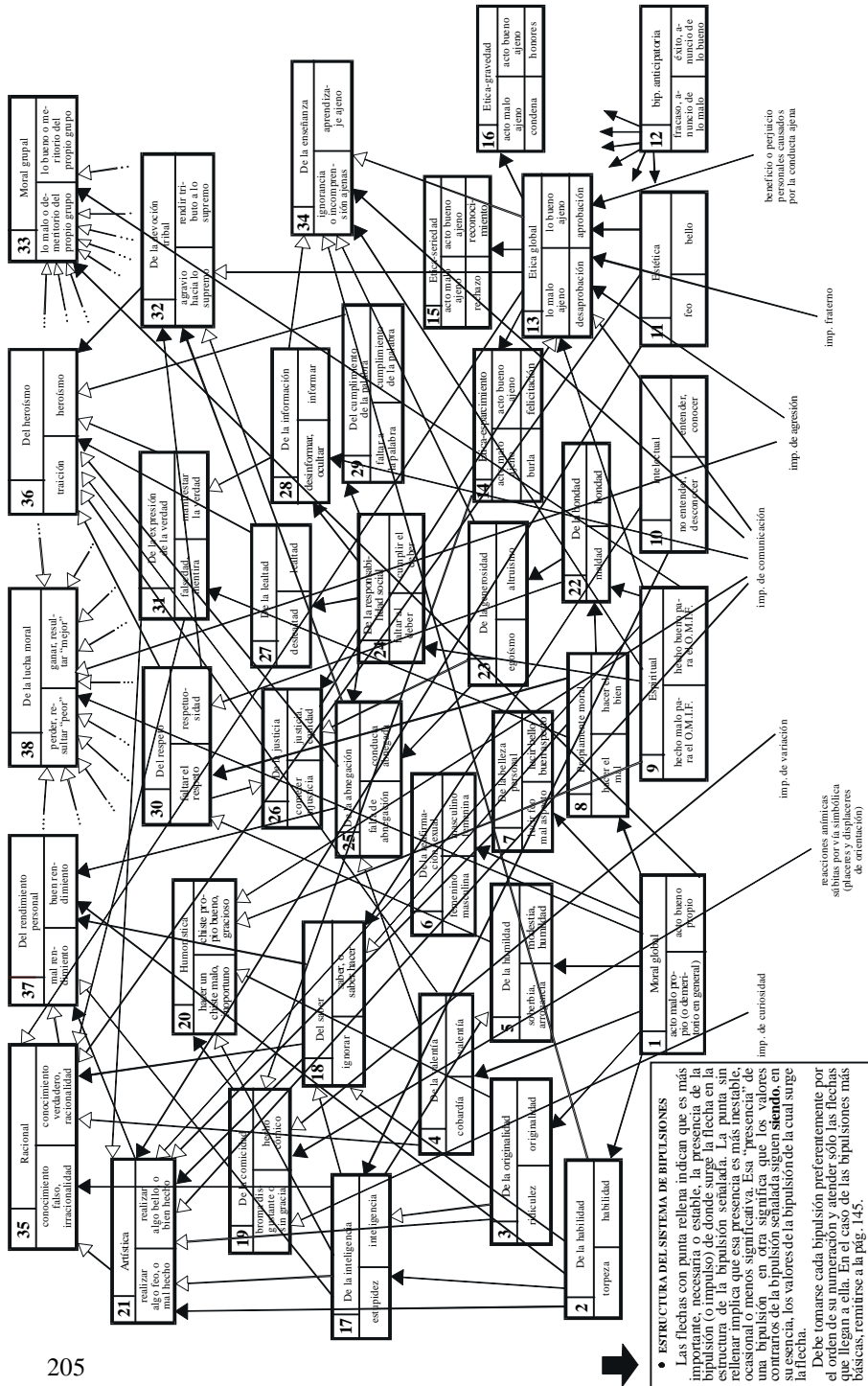
Los valores absolutos de la bip. de la lucha moral son como un receptáculo de los valores que se ponen en juego. El triunfo-derrota, o el “mejor”-“peor”, son los recipientes en movimiento que llevan contenidos a los otros valores, los que quedan librados al resultado de la lucha. El grado de importancia anímica del ganar-perder depende siempre de los valores que se ponen en juego en esos resultados. Así, pueden estar en disputa desde la habilidad-torpeza en un juego de entretenimiento, o la capacidad y el prestigio de un abogado en el ganar-perder los juicios, o de un candidato político en el ganar-perder las elecciones, hasta el conjunto de valores y el honor de todo un pueblo en el ganar-perder una guerra. Por eso, el ganar-perder o triunfo-derrota adquieren una verdadera significación sólo cuando se ponen en juego otros valores.

En la tribu (hablamos siempre de la tribu humana primitiva u organismo social primario), ese poner en juego los valores debía suceder con regularidad. Las propias condiciones de vida de la tribu ofrecían el campo más adecuado para que apareciera el carácter deportivo o emulativo en la propia realización del trabajo. La cacería, la pesca, la recolección, por ejemplo, son actividades que permiten una clara determinación del resultado, tanto en el rendimiento individual como grupal. Por ello, se puede deducir que era cotidiano el poner en juego los valores de buen o mal rendimiento, individuales o grupales, como resultados de una natural combinación de trabajo y deporte. De tal forma, al ponerse en juego con regularidad los valores de las

bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal, se pondría en juego todo el conjunto de valores menores que ellas arrastran bajo su orden. Como las bipulsiones del rendimiento personal y moral grupal reúnen a su vez una considerable cantidad de otros valores, al ponerse en juego el buen rendimiento - mal rendimiento (individuales o grupales) en el resultado de triunfo-derrota, se pondrían simultáneamente en juego todos los otros valores allí encerrados (habilidad-torpeza, inteligencia-estupidez, espíritu de sacrificio - falta de voluntad de trabajo, saber hacer - no saber hacer, etc.). Así, debía ser habitual que una buena parte de los valores funcionaran bajo la mecánica de la bip. de la lucha moral. Los resultados del trabajo-deporte debían constituir un importante eje o parámetro objetivo para la puesta de manifiesto y evaluación de los valores de muchas bipulsiones.

Esa natural forma emulativa o deportiva del trabajo de los primitivos no sólo se deduce de las condiciones objetivas que ofrecen la cacería, la pesca, la recolección, y otras actividades laborales de los primitivos, sino que también se puede deducir de otras razones. Una es la autonomía motivacional del deporte. El entusiasmo e interés que despiertan los deportes, así como la alta valoración por el triunfo, no pueden haber surgido de la “nada”, sino que serían en gran medida una herencia de aquella forma del trabajo primitivo. También podemos ver esa herencia primitiva en la forma universal y espontánea de los juegos de los niños, donde el ganar-perder son casi siempre elementos centrales. Y esto iría encuadrado en el hecho conocido de que la forma del juego de los miembros menores de una especie tiende a ser una copia, una simulación preparatoria de la actividad adulta. Otro argumento, y el más importante, es el que se deriva de la lógica dialéctica y de las leyes de la evolución de las especies. En primer lugar, las luchas o contradicciones internas constituyen un indudable estímulo para la máxima eficiencia del conjunto. Luego, como la selección natural fue escogiendo las tribus según su mayor eficiencia global en el trabajo, se hace evidente que una tribu que haga de la actividad laboral un juego deportivo, donde tanto en lo individual como en lo grupal tenga lugar la emulación o lucha moral por el mejor rendimiento, logrará una importante ventaja y se impondrá sobre el resto.

Para finalizar con lo tratado en el capítulo, en la página siguiente se muestra un esquema de lo que sería la estructura de las bipulsiones.



• ESTRUCTURA DEL SISTEMA DE BIPULSIONES

Las flechas con punta rellena indican que es más importante, necesaria o estable, la presencia de la bipulsión (impulsión) que el valor que la rellena. La estructura de la bipulsión señalada es más inmutable, ocasional o menos significativa. Esa "presencia" de una bipulsión en otra significa que los valores contrarios de la bipulsión señalada siguen siendo, en su esencia, los valores de la bipulsión de la cual surge la flecha.

Debe tomarse cada bipulsión preferentemente por el orden de su numeración y atender sólo las flechas que señalan el origen de las bipulsiones más básicas, remítase a la pág. 145.

FUNCIONAMIENTO DE LAS BIPULSIONES

Si ponemos en movimiento el sistema de bipulsiones, encontramos que la combinación e interacción funcional que experimentan tiene un dinamismo de la más alta complejidad. Lo asombroso de ese funcionamiento es que la ley general no cambia jamás su simple mecánica básica (afirmación del placer y negación del displacer). Pero la disposición o distribución del placer y el displacer es tan exacta, que la conducta intencional del conjunto de individuos de la tribu, a pesar de estar movida en lo esencial sólo por esa ley, da como producto un funcionamiento conjunto tan integrado y coherente, que termina en el orden superior de un “animal gigante” con las aptitudes más perfectas para sobrevivir y reproducirse.

1. Las bipulsiones y la contradicción fundamental del psiquismo

La lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias está presente con todo su rigor en este nivel, permitiendo el movimiento de las bipulsiones. La bipulsión, entendida como la doble tendencia de la intencionalidad a evitar o suprimir el valor negativo y a afirmar el positivo, no tiene todas las facilidades para lograr esos propósitos. Las fuerzas contrarias tienen una gran presencia aquí. La prueba de su poder está dada en que el valor negativo se da en similares proporciones que el positivo, a pesar de los esfuerzos de la bipulsión. Para lograr el valor positivo y evitar el negativo, la bipulsión debe luchar constantemente contra las fuerzas contrarias. En cada momento está el riesgo de caer en el valor negativo, además de ser difícil lograr el positivo.

Las fuerzas contrarias, aquí, son todo aquello de la realidad objetiva que, por su influencia global, tiende a que se produzca el displacer del valor negativo y a impedir el placer del valor positivo. Si bien la complejidad de las diversas situaciones es algo que tiende frecuentemente a ello, lo que influye con más significación para asegurar el equilibrio y movimiento de los valores antagónicos es el propio mecanismo social que determina el tipo

de conductas que corresponden a cada uno de los valores absolutos. Tal mecanismo consiste en que el **promedio social** de la calidad de las conductas es lo que determina que los actos que se destaquen en los extremos sean positivos o negativos.

Esto lo vimos al analizar la esencia del acto inteligente o estúpido. Una conducta es inteligente o estúpida según el parámetro del promedio social. Lo mismo ocurre con los otros valores. Si, por ejemplo, tomamos dos grupos de personas donde, según nuestro criterio, en uno son todos valientes y en el otro todos cobardes, veremos que en la convivencia interna de cada grupo habrá una equilibrada distribución de actos valientes y cobardes. Los cobardes tendrán su propio promedio en cuanto a nivel de arrojo, al igual que los valientes. Todas las conductas evaluables en términos de valentía-cobardía que se alejen del respectivo promedio serán cobardes o valientes. La distancia en relación al promedio es automáticamente determinante de lo positivo o negativo de los valores. Por eso, en cada grupo funcionará normalmente la bip. de la valentía, junto con la respectiva respuesta ética. Esto, a pesar de que la más cobarde de las conductas del grupo de valientes sería quizá un acto valiente en el otro grupo, y viceversa, la conducta valiente de un sujeto del grupo de cobardes sería probablemente una cobardía en relación al promedio social del grupo de valientes.

Lo que resulta, es que en el propio grupo social tiene lugar la dinámica de una contradicción interna con respecto al movimiento de los valores. Ello hace que la mayoría de las conductas se ubiquen alrededor de la neutralidad, mientras que una proporción necesaria y regular de las que se alejan del promedio corresponden al valor positivo o negativo. Inclusive, aunque todos hagan lo bueno y mejore el grupo en términos absolutos, en nada cambiará el mecanismo esencial, ya que se formará un nuevo promedio social, repitiéndose la situación. Cualquiera sea el nivel que alcance el promedio del grupo en bloque, siempre habrá una mitad de las conductas que serán mejores que la otra mitad. Eso es suficiente para que las peores sean malas en relación al promedio, y por lo tanto malas en definitiva, porque el promedio es el determinante de lo positivo y negativo.

Las fuerzas contrarias, como factores de la realidad que influyen a favor de la aparición del valor negativo y dificultando la aparición del positivo, existen en el interior del grupo. Consisten en el hecho de que siempre se renueva el promedio, que asegura la eterna existencia de lo peor y mejor en relación a él. Por lo tanto, está asegurada la presencia de los valores negativos, así como la dificultad de obtener el positivo. Toda vez que sea fácil para todos hacer lo bueno, avanzará el mecanismo, instaurando el nuevo promedio, y exigiendo un mayor esfuerzo (o habilidad, etc.) para lograr un

acto positivo. Luego, cuando todos hacen el esfuerzo, y logran realizar con facilidad el acto positivo, avanza nuevamente el promedio, partiendo resumidamente en dos las conductas en existencia: las mejores y las peores, transformándolas en buenas y malas.

Este es el mecanismo fundamental del accionar de las fuerzas contrarias, que junto a la necesaria tendencia de la ley general, aseguran la continuidad de una equilibrada lucha que permite el siempre vigoroso movimiento de la conducta. Para que sea efectiva la tarea de las bipulsiones, y considerable la fuerza de su motivación, deben estar exigidas por las fuerzas contrarias, que amenacen constantemente con la aparición del valor negativo y que limiten u obstaculicen el logro del positivo. Debe ser difícil hacer bien las cosas y “fácil” hacerlas mal. Si por el contrario, fuera fácil hacerlas bien, logrando a cada momento el placer por ello, y muy raro tener displacer por algo negativo, la motivación y la conducta sufrirían un gran freno, siendo la tribu eliminada de la naturaleza.

Además de esas exigencias del mecanismo del promedio social, las fuerzas contrarias se valen también de otros elementos que aseguran la presencia de los valores negativos y dificultan la aparición de los positivos. Uno de ellos consiste en la utilización natural de la orientación que toman algunos impulsos, haciendo que la satisfacción eventual de éstos sea excluyente con respecto a los fines de determinadas bipulsiones. Así por ejemplo, el imp. de agresión puede movilizarse en una dirección en que su satisfacción es al mismo tiempo un acto de maldad, es decir significa la aparición del valor negativo de la bip. de la bondad. Otro caso en que se presenta una situación similar está dado cuando el imp. de aprobación motiva al sujeto a hacer notar públicamente un mérito propio, pero donde eso implicaría la aparición del valor negativo de la bip. de la humildad: pedantería, arrogancia. Así, se produce una lucha entre aquel interés específico del imp. de aprobación, que trata de llamar la atención hacia el presunto mérito personal, contra la bip. de la humildad que tiene un fin excluyente con respecto a ello. Otro ejemplo está dado cuando el imp. de comunicación empuja a relatar un extraño y misterioso suceso que nunca ocurrió, pero que sirve para “asombrar” a los receptores. Aquí la lucha es contra la bip. de la expresión de la verdad, que debe oponerse a aquel interés, para evitar la aparición de su valor negativo: mentir, faltar a la verdad. También es frecuente que los impulsos de descanso y de comodidad corporal se opongan a la bip. de la abnegación o a la del rendimiento personal, o sea, dichos impulsos quieren unilateralmente “abandonar todo” y lograr su satisfacción, poniendo fin al esfuerzo; pero aquellas bipulsiones deben luchar contra ese interés, para lograr sus respectivos valores positivos, y evitar los negativos: haraganería o

falta de voluntad, mal rendimiento, que implicaría abandonarse al descanso y la comodidad. Por otro lado, la bip. de la valentía debe luchar naturalmente contra el imp. de conservación. La satisfacción de este último, al evitar un peligro por medio de la huida, significa, en ciertos casos, un acto de cobardía.

Estos enfrentamientos naturales pueden presentarse también entre las propias bipulsiones (o entre distintas aspiraciones de una misma bipulsión, ejemplo: entre dos deberes que aparecen excluyentes), pero se plantean más significativamente entre impulsos y bipulsiones. Tales luchas caen en el encuadre de lo que habíamos concebido como luchas funcionales o normales en el interior de la intencionalidad. La función que cumplen esas oposiciones naturales entre los motivos de la intencionalidad es la de estimular a las bipulsiones para que respondan en su tendencia a afirmar el valor positivo, que es lo útil a la sobrevivencia de la tribu.

Como decíamos, las bipulsiones tienen un considerable peso en la motivación y eficacia en su movimiento sólo cuando están exigidas por las fuerzas contrarias, que tienden a provocar el valor negativo y dificultan la obtención del positivo. Si no existiera ningún factor que amenace con la aparición del valor negativo y dificulte el logro del positivo, la bipulsión se paralizaría. Esto sería perjudicial, porque al ser útil a la vida el movimiento de las bipulsiones, orientadas desde el valor negativo hacia el positivo, se hace imprescindible la presencia de ciertos factores que “hostiguen” a la bipulsión, amenazándola con el valor negativo.

Esta es la función que tienen esas “desviaciones” de la orientación de algunos impulsos. Sirven para que la bipulsión responda hacia lo positivo. Se trata de entrecruzamientos internos de los fines de la intencionalidad, que contribuyen a la aparición de los valores negativos, y con ello al sostenido movimiento del sistema de bipulsiones.

Dado que las fuerzas contrarias, aquí, son todo aquello que influye a favor del valor negativo y en contra del positivo, esa **disposición de exclusión** natural entre las metas de la intencionalidad forma parte de las fuerzas contrarias en relación a la contradicción o lucha que experimentan algunas bipulsiones. Pero en todos los casos la naturaleza “preparó” estas luchas para que “gane” la bipulsión, o al menos para que se imponga continuamente la conducta externa orientada hacia ello. Durante la lucha de la bipulsión, y en su victoria contra las fuerzas contrarias, es donde se produce su accionar productivo, es cuando ocurre aquello que define su utilidad para la sobrevivencia. Sin embargo, no podría tener lugar esa fase productiva si no estuviesen presentes los factores que tienden a provocar el valor negativo. Los impulsos de conservación y de alivio, por ejemplo, que en las bipulsiones

tienen la función de negar (evitar y eliminar respectivamente) el dolor de los valores negativos, no se movilizarían empujando la conducta desde lo negativo hacia lo positivo si no existiera aquello como condición estimulante.

No solamente el acto concreto de la satisfacción de aquellos impulsos implica la aparición del valor negativo correspondiente, sino que muchas veces la sola "idea" agresiva, por ejemplo, significa ya la aparición del valor negativo: maldad, crueldad; o el solo temor, aunque no haya huida concreta, puede ser suficiente condición para la aparición del valor negativo: cobardía.

Por otra parte, la afirmación de que la naturaleza "preparó" estas luchas para que gane la bipulsión, no quiere dar a entender que deba presentarse sólo el valor positivo y nunca tener lugar el negativo, ya que ello implicaría un desequilibrio en la lucha, que frenaría el movimiento de las bipulsiones. Ese "triumfo" del valor positivo se refiere a la conducta concreta o práctica final. Pero a nivel subjetivo, o en el interior del individuo, es donde las fuerzas contrarias más influyen y equilibran la situación, haciendo aparecer frecuentemente la "idea" del valor negativo, o el deseo de la conducta correspondiente a él. Tal "idea" o deseo, así como en algunos casos el solo recuerdo de un acto negativo realizado en el pasado, suelen significar automáticamente la presencia del valor negativo, que genera el displacer moral respectivo. Ello sucede aunque no tenga lugar la conducta material o concreta que esa idea negativa sugiere. En otros términos, el equilibrio de la lucha, y el pasaje de uno a otro de los valores contrarios, se dan fundamentalmente a nivel interno, o en medio de la vida anímica del sujeto; pero en la conducta externa final (en estado normal) termina imponiéndose casi siempre el acto reafirmatorio del valor positivo. Sólo en ese sentido el triunfo es naturalmente para la bipulsión; en relación al producto final de la conducta material, y no en cuanto a la ausencia total del displacer moral del valor negativo, lo cual llevaría a un desequilibrio paralizador del movimiento de la lucha.

De lo que estamos analizando, se desprende la explicación de un raro fenómeno psicológico: la capacidad potencial de homosexualidad (y/o lesbianismo) en el sujeto humano. La "rareza" de este fenómeno está dada en que parece contradecir una de las leyes vistas más arriba, referida a que la naturaleza sólo permite la posibilidad de placer en aquello que sea útil a la sobrevivencia individual y grupal. Al ser la orientación homosexual algo claramente negativo a los fines de la reproducción y la sobrevivencia del organismo social, la selección natural tendría que haber impedido la posibilidad de esa inclinación del impulso sexual, permitiendo la sobrevivencia únicamente a aquellos en los que fuera imposible dicha orientación. Sin embargo no fue así, sino que sobrevivieron los que tenían esa potencial

homosexualidad. Esto significa que, de alguna forma u otra, esa capacidad de homosexualidad fue útil a la sobrevivencia. Tal afirmación se basa en que todo lo que se halla universalmente presente en una especie existe por haber significado una ventaja para los organismos que lo poseían. Por lo tanto, al encontrarse universalmente en la especie humana esa capacidad potencial de orientación homosexual, quiere decir que, durante la evolución de la especie, los que contaban con eso tenían una ventaja respecto al resto. Así, gracias a dicha ventaja la selección natural les permitió la sobrevivencia, eliminando a quienes no contaban con ello. Veamos, pues, cuál es esa insólita ventaja.

La bip. de la reafirmación sexual, como recordaremos, es la que mueve hacia la realización de conductas o actitudes masculinas en el hombre y femeninas en la mujer. Pero dado que la bipulsión no puede funcionar si no se ve exigida por algún factor contrario que tienda a producir el valor negativo, obstaculizando la afirmación del positivo, aquella potencial homosexualidad tiene entonces la función de hostigar o amenazar a la bipulsión, para que ésta responda con cierto énfasis hacia la conducta sexual normal o heterosexual. Si el sujeto no tuviera ningún factor que lo hiciera dudar circunstancialmente sobre la propia identidad sexual, tampoco existiría el interés de reafirmar su sexo por medio de actos o actitudes reafirmatorios del valor positivo correspondiente.

Lo que se deduce de esto es que durante la evolución de la especie, tenían una mayor actividad sexual normal quienes se veían más motivados para ello con el agregado del interés **moral** de reafirmar el propio sexo; mientras que en las hipotéticas tribus donde los sujetos no contaban con aquella amenaza homosexual, que hiciera dudar eventualmente sobre la propia identidad sexual, había una menor frecuencia de actividad sexual normal, puesto que no existía el agregado del interés moral por actos reafirmatorios de la inclinación sexual respectiva. Por tanto, estos últimos tenían una menor reproducción en relación a aquéllos, y se extinguieron gradualmente. Aunque este factor signifique una minúscula y muy esporádica mayor frecuencia de actividad sexual normal, ello sería igualmente suficiente para que a lo largo de los miles de años se imponga la descendencia de los sujetos que posean tal mecanismo.

Este elemento tendría su máxima influencia como factor de las fuerzas contrarias durante el desarrollo de la orientación sexual del sujeto. Pero una vez definida la inclinación sexual hacia el valor positivo correspondiente, comenzaría a decaer el peso de dicho factor como parte de las fuerzas contrarias. De allí en adelante, el elemento fundamental del que éstas se valdrían pasaría a ser el mecanismo del promedio social. Así por ejemplo,

una conducta que es masculina o neutra en términos “absolutos”, pasará quizá a ser femenina en un varón, por el hecho de considerarse menos masculina que otras conductas habituales en su medio social. O sea, el cuestionamiento básico pasaría a tratar sobre el ser “más hombre” o “menos hombre”, “muy femenina” o “poco femenina”, etc.; aunque esto ya más referido a los roles generales que la cultura establece a cada sexo.

El desarrollo normal de la orientación sexual dependería principalmente de tres condiciones naturales que lo favorecen: 1- funcionamiento pleno de los valores absolutos en el medio social que rodea al sujeto (en especial los relacionados a la identidad sexual). 2- identificaciones que favorezcan la inclinación normal respectiva. Esto es, la adecuada adopción de modelos a imitar, como orientadores de los ideales personales. 3- regular y normal actividad sexual desde la propia maduración biológica de la sexualidad. Estos elementos serían “materiales” naturales del desarrollo normal de la orientación sexual. La homosexualidad concreta, como fenómeno, respondería básicamente a la ausencia, parcial o total, de tales condiciones. Pero cuando las mismas están presentes, no habría motivos para que se produzca dicho fenómeno. En tal caso, el desarrollo de los valores y de los ideales personales se orientan en una dirección contraria a ello, lo que determina la voluntad de reafirmar el propio sexo, junto al rechazo estético, ético y moral hacia la posibilidad contraria. Por otro lado, al haberse vivenciado con frecuencia el goce más intenso en la relación sexual normal o heterosexual, no sólo el imp. sexual se orienta a allí como meta-fin regular, sino que el imp. de gozo consolida o fija también el deseo en el objeto heterosexual. De tal modo, aunque persista siempre la capacidad potencial de sentir placer por la conducta homosexual, la orientación dominante de los valores y de los ideales del sujeto, así como de los impulsos sexual y de gozo, hacen que sea despreciable o carente de atractivo aquella posibilidad.

Esta situación sería equivalente, por ejemplo, al caso del sadismo. Es decir, todo ser humano tiene la capacidad potencial de sentir placer por conductas del más horrendo sadismo. Pero según la orientación del desarrollo de los valores y motivaciones el sujeto, no surgirá el deseo o interés al respecto .

La analogía de la homosexualidad con el sadismo se refiere a los mecanismos psicológicos que pueden impedir o favorecer su desarrollo, y no es una igualación valorativa de uno y otro fenómeno. De todos modos, aunque no sean lo “mismo”, se trata en ambos casos de valores negativos, y contra eso no hay nada que hacer. Claro que puede objetarse que la desaprobación hacia el sadismo es justificada porque la crueldad perjudica materialmente a

los demás, y en cambio el homosexual no hace mal a nadie. Pero si nos centramos en el efecto social de las conductas, tendremos que el individuo soberbio o arrogante, por ejemplo, tampoco hace mal a nadie, no perjudica materialmente a los demás; él sólo da muestras de su autosobrevaloración. Sin embargo, provoca un desagrado y desaprobación sociales espontáneos y naturales, por tratarse de un valor negativo absoluto como lo es la conducta femenina en el hombre o masculina en la mujer.

Lo que debe entenderse es la causa, el origen y la función natural de las respuestas desaprobatorias hacia esas actitudes. Si bien la influencia de cierta cultura puede acentuar o minimizar la importancia valorativa de algunas bipulsiones, no llegaría al punto de “sepultar” las reacciones espontáneas y naturales de agrado o desagrado por los valores absolutos respectivos.

Por otra parte, el interés moral de reafirmar el propio sexo, además de favorecer la posibilidad de encontrarse con más frecuencia en situaciones de actividad sexual heterosexual, útil a la reproducción, significa un refuerzo motivacional importante para la efectividad en los roles que cada cultura establece a los sujetos según el sexo. Ello es así, porque se da el fenómeno de una disposición psicológica natural por la que el buen desempeño en el rol que corresponde al sexo del sujeto tiende a concebirse como una reafirmación del sexo respectivo. Si bien la relatividad cultural puede hacer que los roles masculinos en un lugar sean femeninos en otro, a nivel de la estructura anímica tiene lugar esa adecuación de los valores, por la que se “aprovecha” naturalmente el interés moral de reafirmar el propio sexo, como refuerzo motivacional para la eficiencia en determinados roles y funciones. Esto es sin dudas algo favorable para el mejor funcionamiento global del organismo social, y por ende para su sobrevivencia.

Retomando el enfoque general sobre la esencia de estos fenómenos, tenemos que aquellos entrecruzamientos en el interior de la intencionalidad, donde las aspiraciones eventuales de algunos impulsos se oponen a los fines de las bipulsiones, contribuyen, junto al mecanismo del promedio social, a fomentar la aparición de los valores negativos, como condición necesaria para el movimiento de las bipulsiones.

Debemos tener en cuenta que esas luchas funcionales o naturales no tormentan al sujeto, ni significan un impedimento para la satisfacción de sus impulsos. Sólo sirven para contribuir al constante movimiento del sistema de bipulsiones, orientado hacia la afirmación de los valores positivos. La negación, a nivel de la conducta externa, de todos los valores negativos y la afirmación de los positivos, no son excluyentes con la satisfacción regular

de todos los impulsos. Sólo se impide dicha satisfacción en determinadas circunstancias, para luego tener lugar y en forma total en otras condiciones. La naturaleza promovió esas luchas internas entre los motivos de la intencionalidad, pero “se aseguró” de que el triunfo generalizado de las bipulsiones no sea excluyente con respecto a la satisfacción regular de todos los impulsos, ni tampoco con la salud mental de los individuos. Como ambas condiciones son indispensables para el funcionamiento efectivo del organismo social, sólo sobrevivieron las tribus en que todo el sistema de tendencias necesarias de la motivación, a pesar de aquellas “enredaderas” internas, tenía la máxima armonía funcional en los sujetos.

Hay otro factor que también contribuye a fomentar la presencia de los valores negativos y a dificultar la obtención de los positivos. Estriba en la propia actividad de la bip. de la lucha moral, que al poner en juego los diversos valores en el ganar-perder, o mejor-peor., hace que el perdedor o “peor” obtenga automáticamente el valor negativo correspondiente. Las condiciones objetivas en que se mueve aquella bipulsión, donde las otras bipulsiones quedan sometidas a su mecánica: ganar-perder o mejor-peor, determinan que el perder o resultar peor signifiquen torpeza, estupidez, cobardía, según la naturaleza del desafío; mientras que el ganar o hacerlo mejor implica habilidad, inteligencia, valentía, etc. Si bien el perder en un juego de ingenio, por ejemplo, no quiere decir que el sujeto actuó necesariamente en forma estúpida, existe no obstante en nuestra estructura anímica, como ya vimos, una adaptación a los resultados, donde el perder provoca automáticamente el sentimiento de torpeza, estupidez, inutilidad, y el ganar es vivenciado como la aparición de los valores positivos en juego. Esta condición objetiva en la que funciona la bip. de la lucha moral de cada miembro del grupo asegura la equilibrada distribución de los valores contrarios. La sola posibilidad de perder o de resultar peor es un factor que forma parte de las fuerzas contrarias en relación a los fines de las bipulsiones.

Los valores de las bipulsiones se pueden dividir en dos grandes campos (aunque no estrictamente delimitados): 1- los que se vuelcan fundamentalmente a la actividad: habilidad-torpeza, inteligencia-estupidez, saber-ignorar, buen rendimiento - mal rendimiento, etc. 2- los que hacen más a la relación humana: bondad-maldad, justicia-injusticia, humildad-soberbia, lealtad-deslealtad, etc. Las fuerzas contrarias se valen de la natural mecánica de la bip. de la lucha moral principalmente en relación a los valores de la **actividad**; mientras que aquel factor de la oposición entre la eventual aspiración de un impulso con respecto a los fines de las bipulsiones se vuelca más marcadamente hacia los valores de la **relación**. Por su parte, el mecanismo del promedio social, como factor central que asegura el movi-

miento de los valores contrarios, abarca los dos tipos de valores. En otros términos, el elemento fundamental del que se valen las fuerzas contrarias, y que actúa por igual en ambos grupos de valores, es el mecanismo del promedio social de la calidad de los valores, que hace que las conductas que se destaquen en los extremos, o que se alejen del promedio, correspondan al valor negativo o positivo correspondiente. Luego, este mecanismo fundamental cuenta con el refuerzo de aquellos dos factores, donde cada uno acentúa su presencia en un respectivo sector de valores. Todo ello asegura el sostenido desarrollo de la lucha entre las bipulsiones y las fuerzas contrarias.

Hay que decir que todo lo tratado hasta aquí sobre la lucha y pasaje de los valores de un contrario a otro está referido al movimiento de las bipulsiones con motivaciones morales, que son las más numerosas. Con respecto a las bipulsiones no morales (estética, ética, espiritual, intelectual), aquí las fuerzas contrarias parecen valerse con más regularidad de las condiciones y circunstancias generales de la realidad ambiental, que tienden naturalmente y con cierta frecuencia a promover la aparición de los valores negativos y a impedir o dificultar el logro de los positivos.

De todas maneras, en estas bipulsiones también interviene el factor del promedio social como determinante de los valores. En el caso de la bip. espiritual, por ejemplo, un padre puede sentir displacer espiritual porque a su hijo no le va bien y percibe un salario de sólo 300 pesos. Mientras que ese mismo padre, en otra condición socio-económica más precaria, puede experimentar una alegría porque a su hijo le aumentaron el sueldo y pasará a cobrar 200 pesos.

Con respecto a las bipulsiones estética y ética, la presencia de los valores negativos está asegurada, por ejemplo, por el hecho de que las conductas ajenas negativas provocan el displacer correspondiente. Y como la sola condición de que el promedio social determina que siempre se presenten tales conductas ajenas malas o negativas (y por tanto desagradables y rechazables), queda por ello garantizada la presencia del displacer estético-ético, así como la respuesta externa orientada a corregir y/o mejorar tales conductas.

En cuanto a la bip. intelectual, la presencia del valor negativo está garantizada, además de otras circunstancias, por la propia dinámica del avance del conocimiento. La solución y el esclarecimiento de un determinado problema o interrogante, que se traducen al dominio cognoscitivo correspondiente (valor positivo de la bipulsión), es seguido por las dudas, los nuevos interrogantes, la confusión y el sentimiento de ignorancia que generan los nuevos contenidos y problemas surgidos a instancias de ese avance.

2. La esencia acumulada, en las bipulsiones, del funcionamiento de los impulsos

Las bipulsiones más complejas llevan la esencia de las más básicas. Estas a su vez contienen la esencia de los impulsos. Por consiguiente, las bipulsiones más complejas acumulan la presencia de los impulsos. Y como éstos tienen la esencia de los reflejos dirigidos, las más complejas de las bipulsiones son también una forma del funcionamiento de dichos reflejos.

Veamos de qué manera las bipulsiones siguen **siendo** la actividad de los impulsos. En principio, la evitación de todos los valores negativos significa una cuarentena de metas absolutas del imp. de conservación. Por su parte, el imp. de alivio es el que trata de salir del dolor cuando los valores negativos ya están presentes (o cuando no pudieron ser evitados por el imp. de conservación). Luego, los valores positivos, en su gran mayoría, son metas absolutas de los impulsos fraterno y de aprobación; siguiendo en importancia los impulsos de curiosidad, de comunicación, a los que se agrega el imp. de gozo que trata de afirmar el placer de los valores positivos, sumándose a esos impulsos.

En base a esto, encontramos que aquellas luchas funcionales entre impulsos y bipulsiones, básicamente son luchas entre los propios impulsos. Como las bipulsiones, en su esencia, no son más que impulsos organizados, en rigor todo ocurre entre los mismos impulsos. Se trata de oposiciones entre un impulso y otro, o bien entre dos metas del mismo impulso. Así por ejemplo, cuando el imp. de conservación responde con temor ante un peligro, y ese mismo temor y la huida del peligro implican un acto de cobardía, se presenta una lucha en el interior del imp. de conservación. Por un lado está el temor al peligro material o concreto, y por otro el temor de cometer un acto de cobardía. A ello se suma el interés del imp. de aprobación por afirmar el acto de valentía, que se logra al rehusarse a la huida. Entonces, la lucha se plantea entre una meta del imp. de conservación: evitar el peligro material, contra otra meta del mismo impulso: evitar la cobardía, más el imp. de aprobación que se suma a esto último: afirmar el acto valiente. Esta lucha se resuelve siempre según ley de la decisión (qué opción promete más placer y/o menos displacer). Si analizamos aquella lucha entre el imp. de aprobación, que quería llamar la atención hacia el propio mérito, contra la bip. de la humildad, encontraremos que la lucha está dada entre dos metas del mismo imp. de aprobación. Por un lado está el interés por la aprobación hacia el mérito que se quiere hacer notar. Y por otro, el interés excluyente

del mismo impulso por la aprobación (y autoaprobación) hacia el acto de humildad. A este último interés se suma el del imp. de conservación, que trata de evitar la actitud de arrogancia o inmodestia.

Por más complejas que sean las bipulsiones, no dejan de ser impulsos organizados. Si analizamos, por ejemplo, los valores positivos de las bipulsiones derivadas de la moral global (habilidad, inteligencia, sinceridad, lealtad, heroísmo, abnegación, buen rendimiento, etc.), veremos que todos ellos cuentan con el sustento anímico y motivacional del imp. de aprobación. Entre esos valores, el buen rendimiento en la actividad, al ser un valor que reúne muchos otros valores positivos, es generalmente la meta más preciada de aquel impulso, y constituye siempre una gran oferta de satisfacción moral. La bip. del heroísmo también reúne un importante número de bipulsiones que tienen que ver con la aprobación, y por ello el honor de realizar un acto heroico es también de especial interés para el impulso.

Recordemos que esos valores positivos son también buscados en su integridad por el imp. fraterno y otros. Por eso, es múltiple la naturaleza de la motivación que persigue una misma meta.

Al decir que un hecho, valor o conducta, es buscado en su **integridad** por dos o más motivos, significa que cada motivo persigue unilateralmente el acto entero y no una parte o un “trozo” de él. Por ejemplo, al afirmar que el cumplimiento del deber es un bien moral y algo favorable al O.M.I.F., quiere decir que el acto de cumplir el deber es un bien moral en toda su “circunferencia”, el acto entero es un bien moral. Pero al mismo tiempo, ese acto es algo bueno para el O.M.I.F., también en toda su “circunferencia”. La relación es igual que si alguien es padre e hijo al mismo tiempo. El sujeto es padre en todo su contorno, todo ese ser humano es un padre. Pero a la vez, el mismo sujeto, y todo lo encerrado bajo la “circunferencia” de su cuerpo, es un hijo. Este es el sentido que debe entenderse cuando decimos, por ejemplo, que el deber tiene una doble esencia moral y espiritual. El cumplimiento del deber es en todo su volumen un bien moral; y a la vez, el acto entero es algo positivo o favorable para el O.M.I.F. En su calidad de bien moral, el deber es buscado por la bip. propiamente moral, y en su condición de bien espiritual, o de hecho favorable al O.M.I.F., es perseguido por la bip. espiritual. Pero al ser regular la combinación de esas bipulsiones, donde ambas procuran unilateralmente el mismo hecho en su integridad, se produce una suma y fusión naturales de ambas motivaciones, dando estructura a una nueva bipulsión: de la responsabilidad social.

En base a estas relaciones, podemos observar que el buen rendimiento en el trabajo común o el acto heroico, como valores positivos, aunque tengan el sustento del imp. de aprobación, son a la vez perseguidos en su integridad por el imp. fraterno. Ambos se satisfacen a través del mismo hecho.

3. Flexibilidad funcional de la bipulsión del rendimiento personal

En el organismo social primario, la actividad social fundamental es el trabajo productivo tendiente a lograr los medios de subsistencia. Hoy, las diversas profesiones o actividades a las que se dedican los individuos hacen que la bip. del rendimiento personal se una, fundiéndose con la bipulsión que cada actividad acentúa. Así, en el artista se superponen los valores de las bipulsiones artística y del rendimiento personal; el buen rendimiento está dado por la calidad estética de la obra. En el deportista, el buen o mal rendimiento quedan a cargo de la bip. de la lucha moral; el triunfo-derrota hablan por sí mismos de la calidad objetiva del rendimiento deportivo. En el científico y filósofo el buen rendimiento consiste en el valor positivo de la bip. racional. El humorista tiene buen rendimiento cuando es gracioso y hace reír a la gente. Lo mismo con respecto al juez; no porque haga reír al público, sino porque su buen desempeño coincide con la equidad y justicia de su obrar. El educador tiene como valor positivo en su bip. del rendimiento personal al valor positivo de la bip. de la enseñanza. El periodista tiene buen rendimiento según provea informaciones oportunas y verdaderas de lo que tiene importancia social. En el estudiante, su buen rendimiento coincide con el valor positivo de la bip. del saber.

Esa flexibilidad de la bip. del rendimiento personal sería una adaptación del psiquismo, tanto a las variadas actividades que complementan o reemplazan al trabajo, como a los diversos roles que pueden haber en la tribu. Siempre será positivo para la sobrevivencia que se desarrolle un interés generalizado por el buen rendimiento como valor en cualquier actividad que se realice.

La capacidad de la bip. del rendimiento personal, de movilizarse plenamente en otras actividades no laborales, tendría también la función de asegurar el saludable funcionamiento psíquico durante las épocas afortunadas de la tribu, cuando el trabajo es apenas necesario. O sea, al tratarse de una bipulsión integradora de un conjunto de otras tendencias componentes, sería positivo para la salud psicológica que en las jornadas en que el trabajo se

encuentra ausente, dicha bipulsión se mantenga siempre movilizada, asegurando el normal funcionamiento de ese cúmulo de elementos motivacionales que contiene en su estructura, y que son funciones psicológicas esenciales.

Durante la actividad laboral de la tribu tiene lugar simultáneamente todo lo que hoy está dividido. El mismo trabajo es un arte, un juego, un deporte, una ciencia, una escuela. No obstante, la flexibilidad de la bip. del rendimiento personal es una premisa para que en el desarrollo social se puedan producir las diversas especializaciones con el funcionamiento pleno de dicha bipulsión; es decir, junto a cada elemento motivacional acentuado en la profesión particular, va sumando el peso pleno de la bip. del rendimiento personal, junto a toda su batería de valores. Esto permite que en el ámbito de cada tipo de actividad, los sujetos que se hallan inmersos compartan una alta valoración por el buen rendimiento en ella. Es como un mundo independiente con respecto al resto de campos de la actividad social. Dicho "mundo" está formado por el conjunto de quienes participan y comparten las valoraciones en relación a esa actividad. Por eso se reconoce y admira especialmente a individuos o grupos del mismo ámbito, a la vez que en ese campo es en el que se desea tener un buen rendimiento individual o grupal.

4. Las relaciones humanas y el funcionamiento del sistema de bipulsiones

Todo el sistema de bipulsiones y sus valores absolutos son, como dijimos, **de necesario desarrollo**. Sólo hace falta un medio social y cultural cualquiera, con los mínimos elementos que lo definen, para que aquello se desarrolle y funcione. Sin embargo, para que ese desarrollo sea pleno se hacen indispensables algunas "vitaminas" socio-culturales.

Un factor importante sería en principio la normal relación madre-hijo durante la primera infancia. Al ser una etapa de suma fragilidad para el desarrollo psicológico en general, toda alteración de la más primaria relación afectiva con la madre puede provocar secuelas capaces de ejercer una influencia perturbadora en cualquier esfera del desarrollo psíquico, incluyéndose el campo de los valores, o de la moralidad, espiritualidad.

Otra de las condiciones es el pleno y vigoroso funcionamiento de los valores absolutos en el medio social que rodea el desarrollo del sujeto. Esto, indudablemente, debía ocurrir en el medio social primitivo. Hoy, en cambio, suele haber una gran carencia al respecto, resultando pobre en muchos casos

el desarrollo de las naturales funciones morales y espirituales del psiquismo humano.

Otro factor, y quizás el más importante, es la presencia de un ambiente nutrido de afecto, donde el sujeto es querido, estimado o valorado en su persona, y a la vez éste valora y estima a quienes lo rodean. Veamos el porqué de esta condición. En primer lugar, los elementos fundamentales que generan los valores son la aprobación-desaprobación. El sujeto tiene interés por hacer lo bueno cuando ello conduce al placer de la aprobación, y evita lo malo cuando lleva al displacer de la desaprobación. Pero una condición para que la aprobación-desaprobación sociales sean anímicamente significativas es que se debe valorar o apreciar a quienes aprueban o desaprueban. Sólo cuando tiene lugar dicha valoración es cuando la aprobación produce un natural placer y la desaprobación un correspondiente displacer. De lo contrario, tales respuestas sociales no tienen prácticamente significado anímico para el destinatario. Pero cuando están presentes aquellas condiciones valorativas-afectivas, es cuando las repetidas reacciones de placer-displacer morales, que se producen durante el desarrollo del sujeto, se van consolidando, haciéndose luego autónomas en su capacidad de surgir en forma de autoaprobación y autodesaprobación. El grado de autonomía de la autorregulación ética-moral marcaría un índice de normal desarrollo de los valores. Tal desarrollo estaría presente cuando la autorrespuesta ética tiene una similar importancia anímica que la respuesta externa.

Cuando existe ese clima de estima y valoración, no sólo es moralmente dolorosa la desaprobación de los valorados, sino que al sentirse aprecio hacia éstos, se trata de no disgustarlos, ya que al haber identificación fraternal, por cuanto son seres queridos, produce un displacer espiritual todo lo malo para ellos. Por lo tanto, hacer algo negativo producirá un doble displacer: moral-espiritual; mientras que hacer algo bueno, que es festejado y aprobado, producirá un doble placer: moral (aprobación) y espiritual (hecho beneficioso para el O.M.I.F.). Esto marcaría el comienzo del sentido del deber y del altruismo de la motivación.

El clima de afecto y la recíproca valoración e identificación fraternal (amor, cariño, estimación), así como el sostenido interés de cada uno por el bienestar común, serían imprescindibles para el normal desarrollo de las bipulsiones, por constituir los principales “combustibles” para el funcionamiento de los valores absolutos. Tanto la bip. propiamente moral como la espiritual, que entre ambas construyen una gran parte del sistema de bipulsiones, suponen ese clima de afecto, amor, estima, valoración e interés por el bien común. Todo ello, sin dudas, debía hallarse presente en el organismo

social primario. Las propias condiciones naturales de vida de la tribu favorecerían la fuerte identificación fraternal en el conjunto de sus miembros.

Para tener una idea de esas relaciones entre los miembros de la tribu, no hay que imaginar un determinado grupo de primitivos “desconocidos”, sino que debemos sentirnos uno de ellos. Para eso, tenemos que hacer el ejercicio de reunir en nuestra mente un grupo lo más numeroso posible de familiares, amigos y demás personas que escogemos según nuestra cercanía afectiva o agrado por ellos, y trasladarnos a un ambiente natural donde nos instalamos para vivir como una auténtica tribu. Ese es el clima afectivo que debemos imaginar. Es de suponer que en tales condiciones los valores de las bipulsiones comenzarían a “girar” en el ambiente con el sólo “empuje del viento”.

Si bien no puede dudarse sobre la importancia del clima fraternal para el normal desarrollo y funcionamiento de las bipulsiones, deberíamos ver de qué dependen las relaciones entre los hombres. En tal sentido, funcionan muy poco los mandatos tales como “amaos unos a los otros”. Aunque nadie duda sobre lo bienintencionada de esa propuesta, sabemos que la forma del funcionamiento psíquico tiende a responder mejor a las condiciones materiales y concretas de vida, que a los preceptos de ese tipo. Todo intento de mejorar las relaciones humanas, si pretende tener éxito, supone la transformación de dichas condiciones objetivas de vida. Si los intereses más básicos de las personas son excluyentes, de modo que cada una de las partes es un obstáculo para la otra, y donde cualquier beneficio para unos significa un perjuicio para otros, surgirán afectos correspondientes a la situación, es decir habrá una enemistad básica. Un ejemplo al respecto es lo que sucede en la sociedad dividida en clases con intereses económicos enfrentados. Aquí no es suficiente sugerir a los sujetos que se amen. Antes de eso es necesario transformar las relaciones de oposición y exclusión objetivas de los intereses, de modo de enderezarlos para que toda la sociedad tenga intereses económicos paralelos.*

* Como hoy no existe la tribu para la mayoría de los seres humanos, puede pensarse que la familia es su reemplazo actual, y que sólo a ésta debe limitarse la situación de ausencia de clases, paralelismo de los intereses materiales y relaciones de igualdad entre sus miembros. Pero la “tribu” en su significado anímico es algo más que eso. La tribu equivale más a la noción de comunidad o sociedad. Es por ello que en las sociedades actuales, quien tiene suficientemente desarrollada, por ejemplo, la responsabilidad social, no sólo siente el deber de cumplir con lo que es positivo para su familia, sino que también siente con fuerza el deber de servir a la comunidad, la sociedad, a determinado grupo de pertenencia, o bien a la humanidad toda. Si bien en la vida de la tribu primitiva tienden a unificarse las nociones o sentimientos de

La ausencia de intereses económicos enfrentados sería la primera condición para pensar en relaciones fraternales entre los hombres. La segunda estaría dada por la adecuada organización de las actividades sociales. Cuando se comparten interesantes actividades, surgen intereses comunes y se favorece la mutua valoración entre los participantes. La actividad es un importante factor en la determinación de la calidad de las relaciones humanas. Si no hay actividades comunes, tampoco habrán intereses comunes, ni temas de conversación, ni motivos para valorar suficientemente al otro.

Las condiciones naturales de la tribu llaman constantemente a realizar actividades comunes, las que generan intereses igualmente comunes, y éstos favorecen la fraternidad de las relaciones. El interés común o compartido no sólo se refiere a los fines grupales perseguidos (los cuales son de gran importancia para el buen funcionamiento de los valores), sino que la expresión: **interés común**, también se refiere, por ejemplo, a coincidir en el gusto por determinadas cosas, o a compartir una misma situación o condición. Las dos formas de interés común hacen estrechar las relaciones afectivas. Ambas situaciones están presentes en la vida de una tribu.

Al ser las actividades, generadoras de intereses comunes de ambos tipos, de ellas depende gran parte de la calidad de las relaciones humanas. El poder determinante de la actividad social, en relación a la valoración y cercanía afectiva de las personas, alcanza inclusive a desconocidos, por el solo hecho de compartir la misma actividad. Vimos ya cómo los diversos ámbitos de la actividad social, por sí mismos levantan un mundo propio de valoraciones. Por lo tanto, una vez logrado el bienestar y la seguridad materiales para todos los miembros de la sociedad, así como la igualdad social y el paralelismo de los intereses económicos, el paso siguiente para mejorar las relaciones humanas consistiría en la adecuada organización de las actividades sociales. Dichas actividades, entre las que se incluye fundamentalmente el trabajo, deben ser del máximo agrado y entusiasmo para quienes

familia y sociedad, tendría lugar también una relativa división en subgrupos de convivencia o de cercanía afectiva más íntima, que corresponderían a la vivencia más específica de familia. Al menos eso es lo que se ha encontrado en los distintos estudios de tribus contemporáneas, así como de la historia conocida. En todos los casos, las **gens** constituyen los subgrupos de la tribu, y son las distintas familias, determinadas por el parentesco generalmente por línea materna. Pero la existencia de tales subgrupos no altera el hecho de que la tribu funcione como un solo organismo social, donde todos sus miembros tienen igualdad de condiciones y un compromiso común. (Véase Morgan L. H. **La sociedad primitiva**. Colofón. México.- Engels F. **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**. Editorial Cartago, Argentina y Editorial Letras. México. 1985.)

participan. Tal condición contribuye a la fraternidad de las relaciones, lo que a su vez favorece el funcionamiento normal del sistema de bipulsiones o valores absolutos.

Trataremos luego sobre la actividad social y su importante papel como “engranaje” natural para el saludable y normal desenvolvimiento de las diversas funciones psicológicas (cap. 11 y 16).

5. La bipulsión ética y las relaciones humanas

El disgusto o agrado causados por la conducta ajena movilizan la segunda fase de la bip. ética, consistente en la respuesta del imp. de agresión que rechaza, o del fraterno que aprueba; a los que se agrega el imp. de comunicación con su nec. de expresar al otro la disconformidad o conformidad por lo que hizo.

Las espontáneas respuestas de crítica o reconocimiento hacia los actos ajenos forman el mecanismo que orienta la modificación, adecuación y el mejoramiento de las conductas sociales de los individuos. Si se detiene el funcionamiento de la respuesta ética, dejará de funcionar uno de los principales elementos que hacen a la regulación de las conductas de la convivencia grupal. Eso llevará, por ejemplo, a que nadie sepa que sus acciones molestan a los otros. Cuando éstos no desaprueban al sujeto, seguirán acumulando disgustos a causa de él, ya que éste continuará con toda naturalidad con el mismo comportamiento. Lo que ocurre en tales casos es que se produce un bloqueo de la normal actividad de la bip. ética. El sujeto está desconforme con la conducta del otro, pero no se atreve a manifestarlo. El temor de ofenderlo se opone a la espontánea respuesta externa de los impulsos de comunicación y de agresión, que naturalmente dan forma a la expresión desaprobatoria o de rechazo hacia la conducta ajena. Al repetirse la situación muchas veces, se termina deteriorando la relación. En cambio, si desde un principio se le hubiera hecho notar la propia disconformidad, aquél habría modificado su conducta “hace tiempo”.

La incapacidad de desaprobar las conductas ajenas en el momento oportuno es perjudicial para ambos. El uno porque acumula disgustos y sentimientos negativos. El otro porque carece del normal parámetro indicador para regular y mejorar sus conductas. Pero cuando la bip. ética funciona normalmente, nunca hay malestar acumulado; todo lo que entra va saliendo con el mismo ritmo. Por el contrario, si lo que va ingresando no tiene salida, lo nuevo que entra se acumula, provocando el rebasamiento. No hay dudas

de que es positivo el evitar hacer sentir mal a otro sujeto, pero el caso de la desaprobación es quizás la única excepción. Aquí lo bueno para él y para todos es manifestar la propia disconformidad. Aunque ello provoque un cierto displacer moral en aquél, no se deteriora la buena relación como se teme, sino que se la refuerza. De no ser así, en la tribu se habría presentado una situación de exclusión entre la respuesta ética y las buenas relaciones, lo cual no podía suceder al ser ambas cosas indispensables. Por esa razón, el psiquismo viene adaptado para que sea “bien tolerada” la desaprobación espontánea por determinada acción propia. En los casos en que “cae mal” el reproche, es cuando contiene **elementos acumulados** del pasado. Lo que ofende realmente es enterarse de que había una disconformidad anterior no manifestada en su momento. Naturalmente es preferible que se expresen los afectos oportunamente.

Además de este mecanismo, por el que espontáneamente se prefiere la manifestación directa de disconformidad hacia la propia conducta, a cambio de su ocultamiento, existe otro elemento por el cual la respuesta de enojo, etc., no perjudica sino que favorece las relaciones humanas. Consiste en el arrepentimiento mutuo o sentimiento bilateral de culpa que se produce comúnmente luego del hecho. Una vez que el sujeto se enojó con el otro, surge después de ello un estado anímico por el que se siente haber “estado mal” con él. Paralelamente, el otro sujeto siente que no debía haber hecho aquello que motivó el enojo. Esta situación es seguida por el mutuo pedido, implícito o explícito, de disculpa, por lo que todo vuelve a la normalidad, pero, y aquí está lo importante, habiéndose **purificado** la relación y **garantizado** la futura corrección y el mejoramiento de la conducta.

6. Valores relativos o adquiridos

Todo lo que hemos tratado hasta ahora sobre las bipulsiones corresponde al plano de las funciones esenciales, a lo necesario y común en toda cultura. Los valores relativos, en cambio, son las variables **formas** de manifestarse los valores absolutos.

En las bipulsiones, las relaciones dialécticas de esencia y fenómeno, contenido y forma, etc., se presentan de la misma manera que habíamos observado en los impulsos. Allí decíamos que el ingerir alimento, por ejemplo, era el objeto de satisfacción del impulso alimenticio, como lo esencial, necesario, constante, o el contenido común. Luego, las metas-medio y metas-fin eran lo manifiesto, casual, variable o la forma diferente. Los valo-

res absolutos, o de necesario desarrollo, equivalen al objeto de satisfacción; se refieren a lo esencial, constante y común en todos. Y los valores relativos o adquiridos equivalen a las metas de los impulsos; son lo manifiesto, variable, o las diversas formas en que pueden presentarse los absolutos. Los valores relativos tratan sobre el gran colorido de los hechos concretos concebidos como lo que es bueno o malo, estúpido-inteligente, justo-injusto, etc., y que pueden variar de una cultura a otra, o entre sujetos de una misma cultura.

Las bipulsiones y sus valores absolutos constituyen el mecanismo vacío al que la cultura le “coloca” los valores relativos, completando la tarea. Tales valores relativos o adquiridos, por más variados que sean, jamás dejan de ser las formas particulares en que se manifiestan los absolutos. El valor absoluto, al ser la esencia general, existe **en** los hechos particulares concretos, que son los diversos valores relativos. Los valores absolutos o necesarios, y la doble tendencia a afirmar uno y negar el otro, constituyen sólo la mecánica básica de las bipulsiones. Pero la forma de funcionar ello, y los hechos concretos a los que se refiere cada valor, quedan en manos de la cultura, sus costumbres, tradiciones, y los distintos criterios que puedan funcionar en cada sociedad.

La afirmación de que el valor absoluto **se manifiesta** en los valores relativos, significa, también, que el valor absoluto, como contenido, se halla ocupando plenamente la integridad del hecho concreto o valor relativo. Así como el contenido común: comer o ingerir alimento, está presente en la plenitud del acto de comer una manzana, o en toda la conducta de ingerir un trozo de carne asada, el valor absoluto: cumplimiento del deber, por ejemplo, se encuentra cubriendo todo el “volumen” de la conducta en que se lleva a cabo una determinada misión, o en todo lo que hace al acto de entregar un dinero, etc. El contenido esencial no puede existir sin una forma concreta. Esas formas concretas son los valores relativos, son las nociones que expresan “en qué consiste” el valor absoluto, siendo esto lo variable.

Según habíamos visto, las bipulsiones y sus valores absolutos van estructurándose de lo más general a lo más particular, pero siempre en un plano de cierto grado de **generalidad** en relación a los hechos concretos; mientras que los valores relativos van siguiendo de cerca esa derivación o ramificación de los valores absolutos, pero ocupándose de los hechos concretos, y donde debe funcionar un criterio práctico y dinámico sobre qué cosas “exactamente” están bien o mal, o son ridículas - no ridículas, respetuosas-irrespetuosas, etc. En ésto es donde tiene lugar la variabilidad de los criterios, pudiendo diferir enormemente entre grupos o individuos.

Las viejas teorías morales, que procuraban definir en qué consistía el bien y en qué el mal, tendieron a desaparecer cuando se fue arribando a la certeza de su relatividad, a que estaba todo en el “aire”; que lo que para unos era bueno, podía ser, con el mismo derecho, malo para otros. En el caso de la inteligencia, por ejemplo, se repitió la situación. Así, se desarrolló una “carrera” de definiciones de inteligencia, que continúa hasta hoy en la psicología, y nunca se vio en su aspecto más esencial, es decir, como lo que es en definitiva: un valor positivo, contrario a la estupidez, al igual que el bien con respecto al mal. Por eso, ante la más sofisticada definición de lo que implica la inteligencia, cualquiera que la lea de reojo puede decir que no, que en realidad esa es la estupidez, que lo inteligente es no hacer nada de eso que dice la definición, y tendrá el mismo grado de razón-sinrazón que el autor de la trabajosa definición.

Por supuesto que habría, en todos los valores, lo que se podría considerar como una tendencia general, universal, a coincidir en ciertos criterios elementales sobre qué significa cada valor, o cuáles serían las conductas que implican uno u otro. Pero por más que haya gran consenso, será siempre algo arbitrario en último análisis, porque esa es la naturaleza de los valores relativos o adquiridos.

Esta relatividad es aplicable, inclusive, a la verdad como valor (aunque ya veremos que no del todo). La ciencia, por ejemplo, se mueve bajo un marco general, que es la concepción materialista y determinista del mundo, como sus características más importantes. Y dentro de ese marco hay ciertas reglas aceptadas por consenso, que son las que llevan a determinar que algo sea cierto o falso. Está claro que alguien, contrario a esa concepción general de la ciencia, puede rechazar todo lo que ésta diga, considerándolo falso. Por ello, la cuestión de la verdad-falsedad científicas es válida para quienes comparten esa concepción general, y que además participan de la reglamentación implícita que funciona dentro de aquel supuesto básico. Pero cuando alguien que aceptó previamente esas reglas, se ve “acorralado” por argumentos que le demuestran su equivocación, y recurre a aquella relatividad de la verdad, diciendo que cada uno tiene “su verdad”, etc., se trata ya de otra cosa. Es simplemente una actitud poco honorable de quien habiendo aceptado las reglas del juego, decide “patear el tablero” ante su inminente derrota.

Pero por otro lado, en el caso de la verdad-falsedad se da una situación particular, y es que en la determinación de qué es verdad y qué falsedad el criterio no es del todo arbitrario o subjetivo, sino que también se basa en lo real-irreal objetivos. Si bien a nivel de vivencia psicológica de los valores

pueden haber dos personas con opiniones o creencias totalmente opuestas sobre los hechos de la realidad, y cada una sentir que lo suyo es la verdad, aquí surge un elemento nuevo: la realidad es una sola; y puede por lo tanto darse el caso de que una de las opiniones coincida con ella y la otra no. En tal caso, la que se ajusta a la realidad, aunque no sepamos cuál es, además de ser una verdad relativa, subjetiva, igual que la otra, será también absoluta u objetiva (aunque incompleta, por cuanto no podrá abarcar toda esa realidad). Y por lo general esa verdad objetiva se puede comprobar recurriendo a la práctica, a la evidencia de los hechos, a lo que demuestra la propia realidad. Los otros valores sólo dependen de elementos subjetivos, y en último análisis del placer-displacer que sostienen lo que se considera positivo o negativo. Si esto es opuesto entre los sujetos, jamás habrá un criterio o parámetro objetivo que determine quién tiene razón. Siempre dependerá de aquellos elementos psicológicos subjetivos. Lo que es bueno para uno, por ejemplo, puede ser malo para otro; y “afuera”, en la realidad objetiva, no hay nada bueno o malo en sí, ni algo que se le parezca, como sí ocurre con lo real-irreal objetivos, fundamentos de lo verdadero-falso.

El bien y el mal, lo bello y feo, junto a muchos otros valores, entre los que se incluye, en gran medida, aquello que se considera inteligente o estúpido, dependen, en último término, del placer-displacer que los sostienen. Estos pueden presentarse en forma inversa entre individuos, y todo seguirá en la discusión, porque no hay otro parámetro o punto de referencia. En cambio en el caso de la verdad-falsedad, la base de su determinación, además de ser el placer-displacer correspondientes, es también la realidad misma, la que, más allá de que se coincida o no con ella, **es de una sola manera**.* Por eso, la verdad-falsedad, en cuanto a la base de su determinación, tienen un “pie” afuera de la subjetividad y apoyado en la realidad objetiva. Esto no quiere decir que se pretenda algo por fuera del placer-displacer, sino que dichas reacciones anímicas se “ligan” a la verdad-falsedad respectivamente, valores que a su vez dependen de lo real-irreal como elementos objetivos, independientes de los intereses y afectos subjetivos.

7. La fuente de los valores relativos

El mecanismo que hace que determinados hechos sean concebidos como buenos o malos en general, consiste básicamente en la aprobación-desaprobación sociales hacia los actos concretos. La aprobación-desaprobación

* Si se supone que podría no ser de una sola manera, sino por ejemplo: múltiple, entonces sería de una sola manera: múltiple.

hacia un niño, por determinados actos, harán que queden fijados tales hechos o actos concretos como lo bueno y lo malo respectivamente. Si en otro lugar los padres de otros niños aprueban y desaprueban las conductas inversas, los valores relativos fijados como lo bueno-malo en esos niños serán contrarios en relación a aquél.

Aunque las conductas se aprueben o desaprueben según se consideren buenas o malas, en origen son buenas o malas porque se aprueban o desaprueban. Es decir, lo determinante de los valores relativos es la dirección de la aprobación-desaprobación. Según la orientación que tengan en una cultura tales respuestas sociales, los hechos estarán bien o mal. Esto alcanza inclusive a los valores relativos del gusto estético, cognoscitivos y otros.

Los intereses de quienes mandan determinan casi todos los valores relativos, por el hecho de ser los que deciden la dirección en que se orientarán las respuestas de aprobación y desaprobación. Lo aprobable es lo que favorece a los intereses dominantes, y lo desaprobable lo perjudicial para ellos. En la tribu, lo que manda es el beneficio común; esto marca el interés dominante. Por tanto, las conductas se aprueban o desaprueban según correspondan o no a los intereses comunes. En el ejemplo del niño, los padres son los que mandan. Las conductas de aquél estarán bien o mal según su correspondencia con los intereses y el criterio de los padres. Ellos aprueban o desaprueban de acuerdo al agrado o desagrado causados por la conducta del niño. En la sociedad dividida en clases, los intereses de la clase que gobierna determinan lo bueno o malo de las conductas de individuos y grupos. Toda conducta, iniciativa, idea, opinión, que sea perjudicial para los intereses de la clase dominante, estará mal, mereciendo la condena y el rechazo; a la vez que será merecedor del reconocimiento y el apoyo todo lo que sea favorable a esos intereses.

El mecanismo por el cual la clase dominante establece la tendencia general de los valores relativos en toda la sociedad no consiste, obviamente, en la aprobación-desaprobación directas hacia cada individuo, sino que hay vías intermedias por las que ocurre el fenómeno. Desde el núcleo de la clase dominante se originan las respuestas de aprobación o desaprobación de determinados contenidos, según favorezcan o perjudiquen sus intereses. Esto se propaga como una reacción en cadena en todos los ámbitos de la sociedad, a través del gigantesco aparato ideológico dirigido por dicha clase (medios de información, educación, política, actividad cultural, etc.), determinando así la orientación general de los valores relativos (ideas, afectos, normas, modelos, principios, concepciones), los que terminan respondiendo a la conveniencia de aquellos intereses.

El fenómeno por el que los intereses dominantes marcan la tendencia general del tipo de valores relativos era algo útil en el organismo social primitivo. Como lo que allí mandaba era el interés material común, o del grupo en su conjunto, era imprescindible que los valores relativos fueran aquellos que favorecieran los intereses materiales de la tribu. Sólo ello podía asegurar la sobrevivencia grupal. Pero desde que aparece la sociedad dividida en clases, basada en la dominación y la explotación de una clase sobre otra, los intereses materiales de la clase dominante terminan imponiéndose por su mayor poder, propagando sus valores en todos los ámbitos de la sociedad. Esto hace que hasta muchos de los sometidos adopten esos valores como guía de sus ideas y conductas, a pesar de ser contrarios a sus propios intereses objetivos.